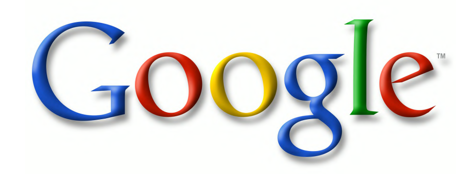

Google




LELAND·STANFORD·JVNIOR·VNIVERSITY

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

DRAMÁTICOS.



OBRAS

DE

D. JOSÉ PEON Y CONTRERAS

De la Academia Mexicana
y Correspondiente de la Española.

TOMO II.

TEATRO.

II

MEXICO.

Imp. de V. Agüeros, Editor.
Cerca de Sto. Domingo, 4.

1897

EL SACRIFICIO DE LA VIDA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

Al eminente actor español Sr.
D. Enrique Guasp de Péris.

Con particular cariño ha acogido vd. los humildes trabajos mios en el ramo más difícil y penoso de la literatura.

El éxito que han obtenido débese, sin duda, al amor, á la inspiracion con que vd. y la Srita. Concepcion Padilla, hábilmente secundados por sus distinguidos compañeros, han dado vida y seduccion á sus personajes.

Debía yo á vd. por su doble carácter de artista y director, y por vivos impulsos de amistad, pública manifestacion de agradecimiento, y hoy pretendo pagar esta deuda escribiendo su nombre al frente de "El Sacrificio de la Vida."

José Peon y Contreras.

PERSONAJES.

MARGARITA.
INES (doncella de Margarita.)
EL CONDE HERNANDO.
ENRIQUE.
ORDOÑO.
NUÑO.

La escena en México. Año de 1526.

Este drama se representó por primera vez en el Teatro Principal de México, la noche del 6 de Febrero de 1876.



ACTO PRIMERO.

Salon magnífico en casa del Conde, con galería en el fondo.—Mesa con escribanía y recado de escribir.—Anochece.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, NUÑO, en pos de él.

ENRIQUE. ¡Qué tenacidad la tuya!

NUÑO. (*Suplicante*). Mi capitan, en nombre del cielo......

ENRIQUE. ¿Estás loco?

NUÑO. Volveos.

ENRIQUE. Es empeño original, Nuño. ¡Que no he de ver al conde!

NUÑO. Señor......

ENRIQUE. Dame al ménos una razon.

NUÑO. ¿Una razon? Os la daré, mi capitan, os la daré; pero fuera, no aquí.

ENRIQUE. Y ¿qué hay que pueda impedirme entrar en la casa de mi protector? En

esta casa me he criado, en ella he crecido, Nuño. Lo sabes bien.

NUÑO. Con todo, mi capitan, me atrevo á pediros como una gracia que salgais de aquí.

ENRIQUE. Entónces, alguna fatalidad ocurrida en nuestra ausencia.......

NUÑO. No......

ENRIQUE. El Conde ha muerto....

NUÑO. No......

ENRIQUE. Espirante tal vez......

NUÑO. Tampoco.

ENRIQUE. La deshonra acaso ha mancillado sus canas, y no quieres avergonzarme....

NUÑO. ¡Oh! eso ménos, no es eso.

ENRIQUE. *(Cambiando de entonacion, y como cediendo á un recuerdo)*. ¿Le diste mi carta á ella?.... Se la diste? Para eso me has llevado un día de delantera.

NUÑO. (*Sin contestar á la pregunta de Enrique, desentendiéndose*). Señor.... pensad en que el señor Conde está enfermo.

ENRIQUE. Su enfermedad es muy antigua.

NUÑO A pesar de eso, la emocion.... la sorpresa podría causar en él un trastorno grave y......

ENRIQUE. Eso sí pudiera suceder. Nuño, dices bien.

NUÑO. Me encargo de prepararle, y entónces volvereis.

ENRIQUE. Bueno, ya me alejo; pero no te hagas aguardar mucho tiempo... (*Váse por la galería hácia la izquierda.*)

NUÑO. (*Viendo alejarse á Enrique.*) Al fin... Al fin esto es ganar algo. (*Váse por la galería hácia la derecha.*)

ESCENA II.

El CONDE, solo.

CONDE. (*Mirando á todos lados*). Pues es curioso.... Juraría que estaban hablando aquí.... Nadie.... No hay nadie. Continuemos, pues, la tarea comenzada. (*Se sienta á escribir.*) Es necesario imponer á la Corte de Madrid, de lo que ocurre en esta desgraciada capital de la Nueva España.... Los desmanes de sus gobernantes no pueden continuar más tiempo.... No.

ESCENA III.

El CONDE, ORDOÑO.

ORDOÑO. (*En la puerta del fondo.*) Señor Conde:

CONDE. (*Dejando caer la pluma y manifestando sorpresa y placer en su semblante.*) ¡Ah! Esa voz. ¿Será cierto?

No me atrevo á volver los ojos, por temor de un desengaño.

ORDOÑO. (*Avanzando algunos pasos.*) Señor...

CONDE. Sí, no hay duda.... es su voz. ¡Ordoño! (*Levantándose.*) ¡Mi buen Ordoño!

ORDOÑO. ¡Ah, señor!......

CONDE. Ven.... á mis brazos. Abrázame. ¿Por qué no?

ORDOÑO. (*Abrazando al conde.*) ¡Cuán venturoso soy!

CONDE. ¿Legaste á Veracruz en la última flota?

ORDOÑO. Y púseme en camino sin perder tiempo.

CONDE. Cuánto te lo agradezco.

ORDOÑO. Era mi deber, señor.

CONDE. ¡Ah! Y qué falta me has hecho......

ORDOÑO. (*Mirando fijamente al conde.*) Así lo considero. Pero, permítame vuestra señoría que le manifieste mi contento... Le hallo muy mejorado.....

CONDE. (*Con satisfaccion.*) Pues ya lo creo que sí, Ordoño......

ORDOÑO. Observo un no sé qué de extraño en vuestra casa: no estaba así, hace dos años, cuando de ella salí.

CONDE. No por cierto.

ORDOÑO. He respirado, al atravesar el jardin, perfume de flores.

CONDE. Sin duda.... y cuando tú partiste, hace dos años, no había en sus áridos arriates un solo rosal.

ORDOÑO. Habeis cambiado el mueblaje y los tapices.

CONDE. Que eran ántes de color sombrío....

ORDOÑO. Eso es, señor.

CONDE. Eso es, Ordoño, que entónces vivía solo, enteramente solo y triste, en esta mansion.... y ahora......

ORDOÑO. Y ¿ahora?

CONDE. Ahora, vivo con un ángel.

ORDOÑO. ¿Un ángel? No comprendo.

CONDE. Pues compréndelo, ¡vive Dios! y alégrate, Ordoño, alégrate; porque ese ángel que apénas cuenta diez y ocho primaveras, que conmigo vive, que lo alegra y lo embellece todo con su presencia, es mi dulce compañera.... es mi esposa.

ORDOÑO. ¿Vos?..... ¿Casado vos, señor Conde! Y de este modo......

CONDE. Vamos, y ¿qué te admira? Eso ¿qué tiene de particular?

ORDOÑO. Nada, es verdad; nada tiene de particular.

CONDE. Tú no me hablas con franqueza.

ORDOÑO. Señor......

CONDE. Te lo permito: habla.

ORDOÑO. (*Con solemnidad.*) Si me hubiérais pedido consejo; si ántes de dar ese paso hubiérais oído la voz de vuestro antiguo servidor, yo os hubiera dicho: Señor Conde, mal vive á la sombra

del tronco añosoy sombrío el débil tallo del rosal naciente. Aire, luz, frescura, rocío, busca la flor que va á entreabrir sus hojas á la sonrisa tierna del amor primero.... En la oscuridad se amarillea, roban las tinieblas el perfume á su cáliz, y bajo la escarcha del invierno, se seca y se marchita doblegada.

CONDE. Calla.... ¡Ay de mí, Ordoño, si eso que estás diciendo es la verdad!

ORDOÑO. Ya lo veis.... Mejor hubiera hecho en no deciros nada.

CONDE. Oye: hace algun tiempo que partió con numerosas huestes, para el país de Ibueras, el Capitan Hernando Cortés, en busca de Cristóbal de Olid, que ingrato, desleal y olvidadizo, alzó pendones contra él. ¿Lo sabías? ¿Supístelo en España? Bien. Pero lo que tú no sabes, lo que tú no podías saber, es el fatal desenlace de aquella triste jornada.

ORDOÑO. Me llenais de curiosidad.

CONDE. Hernando Cortés, víctima de formidau blerebelion, pereció allí con todos lo suyos.

ORDOÑO. ¡El conquistador ha muerto!

CONDE. Entre los que le acompañaban en aquella malograda expedicion, iba Don Lope de Benavides, padre de Margarita

de Margarita, de la que hoy es mi esposa. Dejóla á mi cuidado: dejóla bajo mi amparo. ¡Desventurado Don Lope, y desventurado, más desventurado aún, mi pobre Enrique!

ORDOÑO. ¿Don Enrique tambien?

CONDE. Tambien, Ordoño, pereció allí el hijo mío.... ¡Ay de mi Enrique!

ORDOÑO. Alentad, señor Conde.

CONDE. Huérfana Margarita,..... sola en el mundo, herida al mismo tiempo que yo, dejó correr su amargo llanto, al par del mío.... El lazo del dolor unió su vida á mi vida.... Uno era nuestro gemido, nuestra plegaria una: una era para entrambos la voz del consuelo. Veía yo á Margarita tan hermosa: me parecía su juventud tan bella: aparecía ante mí, Ordoño, tan fascinadora ¡tanto! como la imágen de esas embriagadoras ilusiones de nuestros primeros años, más llenas de atractivo cuanto más distantes. ¡Tú no has amado, Ordoño!......

ORDOÑO. Nunca, es verdad; yo nunca he amado.

CONDE. ¡Ay, desdichado de tí! Bajo una mágica influencia, sentí el calor en mi pecho.... la luz del día me pareció más clara, más hermosa.... y la enfermedad que me agobiaba con su peso, huyó léjos de mí.

ORDOÑO. Y ella......

CONDE. Ella me amó.... así me lo dijo: así lo dijeron sus labios delante de los altares.

ORDOÑO. Bien, señor.

CONDE. Y soy dichoso.... muy dichoso. Ella vive arrimada á su viejo tronco..... y bajo la sombra bienhechora de mi amor infinito, aún no ha perdido sus colores; aún conserva su lozanía y su frescura. ¡Margarita! *(Llamando.)*

ORDOÑO. Señor, ocupada tal vez......

CONDE. No. ¡Margarita! *(Llamando.)*

ESCENA IV.

DICHOS, MARGARITA.

MARGARITA. Hernando, ¿me llamabas?

CONDE. Sí, hija mía, sí: te llamaba. Quería que Ordoño te conociese. Tú ¿no conoces á Ordoño?

ORDOÑO. *(Saludando.)* Señora......

MARGARITA. Sí, le conocía. Ya os conocía yo, señor Ordoño..... El Conde me ha hablado tanto de vos......

CONDE. Oyelo.... Ya lo estás oyendo.... Le he hablado tanto de tí, que ya no le eras desconocido. Margarita sabe que un mismo seno nos dió alimento: sabe que juntos crecimos, y que por el sendero de la vida, apoyado en tu brazo,

hemos hecho juntos el camino. El tambien sabe ya que tú eres, Margarita, un ángel de bondad: sabe que tú, y el recuerdo de mi Enrique, sois los dos únicos amores de mi vida.... vida que, sin tí, hubiera terminado ya.

MARGARITA. Exageras, Hernando, cuando hablas de ese modo. Tú nada me debes, yo nada te debo, porque he pagado tu cariño con otro igual.

CONDE. Muy bien dicho.... muy bien. Dame á besar tu frente, Margarita. *(A Ordoño.)* Es el beso de un hombre ya casi viejo: pero no es mi labio el que toca su frente.... es mi alma, siempre jóven para ella.... ¿Qué rumor es ese? (*Se oyen vivas y rumores del pueblo.*)

VOCES DENT. ¡Viva Hernando Cortés!

MARGARITA. ¿Qué dicen?

VOCES. ¡Viva el Conquistador!

CONDE. ¿Qué están diciendo!

MARGARITA. ¡Dios mío!

ORDOÑO. *(Que vuelve del balcon, adonde se ha acercado para oír mejor.)* ¡Viva, viva Hernando Cortés! aclama el pueblo. (*Continúan los rumores.*)

CONDE. *(Con suma agitacion.)* ¿No es ilusion de mis oídos?.... ¿Eso dicen, Ordoño? ¡Ay! Si eso dicen, sígueme. Margarita, mi espada y mi sombrero. (*Se pone*

ámbas cosas.) Vamos, Ordoño, vamos. O ese pueblo está loco, ó Dios ha oido mi ruego.

ESCENA V.

MARGARITA, INES.

(Los rumores del pueblo se repiten conforme lo indique el diálogo.)

MARGARITA. *(Llamando.)* ¡Inés!

INES. *(Que sale agitada.)* ¿Habeis oido?

MARGARITA. Sí, Inés, sí tal; pero eso es mentira, no lo creas.... Apellidan esas voces al Conquistador, y el Conquistador ha muerto.

INES. Quién sabe.

MARGARITA. ¿Tú lo dudas? ¡Ay! La verdad es que yo tambien lo estoy dudando.... Si Cortés vive......

INES. Entónces, señora......

MARGARITA. Entónces, Enrique tambien vive, y yo no quiero que viva! ¡Dios mío! ¿Qué estoy diciendo? ¡No querer que viva Enrique!......

INES. Señora, pero si él viene......

MARGARITA. Si él viene, Inés.... Es verdad, ¿qué va á ser de mí? ¡Me había yo acostumbrado tanto á amarle muerto! ¡Era, ay Dios, ese amor tan puro, tan inocente! Pero el cielo no ha de querer, Inés,

causarme un tormento tan horrible. ¿No te lo imaginas? Oye.... el rumor del pueblo acrece de nuevo, y brama como la tormenta desencadenada.... Oigo pasos.... ¿Quién?.... ¡Ah! Jesus, Jesus me valga!... ¡Nuño! (*Viendo aparecer á Nuño qne se detiene á algunos pasos de Margarita.*)

ESCENA VI.

Dichas, NUÑO.

NUÑO. Señora......

MARGARITA. ¡Nuño! ¿No estoy soñando? Habla.

NUÑO. Señora, es la verdad.... Yo soy el mismo, y él......

MARGARITA. Y ¿él?.... Acaba.

NUÑO. Vive.

MARGARITA. ¡Vive! ¡Enrique vive! ¡Ah! Que no venga.... Que no venga.... Que huya léjos de mí.

NUÑO. He intentado alejarle, señora; pero en vano.

MARGARITA. Y bien: ¿cuándo le has visto? ¿Está cocomo siempre?.... ¿No viene herido? Pero ¡ay! que esto es locura.... ¿Qué me importa él á mí? No sé qué siento......

ENRIQUE. (*Dentro.*) Nuño!

MARGARITA. Esa voz.... es su voz.... Quisiera huir; pero no puedo,.... mi planta se

niega... me es imposible moverme...

ENRIQUE. (*Dentro, más cerca.*) ¡Nuño! (*Llamando.*)

MARGARITA. Por compasion.... sacadme de aquí vosotros!.. arrastradme aunque sea.. ¡Ah! Enrique. (*Haciendo un supremo esfuerzo, y despues de una rápida vacilacion entre huir ó adelantar hácia Enrique, se arroja en brazos de éste que la recibe con indecible placer.*)

ENRIQUE. ¡Margarita! (*Se abrazan. En este momento aparecen el Conde y Ordoño.*)

ESCENA VII.

Dichos, el CONDE, ORDOÑO.

CONDE. (*Mirando á Enrique y Margarita, y extendiendo el brazo hácia ellos.*) Mira, Ordoño, míralos en estrecho abrazo.

ENRIQUE. (*Turbado.*) Señor Conde. Padre mío. (*Abraza al Conde.*)

CONDE. ¡Qué felicidad! ¡Qué suprema felicidad! ¡Cuánta ventura! ¿No te alegras como yo, Margarita? Míralo, mira á mi Enrique.... ¿Por qué bajas la frente y te turbas?.... ¡Ah, nécio de mí! Ya lo comprendo.... Porque os he sorprendido, ¿no es verdad? ¿Os conocíais?

Vamos; pues abrazaos de nuevo..... Abraza á mi esposa, Enrique.

ENRIQUE. (*Llevando la mano á la empuñadura de su espada, y con acento ensordecido por los celos.*) ¿A vuestra esposa, señor? ¿A vuestra esposa habeis dicho! (¡Margarita!......)

CONDE. (¿Qué es esto?) Sí, hijo mío, sí,...... pero tu semblante trasformado me confunde, y tú vacilas..... já, já, já, como tú, Ordoño.... já, já, já, como tú, Enrique se sorprende de que me haya casado.... Vamos, reponeos... Voy á escribir en este pergamino, (*dirigiéndose á la mesa)* mis felicitaciones á mi amigo Gonzalo de Sandoval. (¡Dios mío.... Dios mío!)

ENRIQUE. (*Acercándose á Margarita.*) Margarita, necesito hablaros.

MARGARITA. No......

CONDE. (*Aparte.*) (Algo se dicen.)

ENRIQUE. Hoy mismo.

MARGARITA. No.

ENRIQUE. Dentro de una hora.

MARGARITA. Nunca.

CONDE. (*Enrollando un pequeño pergamino y dándoselo á Nuño.*) Ea, lleva esta misiva, Nuño.

NUÑO. Bien, señor. (*Váse.*)

CONDE. Tú, Enrique, abrázame otra vez.....

Soy feliz, completamente feliz... ¡Ah! Oye.... (*Suena un clarin.*)

ENRIQUE. El deber me llama.

CONDE. ¿Volverás?

ENRIQUE. Presto vuelvo.

MARGARITA. Esperad, caballero; mi padre partió con vos á las Ibueras: ¿qué es de mi padre?

ENRIQUE. Vuestro padre...., señora, murió.

MARGARITA. ¡Ah! (*El Conde se dirige á Margarita; pero se detiene bruscamente.*) ¡Padre mío!

ESCENA VIII.

El CONDE, ORDOÑO, MARGARITA, INES.

CONDE. Inés, haz que preparen habitacion á Enrique para cuando retorne. Acompaña á Margarita.

MARGARITA. Sí, Inés... (La vida se me acaba. ¿Hay más desdichas, Dios mío?) (*Vánse.*)

CONDE. (*Tomando de un brazo á Ordoño, y llevándolo al medio del salon.*) Ya lo viste, Ordoño. Ya lo viste..... ¡Se conocían, se conocían.... y.... sospecho que se aman!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Jardin alumbrado por la luz de la luna.—Puertas laterales con gradas.—En el fondo, una gran verja de hierro.—Bancos, árboles, etc.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, INES.

NUÑO. Debió esperar más tiempo.

INES. Esperó.

NUÑO. No, por mi vida.

INES. Creyó que no volvería.

NUÑO. Amor se nutre de ausencia, sí.... y al fin hubiera alcanzado el premio. ¡Ay quién de mujeres fía....!

INES. Quísolo así el destino.

NUÑO. Es culpable, Inés.

INES. Culpable no, desventurada. Mas ¿qué pudo dar orígen á esa fatal noticia?

NUÑO. Muy sencillo es por cierto.

INES. No alcanzo á comprenderlo.

NUÑO. Lo vas á comprender.—Gonzalo de

Salazar y Per-Almíndez Chirinos quedáronse por Hernando Cortés, para gobernar en su nombre la Nueva España. Parte el conquistador á Ibueras...... Gonzalo y Per-Almíndez sospechan que el conquistador guarda en los aposentos de su palacio el oro y las riquezas todas del Imperio Azteca. ¿Cómo adquirir ese oro? ¿Cómo apropiarse esas riquezas? Divulgando la funesta nueva de la muerte del conquistador. Cunde de boca en boca la desastrosa noticia. Los Gobernantes entran á saco el Palacio, y afianzan su poder sobre el ánimo contristado y abatido de los amigos de Cortés. Entretanto, nosotros, Inés, llegamos al final de la jornada. Cristóbal de Olid muere, y sus pendones rebeldes, dobléganse ante nosotros...... Pero, Inés, vuestra señora, se olvida de Don Enrique, y ante el ara santa entrega su corazon y su mano...... ¡Ay quien de mujer fía, y fía de promesas engañosas! Vé.... Ya lo sabes todo.... Aquí, dentro de breves instantes......

INES. ¡Nuño!

NUÑO. Mi señor lo quiere. *(Vánse el uno por la derecha, y la otra por la izquierda.)*

ESCENA II.

EL CONDE, ORDOÑO por el fondo.

CONDE. Aire...... necesito aire que respirar...... Allí dentro me ahogo.... me parece que estoy enterrado vivo y que la pesada losa de un sepulcro me oprime el pecho.... ¡Cómo cambia en una hora el presente! ¡Cómo se trueca en un minuto la dicha en llanto, y cómo muere en un segundo la esperanza!

ORDOÑO. Alejad á Don Enrique....

CONDE Tú me viste hace poco...... Hace muy poco que te contaba, no sé qué de felicidades y alegrías...... Sentía jóven mi corazon, y late anciano ya. Te hablaba de salud y estoy enfermo...... Apénas puedo tenerme.

ORDOÑO. Tal vez os engañais......

CONDE. ¡Pluguiera al cielo! Pero tú ¿no lo viste? ¿No reparaste en aquel estrecho abrazo del alma? ¿No viste aquellos ojos? ¿No viste aquellos semblantes? ¿Por qué los labios de Enrique temblaron? ¿Por qué los labios de Margarita enmudecieron?

ORDOÑO. A veces, señor conde, obcecados por maligna influencia, creemos ver lo que no existe.... creemos....

CONDE. Niño...... ¡Qué niño eres, y blanquean tus cabellos......! Tú mismo

no crees lo que me estás diciendo, Ordoño! No lo crees.

ORDOÑO. Señor......

CONDE. En aquel momento de turbacion, cuando Enrique me preguntaba si era mi esposa Margarita, ¿no viste cómo temblaron sus dedos entre los gavilanes de su espada? ¿No viste desprenderse de sus pupilas el relámpago de los celos...... y cómo brotaron los míos aquí, en el interior de mi pecho?.... Tú no sentiste la tormenta...... tú no has llegado á comprender cómo hierve la lava de los volcanes, bajo la helada nieve de su cima.

ORDOÑO. Pues bien, señor, si ese no es un engaño, si estais seguro de que esa es la verdad, os lo repito, alejad de vos á Don Enrique.

CONDE. ¿Alejarlo?...... ¡Alejar á Enrique!...... ¡Separarlo de mi lado!—¡Ay! Búscame á Nuño...... Al momento, búscamelo; quiero hablarle.

ORDOÑO. Está bien, señor; obedezco.

ESCENA III.

EL CONDE, solo.

CONDE. Ayer, anoche á esta misma hora, reclinaba yo tranquilo mi cabeza sobre la almohada...... Acababan de cerrarse mis labios despues de una ora-

cion...... Mi oracion de todas las noches por el alma de mi Enrique. ¡Dios mío! Y hoy, hoy vuelve á mi lado, y llega sólo á robarme la calma y el reposo...... Yo decía ¡infeliz de mí! que viviendo él, nada faltaría á mi ventura, y hé aquí cuán horrible desengaño. ¡Ah!.... Si el padre de Enrique viviera, y me mirara.... Si sus ojos pudieran leer en el revuelto fondo de mi pecho...... ¡Qué lástima tendría de mí! Fuera su sacrificio mi amargura. *(Pausa ligera.)* ¡Oh! necesito saberlo todo...... Todo...... Y apurar firme y sereno, hasta la última gota, la hiel del sufrimiento.... Y ella.... Margarita...... Mi Margarita. Si al ménos pudiera odiarla......¡Si! al ménos fuera culpable...... Nuño.

ESCENA CUARTA.

EL CONDE, ORDOÑO, NUÑO.

ORDOÑO. Aquí está Nuño.

CONDE. *[A Nuño.]* Acércate.... Ven acá.... Acércate más.

NUÑO. Mandad, señor Conde.

CONDE. ¿Te acuerdas de una triste noche, en que llorabas hambriento orillas de un camino?

NUÑO. Sí, señor Conde.

CONDE. La luz de las estrellas alumbraba débilmente el macilento rostro de una mujer desdichada.

NUÑO. ¡Mi madre!

CONDE. ¿Te acuerdas, Nuño?

NUÑO. Me acuerdo.

CONDE. ¿Quién la abrigó bajo su techo?

NUÑO. Vos.

CONDE. ¿Quién cuidó de alimentarla?....

NUÑO. Vos.

CONDE. ¿Y de aliviar sus dolores y de darla sepultura?

NUÑO. Vos, señor conde, vos.

CONDE. Pues bien, en nombre de aquella santa mujer, contéstame.

NUÑO. Vuestro soy...... Preguntadme.

CONDE. ¿Cuándo conoció Enrique á Margarita?

NUÑO. *[Turbado.]* Señor...... (¡Dios mío! ¿Qué hacer?)

CONDE. ¿Cuándo?

NUÑO. Hace tres años.

CONDE. ¿Dónde?

NUÑO. Una tarde en vísperas, en San Francisco el viejo.

CONDE. ¿La amó?

NUÑO. La amó.

CONDE. ¿Se amaron?

NUÑO. Se amaron.

CONDE. ¿Veíala con frecuencia?

NUÑO. Todas las noches, al pié de una reja.

CONDE. ¿Lo sabía Benavídes, el padre de Margarita?

NUÑO. Lo ignoraba, lo ignoraba como todo el mundo.

CONDE. Y cuando Enrique se marchó.....

NUÑO. Juráronse amor eterno.

CONDE. Y él durante la ausencia, ¿no pudo darle noticias suyas?

NUÑO. Nunca.

CONDE. ¿Ni una vez sola?

NUÑO. Ni una vez.... Andando siempre por desconocidos senderos, llegamos, señor, á Ibueras, sin dejar tras de nosotros más que la huella de nuestras pisadas.... Perc Don Enrique me hablaba siempre de su amor.... Siempre......

CONDE. ¡Ah, siempre......! Basta, Nuño.... ¿Conoces mi hacienda de Churubusco?

NUÑO. Sí, señor Conde.

CONDE. En ella están alojados los padres franciscanos que llegaron hace algun tiempo...... Monta en la mejor de mis cabalgaduras, y parte al instante...... Toma, entrega en mano propia al Guardian de aquellos religiosos este pliego. Espera.

NUÑO. *(Volviéndose.)* Señor.

CONDE. Sobre la cruz de esa espada, que yo te puse al cinto, jura que no dirás nada á Enrique, tu señor, de lo que te

he preguntado...... Júralo.... Eres hidalgo.

NUÑO. Lo juro.

CONDE. Ahora, véte.

ESCENA V.

EL CONDE, ORDOÑO.

CONDE. Ya lo oiste, Ordoño. ¿Dudas ahora?

ORDOÑO. No señor, no dudo.

CONDE. ¿Comprendes que uno de los dos está demás sobre la tierra?

ORDOÑO. Sí, señor.

CONDE. ¿Comprendes todo el dolor de mi alma? ¿Concibes la locura, la desesperacion hasta lo infinito? ¿Concibes el horror á la vida? Sí, lo concibes, y es necesario terminar cuanto ántes.... Ordoño, prepara mi litera. Estoy de viaje.

ORDOÑO. Señor, pensad......

CONDE. Vé.... Cuando todo esté listo, avísame. Aquí espero.

ESCENA VI.

EL CONDE, solo.

CONDE. ¡Lucha!...... ¡Lucha cruel, impía y bastarda! Yo no podré soportar su presencia...... No, no. Ellos van á seguirse amando...... No podrá ser de otro modo...... El amor no tiene barreras...... Salta sobre los abis-

mos.... Su campo es lo infinito.... y la guadaña de la muerte nada más le hiere...... Podrán verse todos los días delante de mí, y yo no podré tal vez ni sorprenderlos...... El amor se oculta muy fácilmente.... En una seña furtiva...... En una rápida mirada...... Allí se esconde.... Perdono la pasion; pero castigaría con sangre la ingratitud ¡Ah! ¿Qué oigo? Se abre esa puerta...... ¡Enrique! ¿Qué querrá? ¿Qué viene á hacer aquí? *(Enrique por una puerta lateral, baja silenciosamente, y avanza hasta la mitad del proscenio. El Conde se oculta entre los árboles).*

ESCENA VII.

EL CONDE oculto. ENRIQUE. Despues MARAGRITA.

ENRIQUE. Aún no viene... Si Margarita no acude á mi demanda, soy capaz en mi despecho...... El Conde.... Mi protector...... Mi padre...... ¡El Conde es mi rival! Todo el fuego del infierno, todo, arde en mi seno. ¡Ah!... *(Aparece Margarita.)*

CONDE. *(Viendo á Margarita.)*—¡Ella!

ENRIQUE. ¡Margarita!......

MARGARITA. Sí, aquí estoy. Vos lo quisísteis.

ENRIQUE. Mentira me parece...... No es esto posible; decid que estoy soñando: de-

cid algo, señora, que me arranque al fin de esta horrorosa pesadilla.

MARGARITA. (*Con indiferencia.*) ¿Yo? Nada tengo que deciros.

ENRIQUE. Odio, que no amor, debiérais inspirar á mi alma...... Desprecio, que no celos. ¿Quién tiene valor para mostrar sereno semblante al recuerdo de una mentira?

MARGARITA. ¡Mentira!

ENRIQUE. ¿No estoy aquí? Suena aún en mis oídos el eco de un juramento.... Tambien debe sonar en los vuestros, Margarita.

MARGARITA. ¿Eso nada más queríais decirme?....

ENRIQUE. Eso......, Sí...... Eso. ¿Sois de mármol por ventura?

MARGARITA. Sí, de mármol.

ENRIQUE. ¿No amais?

MARGARITA. A mi esposo.

ENRIQUE. Lo cual no quita que seais perjura y falsa.

MARGARITA. Os creí muerto......

ENRIQUE. Débil disculpa á la más negra de las ingratitudes.

MARGARITA. Os había perdido para siempre.

ENRIQUE. Y me olvidásteis

MARGARITA. No, rogaba á Dios por vos, todos los días.

ENRIQUE. En la duda de si áun vivía....

MARGARITA. No, en la duda no, Enrique...... Yo

he visto el templo del Señor revestido de paños fúnebres, á la tétrica y pavorosa luz de los blandones.—Allí estaba el suntuoso túmulo de Hernando Cortés.—Allí el de Pedro de Alvarado, el de Gonzalo de Sandoval, los de otros capitanes, y allí el tuyo, ¡el tuyo Enrique!...... Dejé correr mi llanto ....Acompañaba al órgano la fúnebre plegaría de mi alma, y el vacío de la eternidad heló mi pecho.

ENRIQUE. Otra llama ardió en él.

MARGARITA. Otra llama...... ¡Oh Dios!.... Cariño santo.... El Conde era tu protector.... Te amaba como yo: como yo, sufría, Enrique, el dolor eterno.. ¡Eterno es el dolor del que ama á los que han muerto!

ENRIQUE. Pero ya ves que aquel fué un horrible engaño, Margarita ... Y yo no puedo vivir sin tí.

MARGARITA. Ni yo podré.

ENRIQUE. Mentira habrá de ser la ilusion de aquellos amores... Mentira el porvenir halagüeño con que soñábamos... Y ¡cuán hermosa estás! *[Acercándose á Margarita.]*

MARGARITA. Calla.

ENRIQUE. *(Con vehemente pasion.)* ¡Margarita

MARGARITA. Aparta.

ENRIQUE. ¡Perderte para siempre....! Yo que

te he visto en mi delirio durante esa malhada ausencia sonreirme á todas horas, sonreirme al rayo de la luna, atravesando como blanco fantasma la soledad del campamento...... En medio de las tinieblas, Margarita, disipadas en torno tuyo por la luz sola de tus enamorados ojos.... Entre el fragor del rudo combate..... Oir tu voz que me decía: "espera», y descubrir ahora que aquel acento y aquella sonrisa no eran más que delicioso ensueño de una esperanza que debía morir...... Saber ahora que en brazos de otro más venturoso que yo, pasas la vida. ¿No te parece esto espantoso? ¿Hay martirio mayor?

MARGARITA. No lo hay.... No lo hay......

ENRIQUE. No volverás á verme nunca.

MARGARITA. ¿Nunca? ¿Qué intentas, Enrique? Habla.

ENRIQUE. Morir... Tú tambien morirás......

MARGARÍTA. Si...... Yo tambien, Eurique.... Yo conozco que me dominará tu amor.. Que no conseguiré arrancarte de mi memoria, que á donde quiera que torne los ojos allí estará tu imágen adorada.

ENRIQUE. *[Aproximándose á Margarita)* Bella fuera la vida de otro modo, Margarita.

MARGARITA. Sí.... muy bella.

ENRIQUE. Siempre juntos los dos....

MARGARITA. Sin separarnos ni un solo día.

ENRIQUE. Ni un solo día.

ENRIQUE Y MARGARITA. *(A un tiempo y rechazándose.)* ¡Ah!

MARGARITA. El conde es mi esposo.

ENRIQUE. El conde es mi protector.

MARGARITA. No debemos ofenderle ni con el pensamiento....

ENRIQUE. Esto que estamos haciendo es una infamia....

MARGARITA. Una infamia sin nombre.

ENRIQUE. Es necesario que no volvamos á vernos.

MARGARITA. Nunca.

ENRIQUE. Busque cada cual la muerte, que es el único remedio para dolor tan grande.

MARGARITA. Sí.. Adios.. adios... para siempre.

ENRIQUE. Para siempre.

CONDE. *(Saliendo.)* Enrique..

ENRIQUE. ¡Ah!

CONDE. Margarita.... Tú tambien...... Os buscaba, os buscaba á los dos.. Fuí á tu habitacion, y no te hallé... Fuí á la tuya, y tampoco estabas, Margarita......Y como frecuentemente bajas á tu pequeño jardin, díjeme: allí debe estar ella. Tú, Enrique, bajarías por casualidad!

ENRIQUE. Sí. (Respiro.)

CONDE. Y os encontrásteis los dos....

MARGARITA. Sí....

CONDE. Y estaríais seguramente hablando de mí.. Es seguro que de mí hablábais. ¿No es cierto Margarita? O hablabas de tu padre.. de tu pobre padre.. Le viste tu morir? *[A Enrique.]*

ENRIQUE. Sí, murió como mueren los valientes.

MARGARITA. ¡Padre mío!

CONDE. Es muy justo tu dolor...... ¡Pobre Margarita!.... Resígnate, hija mía, resígnate.. A semejante golpe te habías resignado ya.

MARGARITA. Es cierto.

CONDE. Al fin el cielo benigno nos envía un consuelo en Enrique.. Era lo único que faltaba á nuestra dicha.. Viviendo juntos..

ENRIQUE. No, señor, Conde.

CONDE. ¿Cómo has dicho?..¿Qué estás diciendo?

ENRIQUE. Mañana al rayar el alba saldré de México.

CONDE. Pero eso no es posible..

ENRIQUE. Sí tal, señor; una comision del servicio me obligará á abandonaros.

CONDE. Imposible.

ENRIQUE. Señor....

CONDE. Te digo que es imposible, y.. Mira.. Ahora que os veo á los dos juntos,

me acaba de ocurrir una idea, una hermosa idea. Si en vez de ser Margarita mi esposa, lo fuese tuya..

ENRIQUE. ¿Qué decís?

MARGARITA. Señor..

CONDE. Sí...... Lo que habeis oído...... Ella llena de vida y de juventud.... ¡En esa risueña edad de las pasiones ardientes!.... Tú, jóven, arrogante, altivo.... Ella lozana, tú fuerte.... ¡Cuánto os amaríais...... Y ¡cuán venturoso sería yo á la sombra de vuestros amores!

ENRIQUE. ¡Qué locura, padre mío....! ¿No sois dichoso acaso?

MARGARITA. ¿Acaso no te amo, Hernando, para hacerte feliz?

ESCENA VIII.

Dichos y ORDOÑO, por el fondo.

ORDOÑO. Listo está todo, señor Conde; he preparado el viaje.

MARGARITA. ¿Te vas?

ENRIQUE. ¿Os vais?

CONDE. Sí, á mi posesion de Churubusco.... Enrique, acompañarás á Margarita

ENRIQUE. Solos. *[Aparte.)*

MARGARITA. *(Aparte y muy rápido.)* Sola con él.

ENRIQUE. ¿Vos no podeis ir solo.

MARGARITA. Fuerza será que yo te acompañe, Hernandc.

ENRIQUE. Y cuando hace tanto tiempo que vivimos separados, debo ir con vos.

MARGARITA. Soy tu esposa, y no debo separarme de tí.

ENRIQUE. En mí es obligacion hasta cierto punto.

MARGARITA. Y en mí, deber.

CONDE. *(Rechazándolos con suavidad)* Basta!

MARGARITA. Hernando....

CONDE. ¡Basta! Marcharé en compañía de Ordoño. Adios.... Hasta despues, En rique...... Margarita, hasta la vista! Qué tormento, Ordoño, que tormento! *[Al llegar á la reja, se vuelve á los dos con supremo dolor y dice)*: ¡Adios!

ESCENA IX.

ENRIQUE y MARGARITA se quedan un instante como ensimismados.

ENRIQUE. *(Dirigiéndose á Margarita, y acercándose á ella.)* ¡Margarita!

MARGARITA. *(Señalando al pabellon de la derecha.)* Idos, ni una sola palabra. ¡Idos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Salon de bóveda con puertas laterales, una á la derecha y dos á la izquierda, en primero y segundo término.—En el fondo, en medio, un balcon desde el cual se ven las copas de los árboles de un huerto.—Balcon á la derecha, junto á la puerta de entrada.—Un altar.—Una lámpara colgada del centro de la bóveda ilumina la escena.—Comienza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

ORDOÑO; NUÑO.

NUÑO. ¡Horrible desgracia!

ORDOÑO. Irreparable, Nuño...... ¿Quién pudo ní soñar en ella?.. Bien que el señor Conde andaba ya achacoso, y segun el pronóstico del físico Pero López, que es un sabio, hace tiempo que nuestro señor debió pasar á mejor vida.

NUNO. Dios le tenga en su gloria.

ORDOÑO. Así sea. El, hasta cierto punto, moti-

vó con sus excesos el mal estado de su salud.... No excesos reprochables, nada de eso; pero era extremoso en el cumplimiento de sus deberes de soldado.. ¡Terrible batallador fué Don Hernando! Si tú le hubieras conocido mozo.... Luchó como el que más, siempre al lado del Conquistador. El hambre y la fatiga jamás le doblegaron, y era el primero en el combate, y el último en el reposo. Aquellas prolongadas vigilias fatigaron su cuerpo, cubierto ya de honrosas cicatrices, y la vejez anticipada rugó su frente.. Ea, Nuño, paciencia, resignacion, y á otra cosa. Don Enrique y la señora Condesa, si han recibido mi aviso del medio día, deben estar llegando. De México á Churubusco no es larga la distancia, y además, vendrán de prisa.... Vete á su encuentro Nuño, y prepara el ánimo de la señora Condesa: espero aquí.

NUÑO. Bien, señor Ordoño: os obedezco; empero, penosa y molesta asáz es la misiva.

ORDOÑO. Cumple con tu deber.

NUÑO. Que Dios os guarde.

ORDOÑO. El contigo vaya, Nuño.

ESCENA II.

ORDOÑO. [Se oyen sonar salmodías de difuntos á lo lejos.]

ORDOÑO. ¡Ah ¡Ya todo terminó!.... El fúnebre clamor comienza á oirse. Y pensar que desde España he venido sólo para ser testigo de tanto duelo. ¡Cuánto no sufriría en unas breves horas, aquel noble corazon!

ESCENA III.

ORDOÑO, ENRIQUE que entra precipitadamente.

ENRIQUE. Ordoño.

ORDOÑO. Señor. Y la Condesa?

ENRIQUE. Tras mí viene.... Héme anticipado unos instantes.... ¿Qué sucede?.... ¿Qué ha sucedido?

ORDOÑO. Oid......

ENRIQUE. Ese canto......

ORDOÑO. Es por él......

ENRIQUE. ¿Por él?.... ¡Dios poderoso! ¡Fatalidad!.... ¡Fatalidad! Cuenta, cuéntamelo todo.. Quiero imponerme de lo que ha sucedido.

ORDOÑO. Señor, hace dos días, como sabeis, vinímos aquí...... En todo el camino no desplegó los lábios el señor Conde...... Toda la noche ardió el velon en su aposento, y oía yo, al traves de la puerta, el son acompasado de su andar. Ayer por la mañana

me llamó...... Densamente pálido ví su semblante, triste su mirada: «Quiero ver al Guardian, Ordoño: búscale", dijo. Obedecí, y á poco encerráronse los dos. Tomó escaso alimento.... Tornó el Guardian á conferenciar con él cuando la tarde caía, y al oscurecer, voces de duelo nos consternaron á todos. Negóse el señor al terrenal auxilio, y espiró en los brazos del santo religioso, único sér humano que permitió á la cabecera de su lecho: amortajólo él mismo con el hábito de la órden, y nada más. Yo no he podido volver allí, no he podido: me ha faltado el valor para mirarlo.

ENRIQUE. Basta, Ordoño.... ¡Pobre padre mío! No parece sino que el destino se goza en jugar con mi alma.... por todos lados herida.... por todos lados desgarrada.

ESCENA IV.

Dichos. MARGARITA. NUÑO.

MARGARITA. ¡Ah! Bendito sea Dios que os veo, Ordoño.... ¿Qué pasa aquí? ¿Es cierto...... Es cierto lo que me dice Nuño......? ¡Ah! era la verdad: lo leo en vuestro semblante!

ENRIQUE. Animo, Margarita, ánimo.

MARGARITA. ¿En dónde, en dónde está?

ORDOÑO. En la capilla, señora: oíd los oficios.

MARGARITA. *(A Ordoño.]* ¿Y vos no avisásteis?

ORDOÑO. No hubo tíempo para nada, señora Çondesa; no era posible.

MARGARITA. *[A Enrique.]* Conducidme.

ORDOÑO. *[A Enrique.)* Allí, señor, por allí, al fin de esa galería; guía, Nuño.

ENRIQUE. Venid, Margarita.

MARGÁRITA. Vamos.

ESCENA V.

ORDOÑO; despues el CONDE por la puerta izquierda del primer término, que habrá estado cerrada.

ORDOÑO. Allí van. Hé aquí lo que es el mundo. Ayer, esos dos séres que se aman, sentían latir sus corazones, separados el uno del otro por una barrera insuperable: hoy, un soplo la hace pedazos. Cumplidas las aspiraciones de su alma, verán al cabo que las puertas tas de su esperanza se abren de par en par sobre la fria loza de un sepulcro. ¡Ah! Ya esto es la locura.... ¿Qué veo? *[Viendo aparecer al Conde.)*

CONDE. Calla.... Calla Ordoño.... ¡Silencio!

ORDOÑO. ¡Fascinacion!

CONDE. Fascinacion no, ¡realidad!

ORDOÑO. ¡Dios poderoso!

CONDE. ¿Donde están? ¿Han venido? Quiero verlos, quiero verlos la última vez.

ORDOÑO. Allí, señor, en la capilla.

CONDE. ¡En la capilla! ¡Junto á ese ataúd que guardará de hoy más el secreto de mi vida!.... Nadie lo sabe, nadie.. . Sólo tú y el Guardian de los franciscanos lo sabeis.... ¡He muerto para el mundo!

ORDOÑO. Pero eso no es posible, señor Conde; semejante sacrificio....

CONDE. Tú no sabes lo que este sacrificio me cuesta; tú no lo sabes, ni podrás imaginarte lo que he sufrido!

ORDOÑO. ¿Qué causa puede obligaros á tan espantoso tormento?.... Encadenaros para siempre en cárcel sombría....

CONDE. Para siempre. ¿Y cuáuto puedo vivir yo, Ordoño? ¿No me ves? ¿No me estás mirando?

ORDOÑO. Con todo, la libertad de un día....

CONDE. Y ¿de qué puede á mí servirme la libertad? Oye.... escúchame atento; juzga bien si lo que hago está bien hecho. Era la última noche del mes de Julio de mil quinientos veinte. Plomizo y enlutado el cielo, ennegrecía con fúnebre sombra la tersa superficie de las lagunas de Anáhuac. Ni una pálida estrella lucía en el firmamento. La capital del Imperio Azteca pa-

recía dormir. Los cuarteles castellanos eran abandonados sordamente, y como se arrastra la serpiente cautelosa en el silencio de la noche, así se deslizaba en columnas por las solitarias calles, el ejército de Cortés. De repente, la luz de cien antorchas iluminó el espacio, y el pavoroso grito del exterminio y la matanza, retronó fatídico en los aires! De la masa informe de la tiniebla densa, y de los antros de la tierrra, parecía que brotaban, como evocados fantasmas, millares de guerreros. Cuitlahuatzin reía .... y la sangre azteca y la sangre castellana, corriendo en ancho surco, tiñeron las aguas. Gritos, plegarias, lamentos, alaridos, poblaban el espacio, y el gran tambor del Teocali dejaba oír su voz atronadora. Yo estaba allí, Ordoño...... La rabia de la desesperacion alentaba mi pecho. De pronto, me ví solo, solo!....Y en torno mío cien macanas amenazaban mi frente. Cada vez que mi brazo se extendía, armado del mellado acero, mi sangre hallaba una nueva salida.... Mis fuerzas se agotaban.... Y el velo de la muerte anublaba mis ojos.. "Animo" gritaron de repente cerca de mí, y distinguí un guerrero. Blan-

dió su espada en derredor, y como cegados por la hoz del campesino, cayeron mis contrarios. Entónces la esperanza de la vida renació en mi alma, y abrí los brazos para estrechar á mi generoso salvador. Opreso estaba en ellos, cuando ¡oh Dios mío! una enemiga flecha, hiriéndole por la espalda, atravesó su corazon.... Cayó y allí..espirante.. con voz inteligible apénas.... me dijo: "Tengo un hijo, Hernando: sé su protector: sé su amparo: hazlo feliz" y envuelta entre el gemido ahogado de aquella postrer palabra, se acabó su vida. Aquel hombre, Ordoño, era el capitan Juan Velázquez de Leon.

ORDOÑO. Sí, comprendo.

CONDE. Era el padre de Enrique. Desde entónces aquel niño fué mi hijo; todo el amor del desventurado padre se reconcentró en mi seno, y el huérfano vivió á mi lado. Y ¿quieres, Ordoño, que hoy, hoy que el amor hace palpitar su corazon, hoy que el amor de Margarita es su vida, su esperanza, la asesine en su pecho para siempre? No.... No.... «Hazlo feliz,» dijo el guerrero que por salvarme moría.... Y ¿he de hacerlo desdichado? Nunca.

ORDOÑO. Con todo, señor Conde; ese mancebo podrá olvidarla un día.

CONDE. Jamás......

ORDOÑO. El amor y el respeto que os profesa...

CONDE. Harán su suerte más desdichada.

ORDOÑO. Es vuestro hijo......

CONDE. Será ese su tormento mayor.

ORDOÑO. Alguna vez la resignacion dulcificará sus penas, y el olvido vendrá en su ayuda.

CONDE. ¿El olvido? ¡Nunca! No lo creas. La llama abrasadora crecerá ante el fantasma de lo imposible.

ORDOÑO. La razon tendrá que sobreponerse.

CONDE. La razon no existe cuando se ama... Tú no conoces el corazon de Enrique.... Sólo los padres conocen á sus hijos. Margarita será para él el deseo incesante.... El incesante torcedor.... Y.... Oyeme: un día, el ódio germinará en su corazon, como en las rocas endurecidas la planta venenosa: en noches eternas de vigilia y desesperacion tenderá las alas sobre su frente el genio del mal, y entónces, entónces, Ordoño, sentirá su pecho destrozado por la angustiosa sed de la venganza.... Y ¡horror! Enrique derramará mi sangre, ó yo.... ó yo, loco por los celos, ofuscada la razon por la enormidad de la culpa,

¡mancharé mi diestra con su sangre! ¿Callas? Tu labio ha enmudecido. ¿Al fin comprendiste que tengo razon? Ya lo ves, tengo razon.

ORDOÑO. Es horrible convencerse.

CONDE. Término breve hubiera podido dar á mis dolores......

ORDOÑO. ¿Qué decís, señor?......

CONDE. Sí; he visto, al rugir en mi alma desesperada la tormenta de los celos, el halagador fantasma del suicidio.... Yo le he visto llamarme.... Sonreirme.... Y me ha parecido que la angustia, aposentada en mi pecho, se alejaba de mí.... Huía.—¡Oh! Qué horrenda ansiedad destroza mi alma! Arde mi cabeza.... ¿Qué es esto? mira.... Míralo.... Allí está.

ORDOÑO. ¿Quién?

CONDE. Sobre su cuello cárdeno, sangriento, reposa dulcemente su cabeza...... ¡Cuál vaga por sus labios descoloridos plácida sonrisa!.... La felicidad eterna, infinita, cierra con blanda mano sus párpados. La envidia no devora sus entrañas, y su corazon no late.... Eso es el descanso, el perennal descanso.... Eso es no sufrir, no odiar, no amar, no gemir..... Es el sueño de la ventura sin fin, en cambio de un dolor breve. ¿De qué me sirve el ace-

ro? (*Como respondiendo al fantasma que le pregunta.*) ¡Oh! Dices bien: ¿de qué me sirve? (*Desenvainando la daga y dirigiéndola contra el corazon.*)

ORDOÑO. (*Arrojándose hácia el Conde.*) ¡Ah!

CONDE. (*Volviendo en sí y arrojando al suelo el puñal.*) ¡Ah!

ORDOÑO. ¿Qué haceis?

CONDE. ¡Horror! ¿Yo criminal? Recoge, Ordoño, el arma matadora. Otras veces no ha sido tu voz, ha sido la voz del cielo, que la ha arrebatado de mi mano, la que oí: el grito de la conciencia dominando al dolor, á la desesperacion.... Y entónces, mi labio trémumulo y avergonzado ha pedido perdon al cielo como ahora.

ORDOÑO. Tormento tal, señor Conde......

CONDE. Mata tambien, tambien mata. Es preciso esperar... Venga la muerte airada por su presa.... la muerte, grata á mi Dios, y respetada por los hombres. ¿Qué rumor es ese? Suben....

ORDOÑO. (*Mirando por la escalera.*) Suben la escalera. Ella.... Es ella.

CONDE. Huyamos, que no me vea, Ordoño... ¡Que no me vea! Huyamos. (*Vánse precipitadamente.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE, MARGARITA.

MARGARITA. Ni una palabra más, Enrique.

ENRIQUE. Locura inexplicable, sepultaros para siempre en un convento..... ¿No sabeis lo que es eso?

MARGARITA. Estoy resuelta.

ENRIQUE. No podrá ser.

MARGARITA. Ya lo vereis.

ENRIQUE. Margarita, yo iré á arrancaros de allí.

MARGARITA. El corazon me dice que el Conde descubrió nuestros amores, que desesperado huyó á este sitio, y que maldiciendo su destino, no pudo sobrevivir á su amargura.

ENRIQUE. Suposicion......

MARGARITA. ¿Y si fuese cierto? Volvernos á mirar siquiera sería insultar su memoria. ¿Amarnos? Amarnos no.... Su espectro mudo y sombrío aparecerá siempre entre nosotros como una barrera.

ENRIQUE. ¡Margarita!......

MARGARITA. Nunca, más vale así: dejadme sola... Sola con mis recuerdos.... Yo os bendiciré en mi soledad....Jóven sois, sois rico: embriagaos en otro amor, y dejadme en paz.

ENRIQUE. Y vos podeis.... ¡Por compasion!

MARGARITA. Por compasion, dejadme. ¡Nuño! (*Haciendo ademan de retirarse.*)

ESCENA VII.

Dichos, NUÑO (por el fondo,) ORDOÑO y el CONDE (que sale con hábito franciscano y calada la capucha, por la puerta izquierda del primer término.)

ORDOÑO. (*Deteniendo á Margarita.*) Esperad, señora Condesa, este santo religioso que acompañó al señor Conde en sus últimos momentos, tiene un pliego para vos. El debe entregároslo. (*El Conde alarga el brazo á Margarita, y le da un pliego cerrado.*)

MARGARITA. (*Tomando el pliego.*) Gracias, padre mío.

CONDE. ¡Ay, Ordoño! Desfallezco. . Esa voz. .

MARGARITA. (*Despues de pasar los ojos por el papel.*) ¡Qué veo! Oíd, Enrique: acercaos: (*Lee.*) «Yo no sé qué me mata, Margarita; pero siento que el dolor de no verte más, me arrancará la vida, ántes que la helada mano de la muerte ahogue mi corazon. Tuyas mis joyas son y tuyos mis tesoros. Aquel mi otro amor de la tierra, mi Enrique, te amará como yo te amé...... No más que yo. Haga él mis veces. Un día Ordoño llamará á la puerta de la morada de Enrique y le dirá: «Buscad á Margarita y enlazaos con ella.»

CONDE. Pronto, Ordoño, será.... Me siento morir.

MARGARITA. (*Leyendo.*) «Yo lo quiero, yo lo exijo de tí.—Adios para siempre.»

ENRIQUE. ¡Oh noble corazon!

MARGARITA. ¡Dios mío! Bendecidme, padre, bendecidme. (*Se postra á los piés del Conde.*)

CONDE. (*Extendiendo el brazo sobre la cabeza de Margarita, y apoyándose en Ordoño.*) Sosténme, Ordoño, sosténme.

ENRIQUE. ¡Margarita!......

MARGARITA. (*Levantándose y despidiéndose de Enrique.*) Véte, Enrique; en hondo duelo, léjos el uno del otro, consagre nuestro pecho á su memoria santa el tributo de sus lágrimas: acaso un día nos uniremos para siempre! Dame tu brazo, Nuño. Vamos. (*Enrique la contempla, y cuando ha desaparecido, con un movimiento de desesperacion se arroja á la escalera del fondo y desaparece tambien. Margarita sale por la puerta lateral derecha.*)

ESCENA VIII.

El CONDE, ORDOÑO.

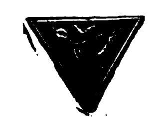
CONDE. (*Avanzando casi delirante hácia la puerta por donde Margarita ha desaparecido.*) Se va.. Para siempre... ¡Para siempre! pronto sin tí, moriré.. Margarita! Enrique! que mi dolor sea vuestra ventura. Que mi sacrificio, os

haga dichosos. (*Vacilando y próximo á caer desfallecido por la emocion.*)

ORDOÑO. (*Dirigiéndose en su auxilio.*) Señor Conde......

CONDE. (*Apoyándose en Ordoño y dirigiéndose al altar frente al cual caen de rodillas al pronunciar el Conde las últimas palabras del drama.*) Calla, Ordoño. El Conde ha muerto. Ven. . Roguemos á Dios por él.

FIN DEL DRAMA.



ESPERANZA.

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO.

Al eminente doctor Eduardo Licéaga.
Su compañero y amigo

EL AUTOR.

PERSONAJES.

Don Nuño.
Don García de Espinosa.
Esperanza.
Brenda.
Ferrando, escudero de Don García.
Un Capitan.
Garceran.
Guardias.

La escena pasa en México

Este drama se representó por primera vez en el Teatro Principal de México, la noche del 7 de Diciembrede 1876.



ACTO UNICO.

Salon regio en casa del Virrey de Nueva España.—Jardin en el fondo, con reja.—Cuatro puertas laterales, dos de cada lado.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO.

Venir debe.... aquí la espero
Con mi afan y mi agonía......
¿Será inútil mi porfia?
¿No he de alcanzar lo que quiero?
Arde el pecho, arde mi sien;
Nada hay que placer me brinde;
¿Por qué á mi amor no se rinde
Su inagotable desden?
A la desventura impía,
Su hondo silencio me inmola;
—Una palabra.... una sola,
¡Tan venturoso me haría!

ESCENA II.

NUÑO y despues ESPERANZA.

NUÑO.

Ah! viene hacia aquí, respiro.
¡La adoro como jamás!
Miéntras más la miro, más
Encantadora la miro.
Melancólica, abatida,
Doblada al suelo la frente,
Ve pasar indiferente
Los instantes de su vida.
¡Cuál acrecienta mi amor
Su languidez misteriosa!......
(Aparece por el fondo Esperanza y se dirige atravesando la escena hacia la derecha. D. Nuño se ha retirado á un lado y deteniéndola, le dice:)
¿Os vais, Esperanza hermosa?

ESPERANZA.

Que Dios os guarde, señor.

NUÑO.

Escuchadme, razon es.

ESPERANZA.

Permitid que me retire.

NUÑO.

Dejad que un punto delire
De hinojos á vuestros pies.
¿No os ablandó mi agonía?
En vano amor os reclamo,
Y la hoguera en que me inflamo
Es más voraz cada día.

ESPERANZA.

Señor......

NUÑO.

A piedad no os mueve
Esta pena, esta ansia loca?
—En dura cárcel de roca
Guardais el alma de nieve!
O en ella vive y respira,
A pesar de la distancia,
Aquel amor de la infancia!

ESPERANZA.

Pensad, Don Nuño......

NUÑO.

Mentira!
Decid que mi labio miente......

ESPERANZA.

Sí.... sí.... (Egañarle debo.)

NUÑO.

La vida de ese mancebo
De mi vida está pendiente!
Conque si muerte me dais,
Dareis dos muertes, señora....
Una muerte al que os adora,
Otra muerte al que adorais.

ESPERANZA.

¿Yo matar? Don Nuño, no!
Ese amor fué un devaneo,
Que en las alas del deseo
Si pudo nacer, murió!......
¿Quién se acuerda? vos no más
Que buscais á mi desden,

Motivo fútil con quien
No he vuelto á pensar jamás!
Ya os lo dije.... Don García
Pudo inspirarme el cariño
Que puede inspirar el niño
Que un día tras otro día
Vemos en nuestra presencia,
Con quien alegres jugamos
Cuando riendo llegamos
Al dintel de la existencia!
Yo no os amo.... la razon
No la sé; ¿por qué me amais?
No sabeis.... pues viendo estais
Que ignorando el corazon
Causas de amores, conviene
Que no deis tanto en pensar,
Don Nuño, para buscar
Razon, que razon no tiene......
Yo vuestro amor agradezco,
Y aunque comprendo que es mucho
Lo que me amais, si os escucho
Es porque aun no os aborrezco.
Mas se pudiera temer......
—Todo al fin suceder puede,
Que la que tanto os concede
Cerca está de aborrecer!
Idos.... Callad....

NUÑO.

(¡Oh paciencia!)
Ved que si el labio sujeto......

ESPERANZA.

Me estais faltando al respeto,
Faltando á la conveniencia!

NUÑO.

No sé si el pecho......
(*Movimiento de Esperanza.*)

ESPERANZA.

Callad.

NUÑO.

Callo.—Basta.... Dios os guarde.
—Temblad!...... (*Vase.*)

ESPERANZA.

Corazon cobarde,
Que tiembles!...... ¡Ay, es verdad!

ESCENA III.

ESPERANZA y despues BRENDA.

ESPERANZA.

Temblando te siento aquí,
En tumultuoso latido,
Porque estoy sola ¡ay de mí!
Y para siempre perdí
El amor del bien querido.
Ese hombre todo lo puede,
Todo lo puede, ¡gran Dios!
Y si á mi ruego no accede,
Hará que á un abismo ruede
El porvenir de los dos!
¡Ay! ¿dónde estás, Don García,
Dónde que no se te alcanza,
Que tras la ausencia sombría,

Te roban con tu Esperanza
Toda la esperanza mía?
(*Aparece Brenda.*)
Brenda!

BRENDA.

Señora.

ESPERANZA.

Pudiste,
Porque á tu lado crecí,
Ver un amor; lo debiste
Ver nacer, nacer tan triste

BRENDA.

Callad, señora, le ví:
Era un gallardo doncel
Que junto con vos creció,
Huérfano......

ESPERANZA.

Sí, Brenda, es él;
Pero el destino crüel
De aquí me lo arrebató.

BRENDA.

(¡A mí tambien!)

ESPERANZA.

A la guerra,
Mi padre, el Virrey, un día,
Le mandó.

BRENDA.

(¡Pobre García!)

ESPERANZA.

Pero dicen que á esta tierra
No ha de volver......

BRENDA.

(¡Alma mía.)

ESPERANZA.

Que en Flándes luchando está,
Y que de hazaña en hazaña
Honra y prez conquistará,
Miéntras muriendo se va
Su bien en la Nueva España;
Miéntras que aquí suspirando
Vivo con mi idolatría,
Llorando siempre, llorando,
Sin comprender hasta cuándo
Terminará mi agonía.
Brenda, sí.... tú que del mundo
Ha tiempo que retirada,
En un convento encerrada
De tu celda en lo profundo,
Del mundo no sabes nada;
Tú que del claustro saliste,
Porque mi padre se muere
Y verle morir quisiste,
No puedes saber ¡ay triste!
Cuán grande dolor me hiere!
Un hombre hay que á Don García
Odia de muerte.

BRENDA.

¡De muerte!

ESPERANZA.

Y es poderoso y es fuerte,
Y tiene aquí tal valía,
Que en su mano está mi suerte;

Están mi suerte y la suya,
Y diz que le hará matar,
O que nunca ha de dejar
Que á su hogar se restituya,
Si yo no formo su hogar.
Un hombre que me ama ciego
Y es no amarle mi delito.

BRENDA.

Y ¿quién es él? Dílo luego,
Que si te roba el sosiego......

ESPERANZA.

De mi padre es favorito......
Él es el Virrey aquí,
Lo ha sido de tiempo atrás,
Y en su ardiente frenesí,
Anhela un amor de mí
Que no ha de alcanzar jamás.

BRENDA.

Y nunca llegó al oído
Del Virrey?......

ESPERANZA.

Brenda, sí, tal
Por mi labio lo ha sabido,
Pero nada he conseguido
De su apoyo paternal.
Airado escuchó mi queja;
Severo ante mi quebranto
Su pecho ablandar no deja,
Que contra mí le aconseja,
Quien por mi mal vale tanto
Mi padre acorre el amor

De mi crüel perseguidor,
Y sordo siempre y tirano,
Bañé sus plantas en vano
Con lágrimas de dolor.
Tú que de la madre mía,
Fuiste cuando ella vivía,
Dulce compañera, Brenda,
Cuenta á mi padre esta impía
Ansiedad; haz que comprenda
El horror de mi quebranto,
Y calma así la inquietud
De mi vida, y cese el llanto
Que marchita, por ser tanto,
Mi lozana juventud. *(Vase Brenda.)*

ESCENA IV.

ESPERANZA.

¡Dulces recuerdos hermosos
De aquella edad bendecida,
Cuando era un eden la vida,
En los brazos cariñosos
De la esperanza adormida!
Os ve mi delirio ardiente
Como encantada vision,
Como estrella refulgente
Que aparece en el oriente
De una celeste ilusion.
Allí están ...... allí los miro,
Como en un tiempo los ví
En mi apacible retiro,
Pasando en revuelto giro

Raudas en torno de mí,
Ilusiones candorosas,
Puras, ardientes y bellas,
En luengas horas dichosas,
Que fueron ¡ay! tan hermosas,
Por ser tan hermosas ellas.

ESCENA V.

ESPERANZA y FERRANDO

ESPERANZA.

Ferrando!—¡A Ferrando veo!
¿Es este un sueño?

FERRANDO.

Ella es.

ESPERANZA.

¡Es mentira, no lo creo!

FERRANDO.

¿No has burlado el deseo....

ESPERANZA.

Tú, Ferrando!

FERRANDO.

A vuestros piés

ESPERANZA.

Alza! ¿Qué buscas, qué quieres?
¿A qué viniste? Contesta:
¿Ha muerto? ¡vive! No esperes,
Habla, ó robarme prefieres
El solo bien que me resta.

FERRANDO.

Vive, señora, y su anhelo....

ESPERANZA.

No sigas más adelante.

FERRANDO.

En pos llegó del consuelo.

ESPERANZA.

Calla!...... déjame un instante
Volver mis ojos al cielo!
[*Cae de rodillas y en el acto se levanta.*]
¿Viene?

FERRANDO.

Le trajo el dolor.

ESPERANZA.

Gallardo?

FERRANDO.

Hermoso y gentil.

ESPERANZA.

Amante?

FERRANDO.

Como el amor.

ESPERANZA.

Firme?

FERRANDO.

Terneza y amor
Templan su alma juvenil.

ESPERANZA.

¿Por qué no viene?

FERRANDO.

Terrores
De que le vean.

ESPERANZA.

Me extraña......

FERRANDO.

Viene oculto......

ESPERANZA.

Mis dolores
No revivas......

FERRANDO.

Sus amores
Le traen á Nueva España.
Él os contará mejor
Cómo ha llegado hasta aquí;
Que á galante y decidor
Idioma no conocí
Como el idioma de amor.

ESPERANZA.

¿Y tú con él?

FERRANDO.

Siempre al lado:
Él Capitan, yo soldado;
Él valiente, yo.... señora....
Dos veces en una hora
De la muerte me ha salvado.
¡Si le viérais combatir......
¡Qué bravura!.... ¡qué fiereza!...
A él sólo debo el vivir......
¡Si yo pudiera morir
Por salvarle!......

ESPERANZA.

¡Qué tristeza!
¿Morir? No.

FERRANDO.

¿Y este lugar

Es seguro? que, á fé mía,
Cansado al fin de esperar......

ESPERANZA.

Sí...... sí......

FERRANDO.

Le voy á encontrar.

GARCÍA.

(*Entrando.*)
¡Esperanza!

ESPERANZA.

¡Don García!

ESCENA VI.

GARCÍA y ESPERANZA.

GARCÍA.

(*A Ferrando.*)
Ve en busca de posada
Que nos guarde, Ferrando, de la gente.
(*Váse Ferrando.*)
Aun no vuelves en tí, ¡la idolatrada
Prenda querida de mi amor ausente!
¡Qué hermosa estás! De tu pupila ardiente
Como rayo de sol, siento en mi pecho
La luz abrasadora.... Y revivían
Sus flores marchitadas,
Como en el campo á la risueña aurora
Las rosas por el hielo destrozadas.

ESPERANZA.

¡García.... Don García!

GARCÍA.

Vuelvo á escuchar tu acento, vida mía,

Y renace á tu acento,
Ahogando al corazon, el sentimiento.
—Mas dime, ¿esto es seguro?
¿Nadie me alcanza á ver? En grave apuro
Me viera yo, bien mío....
Oye: á tu labio mi secreto fío:
Era una noche de batalla ruda;
El humo encapotaba el firmamento,
Y el genio asolador, ébrio sin duda
De sangre, el campamento
Sembraba de cadáveres do quiera!
Ardiendo en ansia fiera,
Ebrio tambien mi pecho en la matanza,
Azuzaba al corcel con ronco acento
Entregado al furor de la venganza!
De repente tu imágen, Esperanza,
Surgió de entre la sombra pavorosa,
Y al sentir tu mirada cariñosa,
Soltó mi mano la robusta lanza!
Y recurrí al acero
Por defender mi vida contra el fiero
Escuadron enemigo......
Y otra vez tu mirada,
Otra tu sombra se cruzó conmigo;
Y tierna, enamorada,
Hizo á mi diestra abandonar la espada.
Ya solo...... sin defensa,
Envuelto en fuego entre la niebla densa
Desangrado el corcel, mi pecho abierto
Por espantosa herida,
Desmayado rodé, casi sin vida!

Tuviéronme por muerto....
Yo ví una sombra fría
Vidriar mis ojos, y sentí el aliento
Helado en mi garganta......
Pero al través del velo
Que doquier me envolvía,
Como se sueña un ángel en el cielo,
Más que nunca, hechicera
Te ví tambien riendo placentera,
Con lánguida alegría,
Tocar mis manos, ¡Esperanza mía!
—Volvió á latir el pecho enamorado,
Hirvió la sangre ardiente,
Y en llamas abrasado,
Sentí el calor enrojecer mi frente!
Apénas la alborada
Con suave tinta tras el alto monte
Leve faja teñía el horizonte,
Abrí los ojos.... escuché el gemido
De alguno que llorando
Murmuraba palabras á mi oído....

ESPERANZA.

¿Quién era.... quién?

GARCÍA.

Ferrando!
Sí, y al atar los cariñosos lazos
Que rotos viera en ansiedad tan suma,
Como ligera pluma
Me arrebató en el lecho de sus brazos....
Tres meses su cuidado y su cariño

Me prodigó incesante,
Como la madre amante
Cuida celosa al moribundo niño
Que abrigó en sus entrañas palpitante.
—Es mi jefe un anciano valeroso;
Y bueno y generoso,
Al cobrar la salud, díjome un día,
Con paternal solícita insistencia:
«Os concedo unos meses de licencia,
Idos.... viajad.... al pie de la montaña,
Del campo respirad el aire libre.»
A Nueva España voy, díjele al punto.
—«Viajad, me contestó, dentro de España.»—
Mortal desasosiego
Sintió en mi pecho el corazon difunto....
—A América no irás—añadió luego.
—Señor, no lo concibo......
Dije entónces.—Callad, os lo prohibo.—
Me replicó á su vez, con firme acento.
Y yo sin replicarle,
Dejé esa misma noche el campamento.

ESPERANZA.

¡García!

GARCÍA.

Y atraído
Por este amor que fiero me domina,
A México he venido,
Encubriendo mi nombre y mi apellido.
Mirar tu faz divina,
Sentirme trasportado por tu acento......

—Mil vidas que tuviera,
Si por verte un momento
Las pudiera perder....mil vidas diera.

ESPERANZA.

¡Dios mío! no, jamás....nunca, ni una,
Que es ella mi alegría y mi fortuna!
Si te alcanzase á ver....mi padre......

GARCÍA.

Escucha:
Me han dicho que la muerte,
Por arrancarle su existencia lucha.

ESPERANZA.

¡Ay, es verdad!......la suerte
A las iras de un mar, mi vida entrega;
Do quiera me combate;
Y ya mi pecho á resistir se niega
El poderoso embate.
Ocúltate, García:
Esta noche á la reja
Donde otro tiempo responder solía
Tu pecho amante á mi amorosa queja,
Espérame feliz, y á la sombría
Dudosa claridad de las estrellas,
La aguda pena mía
Te contará su afan y sus querellas.

GARCÍA.

¿Tus querellas?....Dichosa
He de volverte á ver, no temas nada.

ESPERANZA.

¡Ah! *[Al ver á un capitan que aparece.]*

ESCENA VII.

Dichos y un **Capitan.**

CAPITAN

¿Sois vos, Don García de Espinosa?

GARCÍA.

El mismo.

ESPERANZA.

[Queriendo que García lo oculte.]
No.

GARCÍA.

Sí, tal.

CAPITAN.

Dadme la espada!

GARCÍA.

¿Que la entregue? ...¡Jamás!

CAPITAN.

Ved que en el nombre
Del rey os lo demando, y no hay un hombre
Que se resista.

GARCÍA.

(Saca la espada.)
Sí......

ESPERANZA.

¡Huye, García!

GARCÍA.

¡Atrás!

CAPITAN.

¡A mí!

[Salen dos hombres de armas y en seguida Ferrando.)

FERRANDO.

Señora, de esa suerte......

ESPERANZA.

¡Oh! sálvale, Ferrando, de seguro......

FERRANDO.

No, no le prenderán; ántes os juro
Que me darán la muerte.
(*Vase Ferrando tras la guardia, sacando la espada.*)

ESPERANZA.

¡Favor!......que no haya modo......
[*Desaparecen saliéndose por el fondo, García y los guardias.*]
¡Ah! (*Viendo aparecer á Don Nuño.*)

ESCENA VIII.

NUÑO y ESPERANZA.

NUÑO.

Que se cumpla la venganza mía.

ESPERANZA.

¡Desventurada, lo comprendo todo!

NUÑO.

Comprendedlo, Esperanza:
Si llega por fortuna á vuestro pecho,
Una chispa no más de este deshecho
Volcan que la venganza
Enciende en llamas que inflamó el despecho,
¡Ah! locura insensata!
Mancebo audaz que provocaste la ira

Del rencoroso tigre,
¡Dios de mi encono vengador te libre!
¡Ay de tí si arrebata
La débil presa entre la garra fiera,
Y el corazon sangriento desbarata
Del que se inflama en tu amorosa hoguera!

ESPERANZA.

Yo de mi padre en el santuario......

NUÑO.

Tente,
Tente, pobre mujer, pues quién no sabe
Que mi poder es hoy omnipotente.
Tu padre enfermo y débil no podría
Escuchar tu plegaria quejumbrosa,
Si de la parca fría
Se abre á sus plantas la marmórea fosa.
Odia, además, de muerte á Don García!
Tres años hace que doquier te sigo,
Mi amante pensamiento va contigo;
Tres años hace que á la luz del día,
Que entre las sombras de la noche oscura
Te ve mi fantasía,
Radiante de hermosura,
Sedienta de tu amor el alma mía.
Si entre el follaje el aura vagarosa
Débil murmullo á despertar acierta,
Es tu voz cariñosa,
Y enamorada el alma se despierta!
Si el huracan bravío
Ruge en las cumbres tronador y fiero,

Ese es tu acento que responde al mío,
Cuando sumiso quiero
Rescatar tu desden con mi albedrío.
Inútil poderío!
Perdon! á vuestras plantas contempladme.
Vedme, señora, á vuestros pies de hinojos
Y mirad esta lágrima perdida,
La primera, Esperanza, que en mi vida
Subió del alma á humedecer mis hojos.

ESPERANZA.

Jamás!....alzaos!

NUÑO.

Compasion, señora,
Y lo mismo que ahora
Vereisme siempre ante mi amor rendido.
Un mandato será cuanto á mi oído
Envuelto en un deseo
Parta de esa mirada en que me veo.
Y esta ingrata ansiedad que me tortura.

ESPERANZA.

Callaos!......Por ventura,
¿No os dije ya que levanteis la planta?

NUÑO.

¿Me lo dijisteis ya? Si no os espanta,
Volvedmelo á decir......

ESPERANZA.

Alzad,. os digo.

NUÑO.

(*Levantándose.*)
¡Le abristeis el sepulcro á mi enemigo!

ESPERANZA.

¡El sepulcro!....¡qué escucho!......
Decid, ¿por qué ese intento?

NUÑO.

Para sentir el odio que aquí siento,
Era preciso, amor, que fueras mucho!
Garcerán! (*Llamando.*)

ESCENA IX.

Dichos y GARCERAN.

GARCERAN.

Aquí estoy.

NUÑO.

En las prisiones,
En el oscuro sótano que al norte
Está de este palacio, hay un mancebo.

ESPERANZA.

¡Ay, ni á alentar me atrevo!

NUÑO.

Tú ves en las tinieblas.

ESPERANZA.

Me aterroriza sólo......

NUÑO.

El ruido leve
De su aliento te guíe,
Y armada del puñal la diestra......

ESPERANZA.

¡Cielos!
Mas no, que es imposible, no se atreve;
Del terror nada más me impone el yugo.

NUÑO.

Ese que estais mirando es el verdugo.

ESPERANZA.

¡El verdugo!......¡Qué horror!

NUÑO.

(*Señalando la puerta pequeña á Garceran.*)
Por ese paso
Más pronto llegarás, toma la llave.
(*Le da una llave.*)
Pensad, pensad, señora,
Que ese mancebo, al escuchar el nombre
Del Rey, altivo requirió el acero;
Pensad que sin licencia
Del Rey, de España vino,
Y que pesa sobre él una sentencia.

ESPERANZA.

¡Ah, por piedad, clemencia!
Pensad que Don García de Espinosa......

ESCENA X.

Dichos y BRENDA.

BRENDA.

¡Don García!

ESPERANZA.

¡Piedad!

NUÑO.

(*A Garcerán.*) ¡Vete!

BRENDA.

¡Oh Dios!

NUÑO.

(*A Garcerán.*) ¡Vete!

Por vuestro amor. (*Volviendo á Esperanza.*)

ESPERANZA.

¡Jamás!....Si esto es mentira....
¡Matar á Don García!

BRENDÁ.

¿Quien lo dijo?
¡Matar á mi hijo!......

ESPE. Y NUÑO.

(*A un tiempo.*) ¡Su hijo

NUÑO,

Pero esa voz......

BRENDA.

¡Don Nuño!

NUÑO.

¡Brenda!.... ¡Es ella.

BRENDA.

¿Que lo van á matar? Y tú lo escuchas,
Y lo dejas morir?

NUÑO.

(*Reconociendo á Brenda.*)
¡Brenda!.... ¡Dios mío!
¿Por qué me dices eso?

BRENDA.

¿Cómo ha de conocer al hijo mío,
Si el padre infame le dejó en la cuna?

NUÑO.

(*Avalanzándose á la puerta.*)
¡Garcerán!...... ¡Maldicion!

BRENDA.

¡La muerte toco!

ESPERANZA.

Yo me siento morir.

NUÑO.

(*Que no puede abrir la puerta que cerró Garcerán con la llave*).

¡Me vuelvo loco!

¡Garcerán! esta puerta está cerrada.

ESPERANZA.

Por otro lado.

NUÑO.

¡Llegaría tarde!

ESPERANZA.

¿No era mentira? ¡Si eso es imposible!

NUÑO.

Era verdad. (*Empuja otra vez la puerta y diçe:*)

¡Y la verdad horrible!

¡Ay, como tiembla el corazon cobarde!

BRENDA.

¡Don Nuño!

ESPERANZA.

¡Por piedad!

NUÑO.

(*Dando á la puerta.*) ¡Si he de romperla!

¡Jesus!

(*Oyendo ruido en la cerradura, retrocede horrorizado.*)

¡Jesus me valga!

Ya se oye rechinar la cerradura....

Es Garceran.... no, no, que de ahí no salga.

ESPERANZA.

¡Horror!
(*Al ver á Garceran que sale con el puñal ensangrentado.*)

NUÑO.

¡Piedad, Dios mío!
¡Piedad!

BRENDA.

(*Cayendo de rodillas*) ¡Desventurada!

NUÑO.

¡Mata, Señor, la luz de mi mirada!
¡Garceran! (*Llamándole sin verlo.*)

GARCERAN.

(*Confidencialmente y en voz baja.*)
No me oyó.

NUÑO.

(Y era hijo mío.)

GARCERAN.

Me acerqué muy despacio entre la sombra.

NUÑO.

Y le heriste......

GARCERAN.

Dos veces en su pecho
Sepulté mi puñal......

NUÑO.

Dámelo pronto,
Dámelo, Garceran... ¡Ah! (*Al tocar el puñal.*)
¡Qué ventura!
¡Ya puedo, satisfecho,
Descender á la ansiada sepultura!
¡Perdona, Brenda, si amargué tus horas;

Que tal castigo reservaba el cielo
Para la infamia mía!

ESPERANZA.

¡Ah!...... ¡Qué miro!......

ESCENA XI.

Dichos y GARCIA; despues FERRANDO.

GARCÍA.

¡Esperanza!

ESPERANZA.

¡Don García!

BRENDA.

(¡Ah, hijo mío!)

NUÑO.

¡Él aquí!

GARCÍA.

(*A Nuño.*)
Señor, recibid mi acero,
Pues Ferrando, mi escudero,
Está en prisiones por mí.

ESPERANZA.

¡Ferrando!

GARCÍA.

¡Pobre Ferrando!

NUÑO.

Triste víctima inocente!
Su sangre sobre mi frente
En sudor está brotando!

GARCÍA.

Tomad, señor, os repito;

Pues representais al Rey
Representando al Virrey,
Que juzgue el Rey mi delito.

NUÑO.

Guardad la espada y guardad
Su cariño desde hoy.
(*Señalando á Esperanza.*)
—Nunca le digais quién soy.
(*A Brenda.*)

GARCÍA.

Devolved la libertad
A Ferrando, que el castigo
Su alma tierna torturando......

NUÑO.

Callad, García, Ferrando
Se queda siempre conmigo.
(*Llevando las manos á su corazon*)
Vos obtendreis de Esperanza
La mano, sí, de seguro.

GARCÍA.

¿Qué estáis diciendo?

NUÑO.

Os lo juro.

GARCÍA.

A un cielo el alma se lanza.

FERRANDO.

¡Socorro!......

GARCÍA.

Yo no imagino......
Esa voz......

ESPERANZA.

¡Ah! *(Desapareciendo.)*

(Ferrando cae muerto en brazos de García.)

GARCÍA.

¡Será cierto,
Ferrando!

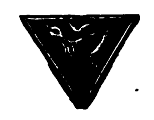
ESPERANZA.

(Saliendo.) ¡Ferrando ha muerto!

NUÑO.

(Cayendo de rodillas.)
¡Dios castiga al asesino!

FIN.



GABRIELA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

A FRANCISCO J. GOMEZ FLORES.

EL AUTOR.

PERSONAJES.

GABRIELA.
FERNANDA.
ENRIQUETA
FEDERICO.
OCTAVIO.
ANSELMO.

Epoca actual.

Estrenado en el Teatro "Peon Contreras," de Mérida de Yucatan, por la Compañía del eminente actor Leopoldo Buron el año de 1890.



ACTO PRIMERO.

Sala encasa de Gabriela.—Puerta en el fondo y laterales.—A la derecha del espectador, en segundo término, una ventana con reja.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA. FERNANDA.

Aparece Gabriela bordando un cojin en cañamazo. Fernanda, con el plumero en la mano, contemplando el bordado, detrás de Gabriela.

FERNANDA. ¡Ah! qué lindo bordado, señorita.

GABRIELA. ¿Te gusta, Fernanda?

FERNANDA. Mucho. ¡Qué colores tan vivos! Esa flor está tan bonita, que parece lo mismo que si fuera natural!

GABRIELA. ¿Cuál de ellas?

FERNANDA. La del medio.... la grande.... es una rosa.... una rosa príncipe....

GABRIELA. Exactamente...... es la rosa predilecta de....

FERNANDA. Del señor que se marchó á México...... ya!

GABRIELA. Del mismo, sí.

FERNANDA. Si D. Antonio mirara esa flor.... Si supiera que miéntras él está pasa que pasa por la banqueta de esta calle, Vd., señorita, borda para el otro señor este cojin tan precioso.

GABRIELA. Y qué me importa á mí ni ese D. Antonio, ni todos los Antonios del mundo!

FERNANDA. Es que si Vd. supiera lo que me han dicho hoy......

GABRIELA. ¿Quién?

FERNANDA. D. Antonio.

GABRIELA. ¡Dale!

FERNANDA. Pero no, señorita, no se lo he de decir á Vd., porque la enojaría......

GABRIELA. Mira Fernanda, que estás picando mi curiosidad.

FERNANDA. Ay, señorita; lo cierto es que eso causa mucha pena.... como que soy mujer. Luego los hombres engañan con tanta facilidad!

GABRIELA. *(Dejando el bordado.)* Hola! ¿Cómo que engañan? ¿qué estás diciendo? ¿A quién te refieres? Ahora sí, habla, Fernanda; quiero saberlo todo!

FERNANDA. Pues bien, voy á contar á Vd., palabra por palabra, lo que me dijo D. Antonio. Primeramente....

3RIELA. Ay, Dios mio, pero acaba.

:NANDA. Pues primeramente me dió una carta para que yo se la entregara á Vd., ¡y no quise recibirla!

3RIELA. Hiciste bien. Continúa.

:NNADA. En segundo lugar, me ofreció dinero......

3RIELA. Y tú no se lo admitirías....

:NANDA. Por supuesto que no! Despues, en tercer lugar, me dijo D. Antonio: "Paciencia, ya sé yo por qué te rehusas, Fernanda; ya lo sé. Es porque la señorita Gabriela quiere á otro que no se la merece; sí, señor; no se la merece."—¿Y por qué lo dice Vd? le contesté yo.—Porque acabo de llegar de México; apénas hace dos días que volví de allá.... y allá ví muchas veces á Octavio.

3RIELA. Ah! ¿conque vió á Octavio? ¡Dichoso él que lo vió!

NANDA. Sí, pero va Vd. á oir....

3RIELA. Pues qué más dijo?.... Eso es, porque si no hizo más que verlo....

NANDA. "Ella lo quiere mucho;"—siguió diciendo D. Antonio—"pero él está enamorado...... ¡enamorado de otra!"

IRIELA. Fernanda, miente!

NANDA. Pues eso le dije yo: que no era verdad.... y él me respondió que sí.... que era cierto!.... Que D. Octavio

estaba enamorado de su prima.... de una prima que tiene allá D. Antonio.... allá en México, y que se llama.... que se llama.... ¡ya se me olvidó su nombre!

GABRIELA. Pues mira, Fernanda, que no se te olvide; acuérdate.... es preciso; acuérdate; ¿ya te acordaste?

FERNANDA. Voy á recordar....

GABRIELA. Pues no! ¡Pues no faltaba más que se te olvidara eso!

FERNANDA. ¡Si es un nombre muy bonito!

GABRIELA. ¿Conque es un nombre muy bonito? ¡Ay! y á mí que me pusieron un nombre tan feo! ¡Gabriela! ¿Por qué me pondrían Gabriela á mí? ¿Ya te acordaste? ¡Quisiera yo sacarte ese nombre de los sesos ó arrancártelo de la lengua!

FERNANDA. Espere Vd., señorita.... ya!.... aquí lo tengo...... Ali.... Ali.... ¡Alicia! Eso es, ¡Alicia !

GABRIELA. ¡Y qué nombre tan primoroso es el dé Alicia!

FERNANDA. Sí.... y que ella tambien es muy bonita!

GABRIELA. ¡Conque es muy bonita! ¡Ay! no sé qué me da á mí! No sé qué siento! ¡Unas ganas de llorar, terribles! ¡Nunca he tenido más ganas de llorar que ahora....! ¡Pero qué! No lo creas!

Fernanda, no lo creas! ¡Qué ha de olvidarme Octavio! ¡Eso es mentira! ¿Y esto?......... (*Sacando de su seno un papel.*) Tengo una carta suya que he recibido por el correo de hoy!

FERNANDA. Como que ví que se la entregara á Vd. el cartero...... y lo contenta que se puso! ¡Y hasta otra cosa ví!...

GABRIELA. ¿Conque lo viste, eh? ¡Y yo que creí que nadie me miraba al besar este papel! Pues figúrate si yo había de creer...... calumnias......! ¡envidia! (*Vuelve á tomar su labor.*) ¡Cómo había de parecerle á Octavio otra mujer más bonita ni más buena que yo!......

FERNANDA. Eso mismo le dije á D. Antonio.

GABRIELA. ¿Y él qué te respondió?

FERNANDA. Que su prima era bonita de otra manera que vd. ¡Hermosa, alta.... con unos ojos muy negros!

GABRIELA. Mira, no me digas eso, porque una vez se le escapó á Octavio que le gustaban los ojos negros, y los míos no son muy negros......

FERNANDA Ya lo ve vd?

GABRIELA. ¿Y eso es bastante? ¡Vaya!

FERNANDA. Y añadió D. Antonio que él tenía las pruebas!

GABRIELA. (*Sobresaltada y dejando de nuevo el bordado.*) ¿Qué añadió, Fernanda?

FERNANDA. Que él tenía las pruebas.... y con tal que le diera vd. una esperanza...

GABRIELA. *(Poniéndose de pie.)* Me las entregaría?

FERNANDA. Eso......

GABRIELA. *(Con pueril resolucion.)* Que sí.... díle que sí...... ¡una! ¡cien.... ¡mil esperanzas! ¿Qué pierdo yo con darle esperanzas? ¡Nada!.... Toca.... tócame la mano.

FERNANDA. Como el granizo.... helada!

GABRIELA. Ay! me ahogo! Y dime, Fernanda, ¿cuándo podrás tú ver y hablar á D. Antonio?

FERNANDA. Mañana.

GABRIELA. Mañana? No! ¡Hoy mismo!

FERNANDA. Cuando vaya á la plaza por la verdura.

FERNANDA. ¡Mañana me encontrarías muerta en mi lecho!......

FERNANDA. Pero, señorita...... A esta hora, en dónde encuentro yo á D. Antonio?

GABRIELA. No lo sé! Búscale....

FERNANDA. Pudiera ser que le encontrara yo donde se juega el billar.

GABRIELA. Eso es, allí....

FERNANDA. O en la escoleta....

GABRIELA. Tambien....

FERNANDA. O en esta calle....

GABRIELA. Tambien. ¡Ojalá que estuviera en esta calle! Ve.... y mira...... en se-

ñal de que le doy esperanzas...... dale esta flor..... *[Se quita una flor de la cabeza.]* No.... nó... no le darás nada.... sería mucho ¡y si lo supiera Octavio.... ¡Ah! no.. eso no!.... Búscale, busca á D. Antonio, y que te dé las pruebas.... *(Aparte)* ¡Sería una ligereza darle una flor!.. *(Vdse Fernanda.)*

ESCENA II.

GABRIELA sola.

Ah! ¡Ingrato.... Si eso fuera verdad ....Si me engañara.... ¡pero no he de dar ni una puntada más, hasta que sepa yo á qué atenerme! (*Contemplando el bordado.*) ¡A qué atenerme!.... ¿Y es cierto? ¿Conque estoy dudando de Octavio? ¡yo!.... ¿dudar? ..¿de él? ¡Es imposible! A ver.. á ver *(Saca de nuevo la carta de su seno y se acerca á la luz:)* No queda duda. *(Lee.)* "Abril 17."—Y estamos á 19! Luego ántes de ayer la escribió! "Mi adorada Gabriela":—Hum...... mi adorada Gabriela.... si está tan claro.—"Hace ocho días que no recibo carta tuya"—Como que estaba enferma.—"Cuando esto acontece"— Que pocas veces habrá acontecido.—

"Cuando esto acontece, se me vienen al pensamiento ideas muy tristes y me canso de contar estas tristezas, como se cansan los ojos de contar las estrellas en el cielo....»—¿Qué tal? ¡Y qué lindo, qué lindo escribe mi Octavio!

ESCENA III.

GABRIELA.—ENRIQUETA.—FEDERICO,

ENRIQUETA. *(En la puerta del fondo.)* Pase vd. señor D. Federico.

GABRIELA. *(Ocultando la carta.)* Ah!

FEDERICO. Muchas gracias. *(A Gabriela entrando,)* Buenas noches, señorita.

GABRIELA. Buenas noches.

FEDERICO. Leía vd. una carta... Siento mucho haberla interrumpido....

GABRIELA. No, señor...... leía la carta de una amiga ... siéntese vd.

FEDERICO. De ningun modo ... continúe vd.... Y, eso precisamente venía diciendo á la señora su tía, tengo urgencia de hablar al señor su padre de vd. para un asunto importante.

GABRIELA. Ah! en ese caso, pase vd. Mi padre escribe en este momento en su bufete ...... Tendré mucho gusto en acompañar á vd.

FEDERICO. Agradezco la amabilidad; pero si la señora no se molesta....

ENRIQUETA. ¿Molestarme? al contrario.... Venga vd.

FEDERICO. (*De la puerta derecha del actor, á Enriqueta.*) Pase vd. por delante. (*A Gabriela.*) Con el permiso de vd.

GABRIELA. Usted lo tiene.

ESCENA IV.

GABRIELA, despues ENRIQUETA.

GABRIELA. ¿Y qué necesidad tendría yo de seguir leyendo, si me la sé de memoria? [*Dobla la carta y se la guarda en el seno.*] Yo quería solamente mirar de nuevo, una por una, las letras de esta carta; porque me parece cada una de ellas un testigo de su amor! ¡Ay, Dios mío! ¡Yo, que nunca había recelado! ¡Tanto oí contar de infidelidades y traiciones, y nunca sospeché que pudiera tocarme á mí tambien tan negra suerte!

ENRIQUETA. (*Entrando.*) ¡No me gusta á mí este señor don Federico. Tiene un aire tan serio......tan grave..... ¡Y aún no es viejo!

GABRIELA. Pues á mí, tía, no me parece lo mismo .... me es muy simpático, mucho!

ENRIQUETA. Ya se vé, como te enamora... Siempre á las mujeres, y miéntras más jóvenes, más les es simpático el hombre que se enamora de ellas.

GABRIELA. No lo niego, pero en este caso no es por eso...... Tú sabes bien que si yo hubiera querido...

ENRIQUETA. Lo sé, y por eso me extraña que hables así... con tanto entusiasmo.

GABRIELA. Entusiasmo? Se equivoca vd., querida tía; ya sabe vd. que adoro en mi Octavio, y que fuera de mi Octavio, nadie aquí (*señalando su corazon.*) Pero confieso á vd. con la franqueza de siempre, que, despues de Octavio, es Federico el hombre que me agrada más, ó mejor dicho, que me disgusta ménos.

ENRIQUETA. Hola... hola...

GABRIELA. (*Cambiando de tono.*) Y si vd. supiera, tía de mi alma, lo recelosa y angustiada que me encuentro ahora...

ENRIQUETA. ¿Cómo?

GABRIELA. En estos momentos.

ENRIQUETA. ¿Y por qué? ¿por qué, hija mía?

GABRIELA. Despues, despues he de contárselo todo.... Sepa vd. solamente que tengo clavada en el corazon una agudísima espina.... que quisiera yo arrancármela, y que no puedo. (*Aparte.*) ¡Y esta Fernanda que no parece! Tia, dí-

game vd.: si vd. amara á un hombre como nadie amó sobre la tierra..... *(Se dirige inquieta hácia la ventana y acecha á la calle con ánsia de distinguir á Fernanda.)*

ENRIQUETA. *(Iterrumpiéndole.)* Así cree una siempre.

GABRIELA. Cuando el amor es de veras. Si vd. se sintiera loca de enamorada, llena de esperanzas, llena de ilusiones; contenta, alegre, feliz.... y al través de sus sueños, y al través de sus pensamientos, y al través de unas hojas de papel, escritas con toda la poesía de que parece ser capaz una alma hermosa, divisara vd. de repente la perfidia y la traicion, como al través de una máscara de alambre el rostro de un infame, ¿qué haría vd?

ENRIQUETA. ¿Qué haría yo?

GABRIELA ¿Qué haría vd?

ENRIQUETA. Olvidarlo!

GABRIETA. Olvidarlo?......¡Qué bien se conoce, tia, que nunca ha amado vd. Olvidar. ¿Y qué es olvidar? Míreme vd., tía.. y cierre vd. despues los ojos.... ¿se atrevería vd. á creer que nunca me ha visto? Arranque vd. mi sombra del fondo de sus pupilas...... ¡Pues vaya vd. á arrancarse una imágen del

fondo del corazon! ¡En donde ni aun puede llegar la mano!

ENRIQUETA. Pero es posible que Octavio....

GABRIELA. Así es.... tambien á mí me parece imposible....... ¡tambien!...... Y, mire vd. qué candorosa; ni me lo había imginado jamás!..... Pero acuérdese vd. de Raquel, mi compañera de colegio..... ¿Qué le pasó con Leonardo?.... Y á Juanita la ahijada de vd., ¿qué le pasó con aquel pisaverde de Leandro, ¿qué le pasó......? y á Victorina, que á pesar de ser una pobrecita hija del pueblo, no por eso dejaba de tener corazon...... la prueba es que se murió por aquel infame de Teodoro, el mayordomo de campo de la hacienda...... Y ya ve vd., ni me había vuelto á acordar de todas estas gentes...... y ahora ... ahora se me aparecen todas marchando en fila, delante de mis ojos, como una procesion de fantasmas, camino del camposanto...... Ah! pero yo tendré las pruebas, tía, de la maldad, de la infamia y de los hipócritas sentimientos de ese falso.... de ese malvado, de ese ingrato de Octavio.... (*Aparte.*) Esta Fernanda!

ENRIQUETA. Pero no tienes aún las pruebas....

GABRIELA. Pero tengo el presentimiento.

ENRIQUETA. Siempre se presiente lo malo...

GABRIELA. Porque lo malo es lo más común, así lo dice papá.....

ENRIQUETA. ¿Pero á dónde iríamos á parar si eso sirviera de base á nuestros sentimientos....? ¡Juzga mal y acertarás! ¡Bonito proverbio para las creencias humanas!

GABRIELA. Tiene vd. razon, tía, ¿por qué he de juzgar mal á Octavio si no tengo aún motivo justificado....?

ENRIQUETA. Eso es, que se justifiquen y entónces. ......

GABRIELA. Y entónces...... ya verá vd. lo que yo voy á hacer entónces......

ENRIQUETA. ¿Qué vas á hacer?

GABRIELA. Le digo á vd. que ya lo verá.... Ah! ahí está Fernanda...... algo trae en la mano.

ESCENA V.

Dichas, FERNANDA.

FERNANDA. Señorita....

GABRIELA. Sí.... ya lo ví.... ahí las traes. Dámelas, dámelas pronto. Ay! tía, no sé lo que es esto; pero me están temblando las manos, y me está temblando el pecho, y me está temblando el alma. (*Aparte.*) Ay! quisiera yo estar sola, no quisiera que nadie fuera testigo de la traicion de Octavio. ¡Y pen-

sar que anoche dormí yo tan dichosa cuando ya estaba escrito todo esto?

FERNANDA. Señorita....

GABRIELA. Calla.... no me digas nada; no quiero oír nada hasta saber qué hay aquí!

ENRIQUETA. Valor.... abre esta carta....

GABRIELA. El sobre es de letra suya: "A Alicia."

ENRIQUETA. Abrela....

GABRIELA. Espere vd., tía.... ya voy; pero espere vd. un momento!.... Ahora sí, le estoy abriendo el pecho á Octavio y voy á leer en su corazon! *(Abre la carta.)* Ay!.... *(Leyendo.)* No..... no.... *(A Enriqueta)* ¿Qué dice aquí tía....?

ENRIQUETA. «Mi adorada Alicia.»

GABRIELA. Ay!.... Dios mío! ¿Y aquí qué dice, tía? Lea vd.... *(Le da la carta que guardaba en el seno.)*

ENRIQUETA. *[Lee.]*—«Mi adorada Gabriela.....»

GABRIELA. Ya vd. ve....!

ENRIQUETA. ¿Pero esto, lo habrá escrito él?

GABRIELA. ¿Pues no conoce vd. su letra? A ver... vea vd. su firma.—Véala vd. aquí. *[Enseñando las dos cartas.]* Y véala vd. en esta otra carta....

ENRIQUETA. Sí, no queda duda....

GABRIELA. ¡No queda ninguna duda......! *[Se apoya en el respaldo del sillon, y clavando los ojos en tierra se queda*

abismada, como aquel que va á tomar una resolucion definitiva.]

ENRIQUETA. *(Despues de un rato.)*—Gabriela.... Gabriela.... Gabriela, hija mía, ¿en qué piensas?.... Vamos....! Si eso no tiene remedio....

GABRIELA. Sí, sí tiene.... tiene uno.... Déjeme vd. sola, tía, se lo suplico á vd.; déjeme sola.... ya verá vd.... y tú *(A Fernanda.)* toma: *[dándole las cartas]* devuélvele esas cartas á D. Antonio...... y dale las gracias de mi parte!.... Dile que se lo agradezco mucho.... mucho....

ENRIQUETA. *(A Fernanda, que la ha consultado con la mirada.)*—Sí, llévaselas....en el acto.... llévaselas....

GABRIELA. Ya no las necesito para nada....

ENRIQUETA. Pues piensa bien lo que vas á hacer......

GABRIELA. Sí, tía.... y cuando vd. vuelva, dentro de unos momentos, habré ya tomado mi definitiva resolucion. Muy pronto sabrá vd. cuál es.... *(Vánse, Fernanda por el fondo y Enriqueta por la puerta izquierda del actor.)*

ENRIQUETA. ¡Pobre muchacha! *(Vase.)*

ESCENA VI.

GABRIELA sola, y despues FEDERICO.

GABRIELA. ¡Y cómo tiene el corazon fuerzas bastantes para resistir todo esto!...... ¡Cómo no se muere todo, cuando le falta todo!—¿Qué es el pasado....? ¿Qué es el presente....? ¿Qué es el porvenir? Un alegre fantasma que vino, que me sonrió.... que me acarició.... que me besó.... Despojado de su gala y de su rica pompa, se sienta á mi lado hoy para mirarme llorar.... frío, impasible...... serío, como la estatua de mármol de los sepulcros!...... Ay! Octavio, Octavio mío! y para qué me hiciste tanto daño! ¿Y dónde estás? ¿Dónde? ¡El hombre que hace llorar á una mujer, debía tener siquiera el valor de arrodillarse junto de ella para recoger sus lágrimas! Me heriste como el malvado que huye y abandona á las aves de rapiña el cuerpo de su víctima! Y bien (*irguiéndose*), basta, basta ya de llanto y de angustia, y de dolor estéril! Tú, á quien creía modelo de enamorados, pudiste olvidarme á mí... yo tambien podré olvidarte.... Me dijiste mil veces que era yo el espejo de tu alma......; tal como te presentas ante mí en este instante, me presenta-

ré yo á tus ojos ¡más tarde! ¡Olvidar! Tenía razon mi tía.... Debe ser muy fácil olvidar, supuesto que me olvidaste tú! Ah! (*Viendo aparecer á Ferico.*) Federico....

ESCENA VII.

GABIELA, FEDERICO

FEDERICO. Gabriela! me alegro de encontrar á vd., y de encontrarla sola.

GABRIELA. Y yo me felicito de que eso le cause á vd. alegría. Siéntese vd., Federico.

FEDERICO. Gracias: pero no quisiera importunarla.

GABRIELA. Jamás fué vd. importuno para mí.

FEDERICO. Ah!

GABRIELA. Insisto en que tome vd. asiento.

FEDERICO. (*Sentándose.*) — Gabriela, acabo de despedirme de su señor padre.... para siempre.

GABRIELA. ¿Para siempre? pues qué, ¿abandona vd. el lugar?

FEDERICO. Hoy mismo.

GABRIELA. Tan de repente!

FEDERICO. Eso no. Hace ya algunos días que la anuncié á vd. mi partida. ¡Qué mala memoria tiene vd!

GABRIELA. No señor, á mí no se me olvida nada!

FEDERICO. ¿Nada?

GABRIELA. Ese «nada» ¿es un reproche?

FEDERICO. ¿Vd. lo cree así?

GABRIELA. Pero no lo merezco.

FEDERICO. Gabriela, ¿se ha acordado vd....?

GABRIELA. Todos los días.

FEDERIOO. ¿Se ha acordado vd. de que me debe una respuesta?

GABRIELA. Y se iba vd. sin ella.

FEDERICO. Va vd. á responderme......

GABRIELA. Sí. Pero era necesario reflexionar ántes.

FEDERICO. Tiene vd. razon.... tiene vd. mucha razon, y eso me agrada. Si se tratara, Gabriela, de uno de tantos jóvenes, que, como yo en otro tiempo, buscan al acercarse á una mujer la satisfaccion de un capricho más ó ménos liviano y pasajero...... Si me encontrara yo todavía en esa época de la existencia del hombre, cuando aún en realidad no lo es, y deslumbrado por la extraordinaria belleza de vd., buscara yo en su respuesta un halago para mi vanidad y un triunfo para mi orgullo, habría deseado de los labios de vd. respuesta breve y rápida, en consonaneia con mis sentimientos. Mas como éste que experimento, créalo vd., es tan serio y de tal manera arraigado en mi alma, que va vd. á darme con su contestacion ó una inmensa y positiva felicidad, ó la

más amarga y cruel de las decepciones de mi vida, me agrada, repito á vd., por singular manera, que ántes de responderme hubiese vd. dado cabida en su pensamiento al juicio y la reflexion. No tengo que repetir lo que ya por dos veces dije á vd.: y suprimo, porque no se necesita, esa serie de discursos en los que se apura la eterna y vulgar, pero sublime fraseología del lenguaje del amor. Lealtad, cariño y ternura...... cuanto puede ofrecer el corazon amante; respeto y abnegacion en cambio de esas dulzuras de la vida íntima, apacible y tranquila, y cuya descripcion he intentado hacer á vd. hace pocos días, con todo el colorido de la verdad y de la buena fé; es todo cuanto á vd. le pido....

GABRIELA. Bien, Federico.... basta.... entrego á vd. mi mano y con ella mi corazon y mi vida......

FEDERICO. (*Tomándole la mano.*) Ah! Gabriela...... tan inesperada dicha me conmueve profundamente, y acrecienta, en un momento, con mi amor mi gratitud. Y quiere decir que hoy mismo....

GABRIELA. Puede vd. pedir su autorizacion á mi padre.

FEDERICO. Al instante! Vuelvo, ya vuelvo, Gabriela. *(Váse.)*

GABRIELA. Y yo aquí aguardo.... *(Aparece Enriqueta.)*

ESCENA VIII.

ENRIQUETA, GABRIELA.

ENRIQUETA. ¿Pero qué es lo que he visto?

GABRIELA. Nada, tía, que me caso, ¿hay cosa más natural?

ENRIQUETA. ¿Con Federico?

GABRIELA. ¿Y le extraña á vd?

ENRIQUETA. ¡Pues no! Me extraña y me enoja. Me extraña por lo repentino de tu resolucion; y me enoja porque me apena en tí la mudanza.

GABRIELA. Me aconsejaba vd. el olvido.

ENRIQUETA. No es él el que me asombra, sino la rapidez con que vino. Ese matrimonio que intentas es imposible.

GABRIELA. Por qué?

ENRIQUETA. Porque te hará desdichada.

GABRIELA. Obedezco á los impulsos de mi corazon.

ENRIQUETA. A los impulsos del despecho.

GABRIELA. Yo siento, sin esforzarme, decidida simpatía por Federico.

ENRIQUETA. Hace poco me afirmabas que la simpatía no es el amor.

GABRIELA. Pero tras ella viene.

ENRIQUETA. Viene el amor tras de la simpatía volando con alas postizas.

GABRIELA. Algun día amaré á Federico tanto como creí amar á Octavio.

ENRIQUETA. Oye, Gabriela, oye lo que voy á decirte, y grábalo en tu corazon.

GABRIELA. Son inútiles los consejos, tía; he tomado una resolucion y es irrevocable.

ENRIQUETA. Harás lo que tú quieras; pero necesito hablarte sobre esto, y tú necesitas oirme. Yo cumplo con un deber, tú con una obligacion. ¿Qué vas á buscar en rededor tuyo casándote con Federico? Nada. ¿Qué vas á buscar dentro de tí? Nada. Fuera de tí la soledad del hogar; dentro de tí la soledad del alma! El alma y el hogar están vacíos si el amor no habita, en el uno, bajo su techo; en el otro, al abrigo de sus sentimientos. Si el corazon es insaciable cuando tiene de qué alimentarse, ¿qué sed no será esa, qué hambre no será esa, cuando no tiene ni placeres que lo halaguen, ni penas que lo destrocen? En qué seno vas á reclinar tu sien para sonreír? ¿En qué seno vas á ocultar tu frente para llorar? ¿Te casas porque buscas apoyo? El mío es débil, pero lo tienes. ¿Te casas porque necesitas de sombra y

proteccion? Vive aún tu padre. ¿Te casas porque quieres libertad? Pues bien, vas á perder la que ahora tienes. Todas serán cadenas para tí.... No tendrás libertad ni para ver, ni para oír.... ni para pensar! Hoy, si clavas tu mirada en un hombre, si el más inocente de tus movimientos, la más leve de tus inclinaciones denuncia en tí siquiera pueril simpatía por un hombre, la sociedad, el mundo, las lenguas, podrán decir ó dirán: «qué loca,» «qué coqueta,» «qué ligera.» Casada, por el mismo motivo.... por ménos aún, por mucho ménos, la sociedad, el mundo, las lenguas dirán: «vil, infame......»

GABRIELA. Tía......

ENRIQUETA. Dirán.... dirán algo más que hará subir á tu frente y agolparse á tu cabeza toda la sangre que por tus venas circula. No, mil veces no! ¡Ese matrimonio es imposible! Yo, con todas mis fuerzas habré de oponerme á él.

GABRIELA. Y yo con todas las mías haré que ese hombre me conduzca al altar.

ENRIQUETA. Pero tú te has vuelto loca.

GABRIELA. No, tía, está vd. equivocada. Antes, ayer mismo, hoy.... estaba loca. He vuelto á la razon.

ENRIQUETA. ¡Que de tal manera los celos pongan

ante los ojos tan tupida venda! Hablaré á tu padre; mi hermano sabrá oírme.

GABRIELA. Perdóneme vd., tía; pero yo ántes que vd. entraré á su aposento para hablarle. Allí está Federico.

ENRIQUETA. Por lo mismo, aún será tiempo.

GABRIELA. (*Interponiéndose entre la puerta y Enriqueta para impedirle el paso.*) —Tía......

ENRIQUETA. Déjame pasar......

GABRIELA. No, tía, no irá vd. (*Aparece Fernanda por el fondo.*)

ESCENA IX.

Dichas y FERNANDA.

FERNANDA. Señora......, Señorita.... el Sr. D. Octavio.

GABRIELA. Octavio!

FERNANDA. Subiendo está la escalera.

GABRIELA. Él...... el infame......

ENRIQUETA. Tú lo recibirás.

GABRIELA. Nunca!

ENRIQUETA. Gabriela......

GABRIELA. Le digo á vd. que nunca!

ENRIQUETA. Entónces......

GABRIELA. Vd. lo recibirá! (*Gabriela con un rápido movimiento se dirige á la puerta que conduce al aposento de su pa-*

dre, y saliendo por ella la cierra por dentro.)

ENRIQUETA. (*Al verla cerrada exclama:*) Oh!... y Octavio sube ... allí está.

ESCENA X.

ENRIQUETA, OCTAVIO.

OCTAVIO. Enriqueta......

ENRIQUETA. (*Con disimulada pena y notoria perplejidad.*) Octavio......

OCTAVIO. ¿Qué es esto? ¿qué le pasa á vd? ¿Por qué no me recibe vd., señora, como otras veces? ¿Qué ocurre? ¿Alguna desgracia acaso? ¿Está el Sr. D. Pedro enfermo? O tal vez Gabriela.... ¿En dónde está Gabriela, que no viene? Enriqueta, suplico á vd. que la llame ó que la haga llamar, porque apénas cuento con unos instantes para hablar con ella.... siquiera para mirarla......

ENRIQUETA ¿Cómo? ¿Se vuelve vd. á marchar?

OCTAVIO. He venido á mi pueblo solamente á la práctica de una diligencia judicial, sobre un asunto muy grave, y que requiere la mayor brevedad en sus procedimientos, pero el tiempo se va y son sus instantes preciosos para mí... Le ruego á vd. otra vez que haga llamar á Gabriela. Ah! Hace tanto tiempo que no la veo......

ENRIQUETA. Octavio..... es que Gabriela.... Gabriela se ha recogido......

OCTAVIO. ¿Tan temprano? Ay! señora, con esta doble vista de los ojos enamorados, no sé qué miro en el semblante de vd., de raro...... de extraordinario. Tal vez me equivoque. ¡Ojalá, Enriqueta, que me equivocara yo!

ENRIQUETA. Pues bien.... es cierto.... yo... Octavio lo siento mucho..... muchísimo; pero qué quiere vd. que una haga.... yo la he hecho muchas reflexiones... muchas......

OCTAVIO. ¿Pero sobre qué? Acabe vd., que me está asesinando lentamente!

ENRIQUETA. Y bien.... tiene vd. razon.... esa zozobra es del instinto que se la acusa á vd... Hay algo que nos avisa... hay una voz misteriosa y secreta que nos habla al alma cuando ha caído sobre nosotros una desgracia.

OCTAVIO. Pero, por Dios, señora, que esta agonía en que tiene vd. á mi espíritu, es peor todavía que la mayor de las desgracias.

ENRIQUETA. ¿Tendrá vd. valor?

OCTAVIO. Para todo.

ENRIQUETA. Pues bien, Gabriela......

OCTAVIO. No me ama ya?

ENRIQUETA. Eso.

OCTAVIO. Permítame vd., señora, que no la crea.. que vacile en creer á vd.... que dude......

ENRIQUETA. Como que yo misma lo estoy dudando todavía.

OCTAVIO. Y sin embargo......

ENRIQUETA. Es verdad!

ESCENA XI.

GABRIELA, ENRIQUETA, FEDERICO, OCTAVIO.

(*Se abre la puerta por la cual salió Gabriela, y aparece ésta con Federico.*)

GABRIELA. Tía.... Octavio. ¿Vd. aquí? Buenas noches.... Le hacía yo á vd. en México, al lado de la señorita Alicia su prometida. El Sr. D. Federico Mendoza...... el Sr. D. Octavio Pérez. (*Presentándolos.*) (*Octavio y Federico se cambian un saludo.*) Tía.... le presento á vd. (*señalando á Federico*) á mi futuro esposo. Es asunto arreglado, pues el señor ha pedido mi mano á mi padre y yo he consentido.

ENRIQUETA. Sea para bien.

FEDERICO. Gracias, señora. Hasta mañana, Gabriela. Caballero...... (*A Octavio.*) (*Octavio contesta con una cortesía á Federico, el cual casi ni se ha fijado en él. Vase Federico.*)

ESCENA XII.

GABRIELA, ENRIQUETA, OCTAVIO.

:TAVIO. Pero esto es una horrible chanza, Gabriela.

BRIELA. ¿Lo cree vd. así?

:TAVIO. (*A Enriqueta.*) Señora..... ¿esto es cierto?

RIQUETA. Es cierto.

:TAVIO. (*Tomando su sombrero.*) Entónces... nada tengo que hacer aquí, Enriqueta. (*Dándole la mano.*) Buenas noches, señorita...... (*Saludando desde léjos á Gabriela.*)

BRIELA. Que lo pase vd. muy bien, caballero

RIQUETA. (*Al desaparecer Octavio.*) Pero, es posible?

ESCENA ULTIMA.

GABRIELA Y ENRIQUETA.

BRIELA. (*Sin hacer caso de la pregunta de Enriqueta.*) ¿Ha visto vd. qué semblante, tía, el del pobre de Octavio? Já.... já.... já......

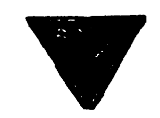
RIQUETA. ¡Gabriela!

BRIELA. Pues cómo no he de reír! Já... já... já.... já.... (*Gabriela se ríe, primero con mofa, despues su risa ó carcajada histérica termina en una explosion de sollozos y acaba al fin*

por dejarse caer, llorando copiosamente, en el sofá.)

ENRIQUETA. (*Mirándola con profunda lástima.*) Desventurada! (*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Federico.—Puerta en el fondo. A la derecha del espectador, dos puertas laterales. A la izquierda, una que pertenece á la habitacion de Federico, y otra en segundo término, que conduce á la calle, como una puerta de escape.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, entrando por el fondo seguido de ANSELMO.

FEDERICO. Haz que tengan listo el carruaje, porque saldremos esta noche......

ANSELMO. Bien, señor.

FEDERICO. Se entiende, si como me has dicho, mi padre se encuentra mejor.

ANSELMO. Mucho, señor. Aseguró el médico, al salir, que se hallaba fuera de peligro; eso á lo ménos dijo á la señora.

FEDERICO. ¿Y no dijo nada más?

ANSELMO. Que es preciso cuidarle porque se encuentra débil.... muy débil; encargó el silencio y el reposo.

FEDERICO. **Por fortuna, Anselmo, este departamento que ocupamos, de paso, en la casa de mi padre, está bastante léjos de las habitaciones en que él se entrega al sueño.... Sin embargo, te recomiendo que al cerrar esta noche las puertas, no hagas ruido.**

ANSELMO. Descuide vd.

FEDERICO. ¿Y la señora?

ANSELMO. Me encargó que le avisara á vd. que está vistiéndose para el baile......

FEDERICO. Está muy bien. Retírate, Anselmo; te repito que mandes alistar el carruaje. (*Anselmo se va.*)

ESCENA II.

FEDERICO solo.

¡Ah! ese hombre! ¡ese hombre! ya me llama la atencion su terquedad. Vamos.... será un loco.... ¿Donde he visto yo á ese hombre alguna vez?... ¿Dónde?.... ¡Una vez sola! Debe de haber sido una vez sola! Pero no.... ¡quiá! ¡qué me importa á mí, si ella es tan buena! ¡Hola, sin duda estoy oyendo sus pasos y yo no me he vestido aún.. no.... no.... que no me vea.... le molestaría mi tardanza. (*Entra Gabriela en traje de baile, y se mira al espejo, poniéndose los guantes.*)

ESCENA III.

GABRIELA, despues ANSELMO.

GABRIELA. Bien, es preciso complacerle.... es preciso.... es necesario.... (*Toca el timbre.*) Anselmo?

ANSELMO. Señora......

GABRIELA. ¿Y el señor?

ANSELMO. Vistiéndose.

GABRIELA. ¿Crees que tardará mucho? Le puedes avisar que ya estoy lista.

ANSELMO. (*Dirigiéndose á la puerta de la habitacion de Federico.*) Está muy bien, señora.

GABRIELA. Con eso se dará alguna prisa.

ESCENA IV.

GABRIELA, ENRIQUETA.

ENRIQUETA. (*En la puerta del fondo.*) Se puede entrar?

GABRIELA. Adelante...... ¡Ah! tía! mi tía Enriqueta, qué placer!

ENRIQUETA. (*Avanzando al proscenio.*) Placer! No lo esperabas; es cierto?

GABRIELA. No, la verdad que no! Siéntese vd., tía mía.... siéntese vd.

ENRIQUETA. ¿Creíste que durarían eternamente mis rencores?

GABRIELA. Sí, lo creí.... Como yo desde niña conozco el carácter de vd., terco, tenaz, indomable......

ENRIQUETA. Indomable! esa es la palabra. Por eso precisamente no me casé...., y ahorà que esto digo, y olvidando por un momento lo pasado, ¿qué tal? ¡cuéntame! ¿eres dichosa? ¿vives feliz? Si lo he olvidado todo y el poder de este cariño hasta aquí me ha arrastrado, porque es mucho, mucho lo que te quiero: por lo mismo, Gabriela, no me engañes; no me respondas como responderías á cualquier amiga impertinente ó curiosa que te preguntara... Dime......¿por qué bajas los ojos? la verdad......la verdad.....¿No estás acostumbrada desde muy pequeña á que yo lea en tu pensamiento?

GABRIELA. Así es....vd. fué siempre mi mejor amiga, por eso hice seguràmente mal, muy mal en no seguir sus consejos.

ENRIQUETA. ¿Lo confiesas?

GABRIELA. Lo confieso.

ENRIQUETA. ¿Sufres?

GABRIELA. Mucho.

ENRIQUETA. ¡Y hace un mes nada más que te casaste!

GABRIELA. ¡Hace un siglo!

ENRIQUETA. ¿No es ese señor D. Federico bueno contigo?

GABRIELA. Sí es.

ENRIQUETA. ¿Tiene mal carácter?

GABRIELA. No.

ENRIQUETA. ¿Ni es exigente para nada?

GABRIELA. Para nada.

ENRIQUETA. ¿Te ha reñido alguna vez?

GABRIELA. Jamás.

ENRIQUETA. ¿Es celoso?

GABRIELA. No.

ENRIQUETA. ¿Tiene muchos amigos?

GABRIELA. Ninguno; al ménos que yo sepa.

ENRIQUETA. ¿Recibes?

GABRIELA. A nadie. Hace nada más tres días que llegamos á esta capital. Yo no conozco aquí á una sola persona. Salimos poco y de noche.

ENRIQUETA. Sin embargo estás en traje de baile.

GABRIELA. Por la primera vez Federico me presentará á lo que se llama, según dice, el gran mundo de esta sociedad.

ENRIQUETA. Pues entónces, hija mía, si tu señor esposo es tal como le presentas es un excelente hombre. ¿Te deja acaso sola?

GABRIELA. Muy poco. En estos momentos trae entre manos un asunto, un negocio; no se qué contrato de telégrafos.... y nada más que el tiempo que emplea en eso, me ha dejado sola.

ENRIQUETA. Entónces no comprendo por qué sufres.

GABRIELA. Tía......

ENRIQUETA. No lo comprendo...te repito no lo comprendo...¿Lloras?....Ah! sí...¡Ahora sí comprendo! Mira, ¡y qué bien que

hablan las lágrimas....¡Bueno!..... bien..aquí estoy yo para consolarte..

GABRIELA. ¡Y qué falta me hacía! ¡Gracias á Dios que viene vd. á mi lado; que dejo de hablar á solas....! ¡Ay, he hablado tanto á solas! El es bueno, muy bueno.... y esto aumenta mi tormento. Miéntras más cerca está de mí, más léjos quisiera yo mirarle. Habla, y miéntras más dulce llega á mis oídos su acento, más áspero resuena su eco en mi corazon. Si oprime mi mano, siento que mis dedos se aflojan entre los suyos, entre los suyos ardientes como brasas. Si me mira, ah! si me mira.... no sé qué hacen mis ojòs para que aquel rayo de pcderosa luz no entre en mi alma....! Y cuando algunas veces, enagenado, loco, delirante, llega junto á mí, y acariciando mi mejilla, acerca su labio al mío.... entónces, entónces, tía, yo siento algo que es imposible explicar. Es que.... que entre él y yo.... esto muy quedo.... muy quedo.... no vaya alguno á oirme... entre él y yo se levanta, al contacto de ese beso, todo un mundo de ilusiones ahogadas, de esperanzas que se fueron, mares de lágrimas que agitaron los suspiros, que emborrascaron los so-

llozos y cuyas olas, rebeldes aún, vienen á estrellarse bravías, lo mismo que en desierta playa, en mi pobre corazon!....

ENRIQUETA. Gabriela...... Gabriela......

GABRIELA. Y es que hay más.... ¡hay más todavía! Si este mundo de mis recuerdos se alzara ante mis ojos, así.... borrado, de léjos... como entre brumas, qué importaria....! pero no.... no.... En medio de todo eso que se mezcla, que se agita y que se entrelaza y se confunde en mi espíritu, siempre delirante, siempre exaltado...... se levanta la imágen.... la imágen de...... de Octavio! Ah! yo no sabia.... no podía saber cómo amaba yo á ese hombre! ¡Es el imposible lo mismo que inmensa lente, y al través de su cristal el cariño se agiganta; crece el deseo, la ilusion se colora y la desesperacion raya en locura....! Y qué remedio? Dormir, pues ni dormir, ¡ni eso! Dormida, sueño con Octavio, le miro, le oigo...... y cuando despierto, cuando la luz del día ilumina, cerca de mí, el semblante de Federico, me parece imposible que él no sea Octavio!......

ENRIQUETA. Ah! y para qué te casaste?

GABRIELA. Y bien, ¿es hora, tía, de preguntarme

eso? ¿tiene remedio acaso? ¿Por qué me casé? ¿es tiempo de analizar ese conjunto de circunstancias, que ponen una nube en la razon, una venda en los ojos, y que arrastran al pié del altar, allí, en donde los labios, moviéndose imperceptiblemente dejan escapar una palabra, una sílaba, ménos que una sílaba, un sonido.... y eso, eso sólo es el nudo eterno....! ¡para mí la eterna desesperacion!

ENRIQUETA. Pues bien, hija mia.... queda aún un remedio.... el tiempo.

GABRIELA. El tiempo es el mejor amigo del amor verdadero.

ENRIQUETA. Cuando ese amor no tiene quien lo agite, cuando se le encierra......

GABRIELA. ¿No tiene quién lo agite? ¡Ojalá!

ENRIQUETA. ¿Y quién lo agita?

GABRIELA. El!

ENRIQUETA. ¿Quién es él?

GABRIELA. Octavio!

ENRIQUETA. ¡Octavio! ¿Es posible?

GABRIELA. Nos ha seguido á todas partes.

ENRIQUETA. ¿Y ha osado hablarte? atrevióse....

GABRIELA. No, tía, eso no, ni yo se lo hubiera permitido.

ENRIQUETA. Ni se lo permitirás nunca.

GABRIELA. Moriría primero; pero es el caso que de nada sirven, ni han de servir mi indiferencia y mis desdenes.

ENRIQUETA. ¿Y por qué?

GABRIELA. Porque á pesar de todo hoy hè recibido una carta suya....

ENRIQUETA. Una carta! ¿y cómo la has recibido? ¿quién te la dió? ¿cómo ha llegado á tus manos?

GABRIELA. Lo ignoro.

ENRIQUETA. ¿Lo ignoras? no comprendo.

GABRIELA. He encontrado esa carta entre las páginas de un libro que yo leía.... supongo que un criado......

ENRIQUETA. Pero eso es una infamia.... mezclar á los criados en asunto tan delicado......

GABRIELA. Eso le probará á vd., tía, de lo que es capaz Octavio.

ENRIQUETA. ¿Y qué te dice ese hombre en esa carta?

GABRIELA. Que lo reciba hoy, hoy mismo...... diez minutos, solamente diez minutos, y si no.... si no accedía yo á su demanda....

ENRIQUETA. Si no accedías......

GABRIELA. Dará un escándalo.

ENRIQUETA. Un escándalo! Hé aquí una cosa que es preciso evitar á todo trance...... ¡Un escándalo! líbrenos Dios, hija mía, ¡un escándalo! ¡No parece sino que la Providencia me ha traído á tu casa esta noche. Y mira, Octavio sabe muy bien cuánto me opuse yo á tu enlace

con Federico.... yo adivinaba, mejor dicho, presentía todo esto. Octavio lo sabe, sí, y él me oirá, porque él me respeta...... Yo necesito hablarle hoy mismo.

GABRIELA. ¿Hablaría vd. con él?

ENRIQUETA. Por supuesto.

GABRIELA. Pues es muy fácil.

ENRIQUETA. ¿Cómo?

GABRIELA. Esperando está mi determinación, según dice en esa carta, en la esquina. Allí ha debido de estar aguardando desde las oraciones de la noche. ¡Vaya vd., tía, vaya vd...... vd. me salvará.... oigo que se acerca Federico; se estaba vistiendo.

ENRIQUETA. Sí...... sí...... que tu esposo no me detenga...... voy..... voy..... volveré.

ESCENA V.

GABRIELA sola.

GABRIELA. Cuán buena es! Si yo hubiera escuchado su voz cariñosa, viviría de otro modo. Viviría aun allá en mi pueblo, al lado de mi padre.... mi padre tan severo, tan adusto; pero tan bondadoso en el fondo..... tan inflexible como tan tierno!¡¡Ah! desventurada de mí! Él, Federico....

ESCENA VI.

GABRIELA, FEDERICO.

FEDERICO. Gabriela, ¡cuán hermosa estás así, Gabriela mía, con ese traje tan bello. Ni el día de nuestra boda te miré tan llena de seduccion y de hechizo como te estoy mirando ahora! (*Saca su reloj y lo mira.*) Tú sabes, Gabriela mía, que nos hemos anticipado demasiado?

GABRIELA. ¿Por qué? ¿no dices que son las ocho?

FEDERICO. Eso es, precisamente; pero aquí, en la corte, un baile no comienza, como allá en el pueblo, á esa hora...... no, aquí estas fiestas comienzan más tarde.... á las nueve......

GABRIELA. [*Como distraída ó preocupada.*]—Y terminarán entónces......

FEDERICO. Hasta el amanecer.

GABRIELA. Demasiado tarde.... Pero nosotros no estaremos tanto tiempo. (*Con inquietud marcada.*)

FEDERICO. Ya se ve que, si tu quieres, saldremos ántes; será lo que á tí te agrade. No pretendo hacer otra cosa que complacerte, que halagarte. Mas, díme, Gabriela, ¿qué tienes? (*Clavando los ojos en su esposa.*)

GABRIELA. (*Estremeciéndose.*) ¿Yo......? ¿qué tengo? ¿por qué....? pregunta más

extraña......! nada...... yo no tenno nada.

FEDERICO. *[Con escudriñadora mirada.]* ¿Nada? no.

GABRIELA. Yo te digo que no.

FEDERICO. *(Con acento casi de conviccion.)* Pues yo te digo que sí...... ven acá.... siéntate.

GABRIELA. *(Sentándose.)* Federico......

FEDERICO. *[Tomando una silla y sentándose tambien cerca de ella.]* Mira.... es inútil que trates de ocultarme un sentimiento que, por más que lo encarceles, se escapa de tí, desbordándose á pesar tuyo. Escucha.... Embargado allá en los primeros años de mi juventud, por árduas y penosas tareas científicas; más tarde, imbuído en la política, unas veces victorioso, otras vencido.... poca ó ninguna impresion dejaron en mi alma caprichos del espíritu, devaneos del amor. Juguete de eso que llamamos la Fortuna, y que no es otra cosa que el resultado de nuestras propias pasiones constantemente en lucha; cansado, perseguido por el cansancio y el fastidio, quiso mi suerte, la primera vez que deveras me sonreía, que te hallase, Gabriela, en mi camino.Léjos del mundanal bullicio, en modesta morada, al lado

de honrado padre, te ví, y te amé.... Te dije que te amaba y me respondiste que pidiese tu mano; y la pedí, y me la dieron, y nos casamos!. ¡Hermoso día el día de la union! Y no por la fórmula. Cualquiera otra hubiera sido igual para mí...... Yo creía que tu alma, de antemano unida á mi alma, se regocijaba desprendiéndose de todo afecto humano, para consagrarme eternamente tu cariño. ¡Es esta la vez primera que me acerco á tí sin darte un beso! ¿Por qué vacilo? ¿por qué no me resuelvo? ¿Me amas, Gabriela?

BRIELA. Te amo.

DERICO. ¿Más aún que aquel día?

BRIELA. Más aún.

DERICO. Cuida de que por esos labios tan puros, no se dibuje jamás ni la sospecha de una mentira! Díme...... pero no, no he de preguntarte nada hasta que acabes de oírme. No ha de ser la promesa formulada al pié del ara la que ha de anudar el lazo que nos mantenga unidos. Olvídate de eso, Gabriela mía...... Imagínate que vivimos allá en los primeros tiempos de la existencia del mundo, cuando aún no se promulgaban ni se escribían las leyes sociales, hijas del desarrollo mo-

ral y las costumbres.... en esa época en la que yo pienso que el único lazo conyugal era el amor. Pues bien, escúchame con calma...... te lo ruego. Y voy á acercarme más para que entiendas mejor. [*Se acerca á Gabriela*]. Si es que sientes por mí este inexplicable placer que experimento mirándote al semblante; si la mirada de tus ojos responde á la mía, ardiente y enamorada; si repercute en el tuyo golpe á golpe el latido de mi corazon, que porque vives tú no más golpea; si tu mano, al estrechar la mía se estremece, porque se regocija tu alma al contacto del calor de mi sangre que arde en ella; entónces, que no se rompa nunca esa cadena con que el sacerdote enlazó nuestros cuellos, porque amor forjó sus eslabones; pero si no es así, Gabriela, si al contrario de lo que siento sientes.... entónces, no existe el lazo.... aquello fué no más que un sueño, entónces eres libre.... Yo, rechazando con todo el poder de mi alma tan bárbara costumbre, te redimo del yugo y te liberto. Torna á vivir honrada al lado de tu padre, que bajo este techo honra no has de hallar, si no la trajo el amor. ¿Me has compren-

dido ya, Gabriela mía? ¡Puedo aún decirte más si tú lo quieres!

GABRIELA. [*Con mucha emocion*]. No! me basta con lo que he oído, Federico......

FEDERICO. ¿Y me amas, Gabriela?

GABRIELA. [*Con voz insegura, disimulando su emocion en lo posible.*] Te amo!

FEDERICO. Entónces, júrame; pero no, nada me jures...... Oye aún: aún es tiempo. Gabriela, todavía....No sé qué terca desconfianza, no sé qué vago y pertinaz recelo se aposenta aquí dentro de esta entraña, que al despertar en ella parece que se levanta allá en tu pecho......

GABRIELA. (*Disculpando su sobresalto*). Es que cómo nunca me habías hablado de este modo, Federico......

FEDERICO. [*Enternecido.*] Tienes razon.... pobre Gabriela mía! no hay peor consejero que el recelo....ya á terminar vamos: pero es preciso que yo te diga estas cosas. [*Recobrando su energía.*] Díme lo más malo que puedas decirme: con tal de que sea la verdad te lo perdono; pero si me engañas Gabriela, si me engañaras...... ¡Ay de tí......! ¡ay de tí entónces...... Júrame, júrame que sólo á mí me amas .. júralo si es la verdad! si no es la verdad, no lo jures. Cállate, y te

dejo...... y no me vuelves á ver, y no te atormento más.

GABRIELA. [*Procurando dominarse.*] Te lo juro.

FEDERICO. ¿Me juras que me amas?

GABRIELA. [*Afectando energía*]. Sí....

FEDERICO. Basta! Dáme ahora tu frente para que la bese yo.... Estás deslumbradora... ¡cuánta envidia van á tener de mí esta noche! Vas á lucir como luce un astro en la mitad del cielo. Y mira [*abre un estuche que contiene un rici brazalete de*[*brillantes*] para que brilles más, te he traído esto. Esto que ves, vale mucho; pero no mucho dinero, Gabriela, que para comprarte joyas todo es poco; vale, porque este aderezo perteneció á mi madre, á mi santa y buena madre que de Dios haya! Permíteme que yo mismo, yo mismo, lo coloque en tu brazo, blanco como el alabastro...... parece que la luz de tu pureza brilla en deslumbradores cambiantes en cada una de las mil facetas de estas magníficas piedras.

GABRIELA. (*Aparte.*) Parece que me enreda una serpiente......

FEDERICO. Mírate ahora, mírate, y tú misma te sorprenderás.

GABRIELA. Gracias, Federico. [*Tocan la campanilla.*] Llaman.

FEDERICO. ¿Qué podrá ser? Si algun importuno viniera á molestarnos. ¡Por cierto que en mala hora vendría!

ESCENA VII.

Dichos y ANSELMO.

ANSELMO. Esta carta, señor.

FEDERICO. Muy bien, Anselmo. Si álguien pregunta por mí, que no estoy en casa.

ANSELMO. Bien, señor. El té está servido.

FEDERICO. (*Mirando el sobre*). Bueno, allá vamos.... retírate.... ¿qué letra es esta que conozco tanto y no recuerdo?... Gabriela, vé á tomar el té, perdóname; pero no tengo gana.... déjame un momento solo y vuelve en cuanto termines....

GABRIELA. Un instante.....

ESCENA VIII.

FEDERICO.

FEDERICO. Letra es esta que mil veces ví allá en otro tiempo, en los borrascosos días... Son los caracteres trazados por la mano de un amigo íntimo, muy íntimo, compañero de aventuras, trasnochador y bullicioso. Se me figura que voy á cometer un crímen al abrirla, y si no fuera la curiosidad.... [*la abre*]. Ah! bien decía yo.... Ernesto.... el bueno de Ernesto, tan bueno y tan ca-

lavera.... Aseguro que éste aún no se corrige.... el incorregible! veamos qué me dice [*lee*]: "Federico amigo: Te ví pasar esta mañana y te reconocí al través de la portezuela de tu carruaje.... corrí tras él para alcanzarle, llamé al cochero con las manos hasta dejarme las palmas adoloridas y rojas; pero nada, todo fué inútil. Entónces hablé de tí á todos nuestros antiguos conocidos y ninguno me daba razon, hasta que Ricardo, ¿te acuerdas de Ricardo? aquel chico que mató á su consorte por infiel, y de quien tú decías horrorizado que no volveria á lavarse las manos con agua pura y clara, sino con sangre roja y... pues bien, Ricardo me dió noticia de tí hace un momento y las señas de tu domicilio.... y ahora te escribo porque aunque no me has ofrecido tu casa, y estados mudan costumbres; sin embargo, como te quiero mucho y me acosa el hambre de hablar contigo, y pudiera suceder que pensaras como pensabas ántes, me atrevo á citarte, para que tomemos juntos alguna cosa en casa de la señora Filomena: La señora Filomena vive donde siempre y esta noche da una *soirée* de las de mejor especie, en su género.

Allí te encontrarás á Margarita, que todavía suspira por el Federico de su alma. ¡Vas á quedarte admirado de la constancia de esa mujer! Vas á sentir tu vanidad masculina satisfecha.... conque no te olvides; sitio el referido, hora las 10.—Tuyo como siempre.—*Ernesto*."

¡Pobre Ernesto! ¡Cuándo pensará de otro modo y, ave errante y perdida, llegue para él la hora de buscar refugio en el árbol bendito! ¡Bendito por el amor! Pero no habrá encontrado todavía una mujer bastante rica, como él decía chacoteando, para venderle sus noches! ¡Como si el cariño y la fidelidad de una mujer no fueran un tesoro! Yo lo buscaré en otra parte; pero en casa de la señora Filomena, no, allí no.... [*suena la campanilla.*] ¡Hola.... de nuevo llaman... suben y oigo ruido de faldas...... ¡Quién será......! Doña Enriqueta... ¡Señora....!

ESCENA IX.

ENRIQUETA, FEDERICO, despues GABRIELA.

NRIQUETA. Don Federico, buenas noches....

DERICO. ¡Qué gusto, qué satisfaccion recibo al verla á vd. en su casa....! Gabrie-

la! *(Llamando.)* ¿Quiere vd. tomar el té con Gabriela?

ENRIQUETA. Muchas gracias.

FEDERICO. Supongo que vendrá vd. á vivir con nosotros. Este es un departamento de la casa de mi padre; pero es amplio, y......

ENRIQUETA. Gracias.... Federico....

FEDERICO. Entónces...... ¡ah! alli viene mi esposa. Mira, Gabriela, quién está aquí; tu tía, tu buena tía Enriqueta, por quien tanto has suspirado......*(Con júbilo.)*

GABRIELA. Tía......!

ENRIQUETA. ¡Mi querida sobrina....! y estamos de baile ¿eh? me alegro...... vendré otro día...... mañana......

FEDERICO. Eso no; siéntese vd.; pues no faltaba más que eso! Y que todavía no es hora, faltan 50 minutos, y más aún: falta todo lo que queramos nosotros que falte......*(Entra Anselmo con una carta.)* ¿Otra carta? Vamos.... habrás dicho, por supuesto, que no estoy en casa...... retírate. *(A Anselmo.)* Con el permiso de vd., voy á leer ésto. *(Se aproxima al velador y lee.)*

ENRIQUETA Lea vd., lea vd. ¿por qué no? *(En voz baja á Gabriela)* Allí estaba!

GABRIELA. *(En voz muy baja)* Y habló vd. con él?

ENRIQUETA. (*Lo mismo.*) Sí, hablé.... y se obstina en venir....

FEDERICO. (*Doblando la carta y acercándose.*) Pues hé aquí, señora tía, que ha caído vd. en esta casa como llovida del cielo. Tengo que ausentarme una media hora, me llaman de una junta, á lo cual no me es posible rehusarme..... ¡haber escogido este día y esta hora!.

ENRIQUETA. Pues vaya vd.

FEDERICO. Y estando vd. aquí, Gabriela, tendrá compañía.

ENRIQUETA. La acompañaré unos instantes más. El tren se marcha y hace su último viaje; pero en fin, yo me estaré á su lado cuanto pueda.

FEDERICO. Perdóname, Gabriela, pero yo no te haré aguardar mucho tiempo...... vuelvo... ya vuelvo. (*Se va por la segunda puerta izquierda, es decir, por la puerta de escape misma por la cual saldrá al final del acto.*)

ESCENA X.

ENRIQUETA, GABRIELA.

(*Se suplica á la actriz que represente el pape de Enriqueta se fije en las acotaciones, pues de otro modo podría parecer falseado el carácter de este personaje.*)

ENRIQUETA. Y bien, es impósible evitar esa entrevista....

GABRIELA. ¡Imposible!

ENRIQUETA. Así es.. ese hombre está loco.

GABRIELA. ¿Y si yo no quiero?

ENRIQUETA. (*Con acento de seguridad.*) Provocará un lance con tu marido.

GABRIELA. ¿Y dónde?

ENRIQUETA. Aquí, en la calle...... en cualquier parte.

GABRIELA. ¡No hará eso!

ENRIQUETA. Te digo que lo hará......

GABRIELA. Pero hablar con él....

ENRIQUETA. (*Reflexionando un instante.*) Si así evitas mayores desgracias....

GABRIELA. Pero yo no podré....

ENRIQUETA. (*Con legítima conviccion.*) Si tienes energía...

GABRIELA. Sí.

ENRIQUETA. Si la dignidad te escuda...

GABRIELA. Sí.

ENRIQUETA. Si tu posicion y tu deber te alientan.. (*Con acento enérgico.*)

GABRIELA. Sí...

ENRIQUETA. Rechazarás las pretensiones de Octavio, le harás comprender que de tí no tiene nada que esperar.... (*Com convencida de que su sobrina así lo hará.*)

GABRIELA. Eso....

ENRIQUETA. Y dejará de perseguirte.

GABRIELA. Dejará de perseguirme....

ENRIQUETA. Y vivirás más tranquila...... (*Con marcado contentamiento.*)

GABRIELA. Sin susto.

ENRIQUETA. Sin temores.... y evitarás el escánlo... las hablillas...... la murmuracion.....

GABRIELA. La murmuracion, sí......

ENRIQUETA. Y habrás cumplido con tu deber. [*Como quien da un consejo sincero emanado de la pureza de los sentimientos.*)

GABRIELA. Y habré cumplido con mi deber.

ENRIQUETA. Pues bien, que entre.

GABRIELA. ¿Que entre? ¿hoy mismo?

ENRIQUETA. Ahora mismo. ¿No estás sola?

GABRIELA. No, no estoy sola, allí está Anselmo, el criado, no el criado, el amigo de Federico

ENRIQUETA. Anselmo saldrá conmigo, irá á acompañarme, no he de ir sola á la plaza.

GABRIELA. Es verdad.... Anselmo podrá salir con vd.

ENRIQUETA. Pues al momento; no hay tiempo que perder, llama.

GABRIELA. (*Tocando la campanilla*) ¿Y cómo ha de venir?

ENRIQUETA. Le avisaré.... una seña, una palabra serán bastantes...... al pasar junto á él.

GABRIELA. Comprendo......

ENRIQUETA. (*Con mucha energía.*) Firmeza, mucha

firmeza, hija mía, de una vez. El amor se sofoca; ¡que no comprenda ese hombre que le amas!

GABRIELA. No, no lo comprenderá.

ENRIQUETA. Llama, llama otra vez.....

GABRIELA. *(Llamando.)* Sí, tía, pero qué angustia!

ENRIQUETA. ¡Valor!.... *(Aparece Anselmo.)*

GABRIELA. Anselmo, acompaña á la señora..... es mi tía......

ANSELMO. Bien, señora....

ENRIQUETA. Pues adios.... adios, hija.... hasta mañana.....

ESCENA XI.

GABRIELA sola.

Hasta mañana.... mañana será otra cosa...... Octavio se irá.... se irá léjos, no lo volveré á mirar en ninguna parte, y al cabo me acostumbraré á olvidarle! Sí, que venga, que venga; pero qué extraña agitacion me domina, qué movimientos son estos que dentro de mí me acosan... no, no es posible...... yo no le recibo...... y no podré hablar á ese hombre; mas.. ¿por qué no? si así está determinado, si así está decidido......, ¡suben!... ¡oigo sus pasos.....! allí está....

ESCENA XII.

OCTAVIO, GABRIELA.

OCTAVIO. Gabriela....

GABRIELA. Caballero....

OCTAVIO. Al fin accedes á mi súplica, y.....

GABRIELA. Por qué me tutea vd., señor?..¿acaso no ha reparado vd. dónde se encuentra?

OCTAVIO (*Con dulzura.*) Sí, ya lo veo.... no me encuentro en el rincon de aquella sala, á la ténue y suave luz de aquella lámpara...... No en la calle, al pie de aquella reja, solitaria y triste hoy...... entónces tan alegre.....

GABRIELA. (*Dulcificando algo la voz.*) Caballero, perdone vd. que yo le interrumpa, pero ya no hay tiempo que perder... mi marido....

OCTAVIO. Su marido de vd....

GABRIELA. ¡Octavio!.... (oh! qué imprudencia, qué imprudencia!)

OCTAVIO. (*Aparte.*) ¿Triunfaré?

GABRIELA. Señor.... si he consentido en que vd. llegara hasta este sitio, ha sido sólo para pedir á vd. por favor, en nombre de aquel cariño, que en mi alma ha desaparecido por completo...... por favor, repito, que se aleje vd. de esta casa...... y que no me importune ni me exponga á una desgracia que sería inmensa é irreparable.....

¿qué busca vd.? ¿qué quiere vd? ¿qué espera vd?

OCTAVIO. (*Con profunda tristeza.*)—Yo.... ciertamente nada......

GABRIELA. Nada, es la verdad...... ¡nada!

OCTAVIO. (*Avanzando un poco.*)—Ver por última vez, de cerca la luz de esos ojos......

GABRIELA. (*Dominada.*)—Ya la ha visto vd.

OCTAVIO. (*Avanzando otro paso.*)—Oir otra vez el acento de esa voz tan dulce y tan amada.

GABRIELA. Ya la ha oido vd.

OCTAVIO. (*Dando otro paso hácia Gabriela.*) —Estrechar por última vez esa mano ardiente y temblorosa......

GABRIELA. (*Retrocediendo algo.*)—Eso.... ¡nunca......! váyase vd., señor, por piedad, váyase vd. Diez minutos.... vd pedía diez minutos...... pues bien ¡han pasado ya! (*Con voz suplicante.*)

OCTAVIO. (*Con acento muy cariñoso.*)—Pues su mano...... Gabriela, ¿qué trabajo le cuesta á vd. darme su mano para que me vaya yo?......

GABRIELA. ¿Para siempre?

OCTAVIO. Sí, para siempre......

GABRIELA. (*Tendiéndole la mano.*)—Bien, adios.

OCTAVIO. (*Estrechando con efusion inmensa la mano de Gabriela, sin soltarla hasta que lo indica el diálogo y se*

deja al actor la interpretacion delicada del resto de esta escena.)—¡Ah Gabriela!.... Adios.... Y ¿no tendrá nunca ...... de cuando en cuando, un recuerdo para su pobre Octavio, que tan desdichado fué?

GABRIELA. Tan desdichado!......

OCTAVIO. Sí...... encontrarse de repente, robado, robado de cuanto amaba su corazon.... su contento, su alegría.... Y eso robado traidoramente y sin motivo......

GABRIELA. ¡Traidoramente!

OCTAVIO. Sí......

GABRIELA. ¡Sin motivo......!

OCTAVIO. Sí, sin motivo.

GABRIELA. Vd. tenía aquí una amante......

OCTAVIO. ¡Mentira!

GABRIELA. ¡Ví las cartas dirigidas á ella!

OCTAVIO. Eran falsas. Antonio García, que la amaba á vd., y estaba celoso, inventó ese torpe enredo; esa maraña de calumnias y de infamias para separarnos...... ¿No fué Antonio García quien le dió á vd. esas cartas?

GABRIELA. *(Interesándose mucho y olvidando su situacion peligrosa.)*—Sí, él mismo.

OCTAVIO. Falsificadas, Gabriela...... y qué ¿no merece nada el hombre que fiel y constante y enamorado, recibe, de repente, en premio de su amor, de su

idolatría, decepción tan espantosa? ¿Hay injusticia mayor? Gabriela.... tan buena, tan generosa...... ¡No, tú recompensarás tan inmenso dolor con la caricia de tu mirada...... mírame, sí.... sí.... no lo niegues, no lo puedes negar...... me amas, me amas, y yo.... te adoro.... así, cerca.... muy cerca....

GABRIELA. (*Como volviendo en sí.*)—¡Ah! pudieran venir......!

OCTAVIO. No, nadie, nadie vendrá.

GABRIELA. Es muy fácil...... aquí......

OCTAVIO. ¡Aquí sí; pero allá no!....(*Señalando el aposento.*) Un beso, Gabriela.... un beso...... (*Avanzando con audacia.*)

GABRIELA. (*Retrocediendo.*)—¡Ah......! retírate!...... ¡suelta......! ¡vete....!

OCTAVIO. No he de irme, ven. *[La va arrastrando á la puerta primera de la derecha del espectador hasta que al final de la escena casi desaparecen; pero cuidando mucho de que Octavio ó Gabriela, cualquiera de los dos, quede visible para el público.]*

GABRIELA. ¡No, no....! ¡Llamaré.... entónces..

OCTAVIO. ¡Qué has de gritar...! ¡mentira:... ¡no! ¡Tú no gritarás, porque el amor te grita á tí......!

GABRIELA. ¡Octavio.....!

OCTAVIO. Ya. (*En este instante es cuando casi se ocultan, de manera que Federico, al verlos, crea que están saliendo del interior del aposento. Para él, Gabriela es culpable; para el público no.*)

ESCENA XIII.

Dichos, FEDERICO.

Aparece Federico por la segunda puerta izquierda.—Al distinguir á Gabriela y Octavio, después de una exclamacion se oculta.

FEDERICO. ¡Ah! (*Ocultándose*)

ESCENA XIV.

FEDERICO (oculto), OCTAVIO, GABRIELA.

GABRIELA. No.... ahora ya no.... vete!

OCTAVIO. ¿No vas á un baile?

GABRIELA. Sí.

OCTAVIO. ¿De máscaras?

GABRIELA. Sí.

OCTAVIO. ¿Dónde?

GABRIELA. No lo sé.

OCTAVIO. Pero podré seguirles, ¿quieres?

GABRIELA. Sí.

OCTAVIO. (*Ya cerca del fondo.*) Llevaré un dominó negro con un lazo blanco sobre el hombro izquierdo.

GABRIELA. (*Saliendo rápidamente por la primera puerta de la derecha, como huyendo.*) ¡Adios!

OCTAVIO. (*Ya en la puerta.*) ¡Adios!

ESCENA XV.

FEDERICO, bamboleando.

FEDERICO. Horrible!.... horrible!..... espantoso!....¡Gabriela!.... (*Llamando con ronco acento.*) Si no fuera por mi padre!......

ESCENA XVI.

GABRIELA, FEDERICO.

GABRIELA. (*Entrando pálida y trémula.*) Federico, aquí estoy.... ¿Por qué me has llamado así? ¡qué acento tan extraño el de tu voz!

FEDERICO. ¿Lo crees? ¡Aprensiones! ¿Nos vamos ya al baile, Gabriela mía? ¡Qué pálida estás!

GABRIELA. ¿Yo?......

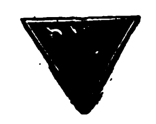
FEDERICO. (*Aparte y muy marcado.*) ¡Ah, Ernesto, nos veremos en tu baile! (*Alto.*) Ya, vamos. ¡Perc qué pálida estás! (*Al tomarle el brazo ve el brazalete.*) ¡No, así no te llevo! Quítate ese brazalete, Gabriela.... ¡que era de mi madre!

GABRIELA. (*Tratando de quitarse la joya.*) ¡Dios mío! pero ¿por qué, Federico?

FEDERICO. (*Desabrochando el brazalete, pues Gabriela, á causa de su temblor no puede.*) ¡Porque no quiero! ¡Porque no puedes llevarlo ya! (*Le arranca

con mal comprimida furia la joya del brazo, y arrojándola sobre la mesa, le dice:) Ahora sí, vamos!......
(*Le ofrece su apoyo, y salen por el fondo.*)

CAE EL TELON.





ACTO TERCERO.

Sala en casa de Filomena. Dos pequeñas mesas de tapete verde con cartas, dados, juegos de damas, dominó, etc. Una mesa redonda, al otro lado, con copas y botellas de vino. Se oye de cuando en cuando la música de un baile, y se ven convidados de ámbos sexos que atraviesan por el fondo, con antifaces unos, y otros sin ellos.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO y cuatro caballeros, vaciando sus copas, sentados unos y otros de pie.

ERNESTO. Difícilmente le veremos aquí. Parecióme esta mañana que se destacaba su semblante sobre el fondo obscuro del cupé que se lo llevaba, parecióme, digo, un tanto pálido y envejecido... ya se ve, han trascurrido dos años... ¡cáscaras!.... cuando se ha pasado ya de los cuarenta, la pícara vejez bien que dibuja...... que la pata de gallo se pronuncia, se ahonda, se detalla: que el párpado superior se abulta, que esa arruga que en la frente

nos procuramos cuando jóvenes, á pesar nuestro más tarde se acentúa...., que la piel del cuello, floja, se cabalga sobre el borde luciente y almidonadó de nuestra camisa; que algunos hilos de afiligranada plata se van apareciendo en el bigote.... Pues todo eso, todo eso ví en el rostro de nuestro querido amigo Federico, el mejor compañero de armas que tuvimos. Tan raro, tan original, tan caprichoso, y con tan buen instinto y con tan buen talento.... ¡Y con tan buen instinto, y con tan buen talento, casóse! Si yo encontrara una rica......

CABAL. 1º ¡Pues no la has encontrado! ¡Y Juanita de Rojas!

ERNESTO. ¡Quiá!.... dos millones......

CABAL. 2º ¡Y es poco!

ERNESTO. Es claro.

CABAL. 2º ¡Y Elvira!

ERNESTO. ¡La hija del banquero! ¡Toma!...... un poco más y eso es todo... No, no, yo necesito algo fabuloso, algo..... así como una creacion de Alejandro Dumas..... Una condesa de Montecristo...... Pero este Federico..... pues si se descuida, me cuelo por el zaguan de su casa y hasta que me tope de narices con él.

ESCENA II.

Dichos, FILOMENA.

ESTO. Ah! Filomena......

OMENA. Caballeros, buenas noches. ¿Y nue tro prófugo?

ESTO. Aún no viene...... ni vendrá...... ¡Cáscaras y cuánto lo siento!

OMENA. ¡Y yo!

ESTO. Será como ya es casado......

OMENA. Y qué importa eso, ¿esta casa es acaso una mala casa?

ESTO. ¡Oh! no tal.

OMENA. ¿Se deshonra quien viene á ella?

ESTO. Eso no, de ninguna manera; (*aparte* pero tampoco se honra.

OMENA. ¿Qué ha murmurado vd. entre dientes?

ESTO, Nada.... pienso que, y eso aquí para nosotros, pienso que, digo, aquí hay un poco de libertad.... no, no precisamente de libertad, de ligereza; eso es, de ligereza......

OMENA. Como en todas partes.... como en todos los bailes, aun en esos que se dan en la corte, entre la sociedad escogida, ¿se atreverá vd. á negarlo?

ESTO. A negarlo precisamente, no, porque yo nada niego...... porque todo lo creo...... porque todo es posible Filomena. Aquí en esta casa reina la

alegría y el contento y, vamos, se goza como en todas partes, tiene vd. razon, pero el mundo es así.... de que señala con el dedo......

FILOMENA. Eso.... la fama, la mala fama; la calumnia......

ERNESTO. ¡Cáscaras....! ¡pues no es nada! el dedo de la calumnia es un dedo terrible......

FILOMENA. ¡Terrible....!

ERNESTO. Pues eso es todo: justo ó injusto cuando señala, señala; y lo bueno para que lo sea, tiene que serlo; y además de serlo, parecerlo, esto es muy viejo; pues bien, esta casa está señalada.

FILOMENA. Malamente.

ERNESTO. Pero está. Y un hombre que se ha metido á sério, que ocupa sitio eminente en el mundo político y social, no digo que se desdore viniendo á estas reuniones; pero las rehusa, ó mejor dicho, las rehuye por conveniencja. ¿Me ha entendido vd. ya, Filomenita?

FILOMENA. Sí, sí..... he creído comprender; creo que le comprendo á vd. Ni que fuera yo tan escasa, vamos! ¡Hola! comienza un wals.

ERNESTO. Y yo tengo con quien bailarlo, con Margarita. Este era el reservado para Federico.

CAB. 1.° Y yo lo mismo, tengo compañera.

CAB. 2.° Y yo....

CAB. 3.° Y yo.

CAB. 4.° Y yo tambien.

FILOMENA. ¡Y todos! Idos, idos.... á divertir.... Y yo á mirar cómo os divertís, señores!

ESCENA III.

FEDERICO y GABRIELA entran por el lado contrario al que todos se fueron.

FEDERICO. Aquí esperará vd., en este sitio, señora.

GABRIELA. ¡Ah! por favor no me dejes sola.

FEDERICO. Así es preciso.

GABRIELA. Está bien.

ESCENA IV.

GABRIELA sola.

¡Qué es, Dios mío, lo que he hecho! ¡qué ha pasado por mí en unos cuantos momentos! Antes era el dolor de la culpa, ahora es el remordimiento de la falta. ¡Yo contaba para defenderme de ese hombre con mi deber, con mi posicion, con mi energía! ¡No contaba con mi amor para rendirme¡ ¡Ah! ¡tía, de mi alma, ni tú contabas con él! ¿Pero qué lugar es este? ¡Qué entrada tan estrecha, tan lúgubre, tan

sombría, la entrada de esta casa! Esa música llega á mis oidos tristísima y quiere Federico que yo baile..... Y luego aquellas entrecortadas frases que se escapaban de sus labios.... El instinto, el instinto del mal, decia.... no será mala la escuela! ¿qué escuela?.... Vienen; ¿quién vendrá?
(Se deja caer en un sillon y se cubre el rostro con las manos á pesar del antifaz.)

ESCENA V.

FEDERICO, ERNESTO, GABRIELA.

ERNESTO. Pues chico, ya lo ves, ni aquí estamos solos...... mira *(Señalando á Gabriela.)*

FEDERICO. Ah! no hagas caso, esa mujer que ves allí es una jóven bella, muy bella, de incomparable belleza; pero es sorda.

ERNESTO ¿Sorda?

FEDERICO. ¡Como una tapia.

GABRIELA. *(Aparte.)* ¿Qué dice?

ERNESTO. ¿Deveras? Pobr cilla! ¿y tú la conoces?

FEDERICO. Algo..... sí.

ERNESTO. Y ¿á quién aguarda?

FEDERICO. A Filomena.

[illegible]. De manera que podemos hablar.....

De todo...... Sentémonos.

Sí, llenemos nuestras copas y hable-

mos, despues de dos años de mutismo. (*Se sientan, cada uno con su copa.*)

FEDERICO. Hablemos.

ERNESTO. (Conque te casaste?

FEDERICO. Sí...... me casé; ¿qué querías que hiciese? El que deveras se enamora y puede casarse, se casa; eso es lo natural, eso es lo lógico..... Es verdad que vivía yo hastiado de la soledad, del abandono, me parecían los dias muy largos, las noches interminables.

ERNESTO. Entónces, la reflexion, la necesidad...

FEDERICO. Ah, no! Ojalá! ¡Ojalá que la reflexion y la necesidad me hubieran obligado á casarme....! ¡Hoy no me consideraría tan desdichado!

ERNESTO. Desdichado, chico, ¿y por qué? ¿Ya ves? Eso sí que no me gusta, y me contraría....

FEDERICO. Lo creo, Ernesto; siempre has tenido buen corazon, y siempre cupo en tu alma el puro y legítimo sentimiento de la amistad.

ERNESTO. Y bien ¿por qué eres desdichado?

FEDERICO. Porque me casé adorando á la mujer que en suerte me había tocado para que fuese la compañera de mi vida, y cuando más enamorado estaba de ella, cuando mi idolatría rayaba en

frenesí, una noche, al comenzar de una noche; súbita, terrible, implacable, llegó la muerte á su lado, y arrebatómela, Ernesto.

ERNESTO. Ah!

FEDERICO. Sí....

ERNESTO. ¿Conque eres viudo?

FEDERICO. Así es.

ERNESTO. ¿Y amabas mucho á tu esposa?

FEDERICO. Sí, mucho!

ERNESTO. ¿Y siempre lo mismo?

FEDERICO. Más cada día.

ERNESTO. ¿Deveras, hombre?

FEDERICO. Deveras.

ERNESTO. Pero, ¿no te aburriste de ella?

FEDERICO. Nunca, ni un minuto.

ERNESTO. Pues mira, chico, hé ahí una cosa que que yo no he podido comprender jamás. Y hasta hoy lo creo porque te conozco y sé que no engañas. Porque yo, que creo en todo, no he podido, en la vida, creer que un marido no se cansara de su mujer.... Bien que viviste tan poco tiempo á su lado!

FEDERICO. Así hubiera sido un siglo..... Era tan bella, tan sencilla... .. y era, hasta el momento en que murió, tan humilde y bondadosa!.... Pero, oye tú, ¿creerás que desde esta misma tarde he quedado consolado?

ERNESTO. Ah! yo te daré un remedio para con-

solarte, yo encontraré un lenitivo á tus dolores. ¿Y qué es pues ello?

FEDERICO. ¿Qué? Que al lado de mi desgracia he visto levantarse esta tarde una desgracia mayor!

ERNESTO. ¡Mayor!

FEDERICO. Mayor, sí, mucho mayor que la mía! Tengo un amigo íntimo, muy íntimo ...... tú no le conoces porque esta amistad la hice en mis viajes; casado era como yo.

ERNESTO. Pues qué, ¿ha muerto?

FEDERICO. No, que eso mejor hubiera sido; digo que era casado, porque ya no lo es:

ERNESTO. Ah! comprendo, murió su esposa.

FEDERICO. No, tampoco, que eso mejor tambien hubiera sido.

ERNESTO. Entoncés....

FEDERICO. Sucedió que, lo mismo que me había acontecido, súbita, traidora, encubierta.. lo mismo que la muerte se acercó al lado de mi esposa para arrebatármela, la deshonra se acercó al lado de la esposa de mi amigo para llevársela.

ERNESTO. Pero ¿la sorprendió?

FEDERICO. Allí mismo.

ERNESTO ¿Con su amante?

FEDERICO. Con su amante. Era el momento en que salían juntos de la misma cámara nupcial....y el marido, mi amigo,

sintió en aquel momento lo que de seguro experimentó Satanás, cuando en aquel terrible instante cayó arrojado por Dios del cielo á los infiernos.

ERNESTO. Mataría á la infiel esposa, como Ricardito.

FEDERICO. No.

ERNESTO. Mataría al amante.

FEDERICO. No, tampoco. Si hubiera tenido un arma en aquel momento, sí, probablemente habría matado á los dos, pero mi amigo iba á un baile.... Pero mira, mira lo que Dios hace, Ernesto, si mi amigo hubiera matado á su mujer ésta sería la hora en que de seguro viviría arrepentido.... desesperado.

ERNESTO. ¿Y porqué?

FEDERICO. Porque le conozco mucho, miraría eternamente delante de sus ojos aquel bello fantasma, el ideal de sus sueños, su amor, su encanto, su gloria, su alegría, su embeleso, su Gabriela....

GABRIELA. (*Levantándose y con voz suplicante á Federico.*) Señor, y esa señora á quien espero....

FEDERICO. (*Acercándose á ella y con acento dulce pero irónico.*) Espere vd. todavía. Todavía tiene vd. que esperar más.

ERNESTO. (*A Federico:*) Si quieres llamaré á Filomena

FEDERICO. No, que espere; si al fin nada oye. Y qué habría conseguido mi amigo con matar á la adúltera esposa ?

GABRIELA. No, eso no, Dios mío.

FEDERICO. A la infame que voluntariamente se entregó en brazos de su amante.

GABRIELA. [*Aparte.*] No!

EEDERICO. Cuando pocos momentos ántes había jurado á su esposo fidelidad y amor, ¿la mataba para lavar con sangre la mancha de su deshonra? Ay! Aquella sangre, filtrando gota á gota por entre las grietas de aquel sepulcro cerrado, volvería al evaporarse, á llevar en sus átomos dilatados en la atmósfera, el recuerdo vivo de la deshonra...... Todo el mundo seguiría respirando de aquel aire impuro y corrompido. ¿La mataba para satirfacer su venganza? ¿Y qué satisfaccion es esa de sentir junto con el vacío del amor, la rabia de la impotencia? ¿En cual sitio, en cual entraña de aquel cadáver, descompuesto y horrible iba á buscar su amor para tomarlo por las alas y escondersélo en el pecho? ¿La mataba para castigarla? ¿Y qué castigo es la muerte, cuando es la paz y la dicha? ¿Qué castigo es dormir, cuando si no hubiera noches, y no existiera el sueño, no habría con-

suelo ni descanso para la humanidad sobre la tierra! Y si ese sueño temporal y pasajero, tanto acaricia y halaga, ¡qué dulce y qué tranquilo no será, Ernesto amigo, el sueño eterno! . . . Y ¿me preguntarás qué hizo mi amigo?

ERNESTO. Sí ¿qué hizo?

FEDERICO. Lo que debía hacer. Llevarla á un sitio donde sin temores ni zozobras pudiera dar, en adelante, rienda suelta á sus institos. Sacarla de aquella casa cuyas pareces sólo debían dar abrigo á la ventura y á la felicidad; aquella casa construida para el amor como el nido de las aves. La llevó á un sitio donde pudiera ver á su amante, sin necesidad de llevar cuenta del tiempo; donde sin preocuparse del pasado ni del porvenir, se entregase al deleite y á la satisfaccion de sus placeres... Eso... ¿Con qué objeto? Si ella no lo sabe, ella lo sabrá despues... Si tú no te lo imaginas, despues, Ernesto, lo sabrás tambien. Ernesto, hazme favor de ir en busca de Filomena, porque esta señora se cansa ya de esperar, y á fé que tiene razon.

ERNESTO. Voy..... ¡Y qué bella es!

FEDERICO. Mucho, muy bella.

ESCENA VI.

FEDERICO Y GABRIELA.

GABRIELA. Señor, señor por piedad.....! que el grito de mi desesperacion penetre en el alma de vd., que mi llanto ablande su pecho! Sáqueme vd. de esta casa.

FEDERICO. ¿Y por qué?

GABRIELA. No sé dónde estoy.

FEDERICO. ¿No lo ha escuchado vd?

GABRIELA. Sí, pero no lo puedo creer aún, me resisto á creer eso. Vd. señor, me considera más culpable de lo que soy. Oigame vd., escuchéme vd... le juro á vd......

FEDERICO. (*Indignado.*) ¡Silencio, señora, no jure vd. nada! Ahora ¿oye vd? la música armoniosa de un wals....... ahora á bailar... á reir...... á gozar; yo tambien gozaré. Es lo mismo; la dicha está donde la sentimos, ¿no es cierto? ¿Qué importa el sitio? Allá en aquella casa cuyo umbral no volverá á traspasar la planta de vd., el Paraíso.... allí tambien se gozaba Aquí, donde va vd. á vivir en adelante, el pantano.... Aquí tambien se goza! Tanto goza el pájaro volando en las alturas, y bañando se plumajc en la esplendorosa luz del sol del día, como el gusano en el lodo, á la som-

bra ingrata de la ortiga. Ah! desengáñese vd..... esto, que tanto le atormenta hoy, mañana será su delicia. Esto es lo mismo que bajar una escalera á oscuras; cogido el primer peldaño, ya cogimos los demás. ¡Silencio, que ya vienen! ¡Silencio, le digo á vd!

ESCENA VII.

FEDERICO.—GABRIELA.—ERNESTO.—FILOMENA.

FILOMENA. Aquí estoy, aquí estoy. Perdone vd. señorita, si la hice esperar tanto.

FEDERICO. *(Presentándola.)*—La señorita Lucrecia.

GABRIELA. *(Con indignacion.]* ¿Lucrecia?

FEDERICO. *(Aparte á Gabriela.)* Así se llama vd. La señora Filomena.. *[Presentándola á Gabriela.)*

FILOMENA. *(Con despejo pero sin mucha desenvoltcra.]* Servidora de vd..... Esta es su casa...... Me han dicho que ha tenido vd. en días pasados un gran pesar...... un desengaño! ¿Y qué? No haga vd. caso: diviértase vd. distráigase vd. ¡Poco más ó menos, todas hemos tenido penas en este mundo! ¡Valor! Es preciso echárselo todo á las espaldas. ¡Va vd. á encontrar aquí amigas tan alegres, tan jo-

viales! Ellas le enseñarán á vd. á reír de las descepciones que da la vida. De eso se compone la vida; ¡pero qué! Una amistad que se pierde, se gana con otra amistad; un amor que se va se consuela con otro que nunca tarda en llegar; sobre todo si se busca bien. ¿Qué bella es esta señorita? ¿No es verdad, Ernesto? Va á ser esta noche la reina de la fiesta, y tendré para el próximo baile, que echar abajo un tabique, porque estoy segura que se duplicará mi concurrencia. Pero yo me lo estoy hablando todo, y no hay que perder los instantes. ¡Ea!.. A bailar hermosa y sin rival Lucrecia! Venga vd. ¡Baile vd. con ella, Ernesto!

RNESTO. Con mucho gusto; bailaremos este wals, señorita; tenga vd. la bondad de aceptar mi brazo.

ABRIELA. [*Retrocediendo.*] ¿Yo, señor?...

DERICO (*Aparte á Gabriela.*) Vaya vd.

NESTO. (*Tomando el brazo á Gabriela y llevándola casi arrastrada.*) Cáscaras; ¡y qué hermosa! ¡Lástima grande que sea sorda. (*Aparte á Federico al pasar á su lado.*)

ESCENA VIII.

FEDERICO, despues ANSELMO.

DERICO. (*Viéndola alejarse.*) ¡Lástima que se

haya ensordecido su alma á la voz del deber, que es la verdad! (*Mirándola aún.*) Vé, ángel caido.... encontrarás tu redencion, pero despues que escapes del naufragio de tus lágrimas! (*Toca un timbre y aparece Anselmo.*) Anselmo, ve á casa y dispon mi maleta como en otros tiempos. Saldremos mañana temprano.

ANSELMO. ¿Nos vamos, señor?

FEDERICO. A Europa, Anselmo, á viajar, á viajar (hasta morir); lo muy preciso, lo más necesario. Toma esta llave, saca de mis gavetas todo el dinero que allí encuentres en billetes del banco de Lóndres.

ANSELMO. Así la haré, señor, descuide vd.... (*Váse.*)

ESCENA IX.

FEDERICO, despues FIMOMENA y los convidados.

FEDERICO. Pero ¿qué rumor es ese?.... Desde aquí se nota en el salón estraño momiento.... Ah! ahí viene Filomena.

FILOMENA. (*Entrando.*) Nada, no es nada, fué un vahído, pero ya pasó. Pobrecilla! De veras que es un ángel. Se conoce que ha frecuentado poco la sociedad esa señorita. ¿De dónde la ha sacado vd. Federico? Dígame vd., dígamelo vd. porque estoy que muero de curio-

sidad. Y además, además me interesa mucho esa niña; ha llamado mucho la atencion de todo el mundo.

CONVI. 1°. (*Entrando.*) Dicen que es huérfana, que es una huérfana desvalida y desventurada que han traído á Filomena.

CONVI. 2°. Interesante criatura! Y á mí no me miró con malos ojos: al través de su careta....

CONVI. 1°. Presuntuoso....

CONVI. 2°. Conquistaré primero á Filomena, y luego.... Federico, ¿vd. la conoce?

FEDERICO. ¿A quién? (*Filomena se separa del grupo y mira hácia el salon.*)

CONVI. 1°. A Lucrecia.

FEDERICO. Sí.... así.... de paso.

CONVI. 2°. Pero no se fijó vd. en sus ojos. ¡Qué ojos!

FEDERICO. (*Aparte.*) Importuno! No, no me fijé.

CONVI. 2°. Es lástima; pues fíjese vd.

FILOMENA. (*Volviendo al grupo.*) Allí viene.... viene hácia acá acompañada de Ernesto.... está mejor.

CONVI. 2°. Viene, pues aquí hablaremos con ella Tiene una voz....

FEDERICO. (*A Filomena.*) Yo no, yo no quiero verla. Tengo mis razones. Si pregunta por mí, dígale vd. que me he marchado á la calle...... (*Vdse por la puerta lateral derecha.*)

FILOMENA. Bien.

ESCENA X.

ERNESTO, GABRIELA, FILOMENA y Convidados

GABRIELA. Ah! Tambien aquí hay gente, señor, lléveme vd. donde pueda estar sola ...... quiero estar sola......

CONVI. 2°. Me alegro de ver á vd. restablecida.

GABRIELA. Gracias.

CONVI. 1°. No fué nada; pero si algo se le ofrece á vd......

GABRIELA. Gracias.

CONVI. 3°. La felicifo á vd. Lucrecia.

GABRIELA. Gracias. (*A Ernesto.*) Lléveme vd. á otra parte.

ERNESTO. Un instante..... ya la llevaré á vd.

FILOMENA. ¿Se siente vd. bien?

GABRIELA. Bien, muy bien; ¿me haría vd. el favor de llamar á Federico?

FILOMENA. ¿Federico? Echéle vd. un galgo.

GABRIELA. ¿Pues no está aqui?

FILOMENA. No, se ha marchado.

GABRIELA. Es imposible! Eso no puede ser! Caballero, (*A Ernesto.*] búsqueme vd. á Federico.

ERNESTO. Sí, señora.... Señores, Luctecia desea hablar á Federico, ¿tienen la bonde buscarle por el salon? Será un servicio que Lucrecia ha de agradecerles.

TODOS. Sí.... sí.... con mucho gusto.

ERNESTO. Ya vd. lo vé. Sabía yo que este era el modo más facil de que volaran.

GABRIELA. Ah! Gracias, muchas gracias.

ERNESTO. *(Aparte à Filomena, con gravedad.)* Todos se han ido. Esta señora, Filomena, desea estar sola, enteramente sola. Cuide vd. de que esos impertinentes no vuelvan.

FILOMENA. Eso es muy difícil; creo que es casi imposible el contenerles. Y luego como esa niña, gazmoña y consentida, se anda haciendo la interesante, ménos.

ERNESTO. Calle vd., y hable con más respeto de esa señorita. Vd. no vé más allá de sus narices. No ha comprendido vd., porque no es posible que lo comprenda, que esa mujer es una desdichada... ¿Qué misterio se encierra en el fondo de esa alma? No lo sé, pero Federico debe saberlo. ¿Dónde está Federico?

FILOMENA. Se ha ido.

ERNESTO. ¿Se ha ido?

FILOMENA. Sí.

ERNESTO. Mentira...... Está usted mintiendo. ¿Dónde está Federico?

FILOMENA. *(Señalando el aposento).* Allí, por allí salió, pero le repito á vd. que se ha marchado.

ERNESTO. Bien, yo le buscaré. Deje vd. sola á

esa señora...... que aquí no venga nadie......

FILOMENA. (*Retirándose*). Bien.... Si así lo quiere vd......

ERNESTO. Así lo ordeno......

FILOMENA. (*Haciendo un gesto de desden.*) Entónces...... *(Vdse.)*

ERNESTO. ¿Para qué la han traido? ¿Para qué? (*Luego se acerca á Gabriela y le dice*) Y bien....ya está vd. sola. Aquí aguarda vd. á que le traiga noticias de Federico.

GABRIELA. Ah! el alma de vd. es la única alma buena que hay aquí.

ERNESTO. No, eso no es cierto, no se tienen la culpa esas otras almas, señora, de no haber conocido el alma de vd. Todos tenemos piel; pero no para todos es igual la quemadura.

ESCENA XI.

GABRIELA sola.

¿Se habrá marchado? ¿Me habrá dejado sola? Y si así lo ha hecho, ¿qué merezco yo? ¿No me preguntó mil veces si yo le amaba? ¿Por qué cobarde el corazón, por qué más cobarde aún el labio no le dijo que nó? ¿Por qué mis ojos, siquiera mis ojos, no le hablaron á los ojos de su alma? ¡De su

alma noble y generosa! ¿Por qué él, por qué Octavio no accedió á mis súplicas y á mis ruegos? ¿Por qué ese hombre comprendiendo mi situación, me arrastró con sus ojos de fuego, con sus labios de fuego, con sus dedos de fuego, al borde del precipicio? ¿Y en dónde está él, que al verme caída y sin amparo, no viene á sacarme del abismo? Ah!.... no.... mil veces no.... que no venga! ¡Todavía, corazon rebelde y maldecido, gritas por él! Pero yo, ¿qué hago aquí? ¿por qué no me voy? ¿por qué no busco la salida? Porque Federico me trajo aquí; porque Federico es mi señor; porque Federico es mi dueño. ¡Y él quiere que yo esté aquí! Pero ¿por qué no viene á sacarme, por qué? Me va á dejar aquí á vivir con estas gentes, todas risueñas, todas alegre! ¿Qué clase de felicidad es ésta que no puedo comprender? Dios mio! ¿Y todas estas mujeres que he visto aquí habrán faltado como yo? Nada, no oigo nada.... sí.... la música (*se oye tocar en el salon*), la polka que los envuelve á todos en ese vértigo del baile...... Ah! Octavio, Octavio, ¡cuán desdichada me has hecho! ¡cuánto me arrepiento de haberte recibido..... Y sin embargo, ¡te

amo! (*llora*). En este momento, aquí... á solas con mi conciencia.... si vuelvo los ojos allá, al traves de la oscuridad de esa puerta, te miro....! Te miro á tí, Octavio, acompañándome en los más risueños y más breves días de mi vida....¡ ¡Imágen de luz en medio de las sombras! Si torno los ojos allá, hacia esa iluminada galería, te miro también á tí, Octavio, imágen, sombra, en medio de la luz! Octavio! (*aparece Octavio*). ¡Es verdad, ó no más sueño que te estoy mirando! Octavio....! [*Entra Octavio con un dominó negro y un lazo blanco en el hombro izquierdo, por el fondo*].

ESCENA XII.

GABRIELA.—OCTAVIO.

OCTAVIO. Es la verdad....¿quién te ha traído á esta casa?

GABRIELA. Mi marido.

OCTAVIO. Mientes.... Ese hombre que te trajo aquí no es tu marido.

GABRIELA. ¿Que no? Él mismo.

OCTAVIO. Entónces, ó está loco, ó te desprecia.

GABRIELA. Me desprecia....es mi castigo.

OCTAVIO. Pero te castiga infamándote.

GABRIELA. No, porque al infamarlo á él, estaba infamada ya......

OCTAVIO. Pero te hubiera matado mejor, ántes que traerte aquí.

GABRIELA. Y tú ¿me amas?

OCTAVIO. Sí.

GABRIELA. Pues mátame tú! *(momento de silencio.)*

OCTAVIO. ¿Yo?...... Yo no tengo derecho de matarte!

GABRIELA. Pero tienes obligación de salvarme.

OCTAVIO. Pues bien, vámonos de aquí.

GABRIELA. No.... porque si no tienes el derecho de matarme, tampoco tienes el derecho de darme la vida. Ya tú ves, Octavio, cuál es nuestra situacion!

OCTAVIO. Horrible! pero, sea la que fuere, vámonos de aquí!

GABRIELA. Pero yo necesito salir de aquí como he entrado. A lo ménos hasta hacerle comprender á mi esposo, que en aquella su casa, si falté á mi deber no hice girones su honra...... Dile que la defendí.... que me defendí... que..... Porque él cree, que infame y vil, y con la sonrisa en los labios, me arrojé á tus brazos! Pero tú sabes, Octavio, lo que allí pasó!

OCTAVIO. Sí, es verdad; pero eso no lo creería nadie.

GABRIELA. ¿Aunque tú lo dijeras......?

OCTAVIO. Aunque yo lo dijera. El grito de la virtud que ha triunfado en la lucha de las pasiones, no defiende á las pasiones ni esclarece á la virtud. Hoy, Gabriela, sólo se cree en lo que se ve..... Un hombre ama á una mujer jóven y bella, están juntos dos minutos, un minuto,...... solos; los ven salir juntos de una habitacion...... de noche; cogidos de las manos; hablando en voz baja; tiemblan, se despiden.... Y bien, ese hombre y esa mujer han cometido un crímen.

GABRIELA. ¿Aunque no lo hubiesen cometido?...

OCTAVIO. Aunque no lo hubiesen cometido.

GABRIELA. ¿Quiere decir que á los ojos de mi esposo soy criminal?

OCTAVIO. Y á los ojos del mundo entero.......

GABRIELA. ¿Quiere decir que estoy deshonrada?

OCTAVIO. Sí.

GABRIELA. ¿Que tú me has deshonrado?

OCTAVIO. Sí.

GABRIELA. ¿Y no puedes remediarlo?

OCTAVIO. No.

GABRIELA. Debía aborrecerte, y sin embargo...

OCTAVIO. Me amas, como te amo yo! Gabriela...

GABRIELA. Ah! sí, para desdicha mía. Pero yo no debí decirte nunca esto que te estoy diciendo; debí ahogar mis sentimientos en el fondo de mi pecho y,

hasta en último caso denunciarte á mi marido.

OCTAVIO. Sí, pero una vez que no lo hiciste así, dado ya el primer paso, Gabriela, reretroceder es imposible!

GABRIELA. Imposible, no; te equivocas......

OCTAVIO. ¿Tú lo crees? ¿y qué has de hacer? Arranca del corazon de tu marido la serpiente que en él vive enroscada... Mi amor, Gabriela, mi amor será tu único refugio..... Espera, voy á ver si todos los convidados están en la mesa, si no hay nadie en la galería, y vuelvo por tí. (*Vase por el fondo hácia el lado izquierdo.*)

ESCENA XIII.

GABRIELA, despues FEDERICO [con dominó negro y lazo blancó, por la puerta del fondo, del lado derecho.]

GABRIELA. ¡Qué silencio! ¿Y qué voy á hacer? pero sí...... sí; no es posible retroceder. Federico me deja, me deja, me abandona! ¡Oh! ¡qué horror! ¡vacilacion.....! (*Aparece Federico.*) Ya... vamos, Octavio. ¡Ah! ¡Federico! (*Reconociendo á Federico que se arranca el antifaz.*)

OCTAVIO. (*Que entra disparando su pistola*

sobre Federico, pero sin que logre herirlo.—¡Federico!

FEDERICO. *(Arrojándose sobre Octavio, y arrancándole la pistola á viva fuerza).*

OCTAVIO. *(Despues de la lucha, parándose valerosamente frente á su rival.)*—Tire vd.......

GABRIELA. (*Interponiéndose entre ambos.*)—No!

FEDRRICO. *(Bajando el brazo, y con acento de profundo desprecio*).—¿No?—Es verdad; (*á Octavio*) porque si le matara á Vd., ¿quién cuidaría de esa señora? (*Arrojando á Gabriela en brazos de Octavio.*)

GABRIELA. (*Separándose de Octavio y yendo á apoyarse en el respaldo de un sillon.* —Ah!

ESCENA XIV.

FILOMENA y todos, acudiendo al sonido del disparo.

¿Qué pasa? qué pasa?

FEDRRICO. (*Con acento sombrío.*)—Nada......! No es nada, señores.... jugábamos los tres una partida y se me ha disparado la pistola, cuando ¡acababa de perderlo todo!

(*Federico se marcha hácia el fondo, para salir á la calle.*)

(*Gabriela desde que se apoya en el respaldo del sillon apénas puede te-*

nerse en pié, y al decir Federico: «cuando acababa de perderlo todo,» cae al suelo sin sentido. Octavio se adelanta á socorrerla, y todos la rodean.)

FIN DEL DRAMA.

SOLEDAD.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Al primer actor español D. Ricardo Valero.

José Peón y Contreras.

PERSONAJES.

Doña Ana.
Soledad.
D. Pedro.
El Doctor.
Gonzalo.
Francisco.

La escena pasa en México.

Se estrenó este drama en México con extraordinario aplauso, á beneficio del primer actor D. Ricardo Vale-[illegible] en el Teatro Arbeu, la noche del 25 de Mayo de 1892.



ACTO PRIMERO.

Sala.—Puertas en el fondo y laterales.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

SOLEDAD bordando en caneva.—DOÑA ANA leyendo junto á la mesa de estorbo de la sala á corta distancia de su hija.

SOLEDAD.

[Dejando el bordado y alejando el bastidor.]
Permíteme, madre mía,
que te interrumpa.

ANA.

(Dejando el libro y clavando la vista inquieta y curiosa en Soledad.)
¿Qué es ello?
Habla....!

SOLEDAD.

(Dudosa.) Si me lo permites....

ANA.

(Con ternura.) Sí, Soledad, por supuesto.
Dime con toda franqueza,
como esta tarde lo has hecho,

lo que pienses, lo que temas,
tus dudas y tus deseos.
Hasta hoy me abriste las puertas,
de par en par, de tu pecho,
y yo en cambio te he de hablar
sin ambajes ni rodeos.

SOLEDAD.

(*Como haciendo un esfuerzo.*)
Pues es que, desde esta tarde,
acongojada no aliento.
Se confunden mis ideas....
Estoy aturdida.. .

ANA.

Entiendo.

SOLEDAD.

(*Con más resolución*)
Hay instantes que parece
que no vivo, que no siento,
y se me cae la aguja
de mis temblorosos dedos.
Tales cosas me dijiste
del matrimonio, que creo,
madre mía de mi alma,
que yo he soñado y aún sueño
en pesadilla espantosa,
con trasgos, brujas y espectros!
Me imagino que en el aire
va volando mi cerebro.
Que no existe la ventura,
que el placer es un ensueño,
y que es el amor la inícua

mentira de un devaneo,
que me perturba el sentido;
y que de tristeza muero,
y que es locura querer,
y adorar y sentir esto
que ántes era mi alegría
y ahora es pena y sufrimiento....
Querer, madre, así, tantísimo
como á mi Gonzalo quiero....
Adorarlo.... idolatrarlo....
No sé decir más.... ¡no puedo!

ANA.

(Con calma obligada.)

Pues todo cuanto te he dicho
del matrimonio, es lo ménos
que de él pudiera decirte ....

SOLEDAD.

(Interrumpiéndola como quien sorprende un pensamiento en su defeusa.)

¡Es el estado perfecto!

ANA.

(Despues de un instante de vacilación.)

Eso dicen, hija mía,
porque no hay otro remedio.
Porque eso es lo menos malo
sin ser por eso lo bueno.
Porque la moral no encuentra
para la unión de los sexos,
manera más adecuada
de llenar nobles objetos,
humanas aspiraciones,

incontrastables deseos,
y la social conveniencia
que en todo ejerce su imperio!
Pero el que pueda evitar
caer en lazo tan tierno,
que es dogal, principalmente
para la mujer, de hierro,
debe evitarlo, hija mía...
Sobre todo, así lo pienso,
y porque lo pienso así
así decírtelo debo.
Además.... tu complexión,
tu extraño temperamento:
impresionable.... nervioso....
vivo.... delicado.... inquieto....

SOLEDAD.

Madre....

ANA.

¡Lo exageras todo!
¡Todo lo miras tan negro!
Hoy mismo me confesaste
Esos ridículos celos....

SOLEDAD.

(*Avergonzada.*) ¡Ridículos!

ANA.

Así es.

SOLEDAD.

¡Ridículos!

ANA.

Sí por cierto:
tener celos de Gonzalo

por sus amigos....

SOLEDAD.

Porque ellos
me le roban y le quitan
de venir á verme el tiempo!

ANA.

No pueden vivir los hombres
sin amistades.

SOLEDAD.

No es eso,
la exageración....

ANA.

Tú eres
quien exagera.

SOLEDAD.

Comprendo
que es preciso que Gonzalo
tenga amigos; pero creo,
que la hora que él me dedica
no es la hora en que debe verlos.

ANA.

No siempre puede escogerse.
Hay negocios del momento,
hay exigencias.... Y, en fin,
en fin, ya no hablemos de eso.
Tú debieras atenerte
á mis palabras, que siendo
consejos míos..

SOLEDAD.

Por tales

me dan terror tus consejos. (*Con profunda aflicción.*)
Por eso el dolor me ahoga....
Siento.... ¡No sé lo que siento!

ANA.

(*Acercándose á Soledad con infinita ternura.*)
Escúchame, Soledad:
No me negarás, infiero,
que entre los maridos, son
más los malos que los buenos.
Que la mujer necesita
mucha prudencia y discreto
carácter y perspicacia
y cierto instinto.... de eso
que adivinación se llama,
y en días de sufrimiento,
saber, entre otras mil cosas,
mostrar semblante sereno
disimulando un agravio;
hacerse sorda al acento
de una grosera palabra
que suelta labio grosero;
dar halago y dar ternura
en cambio de menosprecio;
saber ahogar un sollozo,
saber callar un deseo,
y fingir una sonrisa
y esconder un sentimiento,
y velar una mirada
y ahogar en la boca un beso!....
Y, después, cuando ya duerme

el tirano en blando lecho
el que es el amo, el señor,
el poderoso y el dueño,
para no encender sus iras
ni interrumpir sus ensueños,
matar suspiros del alma,
matar gemidos del pecho,
y beberse un mar de lágrimas
entre tinieblas y duelos,
en larga y sombría noche
de pavor y de silencio!
Eso, hija mía, es difícil;
casi imposible el esfuerzo;
mas sólo cuando eso se hace,
cuando se sabe hacer eso,
no más puede el matrimonio
ser un estado perfecto;
que de no, como esta tarde
te dije, ni más ni menos:
es el lazo conyugal
un martirio el más horrendo....
Tras de eso viene el peligro
mayor.... el ansia, el deseo
de encontrar en otros brazos
la realidad de los sueños,
ilusiones ya perdidas,
amorosos devaneos,
necesidad de un amor
positivo, verdadero.
Y nunca falta un canalla,
de faz noble y ojos tiernos,

que pronuncie una palabra,
que ofrezca un Edén, un cielo,
que persiga, que seduzca:
perlas, flores, cintas, versos....
alegrías, esperanzas,
horizontes halagüeños,
promesas como murmullos,
seducciones como besos....
Y el alma débil, ansiosa
de paz, de dicha...... oye el ruego,
á él se rinde...... cede y cae,
paso á paso y trecho á trecho,
de un abismo en otro abismo,
de un infierno en otro infierno.
Esto es lo cierto del caso,
es la verdad de los hechos,
la práctica. ¡Lo de todos
los días y los momentos!

SOLEDAD.

¡No hay matrimonios felices!

ANA.

Si los hay, no lo sabemos.... (*Interrumpiéndola; luego, dice:*)
Ya sé qué vas á decirme
ya lo sé, corazón terco. (*Poniéndole una mano en la boca.*)
Mas si acaso un hogar ves
tan claro como un espejo,
tan tranquilo como el agua
de lago azuloso y terso,
es que no se mira al fondo

ni se alcanza lo de adentro....
No se ven las suciedades
que están debajo, ni el cieno
que fermenta, donde el rayo
del sol no refleja el cielo....
Esto te digo, hija mía,
lo demás es mi secreto....
Eres muy niña y no puedes
saberlo todo.... Ea.... ¡un beso
Prescinde de esos amores
que no te convienen...... Veo
que te contrarío.

SOLEDAD.

(*Bajando los ojos.*) ¡Mucho!
Y á fé, mamá, que lo siento.

ANA.

¿No has escuchado hoy y ántes
mi palabra con respeto?

SOLEDAD.

Sí.

ANA.

¿Sumisa y obediente?

SOLEDAD.

Sí.

ANA.

¿Siempre?

SOLEDAD.

Sí.

ANA.

(*Con mandato*). Pues hoy quiero
que más que nunca obedezcas!

¿Lo harás? (*Retirándose despues de darle un beso.*)

SOLEDAD.

Sí.... ¡Pero no puedo!
(*El «pero no puedo» no lo oye Doña Ana.*)

ESCENA II.

SOLEDAD.

No puedo ¡ay Dios! prescindir
de Gonzalo ¡suerte cruel!
¡Cómo á mi madre he de oír
sin perecer, sin morir!
¡No podré vivir sin él! (*Breve pausa.*)
Sentir en el alma, amar
con tan cariñoso empeño,
tener, sin soñar, un dueño,
para mirarle pasar
lo mismo que pasa un sueño!
Eso no, no puede ser,
no se puede concebir
cómo se llegue á perder,
lo que es forzoso tener
para animarse y vivir.
Malo es pensar en la muerte,
malo es pedírsela á Dios;
pero en tan adusta suerte,
sólo la muerte es tan fuerte
para desasir á dos;
á dos que se quieren tanto
como mi Gonzalo y yo.

¡Mas cómo tarda, Dios santo!
Calmaría mi quebranto
él que la dicha me dió.
No escucha mis tristes quejas
hoy que la angustia me inmola.
(*Aparece Gonzalo.*)
¡En vez de venir te alejas!....
¡Ah! ¡Gonzalo!.... ¿por qué dejas
á tu Soledad, tan sola!

ESCENA III.

GONZALO, SOLEDAD.

GONZALO.

¡Tienes razon!.... he tardado;
pero no es todos los dias.

SOLEDAD.

¡Tanto te necesitaba!

GONZALO.

Tú siempre me necesitas.

SOLEDAD.

A eso te atienes, ingrato,
pero hoy más.

GONZALO.

Pues vamos, diga,
diga mi amor qué le pasa,
¿por qué se dobla y suspira?

SOLEDAD.

Porque anoche.... anoche tuve
uua horrible pesadilla.

GONZALO.

¿Una pesadilla? ¿Y quién

se cura de pesadillas?
¿Quién hace caso de un sueño
que al despertar se disipa?

SOLEDAD.

Soñé que mi madre.... ¿sabes?
Mi madre, mi madre misma,
me ordenó romper contigo.

GONZALO.

¡Que eso, Soledad, te aflija!

SOLEDAD.

Era el sueño tan hondo,
tan verdad, y la veia,
á ella, en tan clara manera,
tan patente, tan distinta,
que despues de abrir los ojos
y de restregar mi vista,
y de afianzar mis ideas
que volaban fugitivas,
pasádose un cuarto de hora,
y aun algo más todavía,
dudaba yo, si aquel trance
era verdad ó mentira!
y como los sueños son
presagios....

GONZALO.

¡Qué bobería!

SOLEDAD.

Pues ántes de que ello fuera
soñé yo que me querías.

GONZALO.

Sabes que no hace verano

una sola golondrina.

SOLEDAD.

Cuando tu amor me confiaste
tambien lo soñé la víspera......
Y una noche que soñé
que en horrenda fiebre ardías,
amaneciste, Gonzalo,
con calentura aquel día.
¡Con que ya ves tú, mi dueño,
qué enjambre de golondrinas!

GONZALO.

Pues esto sí, no ha de ser.

SOLEDAD.

(*Aparte.*)
(Pues ya fué.) (*Alto.*) Dios nos asista
de que no fallen los sueños
algunas veces......, sería......

GONZALO.

Cuestion de no dormir nunca!
ó de vivir, hija mía,
en una lucha perpétua
y en agitacion contínua......
Ea, alégrate......¡Qué flores!
(*Dándole un ramito de flores.*)
Mira ¿las hay más bonitas?

SOLEDAD.

No.

GONZALO.

Qué frescas!

SOLEDAD.

Qué lozanas!

GONZALO.

Qué risueñas!

SOLEDAD.

(*Suspirando.*) ¡Qué tranquilas!

GONZALO.

Pues así quiero que estén
Tu corazon y tu vida.
(*Tomando el sombrero.*)

SOLEDAD.

¿ya te vas? Siempre es así.
Se dicen cosas muy buenas
y se hacen otras...... Con irte
Gonzalo me intranquilizas.

GONZALO.

Voy, como siempre á mi cátedra,
(*Saca el reloj.*)
Ya pasó la hora, hija.
En cuanto termine, vuelvo.

SOLEDAD.

¿Pero vuelves en seguida?
Que no tardes.... Los discípulos
de muy poco necesitan......
para eso tienen sus libros.

GONZALO.

Adios primor....adios linda.

SOLEDAD.

Adios, Gonzalo.... no tardes.
(*Le da su mano á besar.*)

GONZALO.

No mi bien, hasta la vista.
¡Oh! ¡Señor! Perdone vd.

(Sale y se tropieza con D. Pedro que viene de la calle.)

ESCENA IV.

PEDRO Y SOLEDAD.

PEDRO.

Abur. Por poco me tira.

SOLEDAD.

Padre...... mi padre querido.

PEDRO.

No ha venido mi doctor
todavía?

SOLEDAD.

No, señor.

PEDRO.

Y porqué no habrá venido?
Vaya con el tal Gonzalo.
(Tocándose un hombro.)
Le remataba la misa.

SOLEDAD.

Fué á cátedra.

PEDRO.

¡Qué prisa!
Me dolió.
(Oprimiéndose el hombro.)

SOLEDAD.

¿Te sientos malo?

PEDRO.

Cuándo no, cuándo hube calma?
Este dolor siempre crece.

(*Tocando su corazon.*)
Y hoy estoy que tal parece
Que va á salírseme el alma!
¡Qué horrible palpitacion!
¡Cómo estos golpes fatigan!
(*Sentándose y llevándose la mano al corazon.*)
¡Oh! yo estoy, por más que digan,
enfermo del corazon.

SOLEDAD.

No, papá.

PEDRO.

Pues sí, papá.
¡Que aprensiones! ¡Que los nervios! ......
¡Ah! Los eternos proverbios
De los doctores! Ya está....
Los nervios...... ¡grande bobada!
La aprension! El que está vivo
O es nervioso ó aprensivo.
Nadie está enfermo de nada.
Es original.. pasmoso..
¿Qué tiene vd.?—Un dolor.
¿Calentura?—No señor.
Pues entónces es nervioso.....
Pues con ó sin calentura,
Con esto que es nada ¿estás?
Nerviosidades no más,
¡Me voy á la sepultura!

SOLEDAD.

Papá... ¡me entristeces!

PEDRO.

Sí.
Lo comprendo.... pobrecilla;
[*Acariciándola.*)
Pero esta es mi pesadilla.
¡Qué quieres que haga de mí!.....
Qué quieres qué haga, hija mía,
Si esto, que ninguno sabe,
lo que es, yo lo juzgo grave.
¡Dicen que es hipocondría!
Ay...... y en claro nada saco.
¡Nada! Pero ten presente
que padece horriblemente
un enfermo hipocondriaco.
Es mucha mi pena, mucha
esta extraña laxitud......
¡Si tuviera juventud
para sostener la lucha!
Mi caracter ha cambiado
de tal modo.... ¿No es verdad?

SOLEDAD.

Tal vez......

PEDRO.

Con la enfermedad
vivo sólo preocupado:
todo me molesta, todo
me parece un imposible,
y estando tan irascible,
que de todo me incomodo;
voy lentamente perdiendo
cariños y voluntades....

Si ya no tengo amistades!

SOLEDAD.

Pero papá......

PEDRO.

Te comprendro.

SOLEDAD.

Y ahora que estaba tan triste. .

PEDRO.

Triste tú! ¿Porqué razon?

SOLEDAD.

Tambien por el corazon.

PEDRO.

Y qué te hizo ó que le hiciste?

SOLEDAD.

Le hicieron.

PEDRO.

¿Quien?

SOLEDAD.

Pues...... mamá.

PEDRO.

A sabiendas......

SOLEDAD.

Ya se sabe,
mamá quiere que yo acabe
mis relaciones.

PEDRO.

¡Bah...... bah!
Pues le confesaste al fin?

TOLEDAD.

Que le amaba? Sí, si tal,
en ocultarlo hacía mal......

Y esta tarde en el jardín.....

PEDRO.

Me alegro.... hubieras dejado
que yo lo contase todo,
y habría encontrado el modo
que tu al fin no has encontrado.
Una madre es un abismo
de tantas preocupaciones......
Madre, en estas ocasiones,
es sinónimo de egoismo!
No se acuerda que ella fué
en el nido de su hogar,
lo que la perla del mar
en su concha. Ya se vé.
¡Siempre en la vida se olvida
al fin y á la postre, todo
lo que de uno ó de otro modo
fué pasion en nuestra vida!
En la existencia, jamás
olvidamos los cariños
que nos hicieron de niños....
Pero ¡ay, ay! de eso que es más,
de ese cariño profundo
que como tormenta nace,
que crece y revienta y hace
estrago tanto en el mundo,
que es si nace en alma ingrata
con nubes de desconsuelos
y relámpagos de celos,
tempestad que hiere y mata:
de ese cariño, mayor

que otros tantos en la vida,
de ese, hija mía, se olvida
hoy tu madre.... de su amor.
Sí, se olvida de que ella
que ya de otro modo ama,
sintió inflamarse en su llama
su corazon de doncella;
llama de celeste aroma,
y de fuego soberano......
Y vió acercarse al milano
—á mí— á la tierna paloma,
la avecilla de su hogar
vino á mi garra á caer......
¡y á tí no te deja hacer
lo que ella hizo en tu lugar!
Y pues es á lo que creo,
injusta su tirantez,
ya verás, yo seré el juez;
mi señora esposa el reo.
Ana! [*Llamando.*]

SOLEDAD.

(*Llamando.)* Mamá!

PEDRO.

Yo la obligo.

SOLEDAD.

(*Temerosa.*] Si se enoja.

PEDRO.

No, no tal,
por esto, no es natural
que se moleste conmigo.
¡Ana! *Llamando.*]

Y oiré sus razones......
Bah! yo te arreglo esa boda.

SOLEDAD.

Papá! (*Haciéndole un cariño.*)

PEDRO.

Y si se incomoda
le impondré mis condiciones.

ESCENA V.

D. PEDRO, SOLEDAD, doña ANA.

ANA.

¿Me llamas?

PEDRO.

Y con urgencia.

ANA.

¿Te sientes malo?

PEDRO.

Algo, sí,
más no se trata de mí....
es para una confidencia.

ANA.

Un secreto.

PEDRO.

Lo imagino.

ANA.

Pues permite que te exija......

PEDRO.

Se trata de nuestra hija!

ANA.

¿De Soledad? ¡Ya adivino!

PEDRO.

Eso no es adivinanza.

ANA.

Tienes razon no lo es.

PEDRO.

Para qué quitarle, pues.
su más hermosa esperanza!
¿Por qué robarle en un día
sus ilusiones más bellas,
por qué apagar las estrellas
del cielo de su alegría?
Si cuando tanto me amabas
enamorada de mí,
y enamorado de tí
venturosa te juzgabas....
tu santa madre que en paz
repose...... te hubiera dicho,
engañosa y pertinaz
y acaso por un capricho
que tu rompieras los lazos
de nuestros tiernos amores,
como quien coje unas flores
y las deshoja en pedazos,
como quien quiebra un cristal
delgado, robusto ó hueco,
como el que rompe un muñeco
de mezquino material......
(¿No te parezco elocuente?) [*A Soledad.*]
(*A Ana.*)
Qué del maternal mandato
por adusto y por ingrato,

juzgado hubiera tu mente?
Pensado habría tu anhelo,
que era un juguete el amor,
frágil cristal, pobre flor,
ó cosa así que en el suelo
rodar pudiera hecho trizas,
como ruedan los guijarros,
las puntas de mis cigarros
ó el polvo de sus cenizas?

ANA.

[Con sorpresa.[
¡Calle! ¡Pedro! ¿Eres tú el mismo?

PEDRO.

Desconoces mi persona?
Pues tienes razon...... perdona
ese trozo de lirismo,
valiente, ideal, eufónico
digno de un bardo, un poeta......
y hablemos, si eso te inquieta,
lenguaje rudo y lacónico.
Pues á que se amen te opones
Soledad y ese muchacho,
si yo de nada le tacho
díme qué pero le pones?
A tu buen juicio lo fío.
¿No es jóven, robusto, ardiente?
¿No es de orígen tan decente
como el tuyo y como el mío?

ANA.

Es verdad.

PEDRO.
¿No es caballero?
ANA.
¡Quien puede dudarlo!
PEDRO.
¡Pues!
¿No es modesto?
ANA.
Sí.
PEDRO.
No es
un distinguido ingeniero?
Y no tiene, por ser tal
su conducta honrada y pura,
posicion que le asegura
fama y valer y caudal?
¿Exagero? ¿No es así?
ANA.
Todo es verdad.
PEDRO.
Y si es justa
mi apreciacion y me gusta,
¿por qué no te gusta á ti?
¿Por qué te parece malo?
Y, aunque sea una bobada,
para que no falte nada
hasta es buen mozo Gonzalo!
(*Mirando á Soledad.*)
ANA.
¡Todo! Pero es natural
que una madre......

PEDRO.

Sí, no quiera
que su hija se case.......

ANA.

Espera....

PEDRO.

Egoísmo maternal.

ANA.

Pero es que no me escuchas.

PEDRO.

(Se levanta y poniéndose del lado de Soledad, se exalta de manera nerviosa y se fatiga hasta el final de la esceua.)

Es que conozco muy bien
ese eterno *teu con ten*
de las maternales luchas.
Oponerse..... pensar mal,
haya ó no haya razon,
siendo así que el corazon
tiene su ley natural,
y la tiene en la mujer
más exigente, más franca......
En la mujer no se arranca
una pasion con querer,
no más con la voluntad,
no más porque le conviene......
¿La estás viendo? pues no tiene
albedrío Soledad.
Persigue un ideal...... persigue,
y es perseguida. No hay fuerza
que ya su destino tuerza;

va empujada y ella sigue.....
y aunque la tormenta ruja,
y aunque se corte el sendero,
y aunque ella diga "no quiero"
contra ese ignoto que empuja,
aunque se empeñe en luchar,
si es que en ello lucha cabe,
el corazon sólo sabe
emanciparse y amar!

ANA.

Pálido estás, demudado;
La exaltacion te arrebata....

PEDRO.

Pues de Soledad se trata
¡cómo no estar exaltado!
He de ver con sangre fria
que sufra y se desespere?

SOLEDAD.

Padre...... te enfermas.... prefiere....

PEDRO.

Nada temas, hija mía.
(*A Ana.*)
Ahora dame otra razon......
dámela te digo, Ana......
(*Con energía.*)
No quiero volver mañana
sobre esta conversacion.
Dales á tus ideas suelta,
no las guardes ni un instante,
y cuestion tan importante
hoy mismo quede resuelta!

Ana.

Pues bien, Gonzalo le lleva
á Soledad pocos años......
Dos á lo más...... ¡Cuántos daños......
La práctica lo comprueba,
la observación ¡cuántos males
acarrea en la existencia
esa corta diferencia
de la edad......

Pedro.

(Con ligera ironía.)
¿Sí?

Ana.

Casos tales
he visto yo, y tú tambien......
La mujer, por más esclava
del hogar, pronto se acaba......
Una excepcion entre cien
podrá haber.... El hombre crece
en vigor, en fuerza medra,
la mujer, la débil yedra,
á su sombra desmerece......
Cada día él sube más,
ella baja...... En conclusion,
viene la desilusion......
Pedro...... ¿me lo negarás?

Pedro.

No lo niego. No me salgo
de lo racional ni un punto;
confieso que en este asunto
de las edades, hay algo

que no está fuera de quicio;
pero es un inconveniente,
¡eso solo! francamente
ni es un defecto, ni un vicio.

ANA.

Y ¿no ha de tomarse en cuenta?

PEDRO.

Por sí solo, no señor.
Fútil...... de poco valor......
Tal parece que se inventa
porque no hay otro motivo......
Motivo más ostensible.

ANA.

Al ménos es discutible.

PEDRO.

Pues la discusion esquivo,
y si otra cosa no alegas......

ANA.

(*Con firmeza.*)
Juzgo ese punto bastante
para seguir adelante
mi resolucion......

PEDRO.

(*Exaltado.*)
Te niegas
á darme otra causa?

ANA.

No.
Tu calma, Pedro, recobra;
pero esa causa me sobra,
basta que lo crea yo,

para ejercer un derecho
sobre mi hija!

PEDRO.

No lo dudo;
mas en mí tendrá un escudo
apoyándose en mi pecho.
(*Abrazando á Soledad.*)
Se casará.

ANA.

No será.
Y me humilla tu altivez.

PEDRO.

¡Será por primera vez!
Pero ella se casará!

ANA.

Me faltas.

PEDRO.

Tú no me faltes.
Yo lo quiero, Ana, y espero......

ANA.

Pues ya he dicho que no quiero.

PEDRO.

¡Yo sí!

SOLEDAD.

(*Suplicante.*)
Madre! (*á Pedro*) No te exaltes!
(*Un momento de pausa. D. Pedro apoyado en su hija, respira difícilmente en medio de un acceso de sofocacion.*)

ESCENA VI.

Dichos, EL DOCTOR.

DOCTOR.

Buenas noches......

PEDRO.

¡Mi doctor!
Buenas noches. ¡Ah qué flema!
Qué cachaza!

DOCTOR

¿Pues qué tienes?

PEDRO.

Que me ahogo! y que no llegas!

DOCTOR.

¿Has tenido algun disgusto?

PEDRO.

¡No!

SOLEDAD.

Sí tal.

ANA.

Cosa ligera.

PEDRO.

Contrariedades de diario;
pero no vale la pena......
Ya sabes tú lo que son
las tempestades domésticas,
cuando es el hogar como éste:
nubecillas veraniegas!
Tómame el pulso, doctor,
y dime cómo lo encuentras.

ANA.

(*Al doctor.*)
Está bien?

SOLEDAD.

¿No tiene nada?

DOCTOR.

Sí, muy frecuente......

PEDRO.

Friolera......
cuando ménos ciento veinte
y lo normal es ochenta......
¿Intermitente?

DOCTOR.

No tal.
Muy rítmico.

PEDRO.

Qué simpleza
de preguntarte. ¡Imposible
que la verdad me dijeras!

DOCTOR.

Vé á acostarte, á reposar
y toma las gotas nuevas......

PEDRO.

¿Nuevas?.... no sé en qué consiste
lo nuevo de tu receta.
La leí.... es lo de siempre.
Si tú otra cosa no encuentras....
Digital.

DOCTOR.

Tiene otra cosa
que no entendiste.

PEDRO.

De veras
ya lo recuerdo.... es el caso
que me alivian, me consuelan.
Ya me voy.... Pero ántes quiero,
y Ana tambien te lo ruega,
y Soledad, que me digas
qué tengo, y que no me mientas.
Estoy resuelto á emprender
ese viaje que me ordenas,
mas.... con esta condicion:
que ántes de marcharme sepa
qué es esto que tengo aquí,
(*Señalando el corazon.*)
cómo se llama esta fiera,
esta serpiente con garras,
este tigre con aletas
que me muerde, que me tira,
que se rinde y que despierta,
que mantiene mi zozobra
y que vivir no me deja.

DOCTOR.

(*Con gravedad.*)
Pues mira....

PEDRO.

(*Interrumpiéndole con susto.*)
No, no lo digas,
no tal, por lo que más quieras,
porque así de sopeton,
una palabra funesta
me mataría de susto......

¿Sabes qué me ocurre? Espera....
Sí.... en un papel escribes
el nombre fatal.... lo encierras
en un sobre.... y se lo das
á Ana.... que ella lo lea....
y Ana, poquito á poco,
sin que de ello me dé cuenta,
me lo va diciendo.... á tragos,
¡ay! porque así de sorpresa
me caigo muerto.... seguro.

DOCTOR.

¡Ah! Pedro, cómo exageras!

PEDRO.

¿Conque exagero? Ven tú,
(*A Soledad.*)
vente conmigo á mi pieza.

DOCTOR.

A tomar las gotas

PEDRO.

Sí.

Ya estoy, doctor, en cuarenta!

DOCTOR.

Nada importa.... sigue.... sigue.

PEDRO.

Pues adios.... mira si dejas
de venir mañana, y cuida,
porque tanto me interesa,
de no olvidar el diagnóstico.
¿Lo oyes? Bajo una cubierta.

DOCTOR.

Miéntras Pedro atraviesa la escena con su hija, le dice:)
¿Bajo una cubierta? bueno.
El diagnóstico! No temas.

ESCENA VII.

EL DOCTOR.—ANA.

DOCTOR.

(Cambiando de semblante y tomando su sombrero para retirarse).
A los pies de usted, señora.
(Saludando y dirigiéndose al fondo.)
Señora, á los pies de usted. *[Más alto.]*

ANA.

(Haciendo un esfuerzo y con mucha sequedad.)
Hágame usted la merced
de no retirarse ahora.

DOCTOR.

Es extraño, en cuanto cabe
la extrañeza. *[Baja al proscenio.]*

ANA.

Es la verdad;
pero la necesidad...... .

DOCTOR.

Algún asunto........

ANA.

Muy grave.
Permítame usted que venza

la dificultad que arrostro. *(Pausa ligera.)*
[Aparte].
Siento que la sangre al rostro
se me sube de vergüenza!

DOCTOR.

Hable usted.

ANA.

(Despues de volver la vista á todos lados.)
Bien.... Nuestro hijo
y Soledad......

DOCTOR.

(Comprendiendo sorprendido.)
¡Y es verdad!

ANA.

¡Gonzalo ama á Soledad!

DOCTOR.

A usted, señora le exijo
que de ello cuentas me rinda.
¡Usted lo debió prever!
¡Tenía que suceder!
Jóven él...... ella tan linda!
Y no hay nada que la excuse
que á tiempo se lo advertí.
No hizo vd. caso de mí......
Bastantes años me opuse
á que Gonzalo viniera
á esta casa...... Usted lo quiso
y era natural, preciso
que el hecho sobreviniera!
Qué remedio...... buenas noches.

ANA.

No se irá usted, caballero,
sin escucharme primero.
No es la ocasión de reproches,
que de serlo, es evidente
que al dar este triste paso,
se alzaría en todo caso
sobre la de usted mi frente.
Largos años he vivido
bajo el peso de esta pena
que mi existencia envenena......
¡que ni un sólo instante olvido!
Si el amor que tanto abarca
duelo y dichas juntamente,
marcado hubiera mi frente
como tantas otras marca,
mi angustia consolaría
con el recuerdo siquiera
de un placer que me trajera
locas venturas de un día!
Pero usted sabe de sobra,
señor, que no ha sido así;
que la infamia que hay en mí
es obra de usted: es obra
de usted solo!

DÓCTOR.

(*Mirando receloso á todos lados.*)
Usted no advierte,
Señora.......

ANA.

Yo advierto que hoy,

que en tal situacion estoy,
me entrega usted á mi suerte.

DOCTOR.

Diga usted.

ANA.

Es necesario
que no se vuelvan á ver.

DOCTOR.

Pero cómo puede ser......
¡Es el caso extraordinario!
¿Cómo supo usted?......

ANA.

Por ella.
Hoy mismo......

DOCTOR.

Y al sospechar......

ANA.

Ni lo pude ímaginar.

DOCTOR.

Desdichados!

ANA.

Negra estrella!
Uustd lo podrá impedir.

DOCTOR.

No imagino de qué suerte.
El es sostenido y fuerte
de carácter...... Conseguir
de Soledad se podría......

ANA.

No es fácil, ya lo intenté......
Hartos recursos probé......

¡Y ya Pedro lo sabía!
El los apoya á los dos!......
Mas nosotros no podemos......
—¡Impedir, señor, debemos
Amor que maldice Dios!
—Ya mañana al medio dia
será el viaje.

DOCTOR.

Bien pensado.

ANA.

Pero él está preparado
á seguirnos.

DOCTOR.

No podría.

ANA.

Gonzalo está decidido
á acompañarnos, lo sé.

DOCTOR.

De impedirlo trataré.

ANA.

A otra cosa...... Le he pedido
(*Muy marcado.*)
á usted há tiempo una carta......
y es natural que me inquiete,
porque ella me compromete.
La quiero ántes de que parta.

DOCTOR.

Muy bien...... mañana temprano.
A no ser que usted prefiera
que la destruya.

ANA.

Quisiera
ántes tenerla en mi mano.

(*Llaman á la puerta del zaguan con tres golpes.*)

Oigo llamar...... él es, sí,
¡Gonzalo!—Vea usted lo que hace
para romper ese enlace......
—¡Que á verla no vuelva aquí!
—Calme vd. estos temores

(*Suplicante.*)

espantosos que me asedian......
Hay cosas que se remedian......

(*Con desesperacion.*)

¡Son imposibles amores!
¡Pobre Gonzalo!...... infeliz!

(*Se repiten los tres golpes á la puerta.*)

Valor. (*Al doctor.*)
¡Y llorar...... llorar!

(*Váse precipitadamente.*)

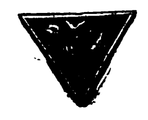
DOCTOR.

¡Vuelve á abrir, vuelve á sangrar
la rebelde cicatriz!

(*Cae anonadado en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos. Al decir el doctor la palabra* "vuelve á abrir," *Soledad, que se supone ha oido los golpes, sale del departamento de D. Pedro, atraviesa la es-*

cena y se apoya en el marco de la puerta del fondo, como esperando á Gonzalo que aparece en esa misma puerta en el momento de caer el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.—Es de día.

—

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR.—[Despues FRANCISCO.]

DOCTOR.

(*Entra por el fondo y vuelve en torno la vista buscando á álguien.*)

Parece que en esta casa
aún están todos dormidos......
Y es tarde, hay mucho quehacer......
¡Tengo tantos compromisos!
(*Alzando la voz.*)
¡Buenos días! qué ¿no hay nadie?
Sí...... creo haber percibido

el rumor de alguno que anda......
Se acercan...... (*Aparece Francisco.*)
¡Hola! Francisco......

FRANCISCO.

El señor Doctor...... ¿ha mucho
que llama usted?

DOCTOR.

Por lo visto
están fuera.

FRANCISCO.

Sí, señor,
eso.... pues.... ¡como es domingo!

DOCTOR.

¿Salió la señora?

FRANCISCO.

A misa.

DOCTOR.

¿Y la señorita?

FRANCISCO.

Ahí mismo,
en la iglesia.

DOCTOR.

¿Y el señor?

FRANCISCO.

En movimiento continuo
pasó la noche...... ¡qué noche!
Si nunca duerme seguido......
ya de un lado, ya del otro......
Suda, se queja, da gritos......
Abre los ojos, se sienta......
Se toma el pulso...... el latido

de su corazón observa......
Vuelve á dormirse intranquilo;
y al dormir me sobrecoge,
que hace al respirar un ruido......

DOCTOR.

¡Pobre Pedro!

FRANCISCO.

Y de esto hace años.
¡Si no sé cómo está vivo!

DOCTOR.

(Sacando un reloj.)
Pues señor, se me hace tarde,
las nueve y cuarenta y cinco
y esperar más no es posible......
Ya mucho tiempo he perdido......
Tengo una junta. ¿Me entiendes?
Así dices que lo he dicho,
á tu señora, y le entregas
(*Asoma Pedro la cabeza por la puerta y al oír lo que dice el Doctor se esconde.*)
esta carta, con sigilo......
¿Eh? ya sabes...... en su mano,
nada más á ella, ahora mismo.
Que ni Soledad lo vea......

FRANCISCO.

Será vd. obedecido. (*Váse el Doctor.*)

ESCENA II.

D. PEDRO, FRANCISCO; después el DOCTOR.

FRANCISCO.

Si sabré yo lo que es esto......

PEDRO.

Dame esa carta Francisco.

FRANCISCO.

¿Esta carta?

PEDRO.

Venga ¡pronto!
¡Que me la entregues te digo!

FRANCISCO.

Señor......

DOCTOR.

(*Entrando y cogiendo la carta de manos de Francisco.*)
Si no te la da
es que yo lo he exigido.

PEDRO.

(*A Francisco.*)
Véte......
(*Al Doctor.*)
Ya yo sé lo que es.
Esa es mi sentencia...... ¡pícaro!
aneurisma ó hipertrófia......
ó...... ¡quién sabe qué habrá éscrito
tu experta mano en el pliego
que allí tienes...... Pero, chico,
mi curiosidad es mucha
y quiero leerlo ahora mismo.

DOCTOR.

Pues no será.

PEDRO.

Pues lo quiero.
Te ádvierto que he amanecido

de un humor de los demonios.
¡La carta!

DOCTOR.

No, Pedro.

PEDRO.

Insisto
en que me la des...... ¿No eres
Diego, mi mejor amigo?
¿Por qué me exasperas? Dime......
te lo ruego...... te suplico
que no me niegues ahora
un favor que yo te pido......

DOCTOR.

No puedo hacértelo, Pedro.

PEDRO.

¿Por conciencia?

DOCTOR.

No es capricho.

PEDRO.

Si es por deber, te relevo
De ese deber. Si es motivo
de que yo muera del susto,
lo quiero...... es negocio mío,
que el que por su gusto muere
á la muerte va tranquilo.
La responsabilidad
va de mi cuenta.
(*El Doctor hace ademán de romper la carta.*)

¡Qué miro!
¿Vas á romperla!

DOCTOR.

Pues hombre,
si insistes será preciso......
(*D. Pedro se arroja violentamente sobre la carta que el Doctor defiende, y luchan.*)

PEDRO.

Pues no has de romperla.

DOCTOR.

¡Pedro!......

PEDRO.

Suéltala, por Jesucristo.

DOCTOR.

Pues me matarás...... sí.

PEDRO.

¿Antes
que entregármela?

DOCTOR.

(*Soltando la carta arrugada y maltrecha.*)
¡Ah!

PEDRO.

(*Retrocediendo, pero casi ahogándose y cayendo en un sillón.*)
(*Pausa larga.*) ¡Es mío!
¡Es ya mío tu secreto!

DOCTOR.

(*Haciendo ademán de quitársela.*)
Pues dámela ó te la quito.

PEDRO.

No te muevas...... ¡si te mueves
te voy á pegar un tiro!

(Saca del cajón de la mesa un revólver y lo deja sobre la carpeta.)
¡Ah! No puedo respirar
siento así como un vahído.
Siento que todo da vueltas
y que estoy perdiendo el juicio!

DOCTOR.

No leas eso...... ¡por tu hija!
¡Por tu madre! Te lo pido
por la amistad que nos une.

PEDRO.

En nombre de ella he pedido......
(Abriendo la carta.)

DOCTOR.

¡Pedro! Mira bien lo que haces.

PEDRO.

(Levantándose y acercando la carta á la luz.)
¡Jesus!...... ¿qué es esto que he visto?
¿Qué letra es esta? ¿qué dice?
¡Doctor!
(Estrujando la carta y volviéndose al Doctor: al pedir una explicación al Doctor, no encontrando la palabra, se acerca á él, pero en ese instante entran por el fondo Doña Ana y Soledad.)

ESCENA III.

PEDRO, EL DOCTOR, DOÑA ANA Y SOLEDAD.

ANA.

¿Qué pasa?

SOLEDAD.

¿Qué tienes?

PEDRO.

Es un ataque fortísimo.
¿Es verdad? Oyeme el pecho,
Aplica bien el oído......
(*El Doctor le acerca la oreja al pecho y lo ausculta; D. Pedro le dice al oído estas palabras:*)
"Aguarde usted á que salga......
No tardaré."—Voy de alivio,
¿no es verdad? Pasó el acceso......
Miéntras más fuerte y más vivo,
más rápido...... ¿eh?—¡Francisco!
(*Llamando. Observa que Ana mira con curiosidad la pistola que está sobre la mesa y para eso llama á Francisco que aparece.*)
Mira bien esa pistola:
no tiene el cañón muy limpio......
Desármala y examínala
porque ya la necesito.
(*Váse Francisco con la pistola.*)

ANA.

¿Para qué?

PEDRO.

¿Pues y el viaje?
Bueno es estar prevenidos.
(*Aparte.*)
Quemándome estoy la mano
con este papel maldito! (*Váse.*)

ESCENA IV.

EL DOCTOR, DOÑA ANA, SOLEDAD (que se sienta á bordar.)

DOCTOR.

(*Aparte.*) Qué espantosa situación!

ANA.

¿La carta?

DOCTOR.

(*Aparte.*) ¡Qué compromiso!

ANA.

Quiero tenerla, es preciso

DOCTOR.

La he buscado con teson
hoy y anoche y nada.

ANA.

¿Nada?
Pues tiene que parecer.

DOCTOR.

¡Por supuesto! y ha de ser
de tenerla tan guardada.
¡Hace tanto tiempo ya!

ANA.

Yo mi temor le confieso......

DOCTOR.

Nada tema usted por eso,
la carta parecerá.

ANA.

Del otro asunto......

DOCTOR.

Así, así......
Algo á Gonzalo le dije;

pero la prudencia exige
que no sospeche de mí.
(*Tocán al zaguan.*)

ANA.

Llaman.

SOLEDAD.

(*Soltando la aguja.*)
¡Es Gonzalo!

ANA.

¡Es él!
¿Tocó usted acaso el punto?

DOCTOR.

Va á hablar á usted del asunto
ahora mismo.

ANA.

El lance es cruel;
será para mí gran pena.

SOLEDAD.

Gracias á Dios que te ví.

ESCENA V.

DICHOS, GONZALO.

GONZALO.

El verlos juntos aquí
de satisfacción me llena.
La fortuna me enamóra......
—¡Padre mío,......
(*Besando la mano del Doctor, se acerca á Doña Ana y le da la mano.*]
Desde ayer
anhelaba yo el placer
de saludarla, señora.
—¿Parten hoy?

ANA.

Al medio día.
Está listo el equipaje.

GONZALO.

¿Será muy largo ese viaje?

ANA.

Yo, Gonzalo, no podría
decirle nada.... no sé......
Es por salud......

GONZALO.

Me hago cargo.

DOCTOR.

Será más ó ménos largo......

ANA.

Segun como Pedro esté.

GONZALO.

Si he tratado de inquirir
no es mera curiosidad.
[Al Doctor.]
Usted lo sabe ¿es verdad?
[El Doctor hace una señal de asentimiento.]
Se enlaza mi porvenir,
señora, con esa ausencia,
y es natural que me aflija
pues que léjos de su hija
no comprendo la existencia......
Ella, tal vez, por temor,
no le ha dicho á usted, señora,
que la adoro y que me adora,
pues corresponde á mi amor.

Y, como esto no es delito,
ni fué delito jamás,
¿para qué ocultarlo más?
Fuera un placer infinito
para mí, yo se lo ruego,
que me responda si accede;
que así, señora, se puede
esperar con más sosiego.
Para mi padre supongo
que es un placer positivo;
sabe que por ella vivo
y por testigo lo pongo;
y eso aumenta la razon
del porqué al mirarlo aquí,
para hablarle á usted así
aproveché la ocasión......
Acaso fuera locura
en otro, haberse externado;
mas como usted me ha tratado
siempre con tanta ternura,
con tan singular cariño,
con tan mimosos excesos......
¡aún siento en mi faz los besos
que usted me daba de niño!
Los confundo en mi memoria,
y así lo he dicho á mi padre,
con los besos de mi madre
que de paz goce en la gloria!
—¿No me responde usted nada?
Pregúntele usted á ella
que con el temor, más bella

se presenta á mi mirada.

ANA.

Bastante sabía yo
de ese cariño profundo;
mas.... estas cosas.... el mundo
siempre con calma trató.
Es cuestion del porvenir,
usted lo ha dicho.

GONZALO.

Seguro.

ANA.

Y resolver del futuro......

GONZALO.

Pero se vá usted á ir
y en cosas del corazon,
ya vd. debe comprender
lo que una ausencia ha de ser
con esta irresolucion......
Permítame usted que vuelva
á insistir......

ANA.

Uusted ya sabe
que siendo cuestion tan grave....
vamos.... que el Doctor resuelva ...
Resuelva usted, si es debido
responder en un instante,
en cuestion tan importante.
Y pues tanto le he querido,
creerá sin dificultad
que es callarse obrar con tino,
tratándose del destino

de usted y de Soledad.

DOCTOR.

(A Gonzalo.)
Deja que lo reflexione
pues no es justo lo que quieres.
El decirte que te esperes
no es decirte que se opone.
Además, y eso de fijo
siempre ha sido regla fija;
no es lo mismo dar una hija
que desprenderse de un hijo.
Así, pues, con calma espera.

GONZALO.

¡Qué he de hacer!

ANA.

Mucho lo siento.

GONZALO.

Con Soledad un momento
hablar á solas quisiera......
Y si usted me lo permite
me hará un gran favor en esto.

ANA.

(A Soledad, aparte.)
Haz lo que te dije.
[*A Gonzalo, alto.]* Puesto
que es inútil que lo evite
nada tengo que objetar.

GONZALO.

Me está usted obligando......

ANA.

(*Aparte.*)
Y qué: ¡quién sabe hasta cuándo
se volverán á mirar!
Venga usted á los billares (*Al Doctor.*)
mejor es que ir al salon......
(*Al pasar cerca de Soledad, le dice:*)
No olvides mi prevencion,
y de ella no te separes. (*Vánse.*)

ESCENA VI.

GONZALO.—SOLEDAD.

GONZALO.

Ya tú ves cómo cumplí
y cómo ella se encapricha......
Visto está que la desdicha
nos persigue á tí y á mí.
Hace unos días, muy pocos,
cuerdos con nuestra esperanza;
con nuestra ventura locos,
mirábamos el futuro
amor que de azul se viste,
ayer sin nubes, hoy triste,
torvo, nublado y oscuro.
Acaso era indispensable
á probar su fortaleza
esta violenta rudeza
de nuestra suerte mudable.
Este golpe inesperado
de quien ménos se esperaba
de la que más nos amaba,

y á quien más hemos amado.
Contabas con ella.

SOLEDAD.

Sí.
Y tú contabas......

GONZALO.

¡Los dos!

SOLEDAD.

Como quien cuenta con Dios.

GONZALO.

Así, Soledad, así;
mi fé con la tuya igualo......
¡Tal seguridad tenía!

SOLEDAD.

Y no sabes todavía
todo lo demás, Gonzalo.

GONZALO.

¿Todo lo demás?

SOLEDAD.

Te advierto
que necesita tu amor
revestirse de valor.

GONZALO.

Me sorprendes y no acierto. ....

SOLEDAD.

Ni aciertes; vas á escuchar
con resignacion y calma:
anoche he sentido el alma
con cansancio de llorar.
Hoy te voy á devolver
tus cartas...... mi idolatría,

esas donde el alma mía
te acabó de conocer......
Te he de devolver tus flores
que aunque secas y marchitas
eran las pruebas benditas
de nuestros tiernos amores.
Cada una tiene la fecha
del día en que me la diste.
La miniatura que hiciste
en marfil...... La caja estrecha
de sándalo en forma de arca
que á mí me gustaba tanto,
la del día de mi santo,
la del pañuelo con marca,
¿te acuerdas?

GONZÁLO.

¿Pues no ha de ser?

SOLEDAD.

La virgencita esmaltada,
tu anillo, tu pelo, ¡nada!
todo lo he de devolver,
nada se me ha de quedar......
¡Sólo tu imágen querida!
Porque esa ¡luz de mi vida,
no me la puedo arrancar!

GONZALO.

Soledad...... ¡qué buena eres!

SOLEDAD

¿No te enojas?

GONZALO.

¿Y por qué

me he de enojar cuando sé
que te quiero y que me quieres?

SOLEDAD.

Tú tambien me has de mandar
todo lo que mio tengas.
(*Movimiento de Gonzalo.*)
Es preciso que te avengas,
no se puede remediar.

GONZALO.

¿Ha sta tu retrato?

SOLEDAD.

Sí.
Pero qué te importa ¡ingrato!
qué te importa mi retrato
cuando me tienes á mí!

GONZALO.

Es verdad. ¿Me escribirás?

SOLEDAD.

¡Tampoco!

GONZALO.

¿No has de escribir?

SOLEDAD.

Gonzalo...... No sé mentir.
¡No he de escribir jamás!

GONZALO.

Pero esto es horrible!

SOLEDAD.

¿Es cierto?
Es horrible...... ¿No es verdad?

GONZALO.

Pues entónces, Soledad,

¡como si te hubieras muerto!

SOLEDAD.

Lo mismo, Gonzalo mío.
¡Como tú!

GONZALO.

Desde mañana
tras esa ausencia tirana
¡qué desamparo y qué frío!

SOLEDAD.

Tengo en tí tanta confianza
y en la proteccion del cielo,
que en tí pongo mi consuelo,
y en el cielo mi esperanza!
Ve á tu casa á recoger
esas prendas.

GONZALO.

¿Desde luego?

SOLEDAD.

Ve, Gonzalo, te lo ruego.
¿Sabes? bien pudiera ser
que mamá, tras su exigencia,
pues se la obedece en todo......

GONZALO.

Si pensara de otro modo
ántes de esa horrible ausencia....

SOLEDAD.

Vas y vuelves... .. cuanto ántes......

GONZALO.

Haré todo lo que pueda......

SOLEDAD.

Ve que el tiempo que nos queda

contado va por instantes.
(Váse Gonzalo.)

ESCENA VII.

SOLEDAD.

¡Ay! qué bueno es mi Gonzalo,
de amor y ternura lleno......
¡Pues cómo un hombre tan bueno
podrá ser marido malo!
¡Imposible!......¡hay tal ternura
en su apacible semblante!......
¡En su mirar tan amante!......
¡En su voz tanta dulzura!
Suena tan vaga en mi oído,
con tan misterioso encanto......
si algo me pide, es un canto......
si me ruega es un gemido......
¡Cómo ahogar unos amores
que á sí mismos se embellecen,
y que retozan y crecen
entre versos y entre flores!
Ahora ya no.... ¿y eso es justo?
Se agita huracan airado
y el nido alegre ha rodado
bajo del árbol robusto......
Hoy separados nos vemos,
porque es la ausencia un abismo;
pero en el fondo del mismo
los dos nos encontraremos.
(*Pausa. Respondiendo á un pensamiento interno.*)

¿Vernos en nuestro dolor?
De una estrella en el reflejo,
ó en la luna: es el espejo
en que se mira el amor.
En la noche ¿para hablarnos?
En el murmullo del viento,
en un eco...... en un acento......
Eso sí, sin contestarnos,
así hablarémos los dos
para aliviar la tristeza,
como el que en silencio reza,
como quien habla con Dios.

ESCENA VIII.

ANA, EL DOCTOR, SOLEDAD.

ANA.

(Al Doctor.)
Venga usted......
(Observa que no está Gonzalo y dice tambien al Doctor.)
Pues ya no está.
(A Soledad.)
¿Se ha marchado?

SOLEDAD.

Se ha marchado.

ANA.

(Aparte á Soledad.)
¿Y bien?

SOLEDAD.

(A Ana.)

Como lo has mandado.

ANA.

(*En voz alta.*)

¿Pero vuelve?

SOLEDAD.

Volverá.

DOCTOR.

¿En breve?

SOLEDAD.

Así debe ser.

DOCTOR.

¿Tardará más de una hora?

SOLEDAD.

Sí.

DOCTOR.

(*A Ana.*)

Pues entónces, señora,
hay tiempo de ir y volver.

SOLEDAD.

¿Vas á salir!

ANA.

Y contigo......
¡Tanta droga hay que comprar!

SOLEDAD.

¿Medicinas?

ANA.

Sin tardar
ni una hora...... Trae un abrigo
para mí y ponte uno
porque corre el aire helado......
(*Váse Soledad y vuelve á salir cuando indique el verso.*)

Doctor, lo que hemos pensado
ántes de que venga alguno.
Pedro es terco...... Es el arroyo
que todo lo empuja al paso......
Pero no le haga vd. caso......
Quítele vd. ese apoyo
á Soledad.... Es muy duro
tener, señor, que apelar......
Mas si logra usted triunfar,
será el éxito seguro.
Le noto á usted distraído,
le noto á usted preocupado.

DOCTOR.

Pero es fuerza......

ANA.

Es demasiado......
Algo más ha sucedido
que ignoro yo!.... Por desgracia....

DOCTOR.

Me impone tales deberes.

ANA.

¡Ah! quién sabe......

DOCTOR.

(*Aparte.*)
¡Estas mujeres
tienen una perspicacia!......

ANA.

¿Qué habla usted?

DOCTOR.

Pues qué he de hablar....
que estoy estudiando el punto.

Ciertamente en este asunto
no sé ni cómo empezar.
Temo que encuentre la pista,
y que lea en mi semblante.
(*Sale Soledad con abrigo.*)

SOLEDAD.

Ya.... mamá.

ANA.

Pues al instante
vamos.... ahí tienes la lista
(*Dándole á Soledad un papel.*)
de las medicinas.... vivo....
Miéntras más pronto mejor....
(*Al Doctor aparte*)
No se olvide usted, doctor,
de que el paso es decisivo. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

EL DOCTOR, solo.

DOCTOR.

Al fin logré que se fueran......
si yo entrase en su aposento
y le arrancara esa carta......
¡Cómo pudieron mis dedos
aflojarse!...... ¡Cómo pudo,
débil...... vacilante, enfermo,
hacer de su mano garra
de tigre fiero, soberbio,
para clavarla en mis carnes,
para destrozar mis huesos!......
Así me enervó el espanto,

así aturdió mi cerebro,
y así perdieron al golpe
su ruta mis pensamientos.
¡Çómo puede así el delito
acobardar!...... No me atrevo
ni á verle.... . Y no me es posible
abandonar este puesto.
Franca está la puerta.... ¡Un muro
está cubriendo su hueco!......
Una invisible cadena
aquí me tiene sujeto....
Palpita mi corazon
descompasado y violento....
Las arterias de mi frente
laten y vibran.... Hay fuego
en mis venas y hace frío....
¡Yo nunca he sentido esto!
No soy malo y me reprocho....
Ni cobarde y tengo miedo......
Oigo sus pasos.... ¡valor,
energía y.... ¡ya veremos!

ESCENA X.

PEDRO, lentamente y mirando á todos lados.—DOCTOR.

PEDRO.

¡Hola!.... ¿solo?

DOCTOR.

Solo...... sí.

PEDRO.

¿Ana?

DOCTOR.

Salió.

PEDRO.

¿Y Soledad?

DOCTOR.

Tambien con ella......

PEDRO.

En verdad,
me alegro por tí y por mí.
¿Nadie?

DOCTOR.

Nadie.

PEDRO.

Y sin embargo
cerraremos estas puertas.
(Cierra las de los lados que se supone dan al interior de la casa.)
No es bueno que estén abiertas.
¿Te haces cargo?

DOCTOR.

Me hago cargo.

PEDRO.

(Sentándose.) Sentados.

DOCTOR.

(Sentándose.) Bien.

PEDRO.

Para hablar
de graves cosas del alma
es preciso mucha calma......
Ya podemos comenzar.
—En esta carta que á mí

me está quemando los dedos,
al través de unos enredos
que yo jamás entendí,
al través de unos detalles
en que algo inmundo batalla,
propios de gente canalla
que pulula por las calles......
Frases y necios reproches,
algo más.... oprobio.... insulto....
de eso que germina oculto
en las sombras de las noches,
al través de todo eso,
se ve bien.... con claridad,
que Gonzalo y Soledad
son.... hermanos......

DOCTOR.

Lo confieso.

PEDRO.

¿Lo confiesas? Bobería......
¿Cómo se puede negar?
¡Yo tambien en tu lugar
doctor.... lo confesaría!
Y bien.... ¿Cuándo fué esta historia?
Porque el caso, aunque horroroso,
es bonito y es curioso......
Si juzgo por mi memoria
debió pasar ella ántes
de que me casara......

DOCTOR.

Es cierto.

PEDRO.

Cuando me dieron por muerto.

DOCTOR.

Antes

PEDRO.

Cuando estuve en Nantes.

DOCTOR.

Despues.

PEDRO.

¡Ah! cuando viajaba
por Italia.

DOCTOR.

Entónces....sí.

PEDRO.

Ya.... Ya.... cuando te escribí
que regresar deseaba,
cuando una extraña amargura
me iba devorando impía,
y cuado la nostalgía
me acercó á la sepultura.
Cuado en epístolas luengas,
tal parece que fué hoy,
te preguntaba ¿me voy?
y respondías "no vengas
"quédate allí—la ocasion
"no desperdicies.—Espera
"que pase la primavera......
"es esa tu salvacion."
¿No es así? ¿No eso escribías?
Y yo triste.... triste y malo....
—Fué cuando nació Gonzalo!
¿No es verdad?

DOCTOR.

Por esos días

PEDRO.

Por esos días murió
mi santa madre y allí
detenido...... allí por tí!
¡Morir no la miré yo!
pues te interesabas tanto
por mi salud, por mis males...
—¡Doctor! parece que sales
de un lecho del camposanto!
—Al fin obtuve permiso
de volver.... Me recibiste,
y con qué placer me viste
llegar á mi paraíso!
(Con amargura y profunda ironía.)
¿Te acuerdas?

DOCTOR.

¡Pedro!

PEDRO.

¡Qué instante!
Tú ¡qué ufano!.... Ana ¡qué bella!
¡Qué abrazo el tuyo...... y el de ella!
¡Qué semblante!.... y qué semblante!
(Apuntando al rostro del Doctor al decir el segundo "qué semblante.")
Y tú, mi mejor amigo,
mi compañero mejor,
tú, no tuviste valor
de decirme .... "Ya contigo
"no se puede Ana casar ....

"Ya no es el mismo aquel pecho......
"deshonraría tu lecho,
"mancillaría tu hogar"......
Y ella...... vergüenza no tuvo
al llegar al ara santa!.....
Cómo en su infame garganta
la frase no se contuvo!....
Vamos..... explícalo.... dílo...
¡Ahora me vas á decir
cómo han podido vivir
ella en paz y tú tranquilo!

DOCTOR.

¡Ana te amaba!

PEDRO.

¡Villanos!
¡En tí tal cinismo cabe!
¡Si sólo el infierno sabe
por qué contengo mis manos!

DOCTOR.

(Con amargura.)
Comprendo bien tu martirio.
Ana no me amó jamás....
Cada día me odió más
y á tí te amó con delirio....

PEDRO.

Mas cómo?

DOCTOR.

La sorprendí.
—¡Basta! ¿qué quieres de mí?
[Desesperado.]

PEDRO.

¿Qué quiero? Vas á saberlo......
¿Qué quiero? despues.... mas no,
¡así no!... quiero saber
de ese hombre.... de esa mujer,
á quien tanto quise yo!

DOCTOR.

Yo era..... el mejor amigo
de la casa...... nadie estaba...
Ella, sola.... yo rogaba......
Ni un murmullo.... ni un testigo....
Vino la lucha.... yo allí
era el fuerte...... tuve en poco
mi deber!...... ¡Estaba loco!
—¡Basta!.... ¿qué quieres de mí?

PEDRO.

¿Qué quiero? ¡Mirarte muerto!
Tu fin al mio se iguala......
Poca vida.... ¡iguales son!
Moriré del corazon;
pero tú, Doctor, de bala!
¡De bala...... Infame...... traidor.....

DOCTOR.

(Exaltado.)
¿Cuándo?

PEDRO.

¡Cuando tú prefieras!

DOCTOR.

Esta tarde.

PEDRO.

Como quieras......

¡Es igual!

DOCTOR.

(Alzando al cielo los ojos.]
(Aparte.) ¡Morir mejor!
Pero ¡qué hemos de decir...... *(Alto.)*
El mundo no sabe nada!

PEDRO.

¡Que te dí una bofetada!
(Pedro le da una bofetada. En ese momento entra Gonzalo y presencia el insulto.)

ESCENA XI.

PEDRO.—DOCTOR.—GONZALO.

DOCTOR.

(Cubriéndose el semblante.)
¡Oh!

GONZALO.

(Arrojándose sobre Don Pedro.)
¡Qué he mirado! Morir
debe...... ¡En su casa! ¡cobarde!

DOCTOR.

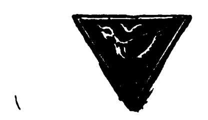
(Con dignidad y energía interponiéndose entre Gonzalo y Don Pedro.)
Gracias, Gonzalo.... tú.... no....
Aún puedo...... ¡me basto yo!
—Hasta la tarde. *[A Don Pedro.]*

PEDRO.

(*Cruzando los brazos y mirando partir á los dos.*)

¡A la tarde!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

—

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO.—FRANCISCO.

[Don Pedro con unas cartas en la mano, junto á la mesa. Francisco recibiendo órdenes, en actitud respetuosa. Don Pedro viste de negro, de levita cerrada.]

Pedro.

Despues de acabar con eso,
si á las seis no estoy de vuelta,
distribuirás estas cartas......
Esta primero...... La entregas
en propia mano ¿has oído?
á mi abogado Villegas;
ésta, al notario Mendoza,
y á Don Jaime López ésta
Te repito que ha de ser

despues de las seis.... me esperas....
Si á tal hora no he venido
de la calle, te las llevas
á sus destinos......

FRANCISCO.

Señor,
haré cuanto usted me ordena.

PEDRO.

Ahora...... y sólo en ese caso,
quiero que des esta esquela
á Soledad, á mi hija,
mas sin que nadie te vea.

FRANCISCO.

¿Esta noche?

PEDRO.

No, mañana.
Hoy las otras.

FRANCISCO.

¿Aunque vuelva.
el señor?

PEDRO.

¿Pues no te he dicho
Que en ese caso te quedas
con ellas? Dí ¿qué te pasa?

FRANCISCO.

Pues que todo me da vueltas,
señor, que estoy que me aturdo,
que se me va la cabeza......

PEDRO.

Está bien...... ¡pobre Francisco!
es natural que nos quieras.

En caso de una desgracia
tú te quedarás con ellas......
Cuídalas y sobre todo
á la señorita......
(*Francisco se retira llorando.*)
Espera......
Toma...... esta llave es la llave,
Francisco, de mi gaveta;
cuantos papeles encuentres
guardados allí, los quemas.
Tambien hay dinero.... tómalo:
Vete.... es preciso que tengas
más valor.... y pide al cielo
que yo á su tiempo lo tenga.

FRANCISCO.

Vaya.... Vaya.... ¿Usted, señor?
Se acuerda usted de la guerra?
Cuando llovían las balas
en montones como piedras....

PEDRO.

(*Despidiéndolo.*)
Bueno.... bueno.... no te olvides
de mis encargos y espera.
(*Váse Francisco.*)

ESCENA II.

PEDRO, solo.

PEDRO.

Bien, muy bien, por arreglar
ya nada queda, estoy listo....

¡Viaje por viaje! ¡está visto
que era forzoso viajar!
Despues de todo, qué vale
ya para mí la existencia,
si es un bien la eterna ausencia
para el que del mundo sale
como yo voy á salir,
sin más amor en verdad,
que el amor de Soledad
que va tambien á morir.
A morir de la peor suerte:
la muerte á la vida unida......
¡esa apariencia de vida
más horrible que la muerte!
Amar como ella.... sentir
el amor por vez primera......
¡y qué amor! una quimera,
¡nada, para el porvenir!.....
Colocada la infeliz
en tan triste situacion,
de su pobre corazon
arrancará de raíz
su pasion tarde ó temprano,
cuando su desdicha entienda,
cuando se caiga la venda
que le oculta el negro arcano.
Y aun cuando pueda encubrir
la madre el enigma inmundo,
entre ella y él ¡qué profundo
abismo vamos á abrir!
Qué abismo en su pecho sano,

en su alma inocente y pura:
una mujer sin ventura,
un hombre falso y villano,
un padre que no es posible
que deje desesperado
de matar ó ser matado,
¡y un amor que es imposible!
¡Soledad!.... ay!.... soledad!
por todas partes la espera......
¡A mí tambien, donde quiera
en mi triste ancianidad!
¡Más me valiera morir!

ESCENA III.

ANA.—PEDRO.

ANA.

Pedro......

PEDRO.

¿Otra vez?

ANA.

Sí, confío
en tu bondad, Pedro mío,
y no puedo consentir......

PEDRO.

Es inútil pertinacia,
eso no tiene remedio.

ANA.

¿No es posible hallar el medio
de evitar una desgracia?
¿Y con quién te bates?

PEDRO.

Ana,
para escucharte no estoy,
y pudiera decirte hoy
lo que te pese mañana......
Es para tí buen consejo
que calles en este punto ......
Ya te dije que es asunto
muy antiguo, muy añejo ......
Véte, déjame.

ANA.

No tal.
A ese duelo no has de ir.
No te he de dejar salir!

PEDRO.

(*Aparte.*)
(Va á obligarme por su mal.)
Mira que no puede ser.

ANA.

He de oponerme á tu paso.

PEDRO.

(Voy á encontrarme en el caso
de matar á esta mujer.)

ANA.

Pedro ¡por Dios!

PEDRO.

¡Por Dios, no!
No nombres á Dios aquí,
que Dios te condena á tí......

ANA.

(*Levantándose temblorosa.*)

Dios ¿á mí? ¿pues qué hice yo?
¿Es por mí, acaso, ese duelo?
Contesta... Pedro, responde......
mi angustia no se te esconde,
no se te esconde mi anhelo!

PEDRO.

Así es la mujer.... así......
Hiere .... lastima.... envenena....
ni sabe cuándo condena
ni mira en torno de sí.
No mira detrás un hombre,
que le entrega nombre y fama....
que la respeta.... que la ama......
porque es su fama y su nombre!
Ella, que tanto se asombra,
no piensa cuando denigra
que la existencia peligra
del que ha insultado en la sombra.....
Tú, Ana, en la oscuridad,
tú, Ana, sin que se viera,
sin que nadie te sintiera.....
¡Yo en completa claridad!
Tú, junto con mi contrario
A mi honra agravio hiciste....
Tal vez los labios abriste
al pié del confesonario;
del templo augusto y tranquilo
bajo la bóveda santa,
se exhaló de tu garganta
en el silencio, el sigilo,
la terrible confesion,

que tú, ni ántes ni despues
supiste hacer á los pies
de mi enfermo corazon.
¿Qué hago contigo? ¿te mato?
No!.... te quiero todavía....
¡Y matarte no podría!
Que en mi espantoso arrebato,
en medio de mi dolor,
me acuerdo, porque es ley fija,
que eres madre de mi hija,
y ella es hija de mi amor.
Pero es necesario herir,
cuando se llega á pensar
que es un placer el matar
ó es un consuelo el morir!
¿Morir?... ¡sería mejor! (*Aparte.*)
Calla.... no preguntes más......
(*Alto.*)
que todo á saberlo vas:
¡me bato con el doctor!
(*D. Pedro coge del brazo á doña Ana y la lleva hasta la puerta de su aposento, donde la deja desolada, avergonzada y bañada en llanto. Doña Ana sale deshecha en sollozos.*)

ESCENA IV.

D. PEDRO.—GONZALO.

PEDRO.

(*Señalando á Ana con profunda ironía lastimosa.*)

¡Llorar!
(*Se vuelve y ve á Gonzalo.*)
¿Quién? ¿usted aquí?

GONZALO.

(*En la puerta del fondo.*)
Comprendo que es con razon,
difícil mi situacion.

PEDRO.

Pues qué quiere usted de mí!
Pase usted y tome asiento.

GONZALO.

Gracias.

PEDRO.

Diga usted qué quiere,
porque, en verdad, no se infiere ......

GONZALO.

Permita usted un momento.
Permita usted vacilar
á un hombre que, francamente,
no sabe, pues tanto siente,
ni por dónde ha de empezar.

PEDRO.

Está bien... como usted guste.
(*Pausa breve.*)

GONZALO.

(*Acercándose más á D. Pedro.*)
Cuando en la corriente humana,
por uno ú otro motivo,
por ésta ó aquella causa,
dos hombres que no se vieron
nunca, ó que apenas se tratan,

se encuentran en un sendero,
y chocan y de él no pasan,
porque es angosta la vía,
porque un hecho, una palabra,
provoca el conflicto, de esos
que no más la sangre lava,
porque la sangre manchando
dicen que borra las manchas;
cuando se van al terreno
y se buscan y se matan,
y tras uno ó dos cadáveres
no dejan señal, ni rastra,
ni huella de desventuras
de miserias ó de lágrimas,
bien está que se asesinen,
bien está, señor, que caigan
para saciar sus enconos
y satisfacer sus ansias!
Pero cuando tras sí dejan
luto eterno, pena infausta,
duelo que nunca termina,
llanto que jamás escampa;
cuando entre seres queridos,
entre dos que tanto se aman,
se va á abrir un hondo abismo
que no se llena con nada,
que eternamente divide,
que para siempre separa,
entónces, señor, bien vale
la pena de que dos almas
depongan negros rencores,

olviden fieras venganzas
y den paz á sus proyectos
y den de mano á las armas......

PEDRO.

(Sonriendo y moviendo ligeramente la cabeza con señal negativa.)
Jóven.....

GONZALO.

(Interrumpiéndole.)
Mi padre no sabe
que yo he venido á esta casa.

PEDRO.

Jóven.... ya sé que al venir
nobles impulsos le arrastran,
que harta congoja le cuesta
abrir á su amor las alas......
sí, sí, lo comprendo todo......
Su padre de usted, por nada
de este mundo, pues bien sé
en cuánto estima su fama,
venir le hubiera dejado
á tratar...... de lo que trata!
Pero hay motivo tan grave......

GONZALO.

Señor......

PEDRO.

Y está la balanza
de tal manera repleta
y de tal modo colmada,
por un lado tan subida
y por el otro tan baja,

que no hay posible equilibrio.

GONZALO.

Señor Don Pedro.... ¿Y no basta
que piense usted en su hija......

PEDRO.

Gonzalo.... ni una palabra!......

GONZALO.

¿No significa ni vale
en situacion tan amarga,
el amor que yo le tengo,
mi esperanza y su esperanza?
aña tras año, señor,
pensando en ella, buscaba
y he logrado al fin hallar
honra, posicion y fama;
por Soledad, para darle
con mi ternura, la ansiada
dicha del hogar doméstico,
tranquilidad, venturanzas,
los agasajos del cuerpo,
las alegrías del alma......
¡Cuántos días de trabajo,
cuánta noche solitaria......
cuánta vigilia!

PEDRO.

Gonzalo,
es inútil, por desgracia,
todo cuanto usted me diga.
Oiga usted lo que no basta:
á un hombre que tanto amé,
tanto amé desde la infancia......

que ha consolado la época
de mi vida más amarga...
á aquel que á la cabecera
de mi lecho en noches largas,
ví solícito, amoroso,
como padre que se afana,
como médico del cuerpo,
como médico del alma,
aliviando mis dolores,
alentando mi esperanza;
que del sepulcro dos veces
me ha arrancado, por desgracia,
á ese.... tengo que dar muerte;
á ese.... lo mato ó me mata!......
¡Qué razon tan poderosa,
tan bastante, tan sobrada,
debe existir.... cuando tanto
para impedirlo no basta!
(*Suena una hora.*)
Oiga usted—un cuarto de hora—
¡Sólo un cuarto de hora falta!
Adios......

GONZALO.

Señor.... ¿qué motivo?
quiero saberlo.

PEDRO.

(*Tomando su sombrero.*)
Palabras,
palabras.... se pierde el tiempo.

GONZALO.

¡Qué vilezas ó que infamia!......

No se irá usted......

PEDRO.

Es curioso......

ESCENA V.

Dichos y ANA.

ANA.

Pedro.

PEDRO.

(Con violencia.)

¿Tú tambien?

ANA.

No vayas!

PEDRO.

(A Gonzalo.)
Usted que es un caballero,
saber debe que no hay nada
que impida á un hombre de honor
(Gonzalo se retira de D. Pedro.)
Ocurrir al puesto......
(A Doña Ana que insiste.)
Calla!

GONZALO.

Pero puede usted decirme,
Señor, en cuatro palabras......

ANA.

Pedro. ......

PEDRO.

(A Gonzalo señalando á Ana.)
Pregúntele usted

á esta señora la causa!
(*Sale precipitadamente.*)

ESCENA VI.

GONZALO.—DOÑA ANA.

ANA.

(*Ocultando el rostro entre las manos.*)
¡Ah, Dios mío!

GONZALO.

No es posible......
¡Sólo Dios aquí nos salva!

ANA.

¿Usted con su padre habló?

GONZALO.

¿Con mi padre? ¡Yo! ¿Señora?
No tal.... Y usted que no ignora
cuál es el motivo......

ANA.

No......
Yo no sé nada.... no es cierto......
he tratado de inquirir......

GONZALO.

Pero logró descubrir......

ANA.

No.... yo nada he descubierto.

GONZALO.

Algo debe usted saber
y aunque no es tiempo de nada......
(*Arrebatado de desesperacion.*)
—Situacion más angustiada,

no ha habido ni puede haber!
¿La comprende usted? de un lado,
de mi padre la existencia......
del otro.... ella, su inocencia......
¡Soledad!.... desmoronado......
aquel hermoso edificio;
nuestra ventura perdida......
tras de una herida.... la herida
horrenda del sacrificio!......

ANA.

(*En un arranque.*)
Vamos allá......

GONZALO.

¿Y dónde es?

ANA.

No sé.... mas se me figura......

GONZALO.

(*Con desaliento.*)
De todos modos, locura......
Hoy lo mismo que despues
hay que esperar......

ANA.

¿Esperar?

GONZALO.

Que pase este tiempo lento
de amargura y de tormento......
para volver á empezar
otro, señora, más largo......
¡tiempo de horror y de infierno,
infinitamente eterno,

infinitamente amargo!
No para usted, ¿es verdad?
Usted al fin no quería......
Señora, usted se oponía
á que amase á Soledad!......
Sin saber por qué razon,
nada más por su derecho;
hacía usted en mi pecho
pedazos mi corazon!......
¿Acaso á usted......

ANA.

(*Aparte.*) ¡Hijo mío!
(*Con mucho dolor y amargura.*)

GONZALO.

Le importa poco mi pena?

ANA.

Gonzalo!

GONZALO.

Usted es muy buena
y por eso su desvío
me causó gran extrañeza......
Pero este acontecimiento
le devolverá el contento.

ANA.

Habla usted con ligereza.

GONZALO.

Perdone usted ¡pero insisto
en que este lance, será
bien para usted.... No podrá
entre ella y yo, por lo visto
haber nada.... Han puesto coto

á nuestra dicha en un día,
y el lazo que nos unía
ya para siempre está roto.
Si yo......

SOLEDAD.

[*Adentro.*)

¡Mamá!

ANA.

¡Ella viene!
¡Ah! calle usted por favor.

GONZALO.

¿No sabe nada? Mejor.....
¡Ella aún ilusiones tiene!

ESCENA VII.

Dichos, SOLEDAD.

SOLEDAD.

[Al ver á Gonzalo.]
Ah! qué gusto! *(Aparte.]*
¡Ya no hay viaje!
[*Alto*]
¿Qué cree que he estado haciendo?
¿No da usted? Descomponiendo
ese bendito equipaje......
¿Eh? (*Acercándose á Gonzalo.*)
Papá lo resolvió.....
porque él nos proteje ¿estás? (*Ap.)*
[A Doña Ana, alto.]
¿Sigues llorando?—No vas
á mirar lo que hice yo

con tus cosas?...... yo las puse
en donde tu las tenías....
pero las cajas vacías,
por mucho que las compuse,
no se llenaron...... ¿qué pasa?
¿Por qué no habla usted, Gonzalo?
Mamá, ¿lloras? Malo, malo......
(A Gonzalo aparte.)
¡Hay gran tormenta en la casa!
(A doña Ána.)
Te vas? Pues mira, mamá,
lloras porque no nos vamos!

ANA.

(Con voz apénas perceptible)
Sí......

SOLEDAD.

¡Pues frescos estamos!
¡Nos iremos, y ya está!
No es justo que esto te aflija;
Verás cómo se resuelve!

GONZALO.

¿Se vá usted?

SOLEDAD.

Se va y vuelve.
(Váse Doña Ana llorando sin responder á su hija y se encamina hacia su aposento.)

ESCENA VIII.

SOLEDAD, GONZALO.

Va á ver lo que ha hecho su hija

de horrores en el ropero......
Si por eso has de enojarte......
[*Como reprochándole.—Como ya está léjos doña Ana en una explosión de cariño dice*:]
¡Ah, cuánto gozo en mirarte!
[*Con mucha sencillez.*]
¡Gonzalo, cómo te quiero!

GONZALO.

Y yo á tí, Soledad mía!

SOLEDAD.

Papá dijo de repente......
que el viaje no era prudente,
que ya viajar no quería......
Y es que me miró tan triste!......
Papá me quiere de veras......
Gonzalo, si tú lo oyeras......
Haz de cuenta que lo oiste......
No puede verme afligida,
y mamá, de contrariada,
llora y llora...... ¿Pero nada
me contestas? Por tu vida,
pareces indiferente......

GONZALO.

¿Cómo ha de ser?

SOLEDAD.

Pues tu cara
tiene no sé qué de rara......
Está sombría tu frente,
y eso, Gonzalo, no es justo......
O para tí nada valgo

ó dilo...... tú tienes algo;
tú has tenido algun disgusto.
[*Dándole una carta.*]
—Toma, si no se me olvida
ó viene mamá, y ya ves......
Te la escribí anoche! Es
mi carta de despedida!
Para eso no sirve ya,
pues que de viaje no hay cosa;
pero está tan cariñosa,
que siempre te servirá
para aumentar tu cariño.
—Pero hablo y hablo, y en estas
y en las otras, no contestas......
¿Estás haciéndote el niño?

GONZALO.

Es que no sabes...

SOLEDAD.

Quién sabe
qué te pasa?.... dilo presto!

GONZALO.

Es que......

SOLEDAD.

Dilo ó me molesto.

GONZALO.

Pasa una cosa muy grave.

SOLEDAD.

¿Muy grave? pues vale más
entónces no conocerla.

GONZALO.

Pues necesitas saberla.

SOLEDAD.

¡Me asustas!

GONZALO.

Y la sabrás

SOLEDAD.

¿Es algo que nos atañe?

GONZALO.

Eso. A nuestro porvenir,
y me hace sufrir.

SOLEDAD.

¿Sufrir?
Es justo que te acompañe.

GONZALO.

Al porvenir de los dos......
Ni lo alcanzas á prever.

SOLEDAD.

Y ¿qué podemos temer
sin la ausencia?......

GONZALO.

Quiera Dios
que esta vez......

SOLEDAD.

Tanto misterio......

GONZALO.

Es que tú no te imaginas......

SOLEDAD.

Ah!...... ya adivino!

GONZALO.

¿Adivinas?

SOLEDAD.

Por eso te vi tan serio

con mamá. Es que persiste
en que nuestro amor se acabe,
y por eso ella no sabe
más que llorar. ¿No la viste?
Desde esta mañana están
hechos dos fuentes sus ojos:
ardientes, hinchados......rojos.
¿Pero has visto tú qué afan?
Será fuerza darle gusto.

GONZALO.

Pues no es eso que has creído.
Nuestros padres han tenido
un espantoso disgusto

SOLEDAD.

¿Nuestros padres?

GONZALO.

Sí, por cierto.

SOLEDAD.

Gonzalo, eso no es verdad.

GONZALO.

Es la verdad, Soledad.
Y es tan grave, te lo advierto,
este asunto, que él separa
tu existencia de la mía.

SOLEDAD.

Gonzalo!

GONZALO.

Ser no podría
de otro modo.....

SOLEDAD.

Mas repara,

Gonzalo, que si chanceas
de tal suerte......

GONZALO.

No chanceo.

SOLEDAD.

Gonzalo, yo no te creo.

GONZALO.

Pues es preciso que creas.
En este instante tal vez
uno de los dos nó existe.

SOLEDAD.

(Llamando.)
Ah! no! madre!

GONZALO.

¡Calla!

SOLEDAD.

¿Oiste?
(Refiiéndose á que doña Ana ha respondido.)
Ya viene.—¡Madre!
(Llamando.)

GONZALO.

¡Pardiez!
¡Cálmate!......

SOLEDAD.

(Queriendo ir al encuentro de doña Ana.)
¡No!

GONZALO.

(Cogiéndola de la mano y deteniéndola.)
Soledad,
tú me ofreciste más calma.

SOLEDAD.

Suéltame!

ESCENA IX.

Dichos, DOÑA ANA.

SOLEDAD.

¡Madre del alma!

ANA.

¿Qué tienes?

SOLEDAD.

Dime ¿es verdad?
respóndeme madre mía,
¿es verdad? Conque era cierto....
¡Y tal vez mi padre ha muerto!

GONZALO.

(A doña Ana.)
Hoy de saberlo tenía.

SOLEDAD.

Que mi padre y el Doctor
se enojaran hasta el grado
de matarse?......Tú has soñado;
(A Gonzalo.)
tus sueños, madre, ¡qué horror!
¿No están tranquilos?...... ¿no están?
(A Ana,)
¿Por qué tu congoja crece?
¿Oyes, Gonzalo, parece
que he oído abrir el zaguan......
¡Ha de ser mi padre!—¡Yo,

yo le voy á recibir; (*avanza y se detiene.*)]
pero no me atrevo á ir!
¿Tú oyes sus pasos? ¡ó no!
(*A Gonzalo.*)
Sí, son sus pasos! De aquí
no me puedo mover ya!
(*Avanza y se vuelve á detener cerca de la puerta del fondo.—Áparece D. Pedro por la puerta del fondo. Todos al mirarlo retroceden aterrados.*)

GONZALO.

¡El solo!

ANA.

(*Interrogando.*)
Pedro......

ESCENA X.

Dichos, PEDRO.

PEDRO.

(*Con solemnidad. Descubriéndose.*)
¡Ya está!

GONZALO.

¿Ha muerto mi padre?

PEDRO.

¡Sí!

(*Gonzalo apoya la frente en su mano y permanece mudo unos instantes. Despues toma su sombrero, se adelanta á Soledad y le dice con voz temblorosa:*)

GONZALO.

¡Adios!

SOLEDAD.

(*Desesperadamente.*)
¡Nunca!

GONZALO.

Entre los dos
pone Dios el imposible!
(*Retirándose.*)

SOLEDAD.

(*Siguiéndolo y deteniéndolo á viva fuerza*)
¡No lo creas!...... no es creible......
¡Espera!

GONZALO.

(*Rechazándola con suavidad.*)
¡No quiere Dios!
(*Soledad cae al suelo de rodillas primero y luego rueda por él. Gonzalo sale por la puerta del fondo.*)

ESCENA XI.

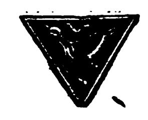
DON PEDRO, DOÑA ANA, SOLEDAD, (*tirada en el suelo.*)

(*D. Pedro se acerca á Doña Ana que está presa del más profundo estupor, y cogiéndola de un brazo, le dice con voz reconcentrada por la ira y el dolor, señalando á Soledad.*)

PEDRO.
Mitiga su hondo quebranto
miéntras el consuelo viene.
¡Pobre Gonzalo! El no tiene
madre que enjugue su llanto.
(*Estos dos últimos versos con marcada intención y casi al oído de Doña Ana.*)

(TELÓN RAPIDO.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



¡HASTA EL CIELO!

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

A la Sra. Doña Leonor del Valle de Peón.
Su esposo,

El Autor.

PERSONAJES.

—

BLANCA.
BEATRIZ, dueña de Blanca.
SANCHO LAÍNEZ.
EL VIRREY DE MÉXICO.
DON TELLO DE SOUSA, Marqués de Santa Flora.
FORTUN, escudero de Sancho.

La escena en México.—Epoca, Siglo XVII.

Este drama se representó con extraordinario éxito, por primera vez en México en el Teatro Principal, la noche del 11 de Enero de 1876.



ACTO PRIMERO.

Salon en el Palacio de los Virreyes.—Dos mesas en el fondo, con escritorio.—Foro de salon de baile.—Noche.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ Y FORTUN.

BEATRIZ. (*Seguido de Fortun.*)—Es inútil señor escudero, tanta insistencia.

FORTUN. Mirad lo que perdeis......

BEATRIZ. No pierdo nada.

FORTUN. El tiempo, cuando ménos.

BEATRIZ. Vos sí que lo perdereis: dejadme en paz.

FORTUN. Mi señor es muy rico......

BEATRIZ. Lo sé.

FORTUN. ¿Y cómo lo sabeis?

BEATRIZ. Me lo imagino. Sois tan dadivoso....

FORTUN. Dádivas quebrantan peñas.

BEATRIZ. Yo soy inquebrantable.

FORTUN. El oro de mi señor no os deslumbra,

ni la codicia os excita...... ¿Alguno os paga mejor?

BEATRIZ. Puede......

FORTUN. Pensad en que vuestra señora le ama.

BEATRIZ. Mi señora amará á quien su tutor le designe para esposo. ¿Lo entendeis?

FORTUN. Bien; pero lo que yo os pido es simplemente una entrevista de mi señor con ella.

BEATRIZ. En mi casa, os dije ya que no; en la propia casa de mi señora, en donde osásteis penetrar furtivamente.

FORTUN. (*Acercándosele.*)—Beatriz...... ¡Excelente Beatriz!

BEATRIZ. ¡Apartad! ¿Quién sabe con qué malig. no objeto os atrevísteis á tanto?

FORTUN. Ya os lo dije. Doña Blanca......

BEATRIZ. ¿Y cómo ha podido saber vuestro señor que Doña Blanca le ama?

FORTUN. Lo sabe.

BEATRIZ. Esa no es respuesta.

FORTUN. Es.

BEATRIZ. Si nunca habló con ella.

FORTUN. Sí tal.

BEATRIZ. Encerrada estuvo siempre en un convento.

FORTUN. Los conventos rejas tienen.

BEATRIZ. ¡Qué sacrilegio!

FORTUN. Vos cargareis con tal pecado.

BEATRIZ. ¡Yo......! ¿y por qué?

FORTUN. Porque á mi señor no le proporcio-

nástеis otros medios.—Tomad (*ofreciéndole un bolsillo)*, cinco minutos...

BEATRIZ. ¡Ni uno!

FORTUN. Ved, dueña, que estoy resuelto á arrancaros una promesa.

BEATRIZ. ¿Y cómo?

FORTUN. Ved que si el oro no os ablanda las entrañas, el hierro podría muy bien deshacéroslas [*llevando la mano á la espada.*]

BEATRIZ. ¡Ay Jesus! ¿me amenazais?

FORTUN. Sí, por mi vida.

BEATRIZ. ¡Idos......! ¡me dais miedo!

FORTUN. Pues acceded; que si no....

BEATRIZ. ¡Daré voces!

FORTUN. ¡Un escándalo!

BEATRIZ. Terco sois en demasía......

FORTUN. Y vos la mas estúpida dueña que he conocido......

BEATRIZ. ¿Yo....? ¡dadme paso!

FORTUN. Y la más testaruda, y......

BEATRIZ. ¡Callad!.... Ruido escucho, y ojalá......

FORTUN. ¡Ya nos veremos! (*váse precipitadamente.*)

ESCENA II.

BEATRIZ.

Es increíble, inaudita, la persecuçion

que este hereje mal nacido me ha declarado; vamos.....

ESCENA III.

EL VIRREY.—BEATRIZ.

VIRREY. ¿Beatriz?

BEATRIZ. Señor......

VIRREY. ¿Qué me traes?

BEATRIZ. Un recado para Vuestra Excelencia, de la venerable madre abadesa de las Concepcionistas.

VIRREY. ¡Hola!

BEATRIZ. Un recado y una carta.

VIRREY. ¿Una carta?

BEATRIZ. Héla aquí: en vuestras manos la pongo (*le da un billete.*)

VIRREY. (*Abriendo el billete y leyendo.*) ¡Qué veo!

BEATRIZ. ¡Cuando digo que ha sido audacia....!

VIRREY. Letras de amores....... ¡y á Blanca!

BEATRIZ. ¡Y en aquel santo asilo!

VIRREY. No leo aquí ¡vive Dios! ni la fecha, ni la firma.

BEATRIZ. Encontróse ese billete, muy doblado y escondido, bajo los blancos manteles del pequeño altar de la celda que ayer mismo abandonó Doña Blanca.

VIRREY. ¿Y quién pudo....?

BEATRIZ. Eso se ignora. Ha sido una verdadera sorpresa.

VIRREY. Y bien......

BEATRIZ. Celosa nuestra buena madre del reposo y tranquilidad de Vuestra Excelencia, me encarga os avise, para que andeis prevenido, señor.

VIRREY. Manifiéstale, Beatriz, mi reconocimiento.

BEATRIZ. Además.... Doña Blanca.... Desde anoche......

VIRREY. ¿Qué es lo que tiene desde anoche?

BEATRIZ. Yo no sé, en realidad, lo que mi señora tiene; pero á decir lo cierto, ella está enferma.

VIRREY. ¿Enferma? Sí...... ¡ya me lo presumia!......

BEATRIZ. Un año hará, señor, si la memoria no me es infiel, que la veo triste, retraída, llorosa....

VIRREY. Beatriz, ¿tú has observado?

BEATRIZ. Y bien que he observado, señor; alguna oculta y misteriosa pena le acibara la vida. Se adelgaza, va perdiendo la color; y desvelada noches enteras, sorprende el primer rayo de la luz del día alguna lágrima en sus ojos.

VIRREY. ¿Te habrás descuidado acaso?

BEATRIZ. Nunca, señor.

VIRREY. Alguno de esos nobles lograría hablarla, y......

BEATRIZ. ¿Y cómo podría ser eso? La he vigilado constantemente...... Yo he sido su sombra por los claustros; en el huerto, su sombra; su sombra en los jardines.

VIRREY. ¡Es increíble!

BEATRIZ. A no ser que....

VIRREY. ¡Habla!

BEATRIZ. A no ser que...... Porque ha de saber Vuestra Excelencia, poderosísimo señor, que de algun tiempo á esta parte gustaba Doña Blanca de arrodillarse, todos los días, durante la misa mayor, en un rincon del coro bajo, cerca, muy cerca de la reja, y desde allí...... porque habeis de saber tambien, Excelentísimo señor, que del otro lado de la reja, en el templo, distinguía yo siempre, inmóvil, fijo, á un gallardo mancebo—que tal lo parecía por su arrogante apostura......

VIRREY. ¿Y tú le viste el rostro?

BEATRIZ. No, no tal, que lo recataba con el embozo. Empero, sobre él veíanse brillar sus ojos.... unos ojos....

VIRREY. ¿Y ella ...? ¿y Blanca......?

BEATRIZ. Fijas en él tenía las miradas.

VIRREY. ¡Y tú me lo ocultaste!

BEATRIZ. ¡Perdon, alto y gran señor, perdon No creí que eso sólo fuese bastante

motivo para llamar la atencion de su Excelencia!......

VIRREY. Mal hiciste, muy mal, ¡viven los cielos!—¿Y tú crees que el autor de esta carta......!

BEATRIZ. Pudiera ser el mismo.

VIRREY. Y piensas que esos amores.......

BEATRIZ. Desvelada, inquieta y malcontenta la traen, de todas maneras, aseguróos, señor, que Doña Blanca no amará á ese caballero que le destinais para esposo.

VIRREY. Pues ello tendrá que ser así, Beatriz. Tú que tan grande influencia has logrado en su corazon, necesario es que procures acepte sumisa y resignada ese enlace que........ ¡me importa!—Hazla comprender que una dama bien nacida, débele, ántes que nada, una obediencia ciega al que ha velado por su felicidad, desde que era niña...... ¿me entiendes?

BEATRIZ. Perfectamente. Pero hoy....

VIRREY. Hoy no; mañana. Sírveme como hasta aquí, Beatriz, y yo recompensaré expléndidamente tu celo.

BEATRIZ. Por todo el oro del mundo, no vendería la fidelidad que le debo á la poderosa persona de su Excelencia.—¿No se os espera esta noche?

VIRREY. No, no, Beatriz; porque hay una mas-

carada en Palacio, y no tendré tiem-tiempo; además, será bueno que ella repose.

BEATRIZ. Bien señor.

VIRREY. Vé. Que Dios te guarde.

ESCENA IV.

El VIRREY.

Ocultar á los ojos del mundo mi amor á esa criatura: ocultar eternamente su existencia á mi propia familia, para evitar explicaciones que el mundo exige y la familia pide! ¡Ahogar en el corazon las expansiones de este cariño sin límites....! Imposible. ¡Esto es morir!...... ¿Y si aquí la trajera? .... No, no; mi limpia reputacion padecería... ¡Y ese miserable marqués que para esposa la codicia....! Las ocho. (*Se oyen sonar las ocho.*) Sancho no debe tardar....... aquí está.

ESCENA V.

El VIRREY luego SANCHO con una cartera debajo del brazo.

VIRREY. Tan puntual como de costumbre, mi, buen secretario.

SANCHO. Ese es mi deber, señor.

VIRREY. No abulta gran cosa, á lo que parece el correo de España

SANCHO. Vuestra Exelencia dice muy bien.

VIRREY. Y yo me alegro; alégrome en gran manera, mi buen Sancho, porque de ese modo en breve tornaremos á gozar de nuestra alegre fiesta. ¿Estuviste en el salon?

SANCHO. De él acabo de salir. Es expléndida la concurrencia.

VIRREY. Bien, bien. En tanto que mi noble esposa le hace los honores, despachemos el correo.

SANCHO. *(Leyendo los expedientes que sacará uno á uno de la cartera.)* Una pragmática de S. M. (que Dios guarde), en favor de los indios.

VIRREY. Bien.

SANCHO. Una carta participando la llegada á Veracruz de un Visitador apostólico, dírigida á V. E. por él mismo.

VIRREY. Saldremos á recibirle.

SANCHO. Una encomienda para su señoría Don Tello de Souza, marqués de Santa Flora.

VIRREY. Bien, muy bien.

SANCHO. Cartas particularés para su Excelencia.

VIRREY. Dámelas. [¿Habrá venido entre ellas la que con tanta ansiedad espero...? Esta no es.... *(Leyendo sólo las firmas.)* Ni esta.... ni esta otra...... ¡oh! aquí está. *(Lee.)* Dios mío! *(Al-*

zando la voz.) Nada......, nada de Juan de Paredes....

SANCHO. ¿De Juan de Paredes, habeis dicho?

VIRREY. ¿Le conoces acaso?

SANCHO. ¿Que si le conozco?...... ¡Ah, señor ¿No habeis notado en mí....?

VIRREY. Sí, Sancho, sí lo he notado; estás hoy de mal humor; pero qué tiene eso que ver......?

SANCHO. Que hoy he recibido una carta de ese buen Juan de Paredes que acabais de nombrar. ¿Conoceis su historia?

VIRREY. No, no tal.... me interesaba por él .... una recomendacion....

SANCHO. ¡Ah! ¡Os le habían recomendado!.... Pues es inútil que os ocupeis más de él.

VIRREY. Acaso....

SANCHO. Pues que! ¿Os figurais que ha sido poco lo que ha sufrido ese infeliz?

VIRREY. ¿Tú sabes algo de él?

SANCHO. El ha sído el único amigo de mi infancia..... Huérfano el desventurado desde la edad de cuatro años, víctima de un horrible crimen...

VIRREY. (*Con sorpresa.*) ¡De un horrible crímen!.....

SANCHO. El había nacido para ser felíz; vió la luz primera en una casa solar cerca de Balmaceda. Su padre, Diego de Paredes, tenía, además de ese hijo,

algunos bienes de fortuna, y una esposa, dechado de hermosura y gentileza, joven, muy joven, llamábase Mencía... ¡Infelíz Doña Mencía!

VIRREY. (*Aparte.*) ¡Desventurado!

SANCHO. Diego de Paredes era dichoso, muy dichoso. Acariciaba la fortuna á aquel su tranquilo hogar...... Pero desgraciadamente acampó en Balmaseda un regimiento de los de Flandes, y el capitán de ese regimiento conoció á la bella esposa de Don Diego. Ese capitán era un infame!

VIRREY. (*Aparte.*) ¡Ah!

SANCHO. Una noche, mientras el infelíz esposo dormía, fué asaltada su casa, maniatada su servidumbre, y...... ¡robada doña Mencía! Una mano alevosa había clavado un puñal en el generoso pecho de Diego de Paredes. El niño, que dormía con su ama en una pieza apartada, fué respetado. ¡Qué horrible noche debió haber sido aquella!

VIRREY. ¡Horrible......!

SANCHO. Dicen que el cielo estaba negro y el trueno estallaba en las alturas......

VIRREY. (*Aparte.*) ¡Si....!

SANCHO. ¡Y al estallar debía oírse para el infame, la maldicion del Señor!

VIRREY. ¡Debía revelarse en el estampido del

trueno, la maldícion de Dios para el infame!

SANCHO. Aquel niño, privado así del maternal regazo, lloró mucho, mucho. En alas de la inocencia sus lastimeros gemidos, llegarían como una oracion al trono del Altísimo, y al cabo de algunos meses no parecía sino que sus lágrimas habían cicatrizado al fin la cruenta herida de Don Diego..... Y pasaron los años.... y una noche.. ¡más espantosa todavía debió haber sido aquella noche! El esposo ultrajado halló á la esposa robada, que creyéndose viuda, vivía con el asesino, que representaba para ella el papel de salvador....

VIRREY. ¡Ah!

SANCHO. El esposo mató á la esposa, y arrojó su cadáver á un sótano...... Y no os figurais señor virrey, lo que sufriría el hijo de doña Mencía; cuál su dolor, cuál su angustia, cuando un día supo que la sangre de su sangre había caído en el lodo, y que la carne de su carne había sido pasto de buitres......!

VIRREY. ¡Horror......!

SANCHO. ¡El seductor infame era un cobarde! No desnudó el acero, el acero envilecido en sus manos, para defender á

su víctima...... Huyó el miserable ......; pero ocho días despues, Diego de Paredes caía cobardemente asesinado por el traidor puñal de una mercenaria mano, para no levantarse más......! Su hacienda fué incendiada.... sus arcas robadas.... y el hijo, Juan, abandonado á la caridad, á las frías caricias de una mujer que lo escondió y lo alimentó con el duro pan de los pobres....!

VIRREY. ¿Y esa mujer....?

SANCHO. No existe ya.... ¿Os interesaba?

VIRREY. No.

SANCHO. Pasaron los años.... el niño se hizo hombre, y sintió en su pecho lacerado por el infortunio, la insaciable sed de la venganza!.... Y ha de haber pasado una cosa horrenda en la presencia de Dios, que todo lo escucha y todo lo vé. De un lado, el asesino en largas noches de insomnio, viendo correr sangre debajo de un ostentoso lecho; en el expléndido cortinaje las manchas de sangre.... manchas de sangre en el espacio.... manchas de sangre en todas partes.....!

VIRREY. *(Posesionándose poco á poco, como si en realidad pasara todo á sus ojos.)* ¡Eso es, manchas de sangre en todas partes!

SANCHO. Y del otro lado, al huérfano maldiciendo su desventura, desesperado, en interminables noches de vigilia..... buscando al ladron que le robó su hacienda, y su porvenir y sus esperanzas! De un lado, el asesino sin consuelo....

VIRREY. ¡Sin consuelo!....

SANCHO. Acosado por los remordimientos....

VIRREY. ¡Sí...!

SANCHO. Y mirando á todas horas.....

VIRREY. (*Posesionado ya enteramente y como fuera de sí.*] A todas horas el aterrador fantasma sangriento, de cada una de sus víctimas.... ¡Siempre... siempre delante delante de él......! ¡Siempre á los lados!.... Siempre detrás.. .!

SANCHO. Y oyendo la voz del huérfano....

VIRREY. La voz del huérfano resonando siempre en sus oídos..... aguda como el acero y filosa. .... lúgubre como el eco de la campana que toca á muerto...... pavorosa como la voz del trueno!....

SANCHO. Como la voz del trueno que estallaba en las alturas......

VIRREY Y SANCHO. [*A un tiempo.*) ¡Aquella horrorosa noche....

SANCHO. (*Con marcada transicion.*) ¡Ah! no parece, señor virrey, sino que vos

sois la víctima ó el verdugo! ¡Os posesionais tanto....

VIRREY. Sí...... yo estoy loco, tienes razon. Me posesiono algunas veces tanto de las desgracias ajenas..... Como se trataba de ese joven á quien me habían recomendo.....,

SANCHO. ¡Pobre Juan!

VIRREY. ¿Murió?

SANCHO. Murió, sí; en su lecho de agonía escribió con mano trémula la carta que hoy he recibido. ¡Seále leve la tierra, señor virrey!

ESCENA VI.

Dichos, don TELLO con un dominó en el brazo y una careta en la mano.

TELLO. Si me lo permitís......

VIRREY. Adelante, marqués.

TELLO. Acabo de recibir, como todos, en el mismo salon de la fiesta, cartas de Madrid, y tengo precisamente que marchar para allá.

VIRREY. ¿Os vais á España, marqués?

TELLO. Mañana mismo, pues necesito aprovechar la vuelta de la flota.... ¡Hay tanto corsario en nuestras costas!

VIRREY. (*A Sancho.*) Puedes poner los acuerdos al márgen de esas reales órdenes de S. M., Sancho. Ya tú sabes.

SANCHO. (*Sentándose á escribir.*) Bien, señor.

VIRREY. (*Llamando á un lado á D. Tello.*) Os doy la enhorabuena, marqués...... Acercaos por acá. Acaba S. M. de concederos una encomienda. (*Apartándose con D. Tello adonde se supone que Sancho no pueda oir.*] Puedes marchar á España, Martín Pérez, y cuando retornes, Blanca será tuya.

TELLO. ¡Imposible!

VIRREY. ¡No me exasperes, Martín!

TELLO. No me hablábais así cuando me fuisteis á proponer que matara á....

VIRREY. ¡Calla!...... Yo te aseguro......

TELLO. Os conozco demasiado para fiar en vos.

VIRREY. ¡Martín!

TELLO. No tengo confianza.

VIRREY. Dar la mano de Blanca á un zapatero....

TELLO. Hace ya mucho tiempo que no soy ya eso que decís. ¡Pudiera entre vuestros abuelos hallarse un albañil.

VIRREY. ¿Y no estás suficientemente recompensado? ¿No te ofrecí elevarte, y te elevé? ¿No te he comprado un título de Marqués? Y ahora quieres....

TELLO. La mano de Blanca.

VIRREY. Pero si ella se niega......

TELLO. ¡Obligadla!

VIRREY. ¡Ira de Dios! y si yo quiero....

TELLO. ¿Deshaceros de mí? ¡ah! bien podríais.... vos todo lo podeis; pero ya os lo he dicho otra vez: en España guardo unas cuántas líneas debajo de de las cuales están vuestro sello y vuestra firma. En esas líneas me ordenais el asesinato, el crímen.... el crímen nos liga; y si vos me haceis matar, si no accedeis á mi demanda, Virey, la persona que tiene ese documento......

VIRREY. Basta.

TELLO. Ya lo veis.... ese documento me asegura de vos.

SANCHO. He terminado, señor.

TELLO. *(Alto).*—Con que esa boda.

VIRREY. Se verificará mañana mismo, Don Tello. Tú, mi buen Sancho, serás padrino.

TELLO. Un gran placer será para mí el que el que el señor Sancho Laínez me honre de tal modo.

SANCHO. Pero permitidme os pregunte de qué boda se trata.

VIRREY. Caso á una pupila mía con el señor marqués de Santa Flora.

SANCHO. ¿Una pupila vuestra? Señor, es extraño......

VIRREY. Nada de eso; ella ha permanecido siempre en un convento; por eso no la conoces.

TELLO. ¿Y aun está en el convento?

VIRREY. No, marqués; vive en un pequeño palacio que la he preparado.... Pero, venid, venid; mi presencia se hace indispensable en el salon.

TELLO. (*Dándole paso al virey*). Y en él acabaremos de coordinar la mejor manera de que se realicen nuestros mútuos deseos. Señor Laínez...(*Saludando*).

SANCHO. (*Saludando*). Señor marqués....

ESCENA VII.

SANCHO luego FORTUM.

SANCHO. ¡Se casa!.... la casan!....¡Ah! ¡esto no es posible!......

FORTUN. ¡Al fin se fueron! ¿Señor?

SANCHO. Fortun, ¿qué me quieres?

FORTUN. Héme entrado hoy, hará una hora, furtivamente, á la casa de Doña Blanca

SANCHO. ¿Entraste?

FORTUN. Hasta su mismo gabinete de labor.

SANCHO. ¿Dístela el billete?

FORTUN. Sí.

SANCHO. ¿Vendrá?

FORTUN. Ahí está ella.

SANCHO. ¿Quién?

FORTUN. Doña Blanca.

SANCHO. ¿Doña Blanca dices?

FORTUN. Sí señor; cubierto el rostro con un antifaz.

SANCHO. ¿Y cómo la has conocido?

FORTUN. *(Con rapidez).* Conocióme ella á mí... Recordad que con el objeto de hacer llegar á sus manos algunos billetes vuestros, fuí sacristan ocho dias del convento de la Concepcion. Ademas, esta tarde......

SANCHO. Bien. ¿Y la has hablado?

FORTUN. Os busca.

SANCHO. ¿Ella? ¡Dios mio!

FORTUN. Pero la dueña, la dueña no quiere separársele.... Acabo de procurar que algunos compañeros míos la entretengan.

SANCHO. Entónces voy....

FORTUN. Permitidme, señor, que no sea así: podeis comprometerla.... Un instante, señor, esperad.... vuelvo.

ESCENA VIII.

SANCHO, despues BLANCA Y FORTUN.

SANCHO. ¡Oh! ¡Ella aquí! ¡me ama.... sí, me ama! ¡Qué horrenda lucha!.... Conducirla al martirio.... ¡si no fuera ese hombre su tutor!.... si fuera....

FORTUN. *(Entrando con Blanca).* Aquí está... Ahí le teneis *(señalando á Sancho y retirándose hácia el fondo).*

BLANCA. El!.... sí.... es él!......

SANCHO. Blanca!

BLANCA. Caballero, dos palabras.

SANCHO. Vuestro soy.

BLANCA. ¿De vos viene este papel?

SANCHO. Lo escribió mi corazon.

BLANCA. Debo recelar......

SANCHO. ¿Pero es posible?

BLANCA. Ved cómo cumplo Don Sancho.

SANCHO. ¡Blanca mia! ¿Me amais?......

BLANCA. Y lo preguntal

SANCHO. Oirlo de vuestros labios quería.

BLANCA. ¡Os amo! Ya lo oísteis ...

SANCHO. Gracias. ¿Desde cuándo estais fuera del convento?

BLANCA. Desde ayer.

SANCHO. Casaros quieren......

BLANCA. Casarme, sí.... ¡y lo sabía....!

SANCHO. Diez minutos hace que lo sé.

BLANCA. ¡Vos lo impedireis!

SANCHO. Sí.... ¡lo juro!.... Tomad estos polvos, Blanca; necesitamos hablar mucho, mucho.... Poned la mitad de lo que este frasco contiene, en la tisana de Beatriz......

BLANCA. ¿Y qué?

SANCHO. ¡Descuidad! Unicamente la harán dormir. Cuando hayan producido su efecto, asomad una luz por vuestra reja; yo acudiré.

BLANCA. ¿Y el conserje?

SANCHO. No temais.

BLANCA. ¿Sabeis dónde vivo?

SANCHO. Muy cerca de aquí; á un paso.....

FORTUN. (*Asomándose*). Señor, al extremo de esa oscura galería distingo un bulto. Debe ser la dueña.

BLANCA. ¿Beatriz? ¡Ah! que no me vea.

SANCHO. ¡Fortun! acompaña á esta dama hasta su casa. Id sin temor, Blanca, Fortun es leal y es buena espada. Por allí... por la escalera interior......

BLANCA. ¡Don Sancho....! (*Despidiéndose*).

SANCHO. Contad conmigo.

ESCENA IX.

SANCHO, despues BEATRIZ.

SANCHO. Hermosa.... hermosa como una mañana de primavera....! ¡Inocencia y gentileza, vosotras sois su adorno! ¿Dónde hubo más dolor que el que aquí siento? Si no fueran ciertas mis sospechas...... ¿quién guarda ese secreto?.... Es necesario saberlo. ¡Ah!... (*Se arroja sobre la dueña, que en este momento se aparece por el fondo y la lleva al proscenio, casi arrastrada*). Ven acá!

BEATRIZ. ¿Quién sois vos?

SANCHO. Nada te importa, beata de Lucifer, Ven acá..... ya te tengo entre mis manos!

BEATRIZ. ¿Pero qué pretendeis?

SANCHO. Hace un año que te persigue mi escudero, que te ofrece oro, mucho oro! y nada ha bastado para reducirte.

BEATRIZ. ¡Soltad! ¡soltad, que me haceis daño!

SANCHO. ¿A qué has venido á esta fiesta?

BEATRIZ. Empeñóse Doña Blanca..."

SANCHO. Y él, ¿lo sabe?

BEATRIZ. ¡Ella! ¿Dónde está ella?

SANCHO. La encontrarás en su casa. ¡Nada temas!

BEATRIZ. ¡Me lastimais!

SANCHO. ¿Qué es de ella el virrey?

BEATRIZ. ¡Nada....! No sé qué me estais diciendo.

SANCHO. ¡Contesta! *(Desenvainando el puñal.)*

BEATRIZ. No sé de qué me hablais...... ¡Ah! ¡misericordia! voy á decíroslo....

SANCHO. ¡Estamos perdiendo el tiempo!

BEATRIZ. Es......

SANCHO. ¡Habla!

BEATRIZ. Su tutor.

SANCHO. ¿Y la vé todos los días?

BEATRIZ. Todos.

SANCHO. Hace dos meses, pretextando una enfermedad, el virrey desapareció de palacio y fué á encerrarse en el convento de la Concepcion. ¿Es cierto?

BEATRIZ. Sí.

SANCHO. Allí pasó tres días.....

BEATRIZ. Sí.

SANCHO. ¿Y por qué?

BEATRIZ. Doña Blanca estaba en peligro de muerte......

SANCHO. Y él.....

BEATRIZ. Velaba á su cabecera y lloraba.

SANCHO. ¡El! ¡El virey lloraba! Esa palabra escapada de tus labios me lo revela todo.... ¿dices que es su tutor?

BEATRIZ. Sí.

SANCHO. ¡Mientes!

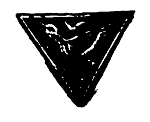
BEATRIZ. ¡Por compasion!

SANCHO. ¡Miserable!.... mientes....! mira.... estamos solos....! nadie nos vé,.... voy á coserte á puñaladas!

BEATRIZ. No....! no.... ¡voy á decíroslo.... Es.... su padre!......

SANCHO. (*Arrojándola al suelo*). ¡Su padre!... ¡Ah, su padre!...... ¡Vete!.... Maldito seas, amor!

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de doña Blança.—Puerta al fondo,—A la derecha un balcon practicable.—A la izquierda una puerta qúe comunica con el interior.—Mesa al estilo de la época; un velador, y junto á la mesa un gran sillon.—Noche.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA, después BEATRIZ.

BLANCA. (*Junto á la mesa preparando una taza de tisana para la dueña.*) Bien: cuando ella venga encontrará preparada como siempre una taza de cordial...... ¡Pobre Beatriz! No quisiera yo volverla á ver. La tengo un miedo.... ¡Ella!

BEATRIZ. (*Entrando.*) ¡Uf!...... Por fin ..... por fin estoy aquí.... ¡Blanca! ¡Señora! Esto no se puede sufrir... engañarme á mí, á la anciana Beatriz, que os tuvo de la mano cuando comenzábais á dar los primeros pasos. .. Me

habeis hecho sufrir un desagradable rato.... ¿Quien os ha acompañado á casa? ¿Porqué os separasteis de mi lado? ¡Ah! el señor lo sabrá todo....... todo......

BLANCA. Beatriz, mi querida dueña, no te enojes....

BEATRIZ. ¿No enojarme yo?...... ¿Y para que esto pasara me instigásteis á ir á ese malhado baile de máscaras? Engañando á su Excelencia...... Yo soportaré su cólera......

BLANCA. ¡Beatriz mía!

BEATRIZ. Yo soportaré su cólera, repito; pera sabrá cuanto ha ocurrido.

BLANCA. ¡No harás tal, Beatriz!

BEATRIZ. Llorais?... llorais?.... No, hija mía, no, nada le diré.... ya basta.... no quiero atormentaros más. Bien que pronto os casareis....

BLANCA. ¡Jamás!

BEATRIZ. Blanca, hija mía; eso es muy mal hecho. La obediencia ántes que nada, Si amas á otro, olvida.... arroja de tu pensamiento su imágen: esa es una tentacion. Desoír los consejos del anciano á quien lo debes todo, es una, negra, negrísima ingratitud, y el cielo castiga las ingratitudes. Ejem....! ejem!.... la tos.... la tos....! Con

el aire frio de la noche y aquel susto, se ha recrudecido.

NCA. Tu tisana.... tu tisana, Beatriz, tómala......

TRIZ. Sí, la tomaré, por no dejar de hacer algo, pero no ha de aliviarme, lo conozco.... siento que mi sangre hierve, tengo la calentura por dentro.... ¿Te vas? ¿No rezamos?

NCA. Sí Beatriz. ¿Cómo no habíamos de rezar? Pero, ¿no ves que falta allí mi libro de oraciones?

ESCENA II.

BEATRIZ, despues el VIRREY.

TRIZ. ¡Pobrecilla!...... buen susto la he dado. ¡Qué dejo tan extraño le noto á mi tisana......! Será que ese hombre me ha derramado la bílis, y teniendo la lengua amarga... Alguien se acerca.... ¿quien puede ser á estas horas?...... ¡Ah! .... su Eexelencia.

ESCENA III.

El VIRREY, BEATRIZ.

REY. ¿Y Blanca?

TRIZ. Mejor...... muy mejorada.... ¿quereis que la llame?

VIRREY. No, espera. He resuelto, Beatríz, que esta misma madrugada se celebren las bodas de Blanca. Nada le digas. ¡Sería una crueldad....! Aunque por otro lado, pudiera convenirle ese matrimonio....! ¡Ah!...... No se qué hacer...... no lo sé......! ¡Ella!... (Hablaremos después)

BLANCA. Señor......

VIRREY. ¡Beatriz, despeja. *(vdse Beatriz,)*

ESCENA IV.

El VIRREY, BLANCA.

VIRREY. Siéntate aquí, niña, siéntate. [*Blanca y el virrey se sientan.*)Temiendo importunarte, había formado la resolucion de no venir esta noche; pero un suceso grave é inesperado, obligóme á pesar mío... ¿Te sientes mal?

BLANCA. No, señor, estuve indispuesta...... pero ya estoy mejor.

VIRREY. ¡Blanca....! Debes haber comprendido cuánta ternura, cuánto amor encierra mi corazon para tí...... Eres tú lo más querido, lo más idolatrado de mi alma!... ¿Qué fueran para mí los días, muchos ó pocos que de vivir me restan, sin tu amor? En tu encierro mismo, en tu celda, en la estrechez del claustro, ¿no te he rodeado de cuantas comodidades, de cuantas

ventajas proporcionan la educacion y el dinero? ¿Podrás negarlo?

:A. No, señor; no podría negaros una felicidad que únicamente á vos debo.. quién sabe á qué título.

Y. Ya te lo he dicho, Blanca. Era tu padre para mí, lo mismo que un hermano.... Al dejarte huérfana y sola en el mundo, te entregó á mi cariño, cuando apenas brillaban en tu inocente mirada los primeros albores de la vida.... ¡Y qué! ¿te he querido menos que si fuese en realidad tu propio padre?

:A. ¡Ah!... eso no. El mío desde el cielo se ha de gozar en veros, haciendo aquí en la tierra sus veces, y pedirá al Señor envíe sobre vos la bendicíon de los buenos.

Y. Sí, hija mía; pero no estoy satisfecho. Pensando siempre en tu completa ventura, he determinado que salgas para siempre de esa vida de clausura y oracion que hasta aquí has llevado ..... Yo destrozaré para siempre la puerta de tus prisiones que cerré con llave de oro. Tu alma oprimida, libremente volará. En la luz de nuevos horizontes se bañarán tus ojos, y ambiente de perfumes regocijará tu pecho.... ¿Serás dichosa hija mía?

BLANCA. Debo serlo; mucho, sí.

VIRREY. Anhelo que conozcas el mundo.. que su estruendo hiera tus oídos....., y quiero que á él te presentes para gozar de sus inmensos bienes. Sí pero al mismo tiempo he resuelto que aparezcas ante la sociedad, escudada con el nombre de un ilustre caballero... ¿Qué es eso?....¿bajas la frente, hija mía?

BLANCA. Dos veces, señor me habeis hablado ya de eso mismo, y aunque os he manifestado de una manera vaga mi repugnancia por ese enlace, hoy.. hoy que por la tercera vez me hablais de eso.... sabed...

VIRREY. Dilo.... ¿qué he de saber?

BLANCA. ¡Que no es posible!

VIRREY. ¡Que no es posible!

BLANCA. ¡Que vos no querreis padre mío, porque mi otro padre que está en el cielo, no puede quererlo tampoco. ¡Que vos no querreis, digo; que mi labio ante el altar del Señor pronuncie un falso juramento!

VIRREY. Blanca......

BLANCA. Porque yo no podría ser leliz al lado de ese hombre á quien me destinais.

VIRREY. ¡Ah......!

BLANCA. Porque vos, señor, que anhelais mi dicha, mi ventura, mi contento en es-

te mundo, vais á sacrificar mi corazon y mi vida, y tal vez á procurar mi condenacion eterna.

VIRREY. Es preciso.

BLANCA. Vos, vos, no podeis querer eso.

VIRREY. He dado mi palabra......

BLANCA. Y ¿qué me importa vuestra palabra cuando yo rehuso con toda mi alma esa engañosa felicidad que me ofreceis?

VIRREY. Mi honor está empeñado......

BLANCA. Y por cumplir ese empeño vais á hacerme desgraciada? ¡Padre...... padre...... de rodíllas os lo pido.... ¿Para eso velasteis á la cabecera de mi lecho tres noches eternas de agonía? ¡Hubiéraisme dejado morir, y yo os bendeciría ahora desde el cielo.

VIRREY. ¡Blanca! ¡Blanca! Levántate......

BLANCA. (*Levantándose.*) Volvedme á mi convento.

VIRREY. ¿Lo prefieres?

BLANCA. Sí.

VIRREY. ¿A eso te inclina tu corazon?

BLANCA. No...... no me lleva al claustro mi corazon.

VIRREY. ¿Amas tal vez......?

BLANCA. Señor......

VIRREY. (*Enseñándole el billete que le dió Beatriz en el acto primero.*) ¿Quien ha escrito esto?

BLANCA. ¡Ah!...... una carta suya.

VIRREY. ¿De quien?..... de quien?...... ¡Su nombre...... su nombre de familia!

BLANCA. ¡No lo sé! Lo ignoro.... no ha querido decírmelo....

VIRREY. Renuncia para siempre á ese amor! ¡Un desconocido....! Mañana es necesario que se celebren tus bodas con el Marqués.

BLANCA. Mañana.... ¿decís que mañana?.... ¡no! ¡no será ni mañana, ni nunca!.. ¿Verdad que no? *[Cambiando de tono al Virrey con profundo cariño.)*

VIRREY. *[Enternecido.]* Apártate, hija...... *(Aparte.)* ¡Pobre Blanca.... y él!... ese marqués al fin es un bandido.... Beatriz! *[Llamando.)* (Es necesario cuando menos, darle una tregua.)

ESCENA V.

Dichos, BEATRIZ despues don TELLO.

BEATRIZ. Señor......

VIRREY. *(Aparte á Beatriz.)* Esta llave pertenece á la puerta cerrada que has visto en tu aposento; esa puerta comunica con el palacio.... Don Tello no tardará en llegar.... No te muevas de aquí, y dame parte de lo que ocurra.

BLANCA. Alguien viene.

VIRREY. Oigo pasos...... debe ser el marqués

Pasad, pasad, marqués... ¡adelante! (¡Cuidado, Blanca, cuidado.)

TELLO. Señora. [*Saludando á Blanca.*) Creía no encontraros, señor virrey.

VIRREY. Llegais á buen tiempo, don Tello. Mi pupila cree que es demasiado pronto ese enlace; desearía más calma.... Pero os dejo con ella y vos la convencereis. [Cuando ese hombre salga, te espero.) *(Aparte á Beatriz).* Hasta la vista, señor marqués. Hasta despues, hija mía. ¡Qué noche! *(Se vá.]*

BLANCA. Hasta despues, señor.

ESCENA VI.

Don TELLO, BLANCA, BEATRIZ que tomando un libro de oraciones y un rosario se sienta junto al velador, en el gran sillon que estará cerca, y comienza á cabecearse al principio de esta escena, hasta que se duerme.

TELLO. Por la tercera vez, la honra tengo de presentarme ante vos, señora, y por la tercera vez me abruma el sentimiento de encontrar burladas mis esesperanzas;

BLANCA. Señor marqués....

TELLO. En la primera ocasion que os ví; no os dignásteis ni siquiera mirarme; la segunda....

BLANCA. Es inútil que continueis..... Adivino cuanto vais á decirme, señor!

TELLO. Dejadme, al menos....

BLANCA. Y me sorprende, en verdad, que á pesar de lo que en un lenguaje mudo, pero harto elocuente os he manifestado, insistais en una pretension, á mi juicio, impropia de quien se precia de caballero.

TELLO. Señora......

BLANCA. Aunque educada dentro de las sombrías paredes de un convento, he aprendido en los libros, y he leído en mi propio corazon, todo lo que se debe uno á sí mismo.

TELLO. No esperaba yo oír esas palabras de vuestros labios.

BLANCA. ¿Y qué os admira, señor? ¿Os he obligado acaso é que me ameis?.... Cómo quereis, pues, obligarme á que os ame?

TELLO. Señora, el tiempo y los merecimientos míos, ablandarán algun día para mí ese corazon de roca.

BLANCA. ¿Y si así no fuere?

TELLO. Serán para mi desdicha, suficiente disculpa vuestra adorable belleza, vuestra extraordinaria hermosura.

BLANCA. Dejaos de galanteos....

TELLO. Yo viviré siempre rendido á vuestras plantas.

BLANCA. Y yo.... ¿cómo quereis que viva señor marqués? ¿Nada os importo yo?

¿Yo no soy nada?.... Vos, rendido á mis plantas...... vos, contemplando esa hermosura de que tan prendado os mostrais...... vos, alimentando en el ansioso pecho una esperanza.. ¿Y yo?.... yo...... ¡con una fingida sonrisa en el semblante! ¡con una fingida mirada de cariño en los ojos!.. ¡con una fingida palabra de abnegacion en los labios!...... Vos, riendo; yo, llorando...... Vos, alegre; yo, triste, y en el corazon el despecho, la hiel del cansancio y la tortura de la desesperacion........ ¡Eso es muy bello!.... ¡muy bello!...... ¿Y ese, es el porvenir que me preparais?

TELLO. (*Con despecho.*) Blanca.... á pesar de todo eso que me decís, yo no puedo vivir sin vos.

BLANCA. (*Suplicante.*] ¡Sed bueno......!

TELLO. No me es posible serlo más.

BLANCA. ¡Sed generoso!

TELLO. No puedo.

BLANCA. ¡Sacrificaos á mi felicidad!

TELLO. ¡Hacedlo vos!

BLANCA. El amor es el sacrificio y yo no os amo.

TELLO. ¡Nunca!

BLANCA. (*Con resolucion y energía.*) ¿Esa es vuestra última palabra?

TELLO. Esa.

BLANCA. Pues oíd la última palabra mía. ¡Jamás seré vuestra!

TELLO. (*Con profundo despecho.*) ¡Mañana, señora, volveré á veros en el oratorio de Palacio! (Ah!.... ella ama á otro ...... vigilaré!)

ESCENA VII.

BLANCA.—BEATIZ, durmiendo.

BLANCA. ¡Dios mío! Y yo estoy sola... ¡sola! ¿Y él...? ¡Ah sí... él...Don Sancho ha jurado salvarme.... ¿Beatriz?.... El narcótico ha producido su efecto...... y apenas ha tomado una parte de su cordial (*mirando á la taza*). Es necesario no perder el tiempo...... (*toma la luz*) ¡cómo palpita mi corazon! (*asoma la luz por el balcon*). ¿Me habrá visto?...... (*retira la luz y la vuelve á dejar sobre la mesa*). ¡Vírgen Madre de Dios.... que él venga!.... ¿Quién será ese hombre que tal influencia, que tan misterioso poder ejerce sobre mí!.... ¿De dónde viene? ¿cómo se llama? ¡Ah! respiro..... oigo subir las escaleras.... ¡El! ¡Es él!......

ESCENA VIII.

BLANCA.—SANCHO.—FORTUN.—BEATRIZ, durmiendo.

SANCHO. (*A Fortun desde la puerta del fondo*).—¿Cerraste el postigo de la calle?

FORTUN. Sí señor.

SANCHO. ¿Guardas la llave?

FORTUN. Aquí está.

SANCHO. ¿Y el conserje?

FORTUN. Asegurado.

SANCHO. Retírate.... (*adelantando al pros cenio*.

BLANCA (*Recibiéndole*).—¡Ah! caballero.....

SANCHO. Blanca.... ¡Blanca hermosa! Al fin estoy tranquilo á tu lado! Te veo, respiro tu aliento y se bañan mis ojos, mi alma, mi sér entero en la poderosa luz de tu mirada! ¡Ah! ¡cuál me atraes! ¡cuál me fascinas!

BLANCA. Y yo.... ¿No me ves? ¿No te gozas Sancho, con esta alegría que siento que me roba el alma, que me la arrebata, que se la lleva.... Ya lo ves.... y ese, ¡eres tú! ¡Tú eres esa alegría!

SANCHO. ¡Qué ensueño tan hermoso! (¡Quién pudiera no despertar nunca de él!) (*Aparte y pasándose la mano por la frente*).

BLANCA ¿Y callas....?

SANCHO. ¡La dicha me enmudece!

BLANCA. ¡Si supieras cuánto he sufrido callan

do!.... sí...., ¡lo debes saber! ¡porque tú me has dicho que me adoras!... ¡Un año entero viéndote sólo á través de aquella doble reja.... ¡unos cuantos instantes! ¡los únicos de felicidad que yo he gozado, Sancho, en la vida.

SANCHO. ¡Ya no volveremos á separarnos nunca, Blanca mía!

BLANCA. ¿Lo crees....?

SANCHO. ¡Lo siento!

BLANCA. ¡Cuanta dicha!

SANCHO. ¡Cuánta felicidad!

BLANCA. Yo mirándome en tus ojos......

SANCHO. Yo en los tuyos mirándome......

BLANCA. ¡Eso es vivir!

SANCHO. ¡Eso es gozar!

BLANCA. ¡Ay.....!

SANCHO. ¿Qué tienes?

BLANCA. Ese hombre......

SANCHO. Desde que nos separamos lo he buscado por todas partes.....

BLANCA. ¿Para qué?

SANCHO. ¿Y lo preguntas, Blanca?

BLANCA. No desistirá; aquí lo ha dicho.

SANCHO. ¡Los muertos siempre desisten!

BLANCA. ¡Matarlo intentas!

SANCHO. ¡Le mataré!

BLANCA. ¡Eso no!..... ¡no es necesario...... yo sola basto.... me resistiré.... y allí, delante de Dios, no pronunciaré la palabra fatal.... yo te lo juro!

SANCHO. Y volverán á encerrarte para siempre....

BLANCA. Es preferible.

SANCHO. ¿Y qué haré yo, entónces....?

BLANCA. Lo que yo haré.... ¡sufrir!

SANCHO. Nunca podré yo resignarme á eso... ¡jamás!

BLANCA. Si yo pudiera hacer que mi tutor....

SANCHO. ¡El virrey......!

BLANCA. Sí.

SANCHO. *(Aparte.)*—Le olvidaba....,(¡me había olvidado de él!)

BLANCA. Me he arrojado á sus piés...... le he suplicado......

SANCHO (*Con alegría*).—¡Ah! ¿Es un tirano ese hombre para tí......?

BLANCA. No, nunca lo ha sido ¡me ama!

SANCHO (*Con desconsuelo*).—¡Que te ama! ¡Que te ama, dices!....

BLANCA. Eso es.... Siempre cariñoso y tierno padre para mí, ha procurado cercarme de infinitos goces....

SANCHO (*Aparte*).—(¡Pluguiera al cielo que la aborreciese!)

BLANCA. Siempre delante de mí ha desaparecido el ceño de su frente. Yo he mirado en sus ojos aparecer el rayo de la felicidad, al influjo de mis caricias, y su voz, naturalmente ruda y áspera, se ha dulcificado al responder á mis palabras.

SANCHO. ¡Luego te ama mucho!....

BLANCA. Pero hoy no.... hoy no, Sancho.... ¿lo creerías? Hoy cuando le rogué que se condoliera de mí, no ha escuchado mi súplica.... impasible ante mi clamor, sordo á mi ruego, me ha dejado oir su voz severa.

SANCHO. Pues bien, Blanca. Entónces no queda más que un recurso.... ¡buscar á ese hombre! (*Se oyen golpes á la puerta de la calle.*)

BLANCA. Llaman......

SANCHO. Blanca.... y si no doy con ese miserable esta noche, si llega la mañana, y......

BLANCA. Estoy dispuesta á todo. ¡No seré suya! (*Golpes á la puerta*). Llaman otra vez.

SANCHO. Nada temas; no pueden abrir.

BLANCA. Sospecharán.

SANCHO. Me retiro.... bien. En tí confío y por lo que á mí toca, buscaré hasta en el mismo infierno á ese marqués.

ESCENA IX.

Dichos.—DON TELLO, por el balcon.

TELLO. No necesitais de tanto para dar conmigo: ¡señor Sancho Lainez, aquí me teneis!

BLANCA. ¡Ah!

SANCHO. ¡Mejor, tanto mejor, puesme ahorrais ese trabajo!

TELLO. ¿Y quereis decirme con qué derecho penetrais en esta casa y cerrais sus puertas con llave?

SANCHO. Con el mismo que os asiste á vos para entrar por el balcon.

TELLO. Esa dama es mi prometida.

SANCHO. ¿Lo creís así?

TELLO. ¡Antes que despunte el alba será mi esposa.

SANCHO. ¡Pues eso quiere decir que antes que despunte el alba, vais á morir!

BLANCA (*Despertando á Beatriz*).—¡Beatriz!

TELLO. ¡Morireis vos!

SANCHO. ¡En guardia! .... *(Cruzan los aceros.)*

BLANCA *(Despertando á Beatriz)*.—¡Beatriz!.. ¡vé! .... ¡avisa á mi tutor!

BEATRIZ. ¡Qué miro! *(Vase Beatriz por las habitaciones interiores)*.

ESCENA X.

BLANCA.—SANCHO.—DON TELLO.

BLANCA. ¡Basta! .... ¡En mi presencia! ....

SANCHO (*Desarmando al marqués y poniendo un pié sobre la espada de éste*). ¡Ah! ya lo veis, os he desarmado.... !

TELLO. ¡Oh rabia!

SANCHO. ¡Blanca.... acércate.... !—Ese hombre que ves allí, era hace al guno

años un infeliz artesano de aldea.... gozaba fama de honrado: ¡la fama mentía!—Unas monedas de oro y un título de marqués, armaron su brazo con el puñal del asesino!....—Se está mirando la mano.... allí debe tener todavía la sangre de un anciano!... Pregúntale si es cierto...... Mírale, Blanca, mírale.... ¡qué pálido se ha puesto....!

TELLO. Y vos......

SANCHO. ¡Niégalo!....—Acércate, Blanca.... Te da horror.... ¿no es verdad....? ¡Oye!—Aquel alevoso asesinato fué perpetrado en una solitaria encrucijada, á la moribunda luz del sol. En una encrucijada tambien, al declinar de un día, esperé á ese hombre, me batí con él, hierro á hierro, como hoy; le desarmé, como hoy......; luchamos...., vencí, y con mi daga alzada sobre su pecho, me refirió cobardemente su historia y la de su cómplice....! ¡Asesino y traidor....!—Con ese hombre quieren casarte, Blanca!

BALNCA. ¡Nunca!

SANCHO. ¡Entónces.... ven conmigo!

TELLO. ¡Ira de Dios!

BLANCA. Tú crees......

SANCHO. Que si no huyes, te obligarán á ser suya.

BLANCA. ¡Eso jamás!

SANCHO. ¿Vienes....?

BLANCA (*Vacilando*).—¡Dios mío!

SANCHO. ¡Blanca!

BLANCA. ¡Vamos!

SANCHO. ¡Fortun! (*Fortun aparece*). ¡Detén á ese hombre! (*Toma la espada de Don Tello que ha tenido bajo sus piés y se la arroja para que se defienda*).

FORTUN. Señor.....

SANCHO (*Al oido de Fortun.*) ¡Mátale! (*Vanse Sancho y Blanca rápidamente*).

ESCENA XI.

DON TELLO.—FORTUN.

TELLO (*Que ha recogido su espada y quiere lanzarse en pos de los fugitivos, dice á Fortun que se le interpone*).—¡Miserable lacayo!

FORTUN. ¡Reñid!

TELLO. ¡Sí por Cristo....!

FORTUN. ¡A muerte!

TELLO. ¡A muerte! (*Quedan luchando al caer el telon. Mucha rapidez en esta última escena*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Habitacion de Sancho en Palacio.—Puerta en el fondo, y á la derecha del espectador otra que comunica con las habitaciones interiores.—Armas, sillas, una mesa y dos escaños.

ESCENA PRIMERA.

FORTUN limpiando una espada.

¡Se me cansa más el brazo cuando bruño el acero, que cuando puesto en guardia le manejo contra el enemigo así fuera por una hora! ¡Pobre marqués....! la estocada fué buena.... limpia! ¡Vive Dios! Bien puede exclamar como los nobles cuando alguna vez se ha derramado sangre noble, y en buena lid, eso sí! Bien que á mí, sólo el señor Sancho Laínez me ha vencido. ¡Ea! está este acero que

ya..! bien podría una mujer hermosa contemplar en él su semblante.

ESCENA II.

FORTUN y SANCHO, que entra sombrío y lentamente.

SANCHO. ¡Fortun!

FORTUN. Señor......

SANCHO. ¿Qué hiciste de Beatriz?

FORTUN. Como sabeis, desde esta mañana andaba bebiéndome los alientos. Se había empeñadoen que yo debía saber algo, y...

SANCHO. ¿Que sucedió?

FORTUN. Mostrémele al fin. Siguióme.... me dejé seguir; dirigíme á mi aposento y ella tras de mí...., una vez dentro alargué la mano, la así del cuello; tras un ligero grito ahogado por mis dedos, púsele una mordaza, y arrojándola como un fardo sobre mi lecho, le até las manos por detrás.... Allí debe estar la bruja encerrada bajo de llave; cuando al fin den con ella, estaremos léjos......

SANCHO. Bien, Fortun. ¿Están listas mis armas?

FORTUN. Sí, señor.

SANCHO. Es necesario partir luego. Prepara las cabalgaduras

FORTUN. Listas quedan.

CHO. ¿Están listas?......

TUN. Tres, señor. Una para vos, otra para ...... doña Blanca ....

CHO. ¡Sí!.. Sería peligrosa, Fortun, nuestra permanencia en Palacio; podrían arrebatarme á esa dama, y prenderme á mí.

TUN. Además, señor, muchos de vuestros amigos y las gentes de Palacio que acostumbran á entrar en vuestras habitaciones, murmuran ya.

CHO. ¿Murmuran?

TUN. Es decir.... extrañan que yo los detenga á la puerta, y les prohiba la entrada...... y ya sabeis, señor; de las murmuraciones, se pasa á las conjeturas, de éstas á la sospecha.... y el Virrey está furioso. Le he sorprendido eu un arrebato de ira.... ¡parecía un demonio escapado de los infiernos!

CHO. Bien, vete...... déjame solo. Espera mis órdenes allá tuera. No estoy para nadie.

ESCENA III.

SANCHO.

¡Necesito la soledad! ¡Necesito vivir cenmigo mismo unos instantes!..... ¡Ah! He gozado y he sufrido tanto en estas últimas veinticuatro horas! ¡Y él!..... el infame virrey, luchando

con la impotencia de su desesperacion!.... Yo mejor que Fortun, le he visto...... le he visto esta mañana llorar como un niño, y luego revolverse, rugir, como rugen las fieras cuando les arrebatan su último cachorro! ¡Ira de Dios!.... ¡Qué dulce es la venganza! Cuán hermosa! ¡Cuál se dilata el pecho, cuando respira el aire viciado.... emponzoñado con los sollozos del verdugo!...... ¡Qué le valen su poder y su grandeza! ¡Qué le valen sus lágrimas!..... El dolor destroza su pecho, y aprieta y ahoga y corroe su corazon el más abominable de los tormentos.... Yo he llevado á su alma el horror de la soledad..... ¿Pero y ella?.... ella.... ¡infeliz!....¿Y yo...... yo, desdichado, que la amo.... que la idolatro... que no podré vivir sin ella....!

ESCENA IV.

SANCHO, BLANCA, que aparece como espantada.

BLANCA. ¡Sancho!......

SANCHO. ¡Ah! Blanca...... ¿qué tienes?

BLANCA. Nada.... nada.... ¡Qué feliz soy al encontrarte aquí!....

SANCHO. ¿No dormías......?

BLANCA. No...... no puedo. El sueño huye de mis ojos.

SANCHO. ¿Por qué? ¿No estás aquí segura? ¿qué temes? No te he dicho......

BLANCA. En vano pido al reposo que me ampare. Mi espíritu agitado se despierta; mi alma acuitada, vela.... vela por sus recuerdos y tiembla por el porvenir..... ¡Hay momentos en que parece que voy á volverme loca!

SANCHO. Estás trémula, helada...... Blanca, tranquilízate.

BLANCA. La memoria de ese desdichado me persigue.

SANCHO. ¡Insistes aún!

BLANCA. En vano intentas ocultármelo...... Bien oí anoche á Fortun cuando te anunció la muerte de ese... de ese marqués!

SANCHO. ¡Y bien!........ Contados están los días del hombre. Llegó para él la hora del castigo.

BLANCA. Además.... yo no puedo ocultártelo, Sancho: los instantes que pasan me parecen eternidades.... No podemos seguir viviendo así..... Es necesario que Dios autorice esta union.

SANCHO. Pronto, muy pronto......

BLANCA. Esta no es mi casa. Por mucho que yo te ame, por mucho que yo sacrifique mi dignidad en aras de ese amor, no puedo estar tranquila. Siento algo aquí, en mi pecho, de que yo no tenía

ni aun idea.... y...... ya lo ves, no me atrevo á alzar los ojos delante de tí.... El rubor que enciende mis mejillas, es la vergüenza de la culpa...

SANCHO. ¿Tú, culpable?......

BLANCA. ¡Es igual!...... ¿Qué soy yo aquí?.. Cuando estoy sola, nadie me mira, y quisiera ocultarme de mí misma!.... Si para arrancarme de mi hogar has abusado de mi cariño, ¡no te burles de mi debilidad!

SANCHO. Blanca, Dios lee en nuestros corazones.....

BLANCA. Sí, y porque Dios lee en ellos, imploro de tí que de una vez termine esta situacion.... Cuanto por mí ha pasado, es la imágen de un sueño espantoso...... ¡Soñarlo sólo, me hubiera parecido un imposible! ¡Cruel, esto es muy cruel!... Tu presencia basta para humillarme.... ¡Y yo no puedo vivir sin tu presencia!...... ¡Yo quiero que al mirarte, mi corazon palpite de alegría! ¡quiero sentir lo que siempre he sentido cuando te he visto! ¡lo que sentía ántes!...... ¿Por qué huyes el rostro? ¿Por qué en tu frente pálida se extiende como una sombra que vela los pensamientos de tu alma......? ¿Por qué? ¿Por qné tu mirada torva y sombría se oculta recelosa bajo tus

párpados y no me miras como siempre?

SANCHO. Blanca...... tú sospechas....

BLANCA. Yo no sospecho, no: yo creo. Confiésalo de una vez.... ¡Nace y crece el amor lentamente, pero puede morir en un instante....! ¡Mía es la culpa!

SANCHO. ¡Calla!...... ¿No ves que me estás destrozando el alma?

BLANCA. ¡Oye! Anoche dormías... ¡yo velaba! Sentíme estremecida de pronto por el acento lejano, entrecortado y trémulo de tu voz.... hablabas como si un peñasco enorme comprimiera tu pecho....

SANCHO. ¡Dices bien.... ¡así era!.....

BLANCA. Pronunciabas palabras de exterminio..... ¡de venganza...... de deshonra.... de amor!

SANCHO. ¡Tambien de amor!

BLANCA. Sí.... Entre aquellas voces que partían arrancadas de lo íntimo de tu corazon y que como un eco se escapaban de tus labios.... oí mi nombre.... ¿Qué éra eso, Sancho......? Dímelo.

SANCHO. ¡Un sueño!.... una pesadilla horrible! No sé si dormía. Yo no sé si estaba despierto. Te veía, Blanca, humillada, degradada, envilecida.. manchada tu frente, y tus ojos entristecidos

por el llanto...... Vertías un mar de lágrimas.. Enferma, pálida, despidiendo sollozos que partían el alma, atravesabas sin embargo por el mundo, arrastrando en el lodo de la infamia tu fastuoso vestido de cortesana....! El virrey torvo, iracundo, doblegado bajo el peso de su infortunio, te seguía á lo léjos.... y ¡yo tras él....! ¡Aquello parecía una procesion de los antros infernales...... Así íbamos...... Y yo, yo que con sólo extender la mano podía arrancarte de aquella situacion infamante, te miraba ébrio de felicidad y de ventura...... gozaba con tu sufrimiento.... ¡reía con tu martirio, Blanca! ¡y gozaba aun más, y reía aun más, con el martirio y la desesperacion del virrey!.... Hubo un momento en que quise huir.... huir muy léjos de los dos, y entónces......(*Con expresion de infinita ternura, cambiando de semblante*) el influjo de tu mirada, el eco dulce, argentino y armonioso de tu voz me detuvieron...... ¡oí el grito del amor en mi pecho...! Tu sér entero se trasportó á mi sér, dominándolo, embriagándolo, absorbiéndolo, y en esa espantosa lucha, entre mi amor y mi venganza......!

.NCA. ¡Tu venganza......!

CHO. ¡No sabes lo que es eso....! Retorcía el dolor mi alma; sentía la locura en mi cerebro; estallaba la desesperacion en mi pecho, como la tormenta en el negro centro de una nube y un torrente de blasfemias y de oraciones, brotaba de mis labios....

NCA. Sancho,..... ¡pero tu deliras aún!

CHO. ¡No, no Blanca...... ¡pobre Blanca mía!.... Ya no deliro, no.... no deliro; pero sí creo que estoy loco. Esto es que aún sostiene mi alma un tremendo combate... aquí siento la lucha... fiera, desesperada.... mortal!.... Vete, recógete...... déjame soló......!

NCA. ¡Sancho....!

CHO. ¡Yo te amo!.... ¡Vete....! (*Blanca abandona la escena llorando.*)

ESCENA V.

ICHO que se ha quedado viendo desaparecer á Blan:a, cuando ésta desaparece, dice:

¡Infeliz! ¿por qué una sangre maldecida circula por tus venas? ¡Ay!.... ¿qué culpa tengo yo de haberte amado ántes de conocer la savia que anima tu existencia.... que da color y frescura á tus mejillas, sonrisa á tus labios, luz á tus ojos?...... ¿Por qué

te amé, cuando debía aborrecerte? ¡Por qué debo aborrecerte hoy, cuando te amo con toda mi alma!....... ¿Qué es esto?.. ¡Ay! ¡ay! no puedo... ¡no puedo más!

(*Se deja caer desplomado en el escaño. Pausa ligera.*)

ESCENA VI.

SANCHO, FORTUN.

FORTUN. Señor....

SANCHO. ¿No he dicho, Fortun, que no estoy para nadie?

FORTUN. ¿Esa orden alcanza tambien á su Excelencia?

SANCHO. ¡Al Virrey!

FORTUN. Sí, señor.

SANCHO. No, no; al virrey no.... (*Levantándose.*) Pero.... ¿por qué lo dices?

FORTUN. Porque se dirige hácia aquí; le he visto.

SANCHO. Si aquí viene, dale paso, Fortun.... (*Aparece el Virrey.*) ¡Ah! [El cielo me lo envía....!) (*Hace seña á Fortun que se retire.*)

ESCENA VII.

SANCHO, el VIRREY

VIRREY. Sancho......

SANCHO. Adelante, señor! Tanta honra! ......

VIRREY. Ya te he dicho que te amo como á un hijo, Sancho. No viene á tu casa

el virrey de México; á ella entra el amigo. Recíbeme como á tal.

SANCHO. Y ¿á qué le debo entónces este placer.. .? Sentaos, señor, sentaos.... (*El virrey se sienta.*)

VIRREY. ¡Me acerco á tí, Sancho, porque soy muy desgraciado!

SANCHO. (*Con placer.*) ¡Vos, muy desgraciado!

VIRREY. Sí. Si tú supieras!......

SANCHO. ¡Y qué os pasa! Sepamos...... Pero permitidme cerrar esta puerta, porque entra un frío....(*Le pasa un cerrojillo á la puerta que comunica con el interior y por la cual desapareció Blanca*). ¡Y bien, señor! ¿Qué os hace desgraciado? ¡Pareee increible! Un hombre poderoso, rico, inmensamente rico mecido desde su infancia en brazos de la fortuna...... ¡Acaso vuestra esposa!......

VIRREY. ¡Mi esposa?.... no. Mi esposa no ha podido nunca hacerme desdichado, por lo mismo que nunca me ha hecho feliz. Jamás nos hemos amado. Caséme con ella por respetos de familia, y en fin....

SANCHO. No comprendo entónces....

VIRREY. ¡Oyéme, Sancho! Hace muchos años, que es mi único bien, mi única alegria, mi único exclusivo afecto en este mundo, una hermosa niña....

SANCHO. Sí; si.... una hermosa niña que ha crecido de educanda en un convento de Sevilla......

VIRREY. ¿Lo sabías?.... (*Profundamente sorprendido.*)

SANCHO. Y que trajisteis con vos á México hace dos años......

VIRREY. ¡Sí!......

SANCHO. La alojásteis en las Concepcionistas, donde la hicísteis amar y respetar, como si hija vuestra hubiese sido....

VIRREY. ¡Eso es!

SANCHO. La visitábais todos los días, misteriosamente, al caer la tarde......

VIRREY. Sí, porque....

SANCHO. Ya lo habeis dicho. Porque la amábais con todo el poder de vuestra alma....

VIRREY. ¡Con todo el poder de mi alma! Pero...

SANCHO. Pero...... ¡os la han robado! [*Pausa ligerísima.*]

VIRREY. (*Acercándose á Sancho con grande emocion.*) ¡Y tú, tú, Sancho, sabías eso tambien!

SANCHO. Cuando os lo digo......

VIRREY. ¡Y quién, quién ha sido....? ¡Quién..? ¡No me reveles su nombre, nada me importa! Dime dónde está!.... dímelo.... porque quiero beber su sangre toda!

SANCHO. ¡Calma, señor virrey.... más calma!

VIRREY. ¡Calma! y ella no está á mi lado..... ¡Calma, y las horas vuelan.... ¡Calma! y el dolor acrece, y el tormento arrecia y la desesperacion mata!

SANCHO. ¡Mucho sufrís!

VIRREY. ¡Dime quién es, Sancho! ¡Tú lo sabes, lo estoy leyendo en tus ojos!.... ¡Dímelo!... ¡No ignoras que aquí valgo cuanto vale un rey! ¡El Rey no es más podoroso que yo! ¡Pídeme honores, riquezas, preeminencias...... todo, todo por una palabra tuya! Habla.... lo sabes, ¿no es verdad?

SANCHO. ¡Sí, lo sé!

VIRREY. ¡Oh, ventura.!....y has de decírmelo!

SANCHO. No.

VIRREY. (*Furioso.*) ¿No?... ¿Que no has de decírmelo tú......? (*Se dirige hácia la puerta del fondo alzando la voz.*) ¡Hola! ¡á mí...!

SANCHO. (*Deteniéndole suavemente.*] ¡Ah! voy á cerrar esa puerta, porque entra un frío...... (*Cierra con llave la puerta del fondo. El virrey lo contempla con espanto.*)

VIRREY. ¡Sancho!...... ¿Te estás burlando de mí.....? ¿Estás jugando con mi agonía?..... Pero no, no...... ¡tú no eres capaz de eso, imposible!.... ¡Tú no eres un ingrato!

SANCHO. Sentaos, señor virrey, y escuchadme.

VIRREY. ¿Que yo me siente?...... bueno, te obedezco.... ya lo ves: me siento.. ¿Pero has de decírmelo?....

SANCHO. ¡Oíd! Anoche mismo, anoche, señor virrey, os referia que Juan de Pare, des...... aquel sujeto á quien os habían recomendado....

VIRREY. ¡Dios mío! Pero ¿y eso que tiene que ver?

SANCHO. ¡Si no teneis calma....

VIRREY. ¡Sancho......!

SANCHO. ¡Si no teneis calma, enmudezco, y entónces nada sabreis, aun cuando me pusiérais en el potro del tormento!

VIRREY. ¡Bien, bien!.... ya callo......, ya escucho...... qué ansiedad!

SANCHO. Juan de Paredes, el desventurado huérfano, encomendó á un amigo suyo, muy íntimo, mucho.... en una palabra, otro él, la mision de vengar sus agravios en la persona del robador de doña Mencía y del asesino de su padre......: y este amigo, este buen amigo, descubrió al fin al infame.... ¡Ah! era un hombre muy poderoso!

VIRREY. ¿Y tú sabes su nombre..... ?

SANCHO. Si mi interrumpís....

VIRREY. ¡Escucho!

SANCHO. El buen amigo de Juan de Paredes, logró acercarse primero.,.. hablar

despues...... introducirse en la casa...... y luego, en el corazon del verdugo. Le espió como el cazador de lobos á su presa...... le acechó cauteloso....se impuso de sus actos, de sus menores movimientos! Estudió su carácter, sus afecciones más íntimas; le siguió á todas partes y á todas horas, y descubrió al fiu el lugar .... ¡el lugar en que se ocultaba el cubil de la fiera! ¡No tenía más que un único amor sobre la tierra!.... Y allí clavó sus ojos, porque clavándolos allí, clavaba un puñal en el corazon del asesino..... No, en su corazon no...... ¡en su alma!.... ¡Porque aquel amor era su hija...... una doncella encantadora......!

VIRREY. ¡Sigue......!

SANCHO. Díjola amores....

VIRREY. ¡Sigue......!

SANCHO. Ella le amó con la cegueddad y el poder todo del amor primero.

VIRREY. ¿Y él......?

SANCHO. El.... ¡no la amaba!

BLANCA. (*Desde dentro con un débil grito.*) ¡Ay!

VIRREY. Ese gemido......

SANCHO. ¿Un gemido?... ¿vos habeis oído un gemido?

VIRREY. ¡Creí.... tal vez, no.. . me engañé.. sigue....

SANCHO. Y una noche..... ¡anoche!

VIRREY. ¡Ya lo sé!.... ¡Calla! ¡Su nombre..!

SANCHO. Robóla él.... para deshonrarla....

VIRREY. ¡Calla!

SANCHO. ¿Para envilecerla.....!

VIRREY. ¡Para envilecerla!..... ¿Y ella?

BLANCA. (*Dentro.*) ¡Abre! (*Sacudiendo violentamente la puerta.*)

SANCHO. ¡Oyela!

VIRREY. ¡Allí.... allí está ella! ¡Miserable..! ¿Qué has hecho? ¡Vas á morir! (*Llevando la mano á la empuñadura de su espada.*)

SANCHO. ¡Sí, sí!.... Ven, infame asesino, ¡porque yo te aborrezco como á ella!

ESCENA VIII.

Dichos, BLANCA que ha hecho ceder la puerta.

BLANCA. (*Forzando al fin la puerta y dirigiéndose á Sancho.*) ¡Mientes!.... ¡mientes!.... ¡Tú no me aborreces!

VIRREY. ¡Blanca!

SANCHO. (*Señalando á Blanca.*) ¡Mírala....! ¡mírala!.... ¡Allí estaba!..... (*Señalando á la habitacion en que estaba Blanca.*) ¡Y cuando dentro de poco hayas muerto por mi mano, virrey de México, habrás muerto dos veces!

VIRREY. (*A Blanca.*) ¿Y es cierto?....

BLANCA. ¡Sancho! ¡Defiéndeme de la deshonra!

SANCHO. (*Sin hacer caso de ella, al virrey.*) Cuando un padre encuentra al cabo..

VIRREY. [*Queriendo poner una mano en la boca de Sancho.*] ¡Calla, maldito, calla!....

SANCHO. ¡Blanca! ¡Ese no es tu tutor, ese es.. tu padre!

VIRREY. ¡Ah!

BLANCA. ¡Mi padre! (*Quédanse Blanca y el virrey como anonadados.*)

SANCHO. (*Contemplándolos.*) ¡Y cuánto debe sufrir el corazon de un padre, al presentársele la vez primera con este sagrado título á la hija de su corazon! .... ¡Ella no puede darle á besar su frente.... ¡no puede!

BLANCA. (*Suplicante.*) ¡Sancho!

SANCHO. ¡No puede sentir sus ojos inundados por el llanto de la felicidad.... sino por las lágrimas de la vergüenza!... ¡Cuánto debe sufrir ella, y cuánto debe sufrir él!

VIRREY. ¡Iufamia!....

SANCHO. ¡Infamia no! ¡Porque el sufrimiento de ellá está centuplicando el vuestro!

VIRREY. (*Desenvainando el puñal.*) ¡Blanca, vas á morir....!

BLANCA. [*Retrocediendo y horrorizada.*] ¡Ah!

SANCHO. (*Arrojándose sobre el virrey.*) ¡No la toqueis....! ¡Miradla.... ¡es ino-

cente! Amor me ha robado mi presa. ¡Tanto la amé, que pudo más mi amor que mi venganza! (*En el semblante del virrey aparece la alegría.*) No te goces....! virrey. ¡Tú que has sabido robar mujeres y asesinar ancianos.... no te goces!.... Sólo Dios, y tú, y yo, sabemos que está pura! No me he atrevido ni á ofenderla con una mirada; pero mañana....

VIRREY. ¡Ah!

SANCHO. Mañana sabrá toda tu corte, que esa es tu hija!

VIRREY. ¡No....!

SANCHO. Y que ha pasado allí la noche... (*Señalando á las habitaciones interiores.*)

VIRREY. ¡Tú morirás!

SANCHO. ¡Lo sabe mi escudero....!

VIRREY. (*Sacando la espada.*) ¡Basta!...... ¡Sangre!...... ¡tu sangre!.... ¡Qué sed tan espantosa!......

SANCHO. (*Desenvainando.*) ¡Como la mía, no!

BLANCA. Señor, teneos...... Sancho, ¿es esto posible?

SANCHO. ¡Otra vez su acento...... otra vez el grito de su amor aquí en mi pecho! aparta..... aparta de mí, Blanca, tu mirada, que á su influencia mi brazo desfallece, y tiembla en mi mano el acero cobarde.

BLANCA. ¡Sancho, basta!

SANCHO. ¡Oyelo!... ¡óyelo, padre mío! ella lo ruega....! Ten compasion de mí, si cuando ha llegado la hora de vengar te.... por salir pugna el perdon de mis labios.... ¡Padre mío, perdon!

VIRREY. ¡Tu padre has dicho! ¿quién era tu padre? ¿cómo te llamas?

SANCHO. Me llamo ¡Juan de Paredes!

VIRREY. Tú...... ¿tú eres hijo de Diego Paredes y Doña Mencía?

SANCHO. ¿Para qué me lo recuerdas? ¿por qué haces que aparezcan ante mí sus fantasmas ensangrentados?...... Sí, yo soy...... yo quien te lo roba todo.

VIRREY. Tú, quien la deshonra!

SANCHO. Sí.

VIRREY. Parece que Satanás vive en tu pecho y que el infierno inspira tus palabras!

BLANCA. ¿Qué dice?

SANCHO. ¿Qué decís?

VIRREY. Desdichado, sabe que aquellos ocultos amores con Doña Mencía tuvieron un fruto, y ese fruto es......

SANCHO. Ella! amor maldito!...... Ella es mi hermana.... ¡Oh, Dios poderoso!

BLANCA. Huye, Sancho de aquí.... ¡Perdon y olvido!

SANCHO. ¡Perdon y olvido!.... ¡Sí, Dios, Dios me castiga....! Muera en mi pecho, muera el sacrílego amor al par de mi

venganza! ¡Ay.... no volverte á mirar, miéntras tu halago endulza otra existencia...... ¡Desventura mayor!

BLANCA. Sancho...... en un convento acabaré mis dias. (*Movimiento de dolorosa resignacion en el virrey, que dobla la frente al suelo.*)

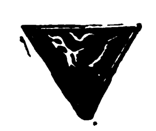
SANCHO. Allí ruega por mí.... ¡Blanca! (*Despidiéndose.*)

BLANCA. ¡Sancho!......

SANCHO. ¡Hasta el cielo! (*Con inmenso dolor y dirigiendo sus pasos hacia la puerta del fondo.*)

BLANCA. ¡Hasta el cielo!...(*Cayendo de rodillas.*)

FIN DEL ACTO TERCERO Y ULTIMO.



EN EL UMBRAL DE LA DICHA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Al insigne novelista orizabeño,
Rafael Delgado.

El autor.

PERSONAJES.

Doña Ana.
Don Arias.
Fadrique.
Leonelo
Jimena
Fortun (*que no habla.*)

La escena pasa en México ó en una de sus cercanías.—1620.

Este drama se representó por primera vez en el Teatro Principal la noche del 15 de Agosto de 1895.



ACTO PRIMERO.

Salon gótico. Puerta en el fondo. Otra á la derecha de actor, en primer término y que se supune se abre sobre una escalera que conduce á los jardines. En segundo término, un balcon. A la izquierda, otro balcon, en segundo término, y una puerta en primero, que da á las habitaciones de Doña Ana. Entre la puerta del fondo y el balcon de la derecha una chimenea encendida. Mesa con recado de escribir. Retratos en grandes marcos tapizando las paredes.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA y LEONELO [en traje de camino]

ANA.

Dices, Leonelo, que pronto
Vendrá de Ulúa Don Arias..?

LEONELO.

En breve, señora.

ANA.

¿Hoy mismo?

LEONELO.

Podrá ser, si aprisa marcha.

ANA.

Pero no supones......

LEONELO.

No;

Yo no sé suponer nada.
Tal vez llegue en una hora,
O en dos, ó en más, ó mañana,
O acaso no llegue nunca,
Que es soldado y eso basta:
Y si le ordena el deber
Tornar á la solitaria
Mansion que del golfo adusto
Entre las ondas se alza,
De nuevo irá á guarecerce
Tras la sombría muralla.

ANA.

(Haciendo ademan de que se retire).

Bien está......

LEONELO.

Con vuestra venia,
Me retiro....

ANA.

.Con Dios vayas.

LEONELO.

(Hace ademan de retirarse, avanza lue go al proscenio y dice):

Y ¿nada más preguntáis
De mi señor, Doña Ana?

ANA.

Y ¿qué podrías, Leonelo,
Saber de lo que le pasa,
Si breves horas tan sólo
Con él estuviste?

LEONELO.

Nada
En breves horas se sabe;
Nada..Mas en unas cuantas,
Pudiera observarse mucho..

ANA.

Pues si algo observaste, habla.

LEONELO.

Que anda triste.

ANA.

Como siempre.

LEONELO.

Que ni una sonrisa vaga
En sus labios......

ANA.

Por costumbre,
Nunca ríe.

LEONELO.

Que en su pálida
Frente, ceñuda y sombría,
Se vé, señora, se palpa,
Que hay una nube que siempre
La entristece y que la empaña.

ANA.

Siempre.... Ya tú lo dijiste.

LEONELO.

Y que su torva mirada,
Tenaz, fija en el espacio,
Parece que ansiosa aguarda
Algo que herirla debiera
Con un rayo de esperanza.

ANA.

Siempre de ese modo vieron
Las miradas de Don Arias.....

LEONELO.

Perdonad...... Mas no es exacto.

ANA.

¡Leonelo ...!

LEONELO.

Yo, de la casa
De mi señor hace tiempo
Que soy lebrel; y de casta
Me viene el serlo, señora,
Que en la soberbia morada
De los Sarmientos nací,
Y nació mi padre.... y hasta
Donde conservo memoria
De mi ascendencia, bien clara,
Todos los míos sirvieron,
Con su sangre y con su espada,
A tan nobles caballeros.
Y yo ví niño á Don Arias,
Y era él ántes decidor,
Y alegre, y franco, y gustaba
De la plática sabrosa,
Y de la festiva plática;
Y sólo cuando tenía
Que habérselas con canalla
O con gente aventurera,
O por cuestiones de sayas,
Arrugaba el entrecejo
Y torcía la mirada,

Y, envuelto en ira el acero
Se iba solo de la vaina....
Fuera de eso, hasta aquel día,
Nuncio de duelo y desgracia,
En que con vos celebró
Sus bodas......

ANA.

Leonelo, calla.

LEONELO.

Sus bodas digo....

ANA.

Silencio ....
Véte ya......¡Ni una palabra!
[Vase Leonelo].

ESCENA SEGUNDA.

ANA sola.

Vendrá otra vez..ojalá
Que nunca, nunca viniera
A aumentar la angustia fiera
Que devorándome está.
Mas ¿por qué tras él se vá
Mi pensamiento ligero....?
Si por mirarle me muero,
Si por él mi pecho late,
¿Por qué en tan rudo combate
A un tiempo quiero y no quiero?
No quiero ¡no!.. Vale más,
Pues al verle sufro tanto,
Que corra siempre mi llanto,
Que no le mire jamás.

Alma mía....¿En dónde estás?
¿En dónde que no te siento?
¿Dónde estais alas del viento
Que en mi ayuda no venís?
¿Por qué traidoras huís
Llevándoos mi pensamiento?......
Ay de mí, y ay de la vida
Que en lo futuro me espera,
Halagando una quimera
De mí misma aborrecida....
Siempre en la senda perdida,
Siempre la duda á mi encuentro;
Del corazon en el centro
De un triste amor los despojos......
Ni una lágrima en los ojos,
Todas mis lágrimas dentro.

ESCENA TERCERA.

JIMENA.—DOÑA ANA.

ANA

Jimena ven....Quiero hablarte.

JIMENA.

¿Qué tenéis? ¿Os sentís mal?

ANA.

Una noticia fatal
Tengo, Jimena, que darte.

JIMENA.

¿Tanto, señora, os conmueve?

ANA.

Tanto......Y ¿lo podré evitar
Si Don Arias va á llegar?

JIMENA.

¿Don Arias llega?

ANA.

Y en breve.

JIMENA.

Lo supísteis......?

ANA.

Por Leonelo.

JIMENA.

¿Llegó Leonelo?

ANA.

Llegó,
Y su nueva me llenó
De amargura y desconsuelo!
¡Ay! Y además insolente
Y atrevido, de él en mengua,
Desató airado la lengua
Contra mí....

JIMENA.

Siempre que enfrente
De ese hombre me ví, temblé.
Para vos siempre en su labio
Hay un insulto, un agravio.

ANA.

Yo le perdono......Ya sé
Que idolatra en su señor,
Y por eso le perdono,
Que el amor viene en su abono
Y es muy sagrado su amor!
Siempre que Don Arias tuvo
Una herida leve ó cruel,

El la restañó: fué él
Quien la sangre le contuvo.
Y en llanto amargo deshecho,
Como una madre lo haría,
Veló de noche y de día
Al pié de su triste lecho.

JIMENA.

¿No es Don Arias castellano
De Ulúa?

ANA.

Ese cargo tiene,
Mas hoy á México viene
Por mandato soberano.
Pero oye, Jimena, y ten
Compasión de mi dolor;
Si ahora viene mi señor,
Viene Fadrique tambien.
Y si se encuentran aquí,
Si aquí le llega á mirar
Don Arias....¿qué va á pasar?
¡Qué va á ser, cielos, de mí!

JIMENA.

Tantas veces ha venido
Fadrique.... y sin que eso arguya...

ANA.

Ya sabes que en contra suya
Leonelo está prevenido.
No hace mucho, y esto bien
Basta á que mi angustia explique,
Que lucharon con Fadrique,
Juntos Leonelo y Guillén;

Que atravesar le miraron
El jardín, y cual ladron,
De herirle con la intencion,
Hierro en mano le atacaron.
Y á no ser por decidido
Y por valiente y audaz,
Aquella noche al rapaz
Hubieran muerto ó herido.
Leonelo desde aquel lance
Vive alerta.

JIMENA.

Debe ser......

ANA.

Y hoy no sé lo que he de hacer
En tan congojoso trance.

JIMENA.

Pues que no venga el mancebo
Y salís del compromiso.

ANA.

¿Quien le avisa?

JIMENA.

Yo le aviso.—
A aseguraros me atrevo
Que daré con él, señora.
Escribid......Dadme un papel...

ANA.

(Toma un papel y escribe algunos renglones).
¡Si lograras dar con él!

JIMENA.

Antes de que dé la hora
De la cita, siempre ronda

Por la calleja desierta
Del portillo de la huerta.
No temais que se me esconda.—
¿Acabásteis?

ANA.

Acabé.
Yo no sé lo que me pasa.
Si no en la calle, en su casa
Busca á mi Fadrique.. Vé.
(Vase Doña Ana).

ESCENA CUARTA.

LEONELO y JIMENA.

(Jimena se dirige al fondo para salir y la detiene Leonelo que se supone que ha estado espiando).

JIMENA.

Ah! Leonelo!

LEONELO.

El papel.

JIMENA.

Qué es lo que dice?
¿El papel?

LEONELO.

El papel.

JIMENA.

No lo comprendo.
¿Qué papel me pedís?

LEONELO.

El papel ese.

JIMENA.

¿Este papel?

LEONELO.

Sí tal, el papel quiero.

JIMENA.

¿Este papel? ¡Jamás! Podeis herirme,
Hacerme añicos, quebrantar mis huesos;
Yo os daría gustosa hasta la vida,
Ah, pero este papel! ¡Nunca, Leonelo!

LEONELO.

Pues yo digo que sí.

JIMENA.

Pues si se obstina,
He de llamar á mi señora luego.

LEONELO.

No querreis exponerla á la vergüenza
De que sepa que yó sé su secreto.....

JIMENA

Señor Leonelo....

LEONELO.

Si......Mas basta......Basta
De palabras insulsas, y á los hechos.
[Saca el puñal].

JIMENA.

¿Quereis asesinarme? Por mi vida......

LEONELO.

(Envainando.]
Teneis razon, que con mis puños tengo.

JIMENA.

Os atreveis á tanto?

LEONELO.

Me parece.

JIMENA.

(Dirigiéndose á la chimenea.)

Antes, Leonelo, he de arrojarlo al fuego.

LEONELO.

(Interponiéndose entra ella y la chimenea.)

¡Al fuego, no!

JIMENA.

(Dirigiéndose al balcon derecha.)

Entónces á la acequia.

LEONELO.

No; tampoco, Jimena; al agua ménos.

JIMENA.

(Atravesando la escena hace pedazos la carta y llegando al balcon de la izquierda ántes que Leonelo, echa los pedazos al viento.)

Entónces en pedazos.

LEONELO.

¿En pedazos?

JIMENA.

¡En pedazos, sí tal, lo arrojo al viento!

LEONELO.

(Dirigiéndose al fondo.)

¡Ah, bien, muy bien, el fuego no devuelve
Lo que le dan.. ni el agua... pero pienso
Que la tierra y el aire no se tragan
Nunca.. ¡jamás! lo que les dan los necios.
(Váse Leonelo.)

ESCENA V.

JIMENA.

¡Oh, desdicha. ¿Qué intenta? Mi señora
Razon tenía en recelar del viejo.
Más ella al punto me dará otra carta
Y la podré llevar... Aún será tiempo.
Ah, no.. torpe de mí.. pues que tampoco
Me dejaría salir, que es siempre el mesmo.
(Suena una hora.)
Las diez.. las diez.. ya es tarde y D. Fadrique
Acudirá á la cita sin remedio.

ESCENA VI.

JIMENA. ANA.

ANA.

Jimena.....

JIMENA

Ya lo veis.... no fué posible
Que saliera de aquí......

ANA.

Pues con Leonelo,
O con su hjio Guillén te encontrarías.

JIMENA.

Señora, me encontré con el primero.

ANA.

Y ¿ahora?

JIMENA.

Esperar... valor.. sois inocente.

ANA.

¿Inocente, Jimena?

JIMENA.

Ya lo creo!

ANA.

Supon, pobre Jimena, que lo sea.
¿Qué hace en el bosque el arbolillo tierno;
Qué daño puede hacer? Dime qué daño
La delicada flor y el indefenso
Niño gentil que con su mano blanca
La dicha busca en el materno seno?
Y sin embargo espira el pobre niño
De fiebre impía en el mortal acceso
Y el arbusto y la flor del rayo ardiente
Heridos sin piedad, burla del viento
El tierno cáliz y las verdes hojas
Y el dorado boton, ruedan al suelo.

JIMENA.

Teneis razon, es cierto, mas acaso
No le verán entrar... ¿Ni qué otro medio
Os queda á vos, señora, que aguardarle
Y el de implorar la proteccion del cielo?

ANA.

Si Leonelo ó Guillén venir le viesen....
(*Asomada al balcon.*)
Si salieran, traidores, á su encuentro.....
No es fácil, no.... Cerrada está la noche
Y en tenebroso manto yace envuelto
Cuanto escudriña la mirada inquieta
En la profunda lobreguez del suelo.
¿Oyes pasos?

JIMENA.

Sí tal...

ANA.

Déjame sola.

Él es, Jimena.... él es.... que ya le veo!

ESCENA VII.

Doña ANA, FADRIQUE.

ANA.

(Corriendo á su encuentro y abrazándolo.)

Mi Fadrique.

FADRIQUE.

Madre mia.

ANA.

¡Ay! al fin en mi presencia.

FADRIQUE.

Despues de tan larga ausencia

Ansia de veros tenia

ANA.

(Con cierta satisfacion.)

¿Larga?....

FADRIQUE.

Tal me pareció.

ANA.

¡Un mes!

FADRIQUE.

¿Un mes?

ANA.

Nada más.

FADRIQUE.

Pero sin veros, jamás

Tanto tiempo se pasó.

ANA.

Tal mi voluntad no fué.

FADRIQUE.

Por obsequiarla rendido,
Hasta hoy, señora, he venido
Vos lo quisísteis....

ANA.

Sí á fé;
Mas después del lance rudo
Que te sorprendió saliendo
De esta casa......

FADRIQUE.

Ya comprendo.

ANA.

¡Costarte la vida pudo!

FADRIQUE.

Pues por veros ¡vive Dios!
Cien veces más la expusiera.

ANA.

¡Pues, por Dios, que Dios no quiera!
¡Moriríamos los dos!
Vivir sin tí no podría,
Que tú mi existencia escudas.

FADRIQUE.

¿Tanto me amais?

ANA.

¿Tanto dudas?

FADRIQUE.

En mi caso dudaría
Cualquiera, y perdería el seso.
Que aunque tanto os la pedí,

La explicacion no aprendí
De vuestro amor; del exceso
De vuestro amor, sobre todo:
Ni me explicásteis....

ANA.

Fadrique,
Ni pretendas que lo explique.

FADRIQUE.

Siempre me hablais de ese modo,
Cuando me afano en saber
Del pasado, del presente....
Y vos, señora....

ANA.

(Aparte.)

¡Imprudente!

FADRIQUE.

Y si lo he de pretender......

ANA.

Y si llegaste á pensar
Que no lo quiero decir,
Ni lo debes inquirir
Ni lo debes prepuntar;
Si en la dicha ó el dolor
Te halagaron, desde niño,
Los besos de mi cariño,
Los suspiros de mi amor,
¿Qué te falta?.... ¿Adónde vas
Que mi sombra no te siga?
Dónde que mi mano amiga
No te encuentre donde estás?
O te hace falta otro beso

Que no sea el beso mío,
O quierés.....

FADRIÓUE.

¡Destino impío!
No es eso, madre, no es eso.
Que si otra madre tuviera,
Y por mí mal que ha de ser,
Ni la quiero conocer
Ni la amara si la viera.
Quiero saber, no os asombre,
Cómo se llama.....

ANA.

¿Esto más?

FADRIQUE.

Su nombre ¡madre!

ANA.

¡Jamás!

FADRIQUE.

Su nombre, sólo su nombre.
Y el de mi padre. ¿Quién fué
Mi padre y de donde vengo?
Y ese nombre que no tengo....
¡Qué no lo tengo! Y ¿por qué?
No es un derecho, no tal,
Que darse y quitarse puede.
¡Que el nombre del padre, herede
El hijo, es ley natural!
¿Por qué no le tengo yo?
Pues si es un nombre ¡ay de mí!
Que con nacer adquirí
¿Quien al nacer me lo hurtó?

¿Quién de dármelo se olvida?
Si á tanto se aventuraron,
¿Porqué si me lo quitaron
No me quitaron la vida?

ANA.

¡Fadrique!

FADRIQUE.

¡Señora... sí...
Si no he de poder honrar
Nombre que debí llevar
Desde el punto en que nací,
Decidle á aquel que lo lleve
Que para mejor honrarlo,
Si no se resuelve á darlo
Al que á pedirlo se atreve,
Que en la sombra, al pié de un muro
Ruinoso, triste y sombrío,
En el recodo de un río,
O en un aposento oscuro,
Sin salida, sin ambiente,
En donde no pueda el viento
Llevar al mundo el lamento
De su víctima inocente,
Burlando al cabo un derecho
Que da la ley natural,
Clave, señora, un puñal
En la mitad de mi pecho.

ANA.

[Cubriéndose el rostro inmutado y pálido.]
Calla.... Fadrique ¡qué horror!

FADRIQUE.

(En un arranque de profundo cariño.)

Ah.. ¿Qué teneis? ¡Madre mía!
Estais pálida.... ¡Estais fria!
¡Madre!.. ¡Piedad!.... ¡Por favor!...
¡Oh, perdon!.... ¡perdon os pido!
Loco estoy.... Locura es...
Vedme, madre, á vuestros piés,
Pesaroso, arrepentido.

ANA.

¡Fadrique!....

FADRIQUE.

(Con ternura creciente, abrazándola y acariciando sus manos y su rostro.)

Así.... Más aprisa,
Vuelva á influjo de mi amor
A las manos el calor,
Y á los labios la sonrisa......
Luz á los ojos dormidos;
Lata el pulso, torne al pecho
El respirar satisfecho,
Y el placer á los sentidos.
Aquí madre, en el sitial,
[*Llevándola á un sillon, sentándose ó arrodillándose á sus pies.*]
Como otras veces.... Yo aquí,
Siempre á vuestros piés.... así....
Siempre igual.... igual.... igual....
¡Ay....! Ofender de este modo
A quien en el alma llevo,
A quien todo se lo debo,

¡A quien se lo debo todo!
¿Pudiera acaso nublar
Al sol de mi porvenir?
¡A quien me enseñó á reir
Yo no puedo hacer llorar!
¿Me perdonais?

ANA.

Te perdono.

FADRIQUE.

¿Con el alma?

ANA.

Y con la vida.

FADRIQUE.

¡Ay, madre mía querida,
Venga esta pena en mi abono!
(Poniendo la mano sobre su corazon.)

ANA.

¿Tú penas?

FADRIQUE.

Una y horrenda.

ANA.

¡No lo puede comprender!
¿Desde cuándo?

FADRIQUE.

Desde ayer;
Desde que tengo esta prenda.

ANA.

¿Una prenda?

FADRIQUE.

(Le enseña una sortija.)
La estais viendo.

ANA.

¿De qué ha de ser?

FADRIQUE.

De cariño.

ANA.

¡Tan niño!

FADRIQUE.

Por ser tan niño
No sé lo que estoy sintiendo,
Ni me lo puedo explicar;
Pero desde ayer, señora,
Siento que hay álguien que llora,
Aquí en mi pecho escondido;
Un nuevo sér, algo nuevo
Que aquí vive, qne aquí llevo,
Y tan hondo y tan metido
Del corazon en el centro
Que por mirarlo quisiera
Tenerlo, señora, afuera,
Mejor que tenerlo adentro;
Porque es madre......
(*Se oyen golpes y ruido de cabalgaduras y voces.*)

ANA.

(*Azorada.*)
¡Calla!

FADRIQUE.

(*Levantándose.*)
¿Quién?
¿Porqué, señora, ese afan?

ANA.

¿Oyes ruido?...... En el zaguan
Parece que entran. ¡Oh! ven...
Por allí, vete...Fadrique...
[*Señalándole la puerta que da al jardin.*)

FADRIQUE.

Es que deciros quería
Algo más y no podría,
Sin que el dolor centuplique
Sus rigores contra mí,
Más tiempo permanecer
Con esta duda......

ANA.

¡Oh!...... qué hacer....
Mañana....

FADRIQUE.

¿Mañana?

ANA.

Sí.

FADRIQUE.

¿Como hoy á las diez, señora?

ANA.

A las diez aquí te espero.
¡Dame un beso, así te quiero
Como ahora, como ahora.

FADRIQUE.

Madre, adios. Hasta mañana.

ANA.

Que el cielo calme tu cuita.
(*Vase Fadrique.*]

¡Oh, ley del amor bendita!
¡Oh ley del amor tirana!

ESCENA VIII

JIMENA, Doña ANA.

JIMENA.

Don Arias ha llegado.

ANA.

Acaba de llegar...... De armada gente
El rumor he escuchado.

JIMENA.

¿Y á verle no salís? Fuera imprudente
Exasperar, señora, su amargura.

ANA.

¡No puedo! no, Jimena.... Dios lo quiso
Y cumplir es preciso,
Hasta el fin, mi propósito...... Locura
En mí será tal vez, tal vez delirio:
Pero á mis propios ojos obstinada
Luchando seguiré con el martirio
Que me impone la suerte despiadada.
Leonelo ¿está con él?

JIMENA.

No tal, señora.
Bajar á los jardines hace poco
Le he visto. (*Se dirige al balcon.*)

ANA.

Y á esta hora,
¿Qué puede hacer, Jimena? ¿Estará loco?
¿Si salir habrá visto á mi Fadrique?

JIMENA.

(*En el balcon.*)
No tal.... pero ¿qué veo?
Vedle tambien señora.... A lo que creo
Se dirige hácia acá.... su rostro alumbra
La luz de la linterna......

ANA.

El mismo, el mismo:
Es Leonel sin duda......

JIMENA.

¿Nos observa?

ANA.

No tal, á la escalera se encamina;
Ya se detiene ¿Ves? Cuál examina
Hoja por hoja la menuda yerba!
¡Oh! Tal parece que la luz le ofusca;
Ya se alza...... Ya se inclina....
¿Qué buscará...? Jurára que algo busca!

JIMENA.

Algo busca, eso sí......

ANA.

Jimena ¿no oyes?
Escucha ese rumor.... Viene don Arias.
Si por mí te pregunta, háblale apénas;
Dile que son mis noches solitarias,
Que nunca de él inquiero,
Y callada y sombría,
Sin encontrar un rayo de alegría,
De lenta angustia y de tristeza muero.

JIMENA.

¿No le aguardais? Si nadie me acompaña..

ANA.

Tú le has de recibir y así lo quiero.

ESCENA IX.

JIMENA, Don ARIAS, despues, én traje de camino.

JIMENA.

Me deja en honda confusion extraña.
El vendrá, como siempre, áspero y rudo,
Inquiriéndolo todo y con la pena
De su perpetua desconfianza.... Dudo
De conservar mi aplomo;
Y no sé qué decirle..... no sé cómo
Le habré de responder... El es, resuena
Su pisada en mi pecho......

ARIAS.

(Entrando y tornando la vista en derredor, deja la capa y la espada, y luego dice:)

¡Hola Jimena!

JIMENA.

Señor......

ARIAS.

Que Dios te guarde. Y ¿tu señora?

JIMENA.

En su cámara.

ARIAS.

Bien...... llámala luego.
Dile que aquí le aguardo sin tardanza,
Espera: no te vayas...... Sin sosiego,
Como siempre, á quimérica esperanza
Mi desolado corazon entrego.

JIMENA.

Señor, ¿la llamo?

ARIAS.

No...... debió Leonelo
Llegar entes que yo.

JIMENA.

Llegó en efecto.

ARIAS.

Entónces mi venida......
No es para ella un secreto.

JIMENA.

No por cierto, señor......

ARIAS.

Pues, por mi vida,
Que esperarme debiera
Al pié de la escalera.
Mas ¡ah! que en tal ventura
Nunca debí esperar; fuera locura.
¿No lo juzgas así......? ¡Locura fuera!
¿En qué, Jimena, pasa
Los días tu señora?

JIMENA.

Siempre en casa
La ví entregada á la labor.

ARIAS.

Y al templo,
¿Nunca concurre?

JIMENA.

Sí...... cuando lo ordena
El deber... nada más....

ARIAS.

Y tú, Jimena,
¿La acompañaste siempre?

JIMENA.

Siempre.

ARIAS.

¿Y nunca
Al templo sola fué?

JIMENA.

Nunca; conmigo
Siempre salió, señor; siempre al abrigo
De la murmuracion......

ARIAS.

Basta..... ¡ya basta!
¡Qué necio soy, Jimena, en preguntarte!

JIMENA.

¿Me retiro, señor?

ARIAS.

Sí por mi vida,
Avisa á tu señora, vé en seguida.

ESCENA X.

Don ARIAS solo.

¡Todo igual, todo lo mismo!
¡Mal que pese á mi deseo,
Siempre en el mismo lugar
Las cosas y los afectos!
(Llevando la mano á su corazon.)
No han cambiado ni uno solo
De sus detalles severos,
Ni lo que por fuera existe,

Ni lo que existe por dentro.
(*Señalando á su pecho.*)
Todo en su sitio; esa mesa,
Los tapices, y los lienzos
Con las sombrías figuras
De mis sombríos abuelos.
Esa ventana entreabierta;
Ese pedazo de cielo;
Y este silencio ¡parece
Que es aquel mismo silencio!
Y en la vieja chimenea
Aun me figuro que veo
El mismo leño, que ardía
Hace seis años, ardiendo.
Y......

ESCENA XI.

ARIAS, doña ANA.

ARIAS.

¡Doña Ana!...... Tambien ella.

ANA.

Señor....

ARIAS.

Tambien la contemplo
Siempre igual... ¡Siempre el hermoso
Pálido rostro hechicero!

ANA.

Señor, bien venido.....

ARIAS.

[illegible]

[illegible]

¡Y gracias á Dios que os veo!
¡[illegible], señora
En otra casa!

ANA

No pienso
Que tal debiérais hacer,
Siendo de esta casa el dueño.

ELÍAS

Si es así, no lo parece
Según el recibimiento.

ANA

¡Perdonad!

ELÍAS

¡Yo perdonaros!
Yo, Doña Ana, cuando advierto
Que soy culpable.... ¡

ANA

¡Culpable!
¡Culpable vos!

ELÍAS

Sí, por cierto.
Que aun no os pedí vuestra mano,
Y esa es falta de respeto.

ANA

Tomadla, señor. *(Aparte)* ¡Me abrasa
El corazón con sus besos!

ELÍAS

(Aparte) Parece que mármol frío
Tocan mis labios de fuego.
(Alto) ¿Ni una palabra, señora,
De esperanza y de consuelo?

Pensad que en San Juan de Ulúa
Viví, señora, muriendo,
En sus muros encerrado
Con mis tristes pensamientos.
Cuántas veces de mi angustia
Tras el implacable acceso,
En largas horas de insomnio
Y febril desasosiego,
Por la sombría muralla
Crucé, solitario espectro,
Entregando en mis sollozos
Amargas quejas al viento.
Y nadie oyó mis gemidos
Ni á mis gritos respondieron,
Ni las olas en la playa
Ni las nubes en el cielo.
Pasaban sobre mi frente
Las tempestades rugiendo,
Bajo mi cráneo bramaba
Huracan de pensamientos,
Y entre aquellas moles densas
Que en mil desgarrados velos
De sombras y de tinieblas,
Se movían en silencio,
Unas surgiendo del agua
Otras bajando del cielo
Entretejiendo sus ondas
En remolinos inmensos
Vos, Doña Ana...... vos, aborto
Del delirio...... del ensueño,
Pálida imágen querida

De rostro adusto y severo,
Cruzábais ante mis ojos
Sin contestar á mi ruego,
Sin escuchar el suspiro
Desgarrador de mi seno.

ANA.

Basta.... Don Arias.. . ¡Ya basta!

ARIAS.

Eso..... Diciéndome eso!

ANA.

Vos me jurásteis....

ARIAS.

¡Tambien
El mismo implacable acento,
Recordándome, señora,
Mis antiguos juramentos!

ANA.

Vendreis cansado, señor.

ARIAS.

De sufrir

ANA

Vendreis con sueño.

ARIAS.

Dormí siempre.... Que no sé
Que pueda dormir despierto,
Quien siempre sueña; que es mal
Del que duerme, el mal de ensueños!

ANA.

[illegible]
[illegible]

ARIAS.

Dura sois.

ANA.

Y en él Jimena
Os prepara blando lecho.

ESCENA XII.

ARIAS, solo, *refiriéndose al corazon de doña Ana*

¡Ah, corazon! ¿De qué eres
Corazon, que no lo entiendo?
¿De roca?.... No; lo ablanndaran
Mis gemidos y mis besos.
¿De hielo?.... No, que al calor
Abrasado de mi aliento,
En lágrimas convertido
Cayera á mis piés deshecho.
¿Duro mármol? ¿Hierro? ¿Bronce?.....
Mas ¿qué digo? ¡Vive el cielo!
Si para que de algo fuera
¡Fuera preciso el tenerlo!

ESCENA XIII.

ARIAS, JIMENA por el fondo.

ARIAS.

Jimena, dí por favor
Si hay piedad en ese pecho....
¡Necio de mí!

JIMENA.

Vuestro lecho

Está aguardando, señor.

(Vase Jimena por la puerta de las ha-
taciones de doña Ana.)

ESCENA XIV.

Don ARIAS.

¿Lecho? ¡De espinas y abrojos,
Donde sin tregua y sin calma,
Suba á torrentes del alma
Toda la hiel á los ojos;
Donde en eternos desvelos
Sienta instante por instante,
El aguijon incesante,
De este amor y de estos celos;
Donde á la razon acuda,
Para calmarme impotente,
Y cruce en mi cráneo ardiente
La tempestad de la duda.
Y luego el vértigo, y luego
El delirio...... y luego nada....
Toda la vida pasada
En mortal desasosiego;
Todo lo que en mí se agita,
Las glorias, las ilusiones,
Ese tropel de visiones
Que engendra en hora maldita
La azarosa juventud;
Luz que el desengaño apaga,
Hermosa vírgen que traga
En su seno el ataúd!

ESCENA XV.

LEONELO, Don ARIAS.

LEONELO.

Señor.

ARIAS.

Leonelo, ¿qué hacías?
En donde estabas ¡por Cristo!
¿En dónde que no te he visto?
¿En dónde que no venías?

LEONELO.

En los jardines, señor.

ARIAS.

(*Enojado.*)
¿Acaso buscando flores?

LEONELO.

¿Acaso cosas mejores,
Que valen más que una flor.

ARIAS.

¿Qué buscabas? No comprendo.

LEONELO.

Los pedazos de un papel.

ARIAS.

¡Siempre burlas!

LEONELO.

Siempre fiel;
Mirad, señor.
(*Enseñándole los pedazos de un papel.*)

ARIAS.

Ya estoy viendo.

Y eso ¿qué es para mi cuita?

LEONELO.

Esto es todo.

ARIAS.

Una escritura.

LEONELO.

Un solaz.... una aventura.
Un pasatiempo.... una cita.

ARIAS.

¿Una cita?

LEONELO.

Sí señor.

ARIAS.

Y bien ¿qué....

LEONELO.

Para mañana.

ARIAS.

¿Y bieu?

LEONELO.

Cita doña Ana.

ARIAS.

¡Doña Ana!

LEONELO.

¡Cita de amor!

ARIAS.

De amor? ¡Menguado! Qué en poco
Tienes el vivir! ¡Oh cielo!
Te voy á matar, Leonelo......
¡Infeliz! ¡Te has vuelto loco!
Y tu mirada penetra
En mi pecho; y fuera infame....

Ese papel...... pronto.... dame....
(Arrebatándole el papel.)
¡Jesús me valga! ¡Es su letra!
(Mirando el papel; lee, colocando los pedazos de papel sobre la mesa y con ansiedad febril.
"Fadrique...... no vengas hoy,
Te lo ruega quien te adora.
Ven mañana á......» Falta de la hora
El pedazo; ¡por quien soy
Que del infierno en tropel
Salen mil llamas de fuego
Que me abrasan!...... Dame luego
El pedazo de papel
Que falta aquí......

LEONELO.

No señor,
No lo tengo......

ARIAS.

¿Y puede ser?
¿Leonelo? ¿Qué es no tener?
Busca.... Búscalo ¡Oh, furor!

LEONELO.

Ya busqué y en balde ha sido;
Y fuera señor, locura,
Estando la noche oscura.....

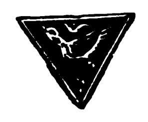
ARIAS.

¿Por eso estás detenido?
¡Luces!.... Y busca despacio.
¡Mucha luz! ¡Mucha! ¿Ya vas?
¡Y si te hace falta más,

Dale fuego á mi palacio!
¡Fuego! Y que se encienda el día......
(*Váse Leonelo*)
Corre Leonelo.... ¡Oh, placer!
¡Cuánta desventura ayer,
Y agora ¡cuánta alegría!
(*Alzando la frente y los brazos abiertos al cielo, en medio de la escena, llenándolo todo, dominándolo todo.*)

TELON RAPIDÍSIMO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

JIMENA de pié. DON ARIAS sentado.

ARIAS.

Sepulte en hondo silencio
Mi corazon sus querellas,
Que no salga de mi labio
Ni un suspiro, ni una queja;
Que en ese abismo de dudas
Donde sin fin, noche eterna
Desenvuelve y amontona
Su pavorosa tiniebla,
Vague mi espíritu errante
Sin luz, sin calma, sin tregua,
Como en el lóbrego espacio
Ave fatídica y negra;
O en derredor de la torre
Solitaria de la aldea,
O del ciprés quejumbroso
Que sombra á la muerte presta,
Vaga sin paz, sin sosiego,
Desalentada, sin fuerzas,
En pos de ilusoria víctima,
Tras de fantástica presa!
¡Qué tal, Jimena, qué tal

(Como haciendo burla de su propia amargura.)
Me explico, para que entiendas
Este afan que me devora
Esta ansiedad que me quema?
Tú que vives á su lado,
Tú que sabes cuanto piensa,
Puesto que su pensamiento
Toma en el tuyo, que es de ella,
Y de ella el tuyo, la forma
Y el ropaje de la idea,
¿Qué piensas de lo que pienso?
¿Qué has pensado tú, Jimena?

JIMENA.

Señor.... lo que vos pensais,
Me sobrecoje, y no acierta
Mi razon si ha de ser bueno
O si ha de ser malo... y fuera
Más natural que Doña Ana
Escuchando la suprema
Resolucion...... de vos mismo,
Su parecer ós dijera......

ARIAS.

Ella misma...... Ella.... y tú crees,
Crees que doña Ana acceda
A escucharme?...... Si tu puedes
Obligarla.... hacer que quiera
Oir con calma, razones
Que esquivó traidora y terca,
Puedes marcharte, y hablarla
Y reducirla á que venga......

¿Dudas? ¿vacilas? entónces ...

JIMENA.

Voy, señor....

ARIAS.

Vete, Jimena

ESCENA II.

ARIAS, solo.

Martirio que nunca acabas,
Padecer que nunca cesas,
Si para el amor no existen
Sepulturas en la tierra;
Si ha de acabar cuando acabe
Esta cárcel, vil materia;
De una vez, dolor, destruye
Los lazos que la sujetan
Y alma y cuerpo...... todo junto
Se desmorone y perezca,
Y reducidos á nada
A la nada, otra vez vuelvan...
¿A la nada? ¡ay! ojalá
Que la nada, verdad fuera,
Y no mentira...... y que todo
Acabara y pereciera.
Pero este amor, que del cielo
Es emanacion, que lleva
El sello que Dios imprime
A sus creaciones eternas,
No ha de acabar con mi vida.
¿Y entónces? ¡ay! sólo queda;

Para aplacar este encono
Que emponzoña mi existencia,
Que con mi sangre circula,
Que siento hervir en mis venas,
La venganza!.... sí... implacable
Como la justicia eterna;
Como ella, inflexible. A tiempo,
A tiempo, Leonelo, llegas.

ESCENA III.

Don ARIAS, LEONELO.

¿Buscaste?

LEONELO.

Busqué y en vano
Como no he buscado nunca......

ARIAS.

De modo que queda trunca
Esa carta....

LEONELO.

Pues es llano
Que trunca queda.......

ARIAS.

Es así
Todo lo que el hombre alcanza!
Truncada está la esperanza
Que otro tiempo concebí.
Gran parte en mi corazon
Aun vive firme y robusta,
Mas de su imágen augusta,
De su inmensa concepcion,

Hay algo que siento fuera,
Algo que de mí se aparta,
Que semejante á esa carta
Deja rota la hechicera
Ilusion, que en mí ha vivido,
Que no sé si la he de hallar,
En dónde la he de buscar,
En dónde la habré perdido.
En dónde? Busca Leonelo,
Como he buscado yo mismo.
Y en los antros de ese abismo
Que entre la tierra y el cielo
De humanos duelos se harta,
No hallarás, no hallarás nunca,
Ni lo que mi dicha trunca,
Ni lo que trunca esta carta.
Vive Dios! ya yo no quiero
Mas sueños alimentar,
Ni alegrarme, ni gozar......
Nada busco, nada espero
De mi existencia pasada;
Contra ella al fin me sublevo.
Hoy Leonelo, todo es nuevo!......
¿Está la gente apostada?

LEONELO.

Hace dos horas.

ARIAS.

Y quién
Los dirige, porque es fijo
Que si se aturden......

LEONELO.

Mi hijo
Los manda, el mismo Guillen,
Guillen que es ágil, que es fuerte,
Y que tiene, no os asombre,
Pendiente con ese hombre
Una deuda que es de muerte.

ARIAS.

[*Sorprendido y con aire de reconvencion.*]
Que eso digas?

LEONELO.

Eso digo.
Tres meses hace tan sólo
Que Guillen le atacó solo,
Pero es tan rudo enemigo
Señor, ese hombre, tan ducho
En los golpes de la espada,
Que de una fiera estocada
No le faltó á Guillen mucho
Para morir...... ¡vive Dios!
Pero os juro que á encontrarle
O á sus piés ha de mirarle,
O allí sucumben los dos.

ARIAS.

Entonces ¿fuiste traidor?
Si sabías....

LEONELO.

Lo sabía,
[illegible]
[illegible]

ARIAS.

Tienes razon...... no es estraño
Y aun hoy en horrible cuita
Esa carta y esa cita
Me parecen un engaño.

LEONELO.

¿Ya lo veis?

ARIAS.

Basta. En lo oscuro
Que Guillen espere alerta,
La vista fija en la puerta,
El cuerpo pegado al muro,
Pronta la mano á reñir,
Pronto el acero á matar.
Si ese hombre se atreve á entrar,
Que no se atreva á salir.
Y eso, si aquí ¡vive Dios!
Pese á mi desdicha avara,
Frente á frente y cara á cara
No nos miramos los dos.
(Váse Leonelo.)

ESCENA IV.

Don ARIAS, doña ANA.

ARIAS.

¿Sois vos? (*Se sorprende al ver á Ana.*)
Pasad, señora. (*Aparte.*) ¡Esto es un sueño!
(*Alto.*) Hablaros pretendí.

ANA.

Eso, Jimena

Me acaba decir, y por su empeño....

ARIAS.

(*Con ironía.*) Y como sois tan buena....

ANA.

Señor, si es que el reproche
Torna otra vez severo á vuestro labio....
(*Tratando de irse.*)

ARIAS.

(*Deteniéndola.*)
No os vayais ¡vive Dios!; hoy como anoche
Vais á inferirme descortés agravio?
Decid, qué os hice yo para que esquiva
Huyais de esa manera.
Por qué quereis así que mi alma fiera
Dome ante vos, su condicion altiva?
Escuchadme, doña Ana,
Oid con atencion un breve instante
Y sed al fin, lo que querais mañana.
¿Verme anhelais de hinojos suplicante?

ANA

Oh! .... no tal.

ARIAS.

Pues sentaos, os lo ruego.
(*Doña Ana se sienta. Don Arias se apoya en el respaldo de la silla.*)

ANA.

Ya os escucho, Don Arias.

ARIAS.

Bien me place.
Una noche, como hoy, tres lustros hace
Quince años ya, señora,

Que tras la noche vemos en mal hora
Al sol hermoso que en los cielos arde;
Un triste sol, muriendo en cada tarde,
Un triste sol naciendo en cada aurora!
Una noche como ésta.... vuestra madre
En el trance cruel de su agonía,
Que uniérais, os pedía
Mi nombre al vuestro, y la infeliz anciana..

ANA.

Y yo señor, entónces, qué os decía?

ARIAS.

No interrmpais, doña Ana.
«No has de quedarte sóla en este mundo,
Clamaba con acento moribundo;
Si quieres que en la tumba halle reposo,
A don Arias acepta por esposo.
¡Oh! cuál será tu porvenir mañana
Hija del alma mía!"

ANA.

Y yo entónces, señor, qué respondía?

ARIAS.

No interrumpais doña Ana.

ANA.

(*Con resolucion y energía.*)
Señor, harto lo siento,
Siempre ante vos enmudeció mi acento.
Hoy permitid, señor, que os interrumpa.
Yo pedía á mi madre
Antes que unir mi vida á vuestra vida,
La soledad.... la muerte;... pero en vano
Porque anhelábais vos que respondiera

Algo que os halagara,
Algo que la fantástica quimera
Ante vuestros antojos realizara.
De qué os sirvió tan pertinaz anhelo?
¡De qué os pudo servir....! En vano quise
Evitaros, señor, tan hondo duelo.
Vos insistísteis ¡vos! mi pobre madre
Abatida, llorosa y sin consuelo,
Ya entre las garras de la muerte, presa,
Arrancó de mis labios, por desdicha
Fatal, don Arias, la fatal promesa.
Oh! quién puede, señor, negarle nada
A una madre infeliz... ¡oh quién le niega!
Cuando suplica moribunda y ruega
Y aguarda la respuesta, acongojada
Clavando en nuestros labios la mirada!
Ay, los míos apénas se movieron
Y en el altar segunda vez juraron.
Mas hablásteis de amor y no se abrieron.
Volvísteis á hablarme y se callaron,
Y se callaron siempre.... y nunca han sido
Perjuros ni traidores.

ARIAS.

Doña Ana, si mentís......

ANA.

[*Indignada, pero serena.*]
Nunca he mentido.
Por eso no son vuestros mis amores.

ARIAS.

Doña Ana, si mentís.....

ANA.

¡Cielo clemente!
¿Y me ultrajais señor?

ARIAS.

(Con acento de reconcentrados celos.)
¿Nunca imprudente,
En el templo, en la calle, al pié del muro
Donde se abre, señora, vuestra reja
Escuchásteis de amor la ardiente queja?

ANA.

Nunca, señor, jamás.... nunca, os lo juro!

ARIAS.

Y vos no amásteis?

ANA.

Eso......
Eso señor.... no sé... ¡pregunta extraña!

ARIAS.

(Aparte.) Leonelo no me engaña.

ANA.

Extraño la pregunta, os lo confieso......

ARIAS.

Y no la contestais? El labio calla......!
Y el aire que respira vuestro pecho
Encontrándolo estrecho
En sangre y fuego arrebatado estalla....!
Amais sin duda á alguno,
Y el hombre que os adora
Es en su propio hogar, noble señora,
Mendigo torpe y huésped importuno.
Yo de él os libraré.... libre y tranquila
Vivid en esta casa en adelante,

Que no refleje más vuestro semblante
El gastado cristal de mi pupila.....!

ANA.

Oh! qué intentais señor, qué estais diciendo?

ARIAS.

Nada, doña Ana, que por siempre os dejo
Pues que mi empeño es vano......

ANA.

Es que á Ulúa volveis?

ARIAS.

Para el castillo
Hoy se ha nombrado nuevo castellano.

ANA.

Vos ¿renunciásteis?

ARIAS.

Sí.

ANA.

Señor, y adónde,
Adónde os vais señor......?

ARIAS.

Me vuelvo á España.

(Aparte.)
En vano, torpe, su alegría esconde.

ANA.

Entónces vuestra esposa os acompaña!

ARIAS.

¡Doña Ana!

ANA.

¿Porqué no?

ARIAS.

¿Qué está diciendo?

ANA.

Si deciros no pude que os adoro,
Siempre supe guardar honra y decoro.
Se castiga á la esposa
Que falta á su deber.... se la condena,
Se la mata, señor....ya es otra cosa,
Pero si ella es honrada.. si ella es buena;
Si se respeta al ménos......

ARIAS.

¡Doña Ana!

ANA.

¿Mañana partireis? Con vos mañana
Partiré yo tambien.... Públicas fueron
Nuestras bodas, que el mundo, el mundo (entero
Sepa, señor, si muero, cómo muero.
No triste y calumniada
De mi señor y dueño abandonada.
Y no tengais temor.... ¿sabeis qué quiero?
Culpable me juzgais? hé ahí el acero!
(*Señalando el puñal de don Arias.*)
Que vuestra ínjusta cólera deshecha
Me dé la muerte inícua sin tardanza,
Que me horroriza más tan vil sospecha
Que el horror de la bárbara venganza.

ARIAS.

No... Doña Ana, perdon. . mañana mismo
Conmigo partireis.... yo como siempre
Sufriré mi dolor.... y esta agonía,
Quiera Dios que termine
Aunque termine con la vida mía.

Teneis razon, señora,
Antes de que al altar os condujera
Me lo dijísteis bien; que no sería
Posible que me amáseis..... que mi pena,
Alivio junto á vos nunca hallaría,
Que me iba á ser pesada esta cadena,
Que fué mi amor desveuturado y triste
Desde que en mí nació... que de mi llanto
Se nutriría solo y de amargura,
Y de pesares lleno,
En soledad eterna, en noche oscura,
Gota á gota apurando este veneno,
Ni compasion ni alivio á mis dolores
Encontraría en vuestro duro seuo!......
Y así acepté señora, vuestra mano;
Así mi nombre os dí.... con la confianza
De ablandaros un día......
Pero en el alma mía
Ya no queda ni un resto de esperanza!
Ni un resto......!

ANA.

(Aparte).

¡Oh Dios! ¡Oh cielo!

ARIAS.

Retiraos, señora, hasta mañana.
(Váse doña Ana.)
Suerte mía tirana *(Aparece Leonelo.)*
Tu rostro es siempre el mismo. Entra,
(Leonelo.

ESCENA V.

ARIAS, LEONELO.

ARIAS.

Te han engañado, te engañan
No era verdad ¡no por Cristo!

LEONELO.

Yo lo he visto.

ARIAS.

No lo has visto!
Y tus palabras me dañan
Me lastiman y me hieren.
Los que tales cosas miran
Si contra mí no conspiran,
Ni me guardan ni me quieren.
Tienes hija?

LEONELO.

Tengo una.
Ya no la conocereis.

ARIAS.

¿Quince abriles?

LEONELO.

Diez y seis.

ARIAS.

Hermosa?

LEONELO.

Sí.... por fortuna.

ARIAS.

No me importa, pese á tí,
Que por buena ó mala estrella;

Mas yo pienso que por ella
Ese hombre entraba hasta aquí.

LEONELO.

Por ella? señor......

ARIAS.

Sí tal.
Tal ha de ser, no lo dudes,
Esas sordas inquietudes
Que allá en tu pecho leal
Han bramado como brama
En el cielo el ronco trueno
Cuando en su cóncavo seno
La tempestad se derrama,
Fueron tan sólo ilusion
Que engendró tu noble encono......
Leonelo...... te lo perdono
Con todo mi corazon.

LEONELO.

Señor......

ARIAS.

Doña Ana es tan buena,
Tan inocente y tan casta,
Que si yo creyera...... basta,
Basta repito.... serena
Tu alma inquieta y haz que luego,
Que de hacerlo es muy sencillo,
Esas gentes el portillo
Abandonen en sosiego.
Ya no hay á quien esperar
Ni sospechada mujer,
Ni galan á quien prender,

Ni villano á quien matar....
A dormir...... y muy temprano
Me despiertas...... yo te espero
En mi cámara.... pues quiero
Aunque es bien fácil y llano,
Preparar yo mismo el viaje.

LEONELO.

Nos vamos?

ARIAS.

Y qué te extraña.
Nos vamos todos á España ....
Ponles buen lecho, forrage
Mejor á mis fuertes potros....
Que harto habrán de caminar
Hasta la orilla del mar;
Guillén irá con nosotros,
Tambien tu esposa.... y tu hija,
Mejor porvenir le espera
Allá en lejana ribera,
Allá ha de casarse bien;
Y por mi amor protegido,
En el tercio más garrido
Sentará plaza Guillén....
Vóime ya......

LEONELO.

(Humillado y obediente.)
(Aparte.) Me maravilla
Cuanto pasa. (*Alto.*) Dios os guarde.

ARIAS.

Vete tambien que es ya tarde. *(Vase.)*

LEONELO.

¡Espantosa pesadilla!

ESCENA VI

LEONELO. despues JIMENA.

Por Dios que es raro y muy raro
Lo que me pasa... yo sueño!
¿Todos á España....? procuro
Entenderlo y no lo entiendo.
Será feliz mi señor?
Acaso en el duro pecho
De Doña Ana halló por fin,
Un albergue amor tan tierno?
¿Entónces qué ha sido todo?
Aquel gallardo mancebo
Que apénas há algunos días,
Junto al portillo del huerto
Luchó con Guillen ¿quién era?
Aquel brazo, aquel acero
Ay! á quien pertenecían?
¿Fué un fantasma? fué un espectro?
—Salió por aquella puerta,
Bajo los peldaños negros
De la escalera mohosa
Dos á dos, ágil y diestro,
Como aquel que muchas veces
Subió por ella y ha vuelto
A bajarla, como aquel
Que ya conoce el terreno....
[*Aparece Jimena.*]

Hola.... ¿qué miro?... es Jimena
—Hablaréla, y ya veremos
Si este misterio me explica.
¿Jimena?

JIMENA.

Que os guarde el cielo.

LEONELO.

No ocultais entre las manos
Otro papel, otro pliego?
No hay cita......?

JIMENA.

¿Cita? ¿qué dice?
Tened la lengua Leonelo,
O yo haré que mi señora
Con los lazos del respeto
Os la ate, donde se quede
Muda, y que por mucho tiempo
Sólo salga á lo que debe
Y detenga el torpe aliento
En los lábios, si los lábios
Son al nombrarla groseros.

LEONELO.

Palabras...... y las palabras
Del viento son alimento;
Que el viento las desparezca.
Me haré del sordo ¿no es eso?
Mas con las frases escritas
No siempre pasa lo mesmo,
Que si el viento se las lleva....
Tambien las devuelve el viento......

JIMENA.

¿Qué decís? mirad que es tarde
Buscad reposo, que el sueño
Siempre hace falta.... además
Cerrar ya las puertas quiero.
Voy á cerrar esa puerta.
(Señalando la del fondo por donde sali D. Arias y debe salir Leonelo.)

LEONELO.

Los pedazos de aquel pliego
Que aquí rompísteis ayer,
Ayer mismo......

JIMENA.

Pues es terco......

LEONELO.

Volaron de vuestras manos
Pero á mis manos volvieron,
Un pedazo en una rama,
Otro pedazo en el hueco
De una piedra.... otro prendido
Entre las algas del cieno.
Unidos con gran cuidado
El uno y el otro luego,
Descubrieron......

JIMENA.

(Asustada.)

Os repito
Que si no os vais al momento,
Haré que Doña Ana venga.

LEONELO.

(Cambiando de tono.)

Basta ya.... Jimena, hablemos
Si os place claro y sencillo
Sin ambajes ni rodeos.

JIMENA.

Idos os repito, idos.

LEONELO.

Os rehusaís? pues obedezco.
Más si á Don Arias engañan
Sabed que á Don Arias debo
Honra y vida y cuanto soy
Cuanto valgo y cuanto tengo.
Que por su honra he de velar
Sin descanso y sin sosiego,
Que fuera de él nada busco,
Que fuera de él nada temo.
Ni de vos, ni de Doña Ana
Ni de nadie, y si un ejército
De brujas ó de demonios,
Que todo al fin es lo mesmo,
Se me presentan al paso
Para impedir mis proyectos,
Cumpliendo con mis deberes,
Trataría de vencerlo,
Aunque luchando con él,
A dar fuera en los infiernos....
Esto os digo yo, Jimena,
Decidlo vos á quien creo
Que os ata el alma y la lengua
Con los lazos del respeto.

ESCENA VII.

JIMENA, sola.

Dios nos ampare y nos ponga
Al abrigo de Leonelo....
Qué triste noche.... qué anhelo
Cuando á mi señora imponga
Y le diga lo que pasa....
Y sepa.... más, Dios dirá....
(*Aparece Doña Ana.*)
—Venid, señora ya está
Cerrada toda la casa.

ESCENA VIII.

JIMENA, Doña ANA.

ANA.

¿Ya, Jimena?

JIMENA.

Ya.

ANA.

No sé
No sé porqué tengo miedo
Y parece que ni aún puedo
Esperar que la hora dé.
Oh! congoja permanente!
Oh! malesıar infinito!
—Abre el balcon..... necesito
(*Jimena abre el balcon*)
Respirar el frío ambiente

De la noche, y contemplar
Por vez postrera, en mi duelo,
Ese pedazo de cielo
Que no volveré á mirar.....
A la luz de esas lumbreras
Alzando al Señor mis preces,
Ví á mi Fadrique mil veces
Cruzar entre aquellas eras.

JIMENA.

Tantos días transcurrieron
Sin verle....

ANA.

Tienes razon.
Cosas del destino son.

JIMENA.

Y si es que anoche le vieron....

ANA.

Quién?

JIMENA.

(Con acento confidencial.)
Al entrar ó al salir,
Leonelo, ó Guillen, ó alguno
Que por acaso importuno......

ANA.

Calla...... me vas á decir
Toda la verdad, sé buena.

JIMENA.

¡Cómo tembláis!

ANA.

Habla presto,
Dí por qué me dices esto,

Dímelo todo Jimena,
Dílo.... tú tiemblas tambien.
Alguno, alguno ¿no es cierto?
Vió á mi Fadrique en el huerto.
¿Fué Leonelo? ¿fué Guillen?
Ve que mi desdicha labras,
Parece en mi afan cuitado
Que están poniendo un candado
En tus lábios mis palabras!

JIMENA.

Bien, señora, os lo diré:
Yo sé bien de cosa cierta,
Que Leonelo vive alerta.
¿Algo vió anoche? no sé,
No hay nada que me lo explique,
Pero Leonelo no ignora,
Que esta misma noche, ahora,
Ha de venir Don Fadrique.

ANA.

¡Desventurada de mí!
¿Y tú lo sabes?

JIMENA.

De fijo.

ANA.

¿Cómo?

JIMENA.

El mismo me lo dijo.

ANA.

En dónde Jimena?

JIMENA.

¡Aquí!

ANA

¿Aquí mismo?

JIMENA

Hace un momento.

ANA.

Corre.., los mantos..¡por Dios!

JIMENA

¿A dónde vamos?

ANA.

Las dos
Como el rayo, como el viento
Vamos, al punto, ligeras
Por esa puerta á salir....
(*Sale Jimena y vuelve á entrar á poco con los mantos.*)
Que tarde ¡oh Dios! en venir,
Yo haré, Señor, lo que quieras:
Yo sufriré resignada
Tus eternas voluntades,
Martirios, enfermedades,
Todo es poco, todo es nada,
Si es que he de sufrirlo yo;
No importa el tormento impío:
Para mí...todo, ¡Dios mío!
Para mi Fadrique no!
(*Vuelve Jimena.*)
—Vamos...vamos...no saldrá
Nuestra diligencia vana.
(*Se oyen las diez.*)
Ah! no es tiempo...esa campana...
Oigo pasos...

JIMENA.

El será.

ANA.

El sin duda..¿oyes ruido
Sospechoso?..allá...por fuera...
(Jimena va al balcon)

JIMENA.

No tal....

ANA.

Ganó la escalera
Y ninguno le ha sentldo...
Ya está allí...Fadrique...!

ESCENA IX

Dichos.— FADRIQUE.

FADRIQUE.

Sí....
Puntual como nunca, es cierto.

ANA.

(Sobresaltada y acariciando á Fadrique.)
¿A nadie viste en el huerto?
¿Nada has visto?

FADRIQUE.

(Con sorpresa).
Nada ví...

ANA.

Sin temor entraste?

FADRIQUE.

No,
Recatado y cauteloso.

ANA.

Ningun rumor sospechoso
Llegó hasta tí?

FADRIQUE.

No llegó;
¿Pero qué ansiedad secreta
Tal congoja os ocasiona?

ANA.

Temiendo por tu persona,
¿Cómo no he de estar inquieta?

FADRIQUE.

¡Qué sombras y qué rumores
Abortó la idolatría......!
¡Tal temor! por vida mia,
Desechad vanos temores.

ANA

Con todo, Fadrique, intento
Que pronto de aquí te alejes.

FADRIQUE

Que me vaya?

ANA.

Que me dejes.
No hay que perder un momento.
Oye....mañana al rayar
La aurora......con Juan Ginés,
En un potro cordobés,
Abandonas el lugar.

FADRIQUE.

Marcharme al rayar la luz!
Torpe el oído me engaña.

ANA.

Dejamos la nueva España.
—Con Ginés á Veracruz,
Fadrique, irás.

FADRIQUE.

¡Hasta allí!

ANA.

Tu pecho inquieto serena.—
En el puerto, por Jimena,
Tendrás noticia de mí.
Yo tambien, Fadrique, voy
Á España, y no has de pensar
Que aquí te pueda dejar.
¿Me comprendes?

FADRIQUE.

Loco estoy!
Loco sin duda ¡ay de mí!
Pero loco ó cuerdo sé
Que de aquí no marcharé....

ANA.

¡Que no has de marchar de aquí?
¡Fadrique!

FADRIQUE.

Aún os lo digo.
Y fuera en mí necio empeño,
Disponer de mí, que dueño
No soy mío.

ANA.

¿Y si te obligo?

FADRIQUE.

(*Sorprendido de que le hablen de ese modo*).

¿Obligarme? ¿Y ser pudiera?
Me infiere tan hondo agravio
Esa frase en vuestro labio
Que ojalá que no la oyera!

ANA.

Hija fué de mi ansiedad,
Que el tiempo, Fadrique, avanza.

FADRIQUE.

Y si es que á tanto no alcanza,
Señora, mi voluntad?
No os dije ya que un impío
Amor profundo y vehemente
Nació en mí con llama ardiente
Y esclavizó mi albedrío?
No os dije ayer, que venía
A revelaros, señora,
El nombre de la que adora
De tal modo el alma mía?
(*Dan furiosos golpes á la puerta del fondo*).

ANA.

[*Asustada por los golpes*].
Oh! ¿Quién es?

FADRIQUE.

(*Sorprendido*).
¿Quién llama así?
Señora ¿de esa manera?

ARIAS.

(*Dentro*).
Abrid.
(*Entra Jimena*).

FADRIQUE.

Sí....! sea quien fuera
Abrid, que le aguardo aquí.

ARIAS.

Abrid....

ANA.

No.... no.... vete ya!

FADRIQUE.

¿Que me vaya?.... sí, despues,
Que haya sabido quién es.

ARIAS.

(*Desde adentro*).
No abris?

ANA.

La puerta caerá.

JIMENA.

(*Desde la puerta del fondo, guardándola*).
Está la puerta cejando.

ANA.

Véte Fadrique!

FADRIQUE.

¡Oh furor!
A abrir voy.

ANA.

(*Deteniéndolo con imperativo ademan*).
No, por mi honor!

FADRIQUE.

(*Sorprendido y retrocediendo*).
¡Pór vuestro honor!

ANA.

Yo lo mando!

(Fadrique baja la frente, se dirige á la puerta del jardin y se va).

ESCENA X.

(Se abre la puerta al fin y aparece Don Arias, espada en mano, al tiempo que Fadrique sale por la puerta del jardin.—Ana cubre y defiende la puerta con su cuerpo).

ANA.

Ya era tiempo.

ARIAS.

Paso dadme!
Esa puerta franca quiero.
Doña Ana, paso.... ú os hiero.

ANA.

Eso,.... Don Arias,.... matadme!
Sí, matadme!

ARIAS.

Esfuerzos vanos.

ANA.

Sólo así.... despues de muerta,
Arrancareis de esta puerta
La llave de entre mis manos.

ARIAS.

¡Ira de Dios!—Mas ¿qué importa?—
—¿Escuchais?
(Se oye el choque de las espadas. Don Arias corre al balcon).

ANA.

Ese rumor.

ARIAS.

(*Por el balcon*).

Luces.... mirad al traidor
¿Lo mirais? ¿estais absorta?
Valiente, valiente acero
(*Preocupado mirando batirse á Fadrique*).
Para luchar con el mío....
¡Tanto esfuerzo, tanto brío
(*Con entusiasmo*)
En un tan mal caballero.
Alumbrad.... ¡bravo doncel!
Bien Guillen, bien por mi vida,
Si no le has hecho una herida
Está el infierno con él.
—¡Hola! ¿qué miro?.... ¿esto es cierto?
¡Gulllen por el suelo rueda!
¡Oh qué esperanza le queda
(*Con acento amenazador*).
Si ese hombre á Guillen ha muerto!

ANA.

(*Con profundo terror*).
¡A mí la muerte!

ARIAS.

Despues......!
—Si yo me tardo en matar,
(*Bajándose á Doña Ana con terrible acento*).
Es que ántes quiero arrojar

Su cadáver á tus piés.

ANA.

No.... matarlo.... ¡no!.... ¡piedad!
Mi hijo!

ARIAS.

¡¡Qué es lo que oí?
hijo tuyo.... ¡tuyo!

ANA.

Sí......

ARIAS.

¿Y eso es verdad?

ANA.

Es verdad!

(*Corre al balcon y señala á Fadrique; cogiendo del brazo á Don Arias y despues arrodillándose*).

—Desarmado y fugitivo
Miradle......

ARIAS.

(*Desasiéndose de Doña Ana y gritando por el balcon á Leonelo y los que están con él*).

¡No, vive el cielo,
¡Que no le mateis!—¡Leonelo!
Muerto no, le quiero vivo!

(*Este cuadro final queda encomendado al talento de los actores*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

LEONELO, ARIAS

ARIAS.

¿No hay esperanza, Leonelo?

LEONELO.

No tal, señor.

ARIAS

¿Ni remota?

LEONELO.

No, por desdicha, ninguna.
Respira apénas, se ahoga;
Y de su pálida frente
El sudor helado brota:
¿Esperar? pluguiera al cielo
Todo horror, todo congoja;
Ni la ardiente juventud
Ni la fuerza poderosa

De aquel vigor indomable
Que inflamó su sangre toda,
Serán bastantes á hacer
Que huya la muerte traidora;
Que el espantoso momento,
Implacable, aguarda ansiosa......!

ARIAS.

Fatalidad....! así en negra
Noche pavorosa y lóbrega,
Una tras otra á las nubes
El huracan amontona.
Y allí se concentra el rayo,
Allí duerme y allí ronca
El trueno......y sobre la tierra
La tempestad se desploma....
Así, Leonelo, han caído
Baldon y muerte y deshonra
En esta casa......y la sangre
Y las lágrimas......la cólera
El apetito insaciable
De la venganza......las sombras
Del pasado que sus nieblas
Hoy en torno mío arrojan......
Todo, Leonelo,..me hiere......
Mi pecho ardiente sofoca;
Aturde mi pensamiento
Y mi cerebro trastorna!......
Qué hice yo? qué hice? quién sabe!
Como aparicion diabólica,
Cual intangible fantasma
Que los recuerdos evocan,

Pasa acaso ante mis ojos
Una figura.....una sombra
Suelto el poblado cabello,
La cándida veste rota,
Luz de cielo en su mirada
Tranquila y acusadora,......
En los labios la sonrisa
La maldicion en la boca......—
(Pausa ligera.)
—Yo una vez amontoné
Nubes tras de nubes lóbregas,
Y entre mis manos he visto
Hecha girones la honra.
¿Será que el cielo implacable
Me castiga....y alborota
Negro mar que al envolverme
Tambien te envuelve en sus ondas?
En una barca cruzamos
Guillen y tú por las olas
De la vida.... y en la barca
Todos conmigo zozobran.
El mismo rayo que mata
A los réprobos, azota
La frente inocente y pura
Que de flores se corona....!

LEONELO.

Oh qué palabras, señor.
¡Vois delirais!

ARIAS.

Si las forja
El delirio.... tú Leonelo

Vas á juzgar sin demora:
Harto tiempo ha trascurrido
Harto tiempo; pero en vano
Llamé al olvido.... la mano
No la borró del olvido.
Nunca, nunca!....es una historia
Que si la evoco me humilla,
Que cual una pesadilla
Vive oculta en mi memoria.
Fué en el sitio, el cerco aquel
En que te hirieron.

LEONELO.

No pierdo
Su recuerdo.... bien recuerdo
Que fué la herida cruel!

ARIAS.

Antes del asalto.—Estaba
En las cuevas del convento
Con el guardian Fray Sarmiento......
Yo bebía y él llenaba.
—Aun en el fuego me abraso.
De aquel licor trasparente.—
De repente.... de repente
Apurando un postrer vaso,
Ya perturbada la idea,
Dando á aquel estrago fin,
Oí la voz del clarin
Que llamaba á la pelea.
Salgo aturdido de allí,
Me uno á los tercios violento,
Sin saber qué fué de mí.

Entre la espantosa gresca
De aquella infernal batalla,
Envuelto por la canalla
De la feroz soldadezca;
Lucho, hiero, tumbo, rajo
Ebrio de sangre y de vino;
Do quiera me abro camino
Que por donde quiera tajo,
—En informe peloton,
Entre gritos y amenazas,
Cruzamos calles y plazas;
Hasta que en un callejon
Estrecho, oscuro y sombrío
Me metí desalentado,
Ya de la lucha cansado
Y sin fuerza el brazo mío.
De pronto, se oyó el lamento
De una voz por una puerta;
Y yo, en mirándola abierta
Salvo su umbral al momento;
Abro un negro portalon,
Y al resplandor de la hoguera
Del incendio, una escalera
Subo, y entro en el salon.
Miré un anciano tendido
En su sangre, una mujer
Que acababa de caer
En el suelo sin sentido.
Dos soldados que corrían
Al mirarme, y frente á mí,
Como otra vez nunca ví,

Dos ojos que me veían
Con espanto, con pavor;
Dos ojos negros Leonelo,
En un rostro como un cielo
Por lo hermoso y seductor....
—Yo no te podré explicar,
Hoy, cómo era aquel semblante,
¡Ni aun teniéndolo delante
Si le volviera á mirar!
Que ébrio, como estaba yo,
Turbado en aquel momento,
No sé ¡ay Dios! lo que pasó....
Sé que en la infernal locura
Que me ató con fuertes lazos
Estrechaba entre mis brazos
Combada y gentil cintura.
Que en la horrible confusion
De aquella vertiginosa,
Desigual lucha espantosa
Que aturdía mi razon,
Cobarde, implacable y ciego,
Haciendo al honor agravios,
Sentí el frío de unos labios
Entre mis labios de fuego!....
Despues, la torpe embriaguez,
La mujer anciana.... el muerto,
Y aquel semblante cubierto
De hechicera palidez....
Lívida flor destrozada....
Honesta vírgen caída....
Y aquí, Leonelo, una herida,

Hasta hoy no cicatrizada......

LEONELO.

Señor......

ARIAS.

En mi loco empeño
No sé, Leonelo, en verdad,
Si aquello fué realidad
O fué nada más un sueño.
Busqué en vano al otro día
Ya con la razon despierta,
La casa.... el lugar, la puerta,
Pero en vano, yo quería,
Yo, Leonelo, devolver
En aquel tormento impío,
La quietud al pecho mío;
La honra á aquella mujer!

LEONELO.

No tuvo padre, ni hermano
Que tal baldon castigara,
Ni pariente que retara
Al malhechor inhumano?

ARIAS.

No los tuvo......

LEONELO.

Pero vos,
Sí teneis brazo que lave
El deshonor......

ARIAS.

¿Y eso cabe
Cuando me castiga Dios?

LEONELO.

Dios á vos...... y vos á ellos!
A la infame y al traidor.
—Teneis al crímen, señor,
Asido de los cabellos.
No le solteis.

ARIAS.

Bien está,
Tengo el crímen en la mano
Pero ¿quién es el villano?

LEONELO.

Quién es? Ella os lo dirá.

ARIAS.

Y si se niega y en pos
De otra falta el lábio sella?

LEONELO.

Entónces caiga sobre ella
El castigo de los dos.
—Y sobre el mozo tambien.

ARIAS.

Tambien sobre él? ¡vive el cielo!
Si es inocente, Leonelo?

LEONELO.

[*Con voz sombría.*]
Se está muriendo Guillen.

ARIAS.

Así vengativo clamas?

LEONELO.

No es de mi venganza el grito,
Si este es un árbol maldito
Caigan el tronco y sus ramas.

A vuestro padre serví;
Nunca para castigar
Un ultraje, vacilar
Un sólo instante le vi.
Armas dando á sus rencores,
Del insulto á la violencia,
Y siendo el honor la herencia
Y el blason de sus mayores;
Guardó siempre aquel legado,
Puro, y sin mancha y sin dolo;
Y de él lo heredásteis sólo,
Cual depósito sagrado,
Para devolverlo un día
Como os le diera, señor,
Sin que delito traidor,
Sin que torpe felonía,
Lo manche con mancha impura.

ARIAS.

Calla...... calla, por quien soy,
[En fuego abrasado estoy
De espantosa calentura.]
Harto hablaste, harto escuché
De tus lábios.... ¡vive el cielo!
Viste á Doña Ana, Leonelo?
¿Dónde está?

LEONELO.

Señor, no sé....

ARIAS.

Viste á Jimena?

LEONELO.

Tampoco.

ARIAS

Y al doncel?

LEONELO.

Sí.

ARIAS.

No se queja?

LEONELO.

Le ví, al través de la reja,
Dando vueltas como un loco,
Ni un punto la paz recobra;
Es una fiera enjaulada;
Tal revela su mirada.

ARIAS.

Razon ¡por Cristo! le sobra.

ESCENA II.

Dichos.—DOÑA ANA.

ARIAS.

¡Doña Ana!

ANA.

Doña Ana, sí....
No me admira que os asombre.

ARIAS.

Qué me queréis?

ANA.

(*Señalando á Leonelo.*)
Que ese hombre
Antes se aleje de aquí.

ARIAS

(*Haciendo ademan de que se retire.*)
Leonelo....

LEONELO.

Está bien, señor.

ESCENA III.

ARIAS, doña ANA.

ARIAS.

A qué venis? ¿qué buscais?

ANA.

Si de escucharme os dignais,
A pediros un favor.

ARIAS.

¿Un favor!

ANA.

Señor....inmenso!
Si anoche....

ARIAS.

Callad señora,
No me hableis de anoche ahora,
Pues que por mi vida, pienso
Que andais torpe en ecxusaros
De tanta infamia......

ANA.

Oh! qué siento,
Dios mío!

ARIAS.

Llegó el momento
Señora, de interrogaros.

ANA.

De interrogarme? no tal
Ah, no señor, todavia,

Ver á Fadrique quería
¿Dónde está?—Sueño infernal
Aletargó mis sentidos,
Y el eco de su lamento
Desgarrador, trajo el viento
Tristemente á mis oídos......!
¡Funesto horrible presagio!
Don Arias....pues nos hallamos
En la lucha, perezcamos
Entrambos en el naufragic!
El no, ¿lo entendeis? él no!
Dónde está....? del calabozo
Abrid el muro sombrío......
Enseñadme al hijo mío......

ARIAS.

¿Qué pretendeis de ese mozo?
Verlo? hablarle? contemplar
Extasiada su semblante,
Y trémula y anhelante
En aquel rostro buscar:
Ya en la ancha frente nublada
Por el furor ó la pena,
En la mirada serena
O en la sombría mirada,
En una línea fugaz,
En una sombra, en un punto
El detalle ó el conjunto
De ctro rostro, de otra faz
Que impresa en vuestra memoria
Os evoque de otros días
Las pasadas alegrías,

Los placeres de una gloria,
De una dicha, de un bien sumo
Que en su paso fugitivo
Un recuerdo siempre vivo
Deja al alma....como el humo
De bálsamo que consume
El fuego ardiente, y nos deja
Cuando flotando se aleja,
En el alma su perfume?
¡Vive Dios¡...Fortun *(llamando)* El preso

(Sale Fortun.)

Trae al preso......

(Fortum se va.)

ANA.

¿Vive? ¡oh cielo!
Entónces......

ARIAS.

Callad......más tarde.
Acaso fuera un cobarde
Si no calmara el anhelo
Que vuestro pecho conmueve;
Ved en tanto si pensais
Lo que á contestarme vais
Hoy mismo, doña Ana, en breve......
Vuestra horrible pesadilla
Fué tan sólo ensueño vano.
El vive; mas vuestra mano
De un abismo por la orilla
Desde hoy le va á conducir;
Será vuestro esfuerzo mismo,
Quien lo aleje del abismo,

Quien en él le haga morir!
Y no juzgueis de esta calma
Ni os vayais de ella á fiar,
Que lo mismo que la mar,
Tiene guardadas el alma
Furias que en torpe inaccion
Duermen quietas en lo hondo......
¡Si viérais las que en el fondo
Duermen de mi corazon!
¡Si las viérais!......

ANA.

¡El!

ARIAS.

El es!
No tardeis mucho que espero......
Adios Doña Ana....él primero,
El primero y yo despues!

ESCENA IV.

FADRIQUE---ANA

FADRIQUE.

¡Madre!

ANA.

Mi Fadrique......

FADRIQUE.

¡Oh Dios!
Cúmplase ya mi deseo
De morir....pues que la veo
¡Pues que nos vemos los dos!

ANA.

Morir....¿Fadrique?, jamás!

FADRIQUE.

Mirarte sólo queria
Verte....verte......¡Oh! madre mia,
Qué bella y pálida estás!
Dime....explicame por qué,
Te lo pido con un beso,
Por qué estas gentes me han preso,
¿Quienes son?....yo no lo sé;
Y no me puedo explicar.
Pues nunca les ofendí;
Qué es lo que quieren de mí,
Por qué me quieren matar!
Ay...me atacaron...de suerte,
Que á no marchar prevenido...

ANA.

Uno de muerte está herido,
A otro le diste la muerte.

FADRIQUE.

"Teneos," madre, gritaron.
—Que me tenga? no por cierto.
—"Detenedle...vivo ó muerto"—
A mi espalda contestaron.
Juzgad madre, si pequé,
Y esto es fácil de juzgar:
Se trataba de matar
O morir, y yo maté.
¿Y ese es madre mi delito?
Quién me acusa?....si soy reo
Dónde está el juez que no veo
Su semblante?....necesito

Salir de aquí pronto, ahora,
Que en tan intrincada cuita,
He de ocurrir á una cita
Antes que raye la aurora.—
—¿Quién era madre aquel hombre
Que llamaba? oh Dios! ¿quien era?
¿Qué es de esta casa?...siquiera
Que sepa, madre, su nombre....!
Vos me dijísteis un dia:
"Nunca preguntes quién soy,
De dó vengo á dónde voy".—
Y la amante idolatría,
Que os tengo, que tanta es poca,
A pagar vuestra bondad,
Cerró á la curiosidad
Con un candado en mi boca.
Mas si á nadie pregunté,
Pues de tal modo cumplí,
Hoy que os pregunto de mí,
¿Nada tampoco sabré?....
¿Nada?

ANA.

Mi Fadrique....calla!

FADRIQUE.

Que calle? ¡oh, fiero tormento,
Que yo calle cuando siento
Que mi corazon estalla!
Cuando el dolor y el amor
De él presa infeliz han hecho,
Cuando destrozan mi pecho
Juntos amor y dolor!

¡Vedme madre á vuestros pies!

ANA.

Alzate....

FADRIQUE.

Aunque no vos cuadre,
Hasta que yo sepa madre,
Quien es ese hombre ...

ANA.

¿Quién es?

FADRIQUE.

Sí. ..sí....responded

ANA

Mi esposo.

FADRIQUE.

(*Alzándose.*)
¡Vuestro esposo!

ANA.

Sí....

FADRIQUE.

Comprendo.
Ante mí se va extendiendo
Como un campo luminoso!
Pero os juro, madre, os juro
Que mal pese á mi deseo,
Miéntras más luz, ménos veo,
Miéntras más luz, más oscuro!
Estaba ausente ¿no es cierto?

ANA.

Es verdad.

FADRIQUE.

Yo no venía

Nunca á esta casa de día.

ANA.

Es verdad.

FADRIQUE.

Siempre encubierto,
De la noche entre el capuz,
Alerta siempre el oído,
Siempre el hierro prevenido
Siempre huyendo de la luz!
—Cruzó la negra sospecha,
Yo era un ladron...... me atacaron....
Y anoche, cuando miraron
Su venganza satisfecha....
Por eso anoche.... ¡oh dolor!
De vuestro labio escuché
No sé, madre...... no sé qué
Que me dijísteis de honor.
De un honor que iba á manchar
Alguien que hollarlo quería,
De un honor que se perdía
Y era preciso salvar!
¿Es verdad?

ANA.

Sí.... verdad era.

FADRIQUE.

Entónces.... ¡suerte cruel!
¿Era mi honor.... éra el de él,
O era el vuestro?

ANA.

¿El mío?

FADRIQUE.

Fuera
Suponerlo necedad;
Perdon si por un momento
Cruzó por mi pensamiento
Tan absurda liviandad.
¿Vuestro honor? baldon y mengua
De aquel que con lengua impura
Para honrar honra tan pura
No tuviera honrada lengua
Y entónces madre.... ¡favor!
Decidlo.... ¿por quién debía
Huir de aquí?.—Ah! ¿sería
Por mi madre?......

ANA.

Sí, por ella....!

FADRIQUE.

Pues dónde está, que me explique
Tal misterio..... tal.....

ANA.

¡Fadrique
El labio atrevido sella!....

FADRIQUE.

Señora....

ANA.

Si ella viniera,
Si ante tí se presentara,
Y tu semblante mirara
Y tus palabras oyera,
Si la que á tí te dió el sér,
Ya culpable ó ya inocente,

Mojó tu cándida frente
Con llanto amargo al nacer;
Si ella sufrió los rigores
De un tormento sin medida,
Si por tu vida, su vida
Combatió fuertes dolores....
Qué ¡cielo santo! creyera,
Qué ¡cielo santo! pensara,
Si tu semblante mirara,
Si tus palabras oyera!

FADRIQUE.

Perdon, perdon, que en mi abono
Tengo á mi suerte fatal....

ANA.

Sí tal, Fadrique.... sí tal
Yo en su nombre te perdono.
Yo que por ella te quiero;
Yo, que en su nombre he velado
Por tu vida y te he formado
Valeroso y caballero;
Cuido, cual si fuera mía,
De su honra que, cual me ves
Pura y honrada.... ella es.
Acaso la suerte impía
Fué con ella despiadada,
Acaso inícua y traidora......

FADRIQUE.

Basta... ya basta, señora;
Ya no quiero saber nada!

ANA.

Bien, Fadrique.... tú saldrás

Libre de esta casa en breve.
¿Qué rumor? ¿quién lo promueve?

FADRIQUE.

Es verdad....

ANA.

¿Oyendo estás?
Pronto á mi alcoba.... entra allí
¿Qué hay Fadrique que te asombre?

LEONELO.

(*Dentro.*)
Fadrique!

FADRIQUE.

Dicen mi nombre

ESCENA V.

Dichos, LEONELO.

LEONELO.

(*Entra con dos espadas.*)
Allí está....

FADRIQUE.

Me buscais á mí.

LEONELO.

Sí que os busco ¡vive el cielo!

FADRIQUE.

Qué me quereis?

LEONELO.

(*Blandiendo la espada.*)
Aquí está
Mi acero que os lo dirá.
—Allá vá el vuestro.

(Arrojándole al suelo la espada.)

ANA.

¡Leonelo!

LEONELO.

Reñid.....

ANA.

¿Que riña?

FADRIQUE.

Sí.

ANA.

(A Fadrique.)

Atrás!
Si solo estuvieráis, sí;
Pero delante de mí!
Delante de mí, jamás!

LEONELO.

(A Fadrique con burla.)
Muy bien..... ¿bajais el acero
Ante la voz del cariño...?
O por cobarde ó por niño...!

FADRIQUE.

Madre....!

LEONELO.

Si sois caballero
Defendeos, vive Dios!

ANA.

Calla.

FADRIQUE.

(Separándose de Doña Ana y buscando el acero de Leonelo.)
Si luchar no esquivo,

ANA.

Socorro.....

LEONELO.

(Batiéndose ya con Fadrique.)

Así...... vivo.... vivo,
¡Uno solo de los dos!

ANA.

A mí.... don Arias! ¡oh cielo!
Detén, Leonelo, detén
El brazo airado.

LEONELO.

¿Y Guillen....?

ANA.

(Viendo aparecer á don Arias.)
Por fin....

ESCENA VI.

Dichos, Don ARIAS,

ARIAS.

¿Qué es esto? ¡Leonelo!

LEONELO.

Señor.....

ARIAS.

¿Pues qué es lo que pasa?
Para creerlo es preciso
Mirarlo...... sin mi permiso
Se empuña el hierro en mi casa!

FADRIQUE.

(Como preguntándole á Don Arias quién es.)
Pues vos......

ANA.

Silencio, Fadrique. ....

ARIAS.

Yo? mancebo? yo ¿quien soy?

ANA.

(*Aparte á don Arias.*)
Callad, señor, que aquí estoy.

LEONELO.

Don Arias.... dejad que explique..

ARIAS.

¡Silencio!.... sí, por mi nombre.
—¡Fortun!—Tú quédate aquí,
(*A Leonelo.*)
—Vos señora, por allí.
—Mancebo, seguid· á ese hombre
(*A Fadrique.*)
—Vuestra espada.... ¿me la niega?

FADRIQUE.

Otra vez dejarla yo?

ANA.

Entrega tu acero.

FADRIQUE.

No!

ANA.

A mí tu acero me entrega.

FADRIQUE.

¿A vos, señora?

ANA.

Sí tal,
A mí, Fadrique; eso es.
(*Fadrique entrega su espada.*)

FADRIQUE.

Adios, señora.

ANA.

(*A Fadrique.]*

Despues

Te hablaré......

FADRIQUE.

¡Sino fatal!

(*Váse por el fondo.*) *Se va tambien Doña Ana.*)

ESCENA VII.

ARIAS, LEONELO.

ARIAS.

¿Qué ha pasado? pues no acierto
Tu conducta á descifrar;
Dí ¿qué intentabas?

LEONELO.

Matar.

ARIAS.

¿Matar?

LEONELO.

¡Mi Guillen ha muerto!

ARIAS.

Si entre la sombra liviana,
De la alta noche escondido,
Ese hombre hubiera venido,
Con ciega intencion villana,
De mi casa á traspasar
El doble muro sombrío,

A burlar el honor mío
Y mi estirpe á mancillar,
No tú.... no tú! Yo sería
Quien le diera, por mi mano,
Castigo al torpe, al villano
Que hoy por siempre dormiría
Pero él, ¿porqué ha de morir?
Si venía por su madre,
Por Dios, aunque á tí no cuadre
Que hizo muy bien en venir!

LEONELO.

¿Bien? Si tuviérais señor,
Robusto, amante, dichoso,
Un hijo, por bueno hermoso,
Por hermoso seductor;
Si un día viérais correr
Su sangre altiva y valiente,
Salpicando vuestra frente
Y vuestra mano, al caer
Doliente y desesperado;
Y al morir de su esperanza
A vos clamara venganza
Desde su sepulcro helado,
¿No buscaríais señor,
Para calmar vuestro duelo,
Muerte y sangre?......

ARIAS.

Sí, Leonelo
Buscaría al matador......

LEONELO.

Ah... ya lo veis.

ARIAS.

Bien está,
Escucha.... espera.... si al toque
De ánimas no has oído
Mi acento.... si no has podido
Vencer sin que te provoque
La ira.... ese justo encono,
Que comprendo aunque no apruebo,
Lucha con ese mancebo,
Que á su suerte lo abandono.
Riñe con él frente á frente
Y como bueno y leal,
Si el destino le es fatal,
Si contigo no es clemente,
Dios lo sabrá—ten en cuenta,
Que tú lo exiges de mí.—
Véte ya.... véte de aquí,
Antes de que me arrepienta.
Díle á Fortun que marchar
[*Bien marcados estos cuatro versos.*]
Se puede, si le acomoda;
Y á mi servidumbre toda
Aleja de este lugar.
(*Leonelo coge la espada de Fadrique, de sobre la mesa y se vá.*)

ESCENA VIII.

Don ARIAS.

Agora yo.... yo me sigo
Con vos doña Ana, con vos;
Voy á saber ¡vive Dios!

El nombre de mi enemigo.
Al fin á solas contigo
Tu rostro voy á mirar;
No como ántes lo has de alzar,
Sino sumisa y doliente,
Con una mancha en la frente
Que con sangre he de lavar.
Al fin á mis piés rendida
Te voy á ver humillada;
Por la culpa avergonzada,
Por la falta envilecida
Y por tí, que eras mi vida,
Que no puedo aborrecerte,
Sufro, doña Ana, de suerte
Que entre el dolor y el despecho
Estoy sintiendo en mi pecho
Terribles ánsias de muerte.
(Llamando.)
Doña Ana..... ! Doña Ana....! aquí,
Aquí, que os aguardo....

ESCENA IX.

Doña ANA, don ARIAS.

ANA.

¿Ya?

ARIAS.

Ya, señora....

ANA.

Bien está
Decid, qué quereis de mí?

ARIAS.

¿Lo que quiero? claro es.

ANA.

Explicad vuestro deseo.

ARIAS.

Mas antes ¿cómo no os veo
De rodillas á mis piés?

ANA.

(*Arrodillándose con noble ternura.*)
Para pedir, siendo madre ,
Por mi Fadrique que llora?

ARIAS.

Para decirme, señora,
Cómo se llama su padre.....

ANA.

[*Levantándose con energía.*]
Para que os lo diga yo?
Que cómo se llama?

ARIAS.

Sí.

ANA.

Me lo preguntais á mí
¿Y he decíroslo? no!

ARIAS.

Ved, doña Ana, que os burlais,
Que escucharos me impacienta,
Y para pediros cuenta
Harto derecho me dais
Con ser quien sois.

ANA.

Vais errado,

Y permitid que me asombre.

ARIAS.

Le dísteis al mío nombre
En sucio lodo enlodado.

ANA.

Don Arias!

ARIAS.

Dolo siniestro
Y falsa fé lo cubría.

ANA.

No fuí yo, por vida mia!
Quien fué á pediros el vuestro,
Ni eráis vos mi confesor,
Ni me quise confesar,
Y fuí arrastrada al altar
Con honor ó sin honor.
Ni hubo crímen, ni hubo dolo,
Ni ante vos, ni en la presencia
Del mismo Dios, mi conciencia
Me acusó un instante solo.

ARIAS.

Ni en la presencia de Dios?
¿No amásteis torpe y liviana?
No amásteis nunca Doña Ana?

ANA.

Sí, sí tal.

ARIAS.

¿A quién?

ANA.

A vos!

(*Pausa ligera.*)

ARIAS.

A mí?

ANA.

Loca...... delirante,
Por mi desdicha, os amé,
Desde el punto en que os miré,
Don Arias, vuestro semblante.
Y á solas en mi dolor,
Y á solas en mi locura,
Juntos, díle sepultura
A mi esperanza y mi amor.
Ah! no pidais que os explique
Mi tormento y mi agonía.

ARIAS.

Pero esa desdicha impía......
Pero Fadrique......

ANA.

(*Como despertando de uu sueño.*)
Fadrique....
Ah! no sé! suerte fatal,
Horrible espantosa lid......
Mi pecho señor abrid
Con vuestro agudo puñal,
Y por vos latiendo fiel,
En su postrer convulsion
Vereis á mi corazon
Y á vuestra imágen en él!
Sola vuestra imágen, sola,
Porque á vos don Arias, amo.
Si os ultrajo, si os infamo
Con mi amor...., si es que se inmola

Vuestro honor al amor mío,
Matadme, señor; matadme,
O de esta casa arrojadme
Por mi loco desvarío;
Pero ántes, en libertad
Dejad á Fadrique......Sí...
Voy por Fadrique.
Ay de mí!
Piedad, Don Arias, piedad,
Tanta angustia me sofoca
Me anonada y desconcierta.
Fadrique!
(Se dirige á la puerta y D. Arias que la cierra arroja la llave por el balcon.)
¿Cerrais la puerta?
¡Yo estoy loca! yo estoy loca!
(Cae de rodillas anonadada, ocultando el rostro entre las manos. Se levanta despues y cogiendo á Don Arias del brazo, se lo lleva á un lado del proscenio y como presa del delirio le dice:)
Oíd......¿nadie nos escucha?

ARIAS.

No.

ANA.

(Arrebatada por el delirio y con acento bajo y reconcentrado).
De la noche al mediar,
Se oía el resonar
Espantoso de la lucha;
Del cañon el ronco acento,

Del acero el choque fuerte,
Y las ánsias de la muerte
En los gemidos del viento.
Tranquilo mi noble hogar
En la sombra se envolvía;
De pronto la vocería
Y el ferrado golpear
De la puerta, despertó
A mis padres, y al momento
Se escuchó el choque violento
De la puerta que se abrió ....
Turba soez y villana
De soldadesca ruin,
En pos de infame botin
Hirió la cabeza cana
Del noble anciano que al suelo
Cayó como masa inerte,
En los brazos de la muerte,
Bajo el amparo del cielo!
Mi madre en mortal desmayo
Cayó, y en el mismo punto
Fiero, altivo, cejijunto,
Despidiendo como un rayo,
Que hirió mis ojos certero,
Por cada pupila ardiente;
En la puerta de repente
Apareció un caballero......

ARIAS.

(Con mucha ansiedad.)

Era en Burgos?

ANA.

Sí señor.

ARIAS.

(Aparte.)

Nada á mi tormento igualo.

ANA.

Lo mismo que el ángel malo
Hermoso y fascinador,
Lanzarse hácia mí le vi,
Y hecho el corazon pedazos
De congoja, entre sus brazos
Aletargada caí.

ARIAS.

Busqué en vano al otro día
Ya con la razon despierta,
La casa, el lugar, la puerta......
¡Pero en vano! yo quería,
Yo, Doña Ana, devolver
En aquel tormento impío,
La quietud al pecho mio,
La honra á aquella mujer.
Perdon, Doña Ana.

ANA.

(Se recomienda este momento al talento de la actriz).

Hay tal cosa?
Qué! ¿erais vos? ¡oh sí, sí, él era!
Tal lo ví la vez primera;
Aquella noche espantosa.
Vos, el villano...

ARIAS.

Perdon.

ANA.

¿Perdon?......¡sí! que "sí" os respondo,
Me lo grita desde el fondo
Mi maternal corazon.
Aquí! en mis brazos, Don Arias......
Oh! venturanza.

ARIAS.

¡Oh consuelo!

ANA.

Al fin te llevaste al cielo,
Madre de Dios, mis plegarias;
Al fin, ilusiones mías,
Despertais de hondo desmayo,
Y brilla en mi hogar el rayo
Del sol de las alegrías.
No es verdad, Don Arias?

ARIAS.

Sí....

ANA.

¡No habrá deleite mayor!
Para tí, vida y amor,
Vida y amor para mí.

ARIAS.

Sin amarguras ni enojos.

ANA.

Conque es decir que ya puedo.
Abrir mis labios sin miedo,

Abrir sin miedo mis ojos.
Para que centuplique
Con sus bendiciones Dios
Nuestra dicha, entre los dos,
Nos falta nuestro Fadrique.

ARIAS.

Fadrique, sí, tan gallardo,
Tan gentil y tan valiente......

(Se oye el primer toque de ánimas, que continúa sonando.)

Esa campana......¿qué aguardo?
De un sueño de amor despierta
El espíritu espantado......

ANA.

¿Qué pasa? qué te ha pasado?

ARIAS.

(Yendo hácia la puerta del fondo que cerró él mismo olvidando en su estupor que tiró la llave por el balcon.)

Está cerrada esta puerta.
Pronto, pronto Doña Ana,
La llave......

ANA.

Escúchame,...advierte......

ARIAS.

No..que está tocando á muerte,
El bronce de esa campana,

(Corre hacia la puerta de la derecha y la abre de un golpe.)

¡Jimena.... grita á Leonelo,
Desde el balcon.... ¡suerte ingrata!
Grítale que no se bata......
(Se vuelve luego á Doña Ana.)
La llave.. ¡espantoso duelo!

ANA.

¿Duelo con Fadrique?

ARIAS.

Sí......
Pero esta puerta ¡quién puede
Hacerla pedazos....! cede,
[Rompiendo el cerrojo.)
Cede, ¡Doña Ana!

ANA.

(Dirigiéndose á la puerta abierta ya.)
¡Ay de mí!

ARIAS.

(Deteniendo á Doña Ana que quiere salir.
Espera.—¡Leonelo!—calla!—
—¡Leonelo! *(Llamando).*

ANA.

Qué angustia es ésta!

ARIAS.

Leonelo, ¿nadie contesta?

ANA.

Nadie..¡mi cabeza estalla!

ARIAS.

Vé Doña Ana..vé, yo siento
Que no me puedo mover....
[Entra en la escena Jimena].

ANA.

Voy..sí, voy......

ARIAS.

Si logras ver..—
Espera....en este momento
Oigo pasos......¿oyes?

ANA.

Sí......

ARIAS.

¿Pasos..dobles?

ANA.

No......

ARIAS.

Allí está!
Una sombra miré ya,
Que se adelanta hácia aquí.

ANA.

(Viendo aparecer á Leonelo).
Ah!

ARIAS.

¡Jesus! ¡Jesus bendito!

ESCENA ULTIMA.

Dichos, LOENELO.

[*Leonelo con el cabello en desórden, la espada en la mano teñida en sangre, y con extremada fatiga.*)

ARIAS.

Habla.... ¡no! ....calla.... no quiero....
Ana......

[*Llevándola léjos de Leonelo*].

ANA.

[*Separándose de él y volviendo hacia Leonelo*].

Siento que me muero
Y escucharle necesito....
Leonelo......Leonelo....hablad,
Y halle mi congoja un dique......

[*Retrocede espantada y vacila ántes de caer pálida y trémula mirando sangre en la espada de Leonelo*].

ARIAS.

Ana!

ANA.

(*Al caer señalando la espada.*)

Sangre de Fa....dri....que.... (*Cae*).

ARIAS.

(*Arranca la espada de mano de Leonelo y arrojándola al suelo, se acerca á sostener á Doña Ana.*)

¿Le mataste?

(*A Leonelo.*)

LEONELO.

Sí......

ARIAS.

Piedad!

(*Sostiene arrodillado la cabeza de Doña Ana. Luego se vuelve á Leonelo, y le dice con acento reconcentrado.*)

Y á tí....y á tí....qué le exjio
Al matador inhumano.

LEONELO.

(*Retrocediendo hacía la puerta del fondo. Jimena cerca de la puerta de las habitaciones de Doña Ana inmóvil para formar cuadro.*)

Señor......

ARIAS.

Vete......que tu mano
Sangre virtió de mi hijo.

(*Leonelo retrocede aún más y se apoya en la puerta del fondo. Don Arias aparta

de él la vista y volviendo en un arranque de ternura, á Doña Ana, dice:)
Ana y tú...... ¡suerte fatal!
Ana y tú...... ¡que horrenda suerte!
¡Nos aguardaba la muerte
De la dicha en el umbral!

FIN DEL DRAMA.



FIN DEL TOMO II.

INDICE

Este libro se acabó de imprimir el
miércoles 10 de Marzo de 1897,
en la Imprenta de Victo-
riano Agüeros, situada
en la calle de la
Cerca de Sto.
Domingo
núm. 4




Stanford University Libraries
3 6105 010 541 832